



FUGAS DE TINTA 9

CRÓNICAS, CUENTOS
Y TESTIMONIOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA

En 2016, el programa *Libertad Bajo Palabra* llegó a 16 departamentos del país, por medio de 21 talleres de escritura creativa en los cuales participaron 497 internos. Los textos recogidos en esta antología son cuentos, poemas, crónicas y testimonios que expresan los recuerdos, anhelos, vivencias, historias familiares y sueños de un grupo de colombianos privados de la libertad. A través de la escritura se busca colaborar con el proceso de reinserción social de los internos, así como incluir la lectura y escritura dentro de sus vidas, como una herramienta de transformación y reflexión.

Libertad Bajo Palabra hace parte del Programa de Escritura Creativa RELATA, del Ministerio de Cultura de Colombia, el cual promueve la lectura crítica y la cualificación de la producción literaria en el país.

El presente año se trabajó en alianza estratégica con el INPEC para el cumplimiento de los objetivos propuestos.

MINISTERIO DE CULTURA
Dirección de Artes
Grupo de Literatura y Libro



FUGAS DE TINTA 9

CRÓNICAS, CUENTOS
Y TESTIMONIOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

2016

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA



FUGAS DE TINTA 9

CRÓNICAS, CUENTOS Y TESTIMONIOS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA 2016

MINISTRA DE CULTURA
Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA DE CULTURA
Zulía Mena García

SECRETARIO GENERAL
Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES
Guiomar Acevedo Gómez

COORDINADORA GRUPO DE
LITERATURA Y LIBRO
María Orlanda Aristizábal B.

GRUPO DE LITERATURA Y LIBRO - RELATA
Víctor Manuel Mejía
Diana Yanir Gutiérrez López
Vanessa Morales Rodríguez
Felipe Martínez
María Juliana Serrano Ochoa

COORDINADOR LIBERTAD BAJO PALABRA
José Zuleta Ortiz

EDITORA
Esther Fleisacher

CORRECCIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Taller de Edición • Rocca® S. A.
www.tallerdeedicion.com

IMPRESIÓN Y ACABADOS
Imagen Editorial S.A.S
administrativo@imageneditorial.com

MINISTRO DE JUSTICIA Y DEL DERECHO
Jorge Eduardo Londoño Ulloa

DIRECTOR GENERAL INPEC
BG. Jorge Luis Ramírez Aragón

DIRECTORA DE ATENCIÓN Y TRATAMIENTO
Roselín Martínez Rosales

SUBDIRECTORA DE EDUCACIÓN
Maricela Guevara Montaña

GRUPO PROMOCIÓN DE CULTURA,
DEPORTE Y RECREACIÓN - GOCUL
Febe Lucía Ruiz Tirado

Textos logrados en los talleres de
escritura creativa del año 2016.

© Ministerio de Cultura,
República de Colombia
© Derechos reservados para los autores

Prohibida la reproducción total
o parcial de esta edición sin la
autorización de los coeditores y de
los propietarios del *copyright*.

Primera edición, diciembre de 2016
ISBN XXXXXX



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA®

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN José Zuleta Ortiz	17
AMAZONAS ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE LETICIA VÍCTOR ANDRÉS LEÓN CASTIBLANCO ~ DIRECTOR DE TALLER	19
EL MOTOCICLISTA SIN CABEZA Américo Martín Ruíz Acosta	21
HISTORIA DE LA VIDA REAL Anderson Bonifacio Aga Castro	24
LA VENTANA CERRADA Bryan Cruz (seudónimo)	28
DESPERTÉ EN UN SUEÑO Carlos Andrés Pinto	34
MI VIDA Daniel Serafín Gonzales	38
MADREMONTE (HISTORIA REAL) Ever Javier Gonzales Miraña	40
TRAS LA CUMBRE DEL CHIMBORAZO Jairo Ochoa	42
EL GRAN DÍA DEL SEÑOR Jhon Fredy Ardila Ortiz	68
EL GAVILÁN Michael Chaves	71
LO QUE ME DIJO MI MAMÁ Raine Roberto Losada	73
DESGRACIA Sergio Ramírez	74

ARMONÍA Simón Rosendo Kudimugo	77
ANTIOQUIA	81
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE APARTADÓ ALBEIRO FLÓREZ ~ DIRECTOR DE TALLER	
MI ESPOSA ES UNA MAESTRA Y ES UNA DURA Carlos Augusto Figueroa	83
VOCES DE ALIENTO Camarus (seudónimo)	85
PRESAGIO MORTAL El bandido (seudónimo)	87
ROSAS NEGRAS Henry Carvajal	93
DICCIONARIO CARCELERO (RECOPIACIÓN) Humberto Seca D'Arco	98
ANTIOQUIA	101
CÁRCEL MUNICIPAL DE ENVIGADO ANDRÉS DELGADO ~ DIRECTOR DE TALLER	
UNA ROCHE PARA BORRAR LA MENTE Carlos Arturo Suárez	103
MALDITOS TOMBOS César Adrián Rave	105
NADIE SABE PARA QUIÉN TRABAJA El mago (seudónimo)	107
PARO CARDÍACO Kawasaki (seudónimo)	109
UN AVIONCITO, DE LOS QUE ALUMBRAN La minga (seudónimo)	110
GRANDES TIEMPOS Lucky (seudónimo)	111

SOÑAR NO CUESTA NADA, PERO GASTA LAPICERO Nandito (seudónimo)	113
MI MEJOR CALETA Paisano (seudónimo)	115
ANTIOQUIA CÁRCEL MUNICIPAL DE YARUMITO - ITAGÜÍ DAVID MACÍAS ~ DIRECTOR DE TALLER	117
SIN TÍTULO Martha Oliva Pineda Correa	119
SIN TÍTULO Sergio León Rivera Suárez	120
ARAUCA ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE ARAUCA NELSON PÉREZ ~ DIRECTOR DE TALLER	121
TODO COMENZÓ POR PIN Amalía Mora	123
SU PROPIA ATADURA Miyis Segura	126
AMORES PELIGROSOS Yasbleidy Arciniegas	129
BOGOTÁ RECLUSIÓN DE MUJERES BOGOTÁ - BUEN PASTOR CAMILO IGUA TORRES ~ DIRECTOR DE TALLER	133
CADENA PERPETUA Angélica Rocío Caballero Moreno	135
UNA CARTA La Mona (seudónimo)	138
ATURDIMIENTO Laura Fernanda Esperanza Visbal	143

DE ALAS RECORTADAS Marcela Cerón Espitia	145
UN AMOR SIN LÍMITES Mari Cruz (seudónimo)	147
MIS PRIMEROS DÍAS SIN TI Martha Liliana Rojas Pico	177
CARTA PARA UN AMIGO DESCONOCIDO Mysogoa (seudónimo)	180
PESADILLA Nury Yulieth Villegas Cano	182
BOGOTÁ	185
ESTABLECIMIENTO CARCELARIO LA MODELO CAMILO IGUA TORRES ~ DIRECTOR DE TALLER	
DÍA Y NOCHE Alfred (seudónimo)	187
DÍA LARGO Coroncoral (seudónimo)	189
EL COLOR DEL MIEDO Ford (seudónimo)	194
LA LEY DEL SILENCIO John Londoño Salazar	197
LLEGADA A LA MODELO Prócer (seudónimo)	201
EL ENCIERRO Roberth (seudónimo)	203
BOLÍVAR	205
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CARTAGENA - TERNERA DAVID LARA ~ DIRECTOR DE TALLER	
LA VIDA DE SANTIAGO Adalberto Gómez Sepúlveda	207

EL SUSTO Daniel (seudónimo)	210
MENTICOL Hernán Gómez Montoya	212
EL CARRO DE PLÁSTICO José Oliverio Ríos Bustamante	213
MI AMIGO, MI LANZA Y MI COMPADRE Juan Carlos Vitoña Herrera	216
DOS NOVATOS EN OSTUPO Lister Marrugo Batista	221
POR LA MALA CABEZA Luis Fernando (seudónimo)	225
CASI ME ENGAÑA Marrón (seudónimo)	228
ME LE VOLÉ AL DIABLO Oscar Humberto Galvis González	230
BOYACÁ	235
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CÓMBITA RUBÉN DARÍO SÁNCHEZ ~ DIRECTOR DE TALLER	
PALOMINO, LA ARAÑA Y EL MOSQUITO Héctor Julio Romero	237
EL HOMBRE QUE NO QUIERE VIVIR SOLO Jhon Diego Navarrete	242
AMORES Y SOLEDADES Orlando José Cadrazco Salcedo	246
CALDAS	247
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MANIZALES MAURICIO QUINTERO ~ DIRECTOR DE TALLER	
CÓMPLICE DE SU DESTINO Andrés Mauricio Narváz	249

”DEL OLVIDO, LA DESIGUALDAD Y EL FALSO PODER” Cristian Camilo Varela	251
PUNTO APARTE Edwin Alberto López Grajales	261
CHUEE Esner (seudónimo)	262
RECUERDOS DE MI MEMORIA Fabio Nelson Martínez Cárdenas	264
UNA VIDA A CORTA EDAD Jeison David Orozco Díaz	267
MUERTE INESPERADA Jorge Luis Muñoz Parra	271
QUE NO SE REPITA LA HISTORIA José Antonio Valencia Parra	277
ADIOS AL CIGARRILLO Nelson Yesid Gutiérrez	280
CAQUETÁ ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO FLORENCIA - CUNDUY ALEJANDRO RÍOS PARRA ~ DIRECTOR DE TALLER	283
INSPIRACIONES Branfa (seudónimo)	285
MI VERDAD PARA LA PAZ Raskoľnikovf (seudónimo)	288
SORPRESA DE CUMPLEAÑOS Sigfredo (seudónimo)	304
CESAR ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE VALLEDUPAR LUIS ALBERTO MURGAS ~ DIRECTOR DE TALLER	307
UNIDOS VENCEREMOS Geiner Moscote Donado	309

PÁJARO DE FUEGO	311
Ignacio Valderrama Becerra	
ALGO EXTRAORDINARIO	312
KNFFSH (seudónimo)	
DESEO	316
Marlon Guerra Melgarejo	
EL CAMINO	319
Orances Marín Cuervo	
HUILA	321
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE NEIVA	
BETUEL BONILLA ~ DIRECTOR DE TALLER	
PAGANDO POR LO QUE HIZO	323
Alexander Zúñiga Martínez	
PROMESAS	328
Carlos Alberto Atehortúa	
EL GATO Y EL RATÓN	329
Daniel Eduardo Castañeda Ramírez	
SACRIFICIOS DE MADRE	331
Jimmy Antonio González Cabrera	
¿QUÉ HACEMOS CON ESTE MUERTO?	333
Luis Ernesto Farfán Caro	
CHULOS Y PALOMAS	336
Raúl Fernando Salazar	
TODO CAMBIA EN UN MINUTO	338
Víctor Andrés Gómez Claros	
LAS PALABRAS QUE REGRESAN	341
Yeison Andrés Adames Cubillos	

MAGDALENA	343
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE SANTA MARTA - RODRIGO DE BASTIDAS	
ANTONIO SILVERA ~ DIRECTOR DE TALLER	
¿ELLOS O NOSOTROS?	345
Abril Font (seudónimo)	
MI AUTOBIOGRAFÍA	347
Deysi Rodríguez	
UN DÍA EN EL PENAL	350
Javier Pérez	
MOMENTO INOLVIDABLE	353
Luis Alexander Blanco Luna	
¿QUIÉN ES EL LOCO?	355
Romer Rafael Noriega Cabas	
META	359
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE VILLAVICENCIO	
NAYIB DONALDO CAMACHO OVIEDO ~ DIRECTOR DE TALLER	
DON CLÍMACO	361
Ángel Pedraza	
EDUCAMOS PARA LA LIBERTAD	362
Ferdinel Sosa Aguirre	
AYUDA	364
Germán Alberto Lasso	
PUERTAS AZULES	366
Joseph González	
BENDITA PLAGA	368
LABS (seudónimo)	
CUANDO MENOS LO ESPERAS	370
Manuel Julián Royero Ávila	
LA SORPRESA	374
Martín Edilson Moreno Gómez	

DECISIONES MAL TOMADAS Óscar Díaz Díaz	376
NO FUE UN DÍA NORMAL Óscar Iván Mesa Arciniegas	377
CAMINANDO Owen Marx (seudónimo)	379
NORTE DE SANTANDER ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE PAMPLONA JOHANNA MARCELA ROZO ~ DIRECTOR DE TALLER	381
EL VIAJE Alirio Jaimes Pabón	383
LOS OBJETOS SON TESTIGOS MUDOS Cesar Alonso Arciniegas Angarita	385
UN PACTO Cristian Eliel Bernate Villamizar	387
LA MUERTA Jhon Jairo Contreras C.	390
LA POPITA José Gregorio Caballero Cantor	391
LA CASA José Gregorio Jaimes Rangel	393
LA CASA DE MI ABUELA Juan Carlos Mora Cárdenas	394
MISTERIO Oscar Javier Torres García	396
RECUERDO Rubén Darío Cruz	398

TOLIMA	401
COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE IBAGUÉ - PICALAÑA EDER GIOVANNI CERVERA MARTÍNEZ ~ DIRECTOR DE TALLER	
DOÑA INÉS Bejarano (seudónimo)	403
LA ÚLTIMA CARTA Edgar Fredy Hernández	406
LA MAGIA DEL TAMARINDO Gustavo Bedoya	409
CAUTIVERIO Jhon Fredy Velásquez	412
GOLPES EN EL CAFETAL José Alemán	413
HAIKU: SIN LIBERTAD Juan Carlos Preciado	416
TUS DOS Rey Salas (seudónimo)	418
VALLE DEL CAUCA	421
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE BUENAVENTURA JEFFERSON PEREA MADRID ~ DIRECTOR DE TALLER	
LA HIPOCRESÍA Billy Flow (seudónimo)	423
AQUEL DOMINGO Hernán Montaña Torres	425
MONTAÑAS DE GUERRA José Loera	426
EL REGRESO A BUENAVENTURA Washington Solís M.	428

VALLE	431
COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE JAMUNDÍ - BUEN PASTOR MIGUEL ANTONIO RAMÍREZ ~ DIRECTOR DE TALLER	
MEMORIAS Adriana Segovia Pérez	433
BLANCO Y NEGRO Blanca Nelly Gil Ruiz	436
SECRETO Doris Suárez	438
CONVITE DE IDA SIN RETORNO Jennifer Paredes	440
GRACIAS POR TODO Jhoana Belalcázar Gómez	443
POEMA DE AMOR Julieth Hurtado	445
TE INVITO A QUE ME ACOMPAÑES Karen Martínez	446
LO MEJOR DE MI VIDA Luz Adriana Castillo Ospina	448
EL ROBO (OFRENDA DE LA IGLESIA) Luz Consuelo Mindinero	452
SI QUIERES Maiden Moreno Fernández	455
A MÍ TAMBIÉN ME PESAN LAS CADENAS Martha Katherine Castañeda	458
HOY ES UN NUEVO DÍA... Miriam Zamora Solarte	459
MI PEQUEÑO RESUMEN Ofelia Puente Rodríguez	460
EL LAZO DE ORO Patricia Londoño Castaño	462

VALLE DEL CAUCA	463
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE PALMIRA	
WALTER MONDRAGÓN ~ DIRECTOR DE TALLER	
UNA FUGA DE PELÍCULA	465
Estiben Ardila	
UNA NOVIA MUY COSTOSA	470
Gabelo (seudónimo)	
CASI ME MUERO	472
Hernando de la Cruz Saavedra	
LA GUERRA ENTRE AMIGOS	474
J. H. (seudónimo)	
EL GRAN TESORO	476
Jaime Jhon Gil Mejía	
UN PRESENTIMIENTO SINCERO	478
Jhon Jairo Marín Bolaños	
LA NOCHE QUE NOS ROBARON	480
Manuel Fernando Molina	
UN AMOR SECRETO	484
Nelson Chimachana Pusquin	
LA VIDA	487
Parte uno (seudónimo)	

PRESENTACIÓN



Este libro contiene una muestra de los trabajos de escritura realizados en veintiún cárceles de Colombia durante el año 2016. Las historias que se narran aquí provienen de los más diversos lugares de nuestro país. Historias del Amazonas y de La Guajira, de los Montes de María y de los Llanos del Yarí, de los ríos y manglares de Buenaventura o del río Arauca. De las calles y las noches de las grandes ciudades y de los pueblos perdidos en las cordilleras y llanuras. Es en suma un retrato de lo que ocurre en la geografía colombiana y de su gente.

Ofrecemos en este programa la posibilidad de que mujeres y hombres que han perdido su libertad escriban. Buscamos que al querer contar se conviertan en lectores. Ocurre con mucha frecuencia que personas que nunca habían leído un libro terminan siendo lectores movidos por la curiosidad de saber cómo se cuenta una historia. El deseo de saber cómo lo hacen otros lo aprovechamos para sugerir lecturas y para acompañar cada proyecto personal de escritura con una bibliografía que dé, a quien desea escribir, luces sobre cómo puede lograrlo.

Si hay algo poderoso en estos escritores, es que a diferencia de muchos otros formados en la academia, tienen mucho que contar y

no necesitan echar mano de la imaginación para narrar sus historias que, en la mayoría de los casos, son vidas vividas al límite; o que en un instante cambiaron de rumbo de manera dramática. Relatos que muestran la iniquidad y la marginalidad, las violencias que nos habitan y a las que nos exponemos. Historias que son un complejo mapa de lo que es nuestra sociedad y nuestra condición humana.

En estos escritos el lector encontrará la voz popular y la vida tal y como es; libre de intervención teórica o retórica, desnuda de artificios: la vida tal cual fue vivida por sus protagonistas. Y es allí en donde reside el valor de estas páginas. Cuando nos acercamos a las palabras de quienes quieren contar sus vidas, en sus propios términos, con la gracia del habla, con su picaresca y su carácter, estamos mirando de frente, sin vestiduras, la verdad de lo que es nuestra nación.

No es fácil realizar este trabajo. La cárcel es una invención monstruosa, la más inhumana de las creaciones del hombre. Por ello es tan temida y por ello sus habitantes, cerca de doscientos mil en Colombia, dicen que son “muertos vivientes”. Sin embargo a pesar de la adversidad propia de su situación, ven en la posibilidad de escribir un madero para intentar salvarse.

Uno de los escritores de estas páginas me dijo en Valledupar:

“Escribir en la cárcel es una manera de no estar en la cárcel, es mi forma de salir de ella para estar conmigo mismo, para no olvidar quién soy, para volver a donde pertenezco”.



JOSÉ ZULETA ORTIZ

AMAZONAS

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE LETICIA



VÍCTOR ANDRÉS LEÓN CASTIBLANCO
DIRECTOR DE TALLER

EL MOTOCICLISTA SIN CABEZA

Américo Martín Ruíz Acosta



Hace un buen tiempo, allá por los años setenta, Iquitos, Perú, era una ciudad pequeña, sólo comprendía el distrito de Iquitos. No existían muchas calles pavimentadas, solo lo estaban las calles principales.

Cada noche de fuerte tormenta, en esta ciudad amazónica aparece en inmediaciones de las calles Castilla y Alfonso Ugarte un ser sin cabeza montado en una vieja y grande motocicleta. Este motociclista recorre toda la calle Ugarte hasta la calle 16 de Julio que era antiguamente la zona del mercado mayor de abastos. Esta aparición causa pánico y terror en las personas que se encuentran en ese momento en la zona. Por causa de la tempestad y oscuridad en el momento de la tormenta, el personaje no se alcanza a observar muy bien, se ve borroso y no se hacen visibles sus características.

Esto me fue contado cuando yo era un adolescente y comienza así:

Al costado del cementerio general, en la calle Ramón Castilla vivía un personaje muy querido por los vendedores de verduras, ya que era propietario de un campo de cultivo o chacra en la que cultivaba en cantidad lechuga, cilantro, tomatillo, ají, ají dulce, cebolla china y otros productos más. Productos que distribuía día a día por diferentes lugares en su motocicleta.

Un día este señor tenía que entregar un encargo de cilantro, lo llevaba en cestas amarradas de su motocicleta. Siempre iba acompañado de su hija, Carmela de catorce años o quince años en esa época —algunas personas dicen que ella aún vive en Iquitos, pero nadie sabe dónde—. Este día de triste amanecer, caía una gran tormenta, así que el hombre le dijo a su hija, tal vez presintiendo que algo pudiera suceder, que se quedara en casa pues la tormenta estaba muy fuerte.

Él salió cargado de canastos con cilantro rumbo a la zona del mercado mayor por la calle Ugarte, y llegando al cruce con la avenida Grau la tempestad se recrudeció y redobló su fuerza. A pesar de esto el motociclista no quiso detenerse ni reducir la velocidad, continuó rápidamente por esta calle hacia el mercado mayor de Belén. Al girar en una esquina sus llantas resbalaron, pero no cayó, se repuso enseguida y siguió.

Al llegar a la calle 16 de Julio, una ráfaga fuerte de viento levantó las tejas de zinc de una de las casetas de venta que bordean la referida calle. Estas tejas salieron despedidas por los aires en distintas direcciones. Muy pocas personas se percataron de lo sucedido, y lo que sucedió fue que una de las tejas se vino directamente sobre el motociclista y le arrancó la cabeza de un sólo tajo. Las personas que estaban en el lugar sólo vieron que el que estaba manejando la moto no tenía cabeza y caía aparatosamente en medio del mercado, llevándose todo lo que estaba a su paso.

Cuando las personas se repusieron del susto y la impresión, fueron corriendo hacia el hombre y lo encontraron pataleando y sacudiendo sus brazos, hasta que poco a poco fueron parando sus espasmos y quedó inmóvil. En medio de la lluvia, las personas se agruparon alrededor del motociclista y reconocieron que era el vendedor de verduras, pues las canastas de cilantro estaban esparcidas alrededor y llenas de sangre que salía a borbotones del cuerpo cercenado del hombre.

Las personas miraban con asombro y se preguntaban dónde estaba la cabeza del difunto, comenzaron a buscar por todas partes sin suerte alguna, la cabeza no estaba por ningún lado. Al poco rato llegó la policía y acordonó la zona, hicieron la investigación e

interrogaron a los testigos y todos coincidieron en que la causa fue por conducir bajo la lluvia torrencial que caía en ese momento.

La investigación quedó ahí. Nunca encontraron la cabeza de ese personaje, el querido vendedor de verduras. Pero cuenta la gente que vive cerca de estas calles donde sucedió el accidente, que en las madrugadas de tormenta se escucha el rugir de la Honda 250 recorriendo la ruta macabra.

HISTORIA DE LA VIDA REAL

Anderson Bonifacio Aga Castro



Hace mucho tiempo atrás, en lo más profundo de la selva colombiana existía una tribu de jóvenes guerreros, este linaje se destacaba por ser uno de los más fuertes de toda la jungla. En ella había un brujo y el trabajo de esta persona era escoger a los guerreros. Él sabía cuándo una mujer estaba preñada, miraba en su vientre si este niño servía para la lucha o la batalla, así, el que no era apto, lo mataban antes de nacer.

Cuando nacían, este brujo se llevaba a los niños para lo profundo de la selva, les cubría con caucho de siringa los brazos y las piernas para protegerlos. A medida que los niños iban creciendo, el brujo les enseñaba a sobrevivir en el monte: a pescar, a cazar, a sembrar las plantas sagradas como la coca y el tabaco; también a luchar. Los ponía a dietar, la comida de ellos era sólo sardina de quebrada con tortas de casabe y ají. La mujer que atendía a los jóvenes tenía que ser una mujer que no menstruara. Cuando ya estuvieran preparados para la guerra, el brujo los llevaba donde el cacique o capitán de la tribu. Este hombre los mandaba para la guerra inmediatamente, les daban su arco y su mazo para defenderse. Cada vez que ganaban una guerra, los batalladores que volvían eran reconocidos como dioses, les ofrendaban las mejores mujeres y hacían su vida como cualquier otra persona.

Un día cualquiera, otra tribu encontró el asentamiento de los guerreros, entonces esa gente reunió a sus mejores guerreros para hacerles una emboscada. Esperaron que anocheciera y entraron a matar al que encontraron en el camino. Hubo una lucha a muerte entre ambos bandos, prácticamente se exterminaron entre ellos. De esta gente que quedó viene el linaje de mi padre, pues su padre, o sea mi abuelo, era uno de los guerreros de los que les estoy relatando.

Mi abuelo bajó a San Rafael, Putumayo. Era un hombre respetado por todo el tiempo que el brujo se encargó de enseñarle. Él se dedicaba a curar enfermedades de la gente, y a los pocos años de convertirse en cacique de San Rafael, nació mi padre. Él también es un gran hombre, muy respetado y humilde trabajador, digno de mi admiración y gran conocedor de la tradición indígena de los Murui y otros pueblos.

Yo nací en un pueblo pequeño, en una casa humilde. Soy el menor de tres hombres, sin embargo, el más respetado por todos los que conocen mi vida. Mi madre se fue para Leticia cuando yo tenía cuatro años, me puso a estudiar en la Marceliano, allí estudié hasta sexto, luego volví al Putumayo donde mi papá y a los trece años me enlisté en la guerrilla. Estuve dos años metido en la selva colombiana, combatiendo. Allí conocí a una mujer, la paisana más bonita de todas. Empezamos una relación y ella quedó preñada, así que decidimos volarnos. Cruzamos la frontera hacia el Perú y allí estuvimos un tiempo, luego cruzamos nuevamente a Colombia, hablé con el ejército colombiano y ellos me brindaron colaboración y protección.

En este lugar me encontré con varios amigos que también se habían volado conmigo, con ellos hicimos un plan, pues como nosotros nos conocíamos toda la zona donde patrullábamos, planeamos irnos de asalto y quitarle a la guerrilla un dinero que les llegaría desde Urabá. Llegamos a Puerto Arica, Amazonas, y allí cogimos una canoa, en ella llevábamos las armas debajo de las mallas de pescar por si nos paraba el ejército o la guerrilla. Cuando llegamos al campamento había más o menos veinte hombres, quince trabajando y cinco cuidando. En ese momento, se acerca mi compañero y me dice que nos vayamos para donde está la plata. Nos tiramos al piso en arrastre bajo, cuando llegamos a la carpa sólo había cocaína,

no estaba el dinero. Entonces llegaron atrás de la carpa seis trabajadores, nosotros estábamos dentro de ella, cuando mi compañero me dice:

—Yo salgo y los encaño, mientras tú pasas la quebrada con tu bolso y el mío.

—Hágale que yo lo cubro. ¡Corra! —le respondo.

Yo salí corriendo con la mercancía en la espalda. De ahí no miré nada de lo que pasaba atrás cuando crucé la quebrada, sólo escuchaba ráfagas de bala. Yo sólo corría sin parar, corrí por tres horas hasta llegar a la zona de encuentro en el río, de ahí, me escondí detrás de un palo a esperar que viniera mi compañero. Cada vez las ráfagas se acercaban más y cuando todo quedó en silencio me asusté más porque pensaba que me iban a encontrar. Casi llegando la noche escuché unos quejidos, alguien silbó y yo reconocí los silbidos, así era como nos comunicábamos, entonces yo salí de donde estaba y silbé y él respondió. Cuando lo encontré estaba mal herido, con tiros en la costilla, en el brazo y la nalga. Lo cargué hacia el Río y lo metí en la canoa. Toda la noche bajamos por la orilla. Casi al amanecer escuchamos el ruido de un motor, entonces, hundí la canoa y cargué a mi compañero. Cuando miramos bien el bote era de la policía. La policía trabajaba para la guerrilla y nos cogieron a tiros, entonces subimos el barranco y arriba mi compañero se acostó y se acomodó para dispararles, les reventó el motor y comenzaron a remar. Si hubiéramos querido, los matábamos, pero preferimos escaparnos porque no había tiempo. Entonces corrimos por la trocha. Cuando nos dimos cuenta ya estábamos por la finca de una vecina y yo le dije a mi compañero que ya estábamos que llegábamos. Nos escondimos en esa finca hasta la noche y a esa hora cogimos trocha para llegar a la casa. Cuando llegamos estaba mi abuela cocinando, ella se asustó mucho al verme lleno de sangre, pensó que algo me había pasado y cuando miró a mi compañero ahí si se preocupó, porque lo vio muy mal herido. Esa noche misma crucé para el lado peruano. Mi compañero se quedó en la casa de la abuela. Los que nos buscaban sabían que yo había hecho ese escándalo, pero yo ya no iba a estar allí, había cruzado hacia el Caquetá para donde mi familia. Al llegar donde mi mujer todo cambió, y después de esa experiencia que tuve nunca más volví a empuñar un arma.

Pasados varios años me encontré con mi compañero en el puerto de Leticia. Fue como encontrar a un hermano que se había perdido hacía mucho tiempo. Nos pusimos a recordar el pasado y tomando una cerveza nos pusimos a reír, fue como jugar con la muerte.

Esta es una historia basada en la vida real.

LA VENTANA CERRADA

Bryan Cruz (seudónimo)



Uno podría llegar a pensar que es necesario que se cumplan una serie de condiciones especiales o situaciones específicas para iniciar una conversación que valga la pena sostener, aunque para ser franco, no sé distinguir con claridad entre lo que vale la pena y lo que no. Por lo anterior, puede sonar descabellado hablar de algo que carece de sentido para mí, y mucho más si intento hallar una explicación plausible para este tópico. Como un último esfuerzo desesperanzado de acortar, al menos en una pequeña proporción, la abismal brecha en la que se ha convertido mi ignorancia sobre las conversaciones humanas y la continuidad de las mismas, he hecho acopio de toda mi capacidad para recordar, entonces me he topado con una vieja historia que no estoy seguro de haber escuchado de alguien más, por lo que es probable que mi historia sea el producto de una activa imaginación, como muchas de las cosas que digo a diario. Memoria o imaginación, vale la pena intentar relatarlo:

El sol, que podía observarse desde la ventana cerrada de aquel quinto piso, era radiante; al interior de la habitación blanca estaba todo tranquilo y silencioso. Dos hombres yacían sentados uno frente al otro con las manos y los codos apoyados en una pequeña mesa

redonda y cubierta por un mantel bordeado por encaje también de color blanco. Ambos hombres se observaban uno al otro, los ojos bien abiertos apenas parpadeaban, y parecían pugnar por el derecho a existir. La intensidad de sus miradas lograba transmitir un mensaje cifrado, con tanta pericia que ni el más perspicaz de los expertos hubiera podido descifrar el contenido de las palabras ausentes de los hombres. No tenían más que sus nombres, un par de vidas demasiado cortas como para luchar por algo y algunas palabras enredadas en sus gargantas. Como en cualquier historia el impertérrito tiempo avanzaba sin cesar, así que sin más preámbulos comenzaron su conversación. Así, Alfa y Omega pronunciaron sus primeras palabras:

—Veo con asombro que no has cambiado mucho desde nuestra última conversación.

Alfa usaba un tono sarcástico mientras observaba a Omega.

Omega, sin ocultar su irritación por la presencia del visitante contestó:

—Pensé que había sido lo suficientemente claro en nuestro último encuentro. Por desgracia veo que no fue el último, ahora dime ¿Qué carajos quieres de mí, por qué has regresado?

Omega dejó escapar unas gotas de saliva mientras hablaba, y enseguida se apresuró a abrir la ventana de la habitación sin conseguirlo.

—Omega, sabes que no puedes escapar de mí, y tampoco podrás abrir esa ventana. En cuanto a tu pregunta, ya conoces la respuesta, vengo por ti, necesito que regreses, porque aunque te esfuerces en negarlo, también sabes que debes regresar.

—¡Mierda!, ¿quién diablos cerró la ventana? —gritó Omega furioso, mientras observaba a Alfa como en busca de una respuesta.

—Fuiste tú, ¿cómo pudiste haber olvidado la ventana cerrada?, nadie más que tú podría cerrarla —replicó Alfa.

—Tienes razón Alfa, ahora que lo mencionas comienzo a recordarlo.

Omega hizo una pausa mientras forcejeaba con la ventana.

—Ya ha pasado mucho tiempo, deberías entender que mi regreso es inútil, no cambiaríamos nada, por eso te pedí que no volvieras —respondió Omega.

Alfa se levantó de la silla con expresión preocupada, luego dio dos vueltas en la habitación tratando de aclarar su mente, mejorar la fluidez de sus palabras y, con ello, su poder de persuasión.

—Sólo cuando hayas muerto podrás evitarme, y hay que admitir que en el deprimente estado actual de tu existencia te encuentras precisamente vivo, tu obtuso corazón no deja de latir —repuso Alfa con serenidad.

Omega se retiró de la ventana y tomó asiento nuevamente en la mesa, después, observando a su interlocutor, continuó:

—Alfa, el arte de la soledad me ha ayudado a soportar el espectáculo bochornoso en el que se ha convertido este mundo. Existe una gran confusión en mi cabeza, de la que aún no he podido liberarme. Estoy seguro que el tiempo logrará emanciparme de esta feliz locura.

Alfa caminó de regreso a la mesa y tomó su lugar frente a Omega.

—Viejo amigo —dijo Alfa—, tú siempre fuiste un trabajador incansable y de opiniones sabias, así que seguramente tienes buenos argumentos para defender tu postura, pero esa feliz locura de la que hablas y tu fijación por la soledad no demuestran ni remotamente que tu aislamiento voluntario sea razonable. Omega lanzó una carcajada histérica.

—¡Tú hablando de ser razonable! —Decía Omega mientras trataba de recuperar el aliento—. ¿Cómo te atreves a hablar de lo que es razonable o no? ¿Acaso has olvidado que por poco destruimos el mundo? Todo ha ocurrido por pretensión de ser un fin y no un puente para la evolución. O tal vez ¿has olvidado que perdí mi derecho a morir sólo por seguirte a ti?

Alfa resuelto y decidido en su misión de persuasión se dirigió a Omega:

—Yo no te he quitado el derecho a morir, te he salvado la vida. Amigo mío, no has entendido que no importa morir joven o viejo, lo que realmente importa es morir a tiempo y aún no ha llegado tu gran momento de morir. Este mundo comenzó a destruirse hace mucho y me temo que aún faltan muchos siglos más de destrucción. Es inevitable y lo sabes. No es posible la anarquía sin generar el caos. En este mal llamado mundo irreverente las formalidades que tuvimos son una revolución, una legítima revolución.

Omega observaba vuelto a la calma.

—Quisimos destruir el mundo... —Alfa hizo una pausa para organizar sus ideas—, pero ¿no es acaso necesario hacer arder la maleza para sembrar nuevas y mejores semillas?

Omega se limpió con el puño de la camisa el sudor de la frente.

—Lo que dices estaría bien si fuéramos agricultores —dijo Omega en señal de negación— pero estamos hablando de seres humanos.

Alfa se levantó de la silla y comenzó a reír. Luego habló:

—Amigo mío, fuiste tú quien dijo que el mundo es una gran y eterna analogía de situaciones que se presentan diariamente con diferentes rostros, ¿lo has olvidado?... ¿¿Qué importa si son humanos, cucarachas o un montón de maleza?! La solución indistintamente será siempre la misma, una inyección letal en las venas del atrofiado mundo.

Omega continuaba negando lo que escuchaba con un leve movimiento de cabeza.

—Alfa, no tenemos la autoridad para sentenciar eso —dictaminó Omega en tono drástico. En ese momento Alfa comenzaba a perder la paciencia.

—Si no tenemos la autoridad, entonces ¿quién la tiene?, ¿acaso la tiene Dios? Ya sé, la solución la tiene la mierda de sociedad en la que has decidido vivir completamente, o mejor debería decir “la suciedad”. Porque la cultura, las costumbres y esos seres esnobistas, que pufulan por todas partes, están impregnados de un olor a putrefacción, incluso tú ya empiezas a oler como ellos. Presiento que tanta basura en el aire ha comenzado a atrofiar también tu cerebro.

Omega se había levantado de la mesa antes que Alfa terminara de hablar, nuevamente se acercó a la ventana e intentó abrirla sin conseguirlo. Había comenzado a sofocarse y a sentir el calor de un abrazo infernal por todo su cuerpo, y un sopor repentino nublaba su visión. Luego de reflexionar unos minutos en silencio, de pie frente a la ventana cerrada, le costaba demasiado tener que aceptarle a Alfa que cada una de sus palabras era cierta y que, incluso, podía percibir cada mañana el paroxismo de la putrefacción mundana. Definitivamente el visitante tenía razón. Alfa continuó hablando.

—Tú y yo juntos somos invencibles, siempre fue así y siempre lo será, pero eso ya lo sabes. No olvides que yo soy el principio y tú el

fin. Tampoco olvides que si es necesario cambiaremos de lugar. Lo que realmente importa es que juntos somos eternidad.

Omega continuaba escuchando el sermón de Alfa sin alejarse de la ventana, seguía forcejeando y comenzaba a perder la paciencia, no tanto por las palabras de su amigo, como por su ineptitud para abrir la ventana.

—¡Esta maldita ventana! —Dijo Omega en voz alta—. ¡No es posible que esté tan cerrada! ¿Cómo puede ser que haya olvidado la forma de abrirla?

Alfa lo observaba y apoyaba la cabeza en los nudillos de la mano derecha.

—Omega, mi viejo amigo, por lo que veo es muy poco lo que recuerdas del hombre que fuiste. Hace algún tiempo tomaste la decisión de cerrar la ventana para siempre, a pesar de mis recomendaciones. Ahora sólo puedo pedirte que regreses, tenemos mucho trabajo por hacer aún. Debes olvidar la ventana cerrada, es la única forma de volver y, aunque ciertamente fuiste el responsable, ni tú ni nadie volverá a abrirla.

En ese instante Omega se acercó a Alfa para susurrarle:

—¿Y cómo esperas que siga viviendo si no puedo abrir la ventana?

Alfa lo tomó de las manos y respondió:

—De la misma forma como lo has hecho hasta el día de hoy...

Una puerta se abrió junto a los dos hombres y, justo en ese momento, Omega reconoció su rostro en el rostro de Alfa. De pronto, una mujer vestida de enfermera se acercó a Omega.

—Buen día señor Soto, ¿Cómo se siente? —Preguntó la mujer.

—Tan bien como puede sentirse una rata de laboratorio, además no puedo abrir esa maldita ventana. —Omega posó su mirada sobre una pared completamente desprovista de ventanas.

—Señor Soto, le pido que por favor se tranquilice. En esta habitación no hay ventanas. Recuerde que este es un quinto piso y por petición expresa de su familia lo hemos asignado a este lugar, por su seguridad.

Omega se fregó los ojos y confirmó que efectivamente no existían ventanas en el lugar. La enfermera continuó hablando.

—Lo siento mucho señor Soto, pero su familia fue bastante clara con respecto a las ventanas. Tengo algo que preguntarle: antes de entrar al cuarto no pude evitar escuchar lo que decía, ¿con quién hablaba?

Omega aún estaba sorprendido por la inexistencia de la ventana, pues siempre creyó que había una.

—No hablaba señorita, sólo pensaba en voz alta —respondió Omega.

La enfermera observaba conmovida a Omega.

—Señor Soto, debo suministrarle el medicamento, ya es la hora.

—Tiene mucha razón ya es la hora...

Es todo lo que puedo recordar de aquella conversación. Hace mucho tiempo no visito a mi viejo amigo. Lo último que escuché de él es que no quería volverme a ver.

DESPERTÉ EN UN SUEÑO

Carlos Andrés Pinto



¿Qué nos hace diferentes? Los sentimientos, pero ¿qué podemos sentir? Mientras dormimos o tan sólo cerramos los ojos, viajamos a lugares desconocidos.

Estuve en un lugar u otro, como en distintas ocasiones, son tantos los lugares, que mi memoria ha tenido que borrar unos cuantos.

¿Sentimientos? En todos esos viajes los tuve.

¿Cómo los diferencio? ¿Cómo sé que fueron reales? ¿Cómo puedo hacer para definir un sentimiento? Si mis viajes han sido mientras cierro los ojos y me veo envuelto en mil viajes vividos y por vivir.

Es fácil entrar, pero cómo comprender cuando estoy fuera, “siento” no comprendo, me pellizco y grito, no comprendo, pues en mis viajes en ocasiones he tenido tropezones y caídas, es más, no sé por qué estoy en este hospital por más de cinco días (si no siento nada)... Entonces, de un momento a otro me apedreaban y golpeaban tan fuerte que sangraba, sentía que moría, ¿cómo? No termino de entender, ¿era real? Abro los ojos y no siento mi cuerpo. Siento como si estuviera en el cuerpo de un gigante, tan diferente al mío, tan pesado. La cabeza me parecía que era tan inmensa y me daban

vueltas los ojos, estaba mareado sin poder mover mis piernas, estaban pegadas a mi cuerpo, pero estaban tan pesadas que no podía moverlas. Tengo moretones en todo el cuerpo, no siento dolor, pero puedo verlos borrosamente en mis brazos vendados.

¡Qué ocurre!

¿Por qué me apedrearon? ¿Por qué me golpearon?

¿Dónde estoy!

¿Qué ocurre?

¿Qué puedo sentir? Si no puedo moverme, será que se puede sentir nada...

Es correcto afirmar que tengo sentimientos con los ojos cerrados, pero los tengo abiertos y no siento nada, no sé, quizás los tenga cerrados y sienta que los tengo abiertos.

¿Qué pasa? ¿Cómo diferencio los sentimientos?

Cómo sé que es real, si la realidad se vive mediante los sentimientos... Cierro los ojos y logro perderme en un viaje, sigo aquí tan quieto, hablo, lo sé porque siento mi lengua que pide desesperadamente agua, quizás en este viaje haya agua, pero ¿qué es agua? ¿Por qué la necesita mi lengua? Sentir sed no puede ser una necesidad.

¡Siento que necesito sentir!

Será correcto decirlo, necesito sentir, pero si con los ojos cerrados sentí golpes y no sé si los tenga abiertos. Pero no siento nada aun con moretones ¿Qué ocurre? Necesito sentir amor, no más dolor ni ansiedad.

¿Qué es amor? ¿Un sentimiento? Se puede definir o digerir amor.

Tengo sed, necesito... en mi memoria algo me dice que puedo desfallecer, la necesito para sobrevivir, ella me fortalece, me edifica, de ella dependo para vivir. Necesito saciarme de ella ¿Puedo llamar amor a esto que siento?

¡Oh mi cabeza!

Sé que estoy lastimado, porque ahora empecé a sentir un pequeño dolor que aumenta ¿Qué cosas volví a sentir cuando arrojaron las primeras piedras sobre mi cabeza?

Recuerdo que en uno de mis viajes corría tras de mí una mujer y en sus manos un cinturón traía. ¿Con eso me golpeará? Debo seguir corriendo porque se me escapa otra mujer de piel suave, hermosa

cabellera, con caderas sin igual, cómo puedo estar en esta playa tomando de la mano a esta mujer. Es tan hermosa, me abraza y me acaricia, me gusta. Hicimos tantas cosas, no hubo ni un golpe ni un tropezón, fue algo maravilloso, pude sentir amor ¿Será amor?

¡Un momento!

Hay lágrimas en mis ojos, ¡espera! No te vayas, en los ojos de ella también hay lágrimas... no le suelto las manos ¿Quién es la persona que te acompaña? ¿Por qué te toma de las manos, te acaricia, te besa? Así como hacías conmigo, ¿lo permites? Algo me oprime, me angustia, me lastima. Siento que me tortura y se ennegrecen mis pensamientos. ¿Esto es odio? ¿Otro sentimiento? ¿Qué? ¿Cómo?, sentir amor y después odio.

¿Se supone que quiero definir qué nos hace diferentes? Pues el sentir, con dolor, necesito amor y odio ¿Qué ocurre? Todo fue tan real. No sé si a ella la conozco, pues la vi sólo en esa ocasión, nunca la volví a ver en alguno de mis viajes. En cambio, no estoy seguro, una bella mujer muy diferente y de bella sonrisa y carisma espectacular ocupa mucho más espacio en mis viajes. Son tantos momentos los que he pasado con ella, recuerdo que también hubo lágrimas en sus mejillas, junto a ella, un pequeño niño. Me doy cuenta que ha de tener unos pulmones inmensos porque no llora sino que pega unos gritos. Yo tengo lágrimas, pero mis pensamientos no se nublan, sino que siento mi corazón palpitar, siento que haré cualquier cosa por ese niño, siento alegría ¿Cómo puedo llorar de alegría?

¡Nadie me golpea ni me maltrata! ¿Cuál es este nuevo sentimiento?

¡Claro! ¡Es felicidad!

¡Estoy feliz!

No sé si será real o sigo en uno de mis viajes, quiero despertar ¿O estoy despierto? ¿Por favor! ¿Qué es real? ¿Siento o no siento? ¿Estoy aquí o allá? ¿Llegué o me trajeron? ¿Qué ocurre conmigo? Mientras duermo viajo a lugares desconocidos que son misteriosamente conocidos ¿Cuál es la realidad? Cómo puedo diferenciar los sentimientos si he sentido dolor, necesidad, angustia, placer, odio, amor y felicidad al mismo tiempo. A mí, me ocurren estas cosas... Será que a alguien más le pasa lo mismo...

Siento que una mano acaricia mi rostro, una mano gruesa pero frágil ¿Me alcanzó aquella mujer con el cinturón en la mano? Espera, es un poco más adulta, es mi madre ¿Por qué me acaricia? Sobre sus mejillas hay lágrimas, no distingo qué siente, no sé si es odio, amor o felicidad. Esperen, si se odia se puede amar. Algo intenta decirme, no le entiendo, se le fue la voz. Entre borroso veo moverse sus labios, sé que me está hablando, soy yo el que no puede oírlo, se enciegan más y más mis ojos, ¿será que empezaré un nuevo viaje? No creo, al final empiezo a oír, murmurando me dice que esté tranquilo, que ella me está esperando en un mejor lugar. Quiero saber a quién se refiere, cómo que los veré a ella y al niño...

¡Mi hijo!

Lo recuerdo llorar tan fuerte ¿Dónde está? ¿Dónde me están esperando? No puedo ver nada y tampoco alcanzo a oír nada. ¡Qué ocurre! Esperen, por qué me desespero, tan sólo tengo los ojos cerrados y siento, ¡siento que lo descubrí! Estoy vivo, es el mejor sentimiento.

Lo descubrí mientras cierro los ojos, empiezo un nuevo viaje y jamás volveré a abrir los ojos.

MI VIDA

Daniel Serafín Gonzales



Ayer pensé en ti, dime qué tengo que hacer para olvidarte. Quisiera devolver el tiempo atrás, si supiera lo que me traerá el destino, si supiera el dolor que es sentir no estar contigo. Me acuerdo aquella vez en que por primera vez te hice mía. Soy un perdedor porque te amo y es tan duro saber que no puedo besarte y acariciarte. Quiero tenerte siempre conmigo hasta el fin de mis días. Todos los días levantarme y que sea siempre tu sonrisa hermosa la de los buenos días. Te quiero mucho mi vida. Cuantas noches he llorado, por qué tiene que ser así, la vida que llevo no es buena, por eso te pido paciencia, entiéndeme que no soy perfecto.

Son tantas las cosas que quiero decirte, tal vez el tiempo no sea mi mejor amigo porque siempre se acaba cuando estoy contigo. Tú eres la dueña de mis pensamientos y fantasías, estoy siempre presente sin razón. Con razón nada es igual porque tú no estás mi vida. Quisiera olvidar o dormir profundamente y nunca despertar porque lo que siente mi corazón es tan grande amor, que no tiene comparación. Confío en que cada día Dios está conmigo, siento un desespero intenso que me mata por dentro. Amigos no existen, existen conocidos. Me haces mucha falta, pues estoy muy acostumbrado a

tu amor. Por qué tuve que ser así. Siempre pienso en ti. Me encanta imaginarte.

Pensamientos y emociones son como dos oposiciones siempre luchando por sus beneficios. Las emociones se sienten en el corazón, es decir, lo que dice el corazón y el pensamiento buscando siempre su interés o las malas intenciones. Si tengo la razón te compongo una canción diferente a lo que diga la gente, palabras muchas salen, pero cada vez que hables tienes que medirlas, porque una cosa he aprendido: a agachar la cabeza cuando es necesario. El orgullo es tan grande, es una emoción que tienes que controlar con la mente, actúas como un demente cuando te emocionas.

Pienso diferente, actúo diferente, pero siempre estás presente en mi mente. Quisiera olvidar lo que viví un día, pero fue lo que sembré, ahora estoy cosechando las semillas que regué en el camino. Quisiera no sentir amor, el amor nos hace débiles y sufro porque estoy enamorado. Pero, como se sabe “el que se enamora pierde”. Cada día te siento más lejos, quisiera estar con mis pequeños hijos, niños que no tienen la culpa de mis errores. Tal vez algún día encontraré lo que busco: fortuna en el reino de Dios. Es mi familia lo que quiero. Los extraño mucho. Pienso en lo que decía mi madre, por qué no le hice caso. Soy tan terrenal y siempre pienso sólo en lo material, sabiendo que todo se acaba.

Quisiera verte, dime que sí para dejar de pensarte tanto. Me levanto ansioso por verte. Si supieras cuantas noches he sufrido, llorando tanto, tan sólo porque no te tengo. El dolor que a veces siento me enloquece, pero pienso en Dios, mi buen amigo. Con estas letras quiero que sepas la realidad de mi tristeza, esa tristeza que invade mis pensamientos porque tú no estás cada día, cada hora, cada minuto que pasa es triste en este lugar. Quisiera encontrarte en el lugar más hermoso del planeta y decirte al oído que te extraño. Te Amo.

MADREMONTE

(HISTORIA REAL)

Ever Javier Gonzales Miraña



Estos hechos ocurrieron en uno de los sitios sagrados en el corregimiento de La Chorrera, Amazonas, asentamiento indígena ancestral de la gente del tabaco, la coca y la yuca dulce. Plantas sagradas de estas gentes.

En aquel tiempo había un grupo de familias que vivían con sus hijos en una sola maloca. Los padres de estas familias salían todos los días a La Chorrera, pues esta gran casa comunal quedaba retirada de allí, entonces los niños quedaban solos en la maloca.

Estando ellos en casa, se apareció una abuelita en la entrada de la maloca, ellos observaron que se parecía a su propia abuela. Ella entró y les dijo a los niños que iba a dormir, pero que la levantaran cuando llegaran sus padres, entonces la abuela se puso en la hamaca y se quedó dormida profundamente.

Cuando los niños miraron que llegaban sus papás, la abuela se levanta y cogiendo su bastón sale de prisa por un camino hacia el monte. Y así todos los días. A veces, cuando la abuela llegaba por la mañana le decía a los niños que le sacaran las niguas, sin reventarlas, mientras ella dormía. A los que le sacaban las niguas enteras les daba una mafafa “ñame” buena, al que la reventaba le daba una dañada,

y esto hacían los niños mientras la mujer dormía. La abuela siempre les decía a los niños que no dijeran a sus padres nada de esto.

Así ocurría y un día uno de los padres de los niños sospechó algo, y uno de ellos preguntó a sus hijos:

—Hijos, ¿por qué ustedes se están enflaqueciendo?

—Papá, lo que pasa es que todas las mañanas, cuando ustedes se van a la chagra o a La Chorrera, llega la abuelita con una mafafa a darnos de comer como pago por sacarle las niguas que tiene en los pies mientras ella duerme.

Hubo un día en el que la abuela llegó mientras los niños estaban solos, los arreó con una rama de ortiga, hizo un canasto grandísimo con bejucos que tenía en la puerta, los echó allí y los llevó al monte. Uno de los niños alcanzó a escaparse y subiéndose al techo de la casa logró observar hacia dónde llevaban a sus compañeros. Después de que la abuela robó a los niños, los padres llegaron y no encontraron a nadie.

En ese momento, el único niño que había quedado, desde encima de la casa señaló a su padre hacia qué lado se había llevado al resto de sus hermanos y hermanas.

Nuevamente el niño contó la historia de la abuela que llegaba todas las mañanas, y la familia sabiendo lo sucedido se reunió para planear el rescate y la venganza por el robo de los niños.

Mandaron invitaciones a diferentes clanes y sacaron cantidades enormes de distintos tipos de ají, para luego ir al sitio donde supuestamente estarían los niños. Cuando hubieron recogido el ají suficiente, se desplazaron al sitio y encontraron unos huecos grandes bajo tierra, que eran como túneles. Las personas hicieron cuatro círculos alrededor del gran agujero y empezaron a echar humo de ají, y así no dejar que ninguno de estos seres que se habían robado a los niños, escapara.

De esta manera fueron saliendo diferentes madremontes a las que los hombres les preguntaban por sus hijos, al no encontrar respuesta las mataban y así hasta que salió la última; al abrir la boca le olía a feo, la mayoría de las personas se desmayaron por la fetidez y por esta razón sólo alcanzaron a rescatar a uno de los hijos...

Por recomendación: no deje a sus hijos solos en casa.

TRAS LA CUMBRE DEL CHIMBORAZO

Jairo Ochoa



Transcurre el mes de agosto de 1984, hay muchos vientos, ya que es el mes de las cometas; el día está nublado y hace frío. Tengo veintitrés años y mi corazón y cuerpo están llenos de sentimientos encontrados y ansiedad, dado que me dispongo a enfrentar una aventura más, que no sé cuándo terminará.

Miro mis bolsillos y no tengo más de 3.000 pesos con 70 centavos. Mi morral está listo, llevo algunas mudas de ropa y algunos telares egipcios con los cuales elaboro pulseras, carteras, correas y otros menesteres de los cuales saco algunos pesos.

Visto unos pantalones de *jean*, camiseta, chaqueta *lec-lee* y unos *prokets*. Nací a principios de la década de los años sesenta, cuando tenía diez años mis amigos eran hippies y a los trece años empecé a fumar porro, así que para este viaje llevo una pequeña porción que mitiga mis miedos y mi soledad, pues mi aventura la hago en solitario, bueno, entre paréntesis solitario, porque siento que mi Dios todo poderoso creador de los cielos y de la tierra, nunca me ha abandonado, siempre me ha acompañado y apareja mi camino. Además, siempre me pone en la senda gente que me ayuda y hace agradable mi existencia.

Me despido de mi adorada y amada Gata, mi hermana mayor, ella siempre sabe de mí, pues más que mi hermana ha sido mi madre, mi amiga y mi apego incondicional. Siempre que parto a un viaje sus hermosos ojos verdes llenos de pepitas y de luz se quedan anegados en lágrimas. He salido caminando hasta un lugar llamado Matatigres, este lugar queda en el sur de la ciudad, y allí he tomado un autobús que me llevará hasta las afueras del municipio de Soacha. Pago mi pasaje que vale 1.000 pesos con veinte centavos. Me dispongo a enfrentar una aventura más que no sé cuándo terminará, pues mi viaje es en autostop, no tengo prisa y me siento lleno de vida. El autobús me ha dejado al final del recorrido y soy el último en bajar. Veré que me deparan Dios y el destino.

Llevo aproximadamente cuarenta minutos, he sacado mi mano derecha para hacer la señal de que me lleven con mi dedo pulgar, es un jeep campero, el señor me dice:

—¡Voy hasta Fusagasugá! ¿Le sirve?

—¡Claro que me sirve! —Le respondo.

Para unos cinco metros adelante, en la orilla de la carretera, y corro a subirme en la parte de atrás. El conductor me pregunta:

—¿Para dónde va?

—A San Agustín, Huila, por ahora —respondo.

Han transcurrido una hora y cuarenta minutos, hemos llegado a Fusa en medio de conversaciones con el conductor. No quiero entrar a esta pequeña población cundinamarquesa, así que me quedo en la carretera central. He caminado como quinientos metros y me paro frente a una estación de gasolina, en el carril que va al sur. Allí estuve desde las 4:00 p. m. hasta las 7:30 p. m. echando dedo, como nadie me levantó, ingresé a la estación de gasolina y hablé con los operarios a ver si era posible pasar la noche allí, el encargado me escanea con la mirada y me dice:

—¿Usted es hippie, va de caminante y va solo?

—Sí, voy de viaje y voy solo —le contesto

—Listo, aquí puede quedarse —me dice señalándome un recinto sin puerta pero con techo.

Le doy las gracias, descargo mi mochila y me siento durante un rato en el suelo del lugar. Abro el aislante y saco mi bolsa para dormir junto con algo de comer que mi Gata me había preparado.

Luego de esto me quedé dormido y a las 5:00 a. m. ya estaba levantado y listo para continuar mi viaje.

Nuevamente me paro en la orilla de la carretera, extendiendo mi dedo pulgar y un camión se detiene, su conductor me dice:

—Si le sirve hasta El Espinal, hágale.

Pensé en la suerte que había tenido, pues no llevaba ni diez minutos ahí parado. Me subo en la parte de atrás y me acomodo en bultos de no sé qué, solo sé que eran suaves, así que me acomodo y a dormir. Después de un rato de viaje el camión para en un estadero de comida y tanto el conductor como el ayudante me preguntan:

—¿No va a desayunar?

—No tengo dinero. Si me invitan a un café, gracias —les respondo.

—Claro, baje y desayunamos —repuso el conductor.

Uff y qué desayuno... a lo caminero: caldo de costilla, huevos pericos, pan y chocolate. Les doy las gracias, al instante retomamos el viaje, que dura un rato más hasta que nuevamente el camión para y el ayudante se baja y me dice:

—Ya llegamos a El Espinal.

Me bajo, llevo en mi mano unas pulseras de las que yo elaboro, les doy las gracias y le entrego una manilla a cada uno y les digo:

—¡Un detallito para la esposa, que mi Dios me los bendiga!

El camión se aleja y me quedo en medio de la carretera, el calor me dice que ya estoy en tierra tolimense, me quito la chaqueta y la guardo en mi mochila. Me armo un porrito y me relajo mientras mi Dios me manda a alguien que me vuelva a levantar. Pensaba en que ojalá consiguiera un aventón hasta Neiva.

Reviso mi bolsillo y todavía tengo mis 2.000 pesos con 50 centavos que aún no he tocado. Decido dar una vuelta por El Espinal para aumentar mi dinero, saco la tabla donde exhibo las pulseras con la seguridad de que voy a vender algunas, son muy bonitas, y además cuando las personas ven cómo se hacen, pareciera que fuera un imán. Vendí diez en total, así que ahora tengo en mi bolsillo 10.250 pesos, voy feliz y hasta se me quitaron las ganas de almorzar.

Vuelvo a la carretera para continuar mi viaje y después de un rato me para un automóvil que lleva como destino Campo Alegre, Huila, un pueblo más o menos a media hora de Neiva. El señor del

carro se orilla y me abre el baúl para que meta mi mochila. Luego abordo el asiento del copiloto, ya que el personaje viaja solo. Entablamos una conversación y yo le cuento que debido a un cierre de la universidad he decidido hacer un viaje que me llevará al vecino país del Ecuador y que por lo pronto deseo llegar a San Agustín, Huila, para poder recargar energías y descansar algunos días en ese maravilloso lugar.

Paramos en Neiva por espacio de cuarenta minutos, comimos una merecida cena que se compuso de frijoles, arroz, papa salada, plátano frito y carne asada, además de sopa y jugo. Yo quería pagar, pero el señor no me dejó, pues le conté en nuestra conversación que viajaba con muy poco dinero y que lo poco que tenía era de la venta de las artesanías que llevaba. Finalmente el señor pagó la cuenta y me dijo:

—Continuemos el viaje, pronto llegaremos, si quiere se queda en mi casa esta noche y mañana sigue su viaje.

Así que llegamos a su casa y nos recibió su señora esposa. Persona muy amable y hospitalaria como muchos opitas. Además, en esta región las mujeres son muy bonitas.

Me prestaron el cuarto de huéspedes y tomé una buena ducha y luego me quedé profundamente dormido. Al otro día mi reloj biológico me sacó de mi sueño muy temprano, yo creo que eran las 5 a. m. Tomé una ducha y luego la señora de la casa me invitó a un rico desayuno. Alisté mi mochila, les regalé unas pulseras de recuerdo y salí a la carretera para continuar con mi destino.

Me armé un porrito para empezar el día y, luego de estar sintonzado, pensé:

—Me dedicaré fuertemente a echar dedo hasta que llegue la persona indicada que me llevará hasta algún lugar más adelante.

Terminando este pensamiento se detiene una camioneta de platón desde la que me dicen:

—¡Vamos hasta Gigante!

—¡De una, me sirve! —respondo emocionado, y en segundos estoy a bordo del platón con mi mochila.

Con estas personas no hubo ningún tipo de conversación y el piloto iba bien rápido, por eso después de un par de horas ya estaba en el parque de Gigante, en el centro hay una ceiba gigantesca y debido a la cual recibe su nombre el pueblo.

Yo desciendo de la camioneta y doy las gracias, entonces quedo como en un trance observando el árbol, el parque y la gente. Me animo y decido quedarme un par de horas en este lugar, así que saco mi telar y me pongo a tejer a ver que me envía mi Padre Celestial. Después de un rato de estar allí, aparecieron unos turistas nacionales y me compraron ocho pulseras y una cinta para una cámara, así que aumenté mis ahorros: hoy gané 48.000, más los 10.250 que ya tenía, o sea que ahora tengo 58.250 pesos. Voy gozoso gracias al Señor Todopoderoso.

Aquí en Gigante venden unos quesillos en hoja y unos pasabocas que se llaman achiras. Compró diez quesillos y diez bolsitas de achiras por 4.000 pesos más seis pulseras. Luego tomé una flota que me llevó hasta Pitalito por 3.000 pesos. En ese lugar casi no estuve nada de tiempo, pues iba de salida una flota para San Agustín y de una me embarqué, el costo del pasaje fue de 2.500 pesos.

Estoy de muy buen estado anímico, ya que hasta ahora todo me ha salido muy bien. Llegué más o menos a las tres de la tarde a este sitio tan mágico y maravilloso que es San Agustín. Es un pueblo pequeño con algunos almacenes de artesanías, restaurantes y muchos turistas extranjeros y nacionales.

Aquí conocí a una pareja de artesanos-hippies, él se llama Germán pero le dicen “Chapulín”, ella se llama Teresa, son del interior y tienen una hijita que se llama Nevai, que tiene como cinco años. Hablamos un rato y me invitaron a pernoctar esa noche en su casa. Me han dicho que por el río Naranjos hay un grupo de muchachos que son de la Universidad Nacional de Bogotá. Decido quedarme con esta pareja un par de días.

Al siguiente día me fui a conocer el parque de San Agustín. Es alucinante el vestigio arqueológico de la cultura San Agustín que hay en ese lugar. Allí hay una fuente que se llama Fuente del Lavapatas y hay figuras talladas en piedra. También hay esculturas monolíticas. En ese lugar hay muchos misterios, pues lo mismo que ocurrió con la civilización Maya, ocurrió aquí en San Agustín. No se sabe qué pasó con la gente que allí vivía.

El Chapulín me cuenta que aquí uno puede vivir del trueque, es decir que la gente te cambia comida, hospedaje, macoña, prestamos de caballos para visitar los sitios arqueológicos y otras cosas, por

artesanías y trabajo. Con él y su mujer ha habido buena química y parece que yo también les he caído bien. A mí me gusta mucho cocinar, así que he preparado una receta para el menú del almuerzo y ellos quedaron muy impresionados de mi destreza en la cocina. Me pidieron que me quedara con ellos hasta el lunes, que es día de mercado en el pueblo y ese día vienen los muchachos que están en el río Naranjos.

Por lo pronto me dedico a caminar, a conocer muchos personajes que viven aquí, unos nacidos en este pueblo y otros que son de otros lugares de Colombia, además de algunos extranjeros. También les he mostrado a mis anfitriones el trabajo que hago en telar egipcio y han quedado descreitados. Es una maravilla cómo el arte de cocinar y el arte de tejer te abren muchas puertas.

El Chapulín me presentó a otra pareja de colombianos, Arturo y Helena, ellos tienen una pizzería y una tienda de artesanías. En estas dos familias he dejado en consignación todo lo que poseo en tejidos, ya que así no tengo que buscar los compradores sino que ellos vienen a sus tiendas, y razonablemente yo les doy un porcentaje del dinero de las ventas.

Por su parte, Arturo y Helena me invitaron para que fuera a su pizzería para darles una mano, así que me fui al día siguiente como a las 5:30 p. m. y al llegar me dijeron, entregándome un delantal:

—Aquí atendemos hasta las 10 p. m., así que llegue puntualmente.

Ese día nos la hicimos. La pizzería se llenó de clientes, todos eran extranjeros, pedían cervezas y pizzas, entraban y salían de un patio que hay en la parte de atrás a fumarse los baretos, pues en este sitio los campesinos siembran mucha ganya y es fácil de conseguir, uno puede truequear por ropa o artesanías. Este sitio de Helena y Arturo es de mucha bohemia y descontrol.

Al término de la jornada de trabajo estaba muy cansado y muy fumado, ya que me pegué los plones respectivos. Los anfitriones de la pizzería quedaron muy contentos y yo quedé satisfecho ya que cené allí mismo, además de unas cervezas y como 20.000 pesos que me pagaron por mi trabajo, asimismo conocí a varios personajes. De esta manera mis ahorros siguieron creciendo, ahora tengo 68.250 pesos. Entre los personajes que conocí había un norteamericano de nombre David, quien vive aquí hace varios años, él está haciendo un trabajo sobre la cultura agustiniana.

Voy a dormir a casa de Chapulín pensando en el siguiente día, pues iré a conocer un lugar llamado El Estrecho. Es un lugar donde el río Magdalena se vuelve angosto debido a unas rocas, pero el caudal y la fuerza son impresionantes. Aquí el río mide 1,8 metros de ancho. Voy a salir con unos personajes que estaban en la pizzería. A propósito de esta pareja, he notado que tienen varios hijos, tres niños y una niña, todos de muy corta edad.

En casa de Chapulín hablamos un rato y me fui a dormir, ya que lo necesitaba. Al día siguiente cuando despertamos fuimos a comprar leche de vaca recién ordeñada y otros víveres para el desayuno y el almuerzo. Recuerdo que ese día el desayuno fue: frutas, *pancakes* con mermelada de frutos rojos y hojas de limón que yo mismo preparé y chocolate con queso campesino.

Después de este delicioso desayuno nos fuimos para El Estrecho. Salimos a las 8 a. m. Fue algo espectacular, el camino es de senderos y carreteras destapadas, se respira aire puro y el paisaje es hermoso. Fue muy agradable el viaje.

Iba en el grupo una francesa de nombre Cristina que fue muy amable y hubo muy buena química entre los dos. Al llegar al lugar encontramos un sendero lleno de mariposas amarillas, era impresionante, no había manera de caminar sin pisarlas, eran muchísimas, yo personalmente nunca había visto tantas mariposas juntas.

El espectáculo del río Magdalena no puede describirse con palabras... pues el sonido es muy fuerte ya que el caudal del agua es poderoso y la acción del agua le ha dado a las rocas formas variadas y hermosas. Hay letreros en inglés y en español de peligro, pues cuentan que hay personas que han saltado, cuando llegan a la orilla opuesta están bien, pues tienen cómo coger impulso; pero, cuando quieren saltar de regreso no tienen como tomar impulso, entonces caen y la fuerza de la corriente los estrella contra las rocas y los mata, los cuerpos los encuentran muy lejos de ahí.

Los que tenían cámaras fotográficas tomaron fotos, y los que no, sólo nos quedamos con el recuerdo que queda en el corazón y la mente. Estuvimos allí por espacio de una hora. Allí nos fumamos unos porros y comimos algo del fiambre que llevamos. Luego emprendimos el regreso y más o menos a las 4 p. m. estábamos ya en la casa. Yo invité a mi nueva amiga Cristina a cenar y a conocer el

trabajo que hago en telar egipcio. Tenemos cita a las 6 p. m. en casa de mi amigo el Chapulín. Al llegar, María Teresa, la esposa de Germán, me tenía la sorpresa de unos tejidos vendidos a unos turistas extranjeros y otros que llegaron de la ciudad de Cali. En total me compraron 280.000 pesos y yo le di a ella 50.000, me quedaron a mí 230.000 mil. Esa fue una súper venta, así que en la cena invité a una botella de vino tinto-seco. Me gusta estar en este lugar tan lleno de magia. He empezado un romance con la francesita. La cena fue agradable y la comida estuvo muy bien, pues me gustan mucho los espaguetis.

Luego salimos por el pueblo donde me encontré unos amigos de Bogotá que son músicos y nos invitaron a un lugar donde tenían un toque. El lugar no era otro que donde Helena y Arturo. Ellos hacen música andina, música de nuestro folclor colombiano, como chirimía y otros ritmos de la costa pacífica y atlántica.

La noche estuvo muy movida, con bastante trago y otros componentes para una juerga completa. Mi amiga Cristina estaba muy contenta por los canelazos y las cervezas que ingirió en la parranda. Nos fuimos a descansar ya amaneciendo el nuevo día. Desperté en unas cabañas muy bonitas donde la mayoría de huéspedes son extranjeros. Y qué sorpresa la mía cuando veo a mi lado a la preciosa Cristina, yo pienso que le gusta mi forma de ser, pues me decía en El Estrecho:

—No me gusta de los latinos que son machistas.

Y como me ha visto cocinar y que soy muy amable, no sólo con ella, sino con todas las personas que están alrededor, me dice que yo soy diferente, pues los hombres de San Agustín son algo bien particular. Hoy no he querido salir de la cabaña a causa del guayabo de la rumba de anoche.

Todo el día ha sido dedicado a cocinar y descansar en esta cabaña, que tiene una vista hermosa del paisaje del campo, apta para la inspiración en el arte de tejer. Por eso fui y en cuestión de unos minutos traje mi mochila de la casa de mi amigo Chapulín y estuve trabajando la mayor parte del día, ya que lo que elaboro se vende bien y hay que aprovechar que hay turistas...

Vamos mañana para un sitio que se llama La Chaquira, donde hay unas figuras antropomórficas con colores. Así que vamos a dormir hoy temprano para estar bien mañana en la caminata.

El día empezó muy mañanamente, me levanté a las 4:10 a. m., me puse a cocinar un pollo en salsa de champiñones, perejil, tomates frescos y albahaca que es muy aromática, y lo acompañamos con pan de doña Leopolda, que es una señora que tiene horno de barro y el pan que ella hace es muy rico. También hicimos jugo de maracuyá, que es la fruta del amor. Esto lo preparamos para el almuerzo de ese día en La Chaquira, pues decidimos hacer un picnic. El desayuno fue: frutas y más frutas, café negro y pan con mermelada casera de uchuvas. El paseo estuvo como todos los paseos que se hacen en esta región llena de encantos naturales y riquezas arqueológicas.

Esta cultura es tan antigua que los españoles, cuando llegaron a estas tierras en la época de la conquista, llamaron a este lugar San Agustín, en honor a un santo, pero realmente hasta los españoles desconocían qué cultura o pueblo habitó y construyó este lugar, lleno de esculturas sobre roca viva y algunas con colores, como los de la Chaquira y las tumbas que hay en Tierra Adentro. También hay un lugar que se llama El Alto de los Ídolos, donde encontraron figuras alusivas a extraterrestres, pues tienen cascos y formas que recuerdan a los astronautas.

Realmente San Agustín es único, por eso la cantidad de turistas de todo el globo terrestre que lo visita cada año.

Llegó el día del mercado. El pueblo está revolucionado, pues es el día en que todos los campesinos de las diferentes veredas tienen cita para comercializar sus productos. Yo estuve un rato en la plaza de mercado truequeando algunas artesanías por comida o remesa y un poco de ganya. La gente es muy generosa, reuní víveres para toda la semana.

También me encontré con mi amigo David de Oregon, USA, que me dijo:

—Yo vivo cerca de la casa del río Naranjos y mañana martes enviaré mi caballo para que lleve la remesa.

Así que nos fuimos con Cristina para la cabaña, a dejar todo listo para la cita con la persona que va a traer el caballo de David.

Nos tocaba buscar al dueño de las cabañas para entregar la cabaña donde se estaba quedando Cristina y cancelarle lo que se le debía. También tratamos de no estar en el pueblo ese día, pues como es día de mercado, después del medio día los campesinos se ponen de alto voltaje, se meten a las guaraperías y salen banda a banda de la borrachera tan brava. Se pelean a machete limpio y después hay muertos y heridos. Por eso nos refugiamos en la cabaña y en la tarde fuimos a la pizzería de Arturo a trabajar, pues le gusta la salsa y la masa que yo preparo para la pizza. Además, son otros 20.000 que me gané. Estuvimos en el refugio de Arturo hasta las 10 p. m., luego nos fuimos a descansar para mañana salir hacia el río Naranjos.

El día está como sólo Dios nos lo puede regalar: lleno de aire puro y de sol, apto para salir en busca de ese anhelado río Naranjos.

Hoy Cristina me invitó a desayunar en una cafetería del pueblo, pues estábamos sobre el tiempo para ir a esperar a la persona que nos traerá el caballo. Al regresar del desayuno ya estaba donde Helena don Eliécer, un campesino agustiniano que es el dueño de la finca donde vive David. Fuimos con él a la cabaña a recoger el equipaje y los víveres. El caballo de David es blanco y se llama Trueno, es un animal joven, inteligente y manso. Luego de colocarle la carga emprendimos el camino y después de cuatro horas llegamos a casa de Conchita, quien nos recibió muy amable y hospitalaria. Acordamos pagarle 40.000 pesos por ocho días de alojamiento. Eran las 12 a. m. cuando llegamos y Conchita estaba trabajando en su telar vertical, con el que hace mochilas de fique con algunas líneas tinturadas sobre una base natural.

Descargamos a Trueno, Eliécer se ha marchado para la casa de David y luego a su casa. Nosotros con Cristina nos quedamos en casa de Conchita, que nos instaló en un cuarto amplio con ventanas que dan al río y nos dijo que cuando saliéramos le pagáramos el hospedaje. Conchita es una mujer muy especial y particular, vive de los bolsos que hace en fique y de lo que siembra, además tiene gallinas y coloca anzuelo en una quebrada cerca de su casa, saca peces no muy grandes pero tampoco tan pequeños. No sabe leer ni escribir. Yo le pregunté si había salido alguna vez de San Agustín, a lo que ella me respondió:

—Yo conozco hasta donde ven mis ojos.

Bueno, obviamente conoce el pueblo, pero casi nunca va. También nos contó que está sola, vivía con su mamá pero ya falleció. Cuando ella murió Eliécer le dijo:

—¡Yo entierro a su mamá! Pero usted me da la finca.

—Pues bueno, pero yo me quedo aquí hasta que me muera — contestó Conchita.

Y así pasó, hoy día ya no vive Conchita.

Al otro día de llegar a la casa de esta señora tan amable, nos fuimos al río Naranjos y encontramos la Casa del Murciélago, que es la casa que Chapulín dijo, donde se quedaba un grupo de la Universidad Nacional. Se encontraban allí como ocho personajes. Fue una verdadera sorpresa encontrar a personas que ya conocía desde Bogotá. Estaban: Alfredo de derecho, Dago y Magno de sociología, Jairo Sánchez de filosofía, Lucho y Mireya de artes, Armando de arquitectura y Oscar Molina de lingüística y literatura. ¡Mejor dicho, se armó la juerga! Los músicos que nos habíamos encontrado en el pueblo, el grupo se llama Tumbaga, también llegaron a casa de doña Ramona, que es la dueña de una de las guaraperías. Conchita nos invitó a comer gallina campesina, criada y preparada por ella.

Esta mujer es muy especial, hoy le pregunté:

—Conchita, ¿en cuánto vendes una mochila de fique?

—Pues en 1.000 pesos —me dijo.

—¿Y si te compran diez?

—Pues haga la cuenta, ¡a 1.000 pesos cada una!

Después del almuerzo nos fuimos a casa de David para saludarlo y darle las gracias por el préstamo del caballo.

Este lugar transmite tranquilidad, bienestar en tus pulmones, alegría en tu espíritu, pues la selva de cemento te vuelve insensible y lleno de afanes que sólo te dejan cansancio y egoísmo. Creo que nos vamos a quedar aquí un par de meses, pues se requiere de tiempo para poder ver este patrimonio cultural de la humanidad.

Han pasado ya varios días aquí en casa de Conchita, hemos caminado disfrutando con los compas de la Casa del Murciélago. Con los músicos hemos estado en algunas parrandas que terminan en casa de doña Ramona. El guarapo es cosa seria, es una bebida a base de panela de caña de azúcar, esto se fermenta en una olla de

barro y lo sirven en totumas. Después de cuatro totumadas ya no se puede parar uno de la silla.

Mis amigos dicen:

—¡Es como si estuviera pegado el culo a la banca!

Ha transcurrido ya una semana, nos preparamos para ir al pueblo por víveres, a saludar a los amigos de la tienda de artesanías y en especial para llamar a mi amada y adorada Gata. Mi hermanita tiene un hermoso hijito que se llama Sebastián, él tiene cabello largo y rubio, del color del trigo, es inmaculadamente blanco, con facciones muy hermosas, él es obra del amor y la bondad de Dios. Es un bebé, pues tiene apenas dieciocho meses. Yo lo amo, por eso cuando viajo a Ecuador le llevo sacos de lana de vistosos colores, con paisajes tejidos de una manera muy hermosa, elaborados por indígenas ecuatorianos y tejidos a mano.

También quiero hablar con mi hermanita porque quedamos en que me enviaría un bulto de ropa. Ella me ayuda a recoger ropa entre la familia y las amigas del trabajo, que la dejan en perfectas condiciones, y yo aquí en San Agustín la cambio por comida y otros menesteres.

El envío me lo hace por Coomotor, que es una empresa de transporte y encomiendas.

Nos fuimos al pueblo con David y él llevó a Trueno, su caballo. Llegamos donde Arturo muy de mañana y nos invitó a desayunar arepa con huevos pericos y chocolate. Luego fuimos a ver a Germán y a Teresa que me tenían la platica de la venta de pulseras. Arturo había vendido unas correas para cámara y unas pulseras, como yo traía lo que había tejido en el río los volví a surtir. También llamé a mi adorada Gata y gracias a Dios los dos están bien. Ella me dijo que podía recoger la encomienda, que ya hacía varios días me la había enviado. Fuimos a truequear a la plaza de mercado, nos dieron frutas, verduras, hasta dos gallinas campesinas y cuatro cuyes que se preparan asados al carbón. También compramos algunos víveres en un supermercado. Vamos a almorzar a casa de Germán y luego regresaremos a casa de Conchita. Trueno irá con bastante carga, pues es la de David, la nuestra y el bulto de ropa que mandó mi hermana.

Gracias a Dios todo salió muy bien y ya estamos de regreso aquí en el río Naranjos. De la ropa que envió mi hermana le entregué

algunas prendas a Conchita y ella quedó muy agradecida, lucía muy bonita con el sombrero de paja que siempre usa. También fuimos donde unos campesinos que por unos pantalones y unas camisas nos dieron casi un kilo de Mariajuana que repartimos entre los huéspedes de la Casa del Murciélago, los músicos de Tumbaga, David y una buena porción para nosotros.

Hay un espacio donde Conchita elabora sus bolsos de fique y me dijo que yo también podía trabajar allí, pues la semana pasada me iba a tejer a la Casa del Murciélago. Así que ahora estoy más cómodo en el espacio que tiene Conchita, que es más grande y tiene mucha más luz natural, es un lugar abierto que tiene una baranda en madera de un metro de alto, el resto es abierto, con vista al paisaje del campo.

Voy a empezar mi cuarta semana aquí en San Agustín. Esta es una semana que la voy a dedicar solamente a tejer y a preparar ricas y suculentas comidas. La cocina de Conchita es como en los principios de la historia de la humanidad: estufa de piedra, fuego de leña, olla de barro y cuchara de palo. Los alimentos quedan con el sabor de la leña que se usó. Desde mi llegada a esta casa hemos comido ricas frijoladas de frijól verde, es decir fresco, y también de frijól seco, y tortillas de papa con mucha cebolla cabezona en aceite de oliva, con huevos criollos de las gallinas de Conchita. La verdad es que la gastronomía es infinita, Dios nos dio gran variedad de frutas, verduras, cereales, semillas y animales, así que cocinar o preparar alimentos es para mí un verdadero disfrute.

En esos días nos invitaron donde una familia de aquí de la región, a la casa de un médico veterinario que se llama Chepe, su esposa Melba y sus tres hijos. Les contaron que yo me la hago bien cocinando y quieren que vaya a su casa a cocinar un almuerzo para ellos y algunos invitados que tienen. Gracias a Dios aquí ganaré unos pesos. Ya los fondos han aumentado, lo que me entregaron en la última visita al pueblo fueron 480.000, más 298.750, en total son 778.750 pesos.

Los días que siguieron estuvieron llenos de caminatas, cocinar, tejer, ir al parque, trabajar algunos días en la pizzería de Arturo y disfrutar de la compañía de Cristina y Conchita. En total me quedé dos meses y veinte días en San Agustín. En una de las idas al pueblo

conocimos a Thomas, un personaje de Viena, Austria, y se armó un grupo de personas que quieren hacer una travesía por el páramo de las Papas. Entre las personas que quieren hacer esta travesía están: José María, Tato, Lucho, Dago, Jairo Sánchez, Thomas y yo, pues Cristina está pensando en ir a Pitalito, la Plata, Popayán y Pasto, así que hemos quedado de encontrarnos en Baños del Tungurahua, Ecuador, ya que ella va en autobús. En menos de una semana organizamos la salida y yo recogí el dinero de la venta de los tejidos y de las veces que fui a cocinar donde algunas personas del pueblo. Todavía restan tres días para salir y debo ir a recoger las artesanías que están en los almacenes de Arturo y Chapulín.

Con todo lo que reuní completé 1.896.750 pesos y todavía tengo algunos trabajos para vender. A Conchita no le gustan las despedidas, por eso dos días antes de la partida mató tres gallinas y preparó una comida muy rica: sudado de gallina criolla con papa, yuca, plátano y mazorcas tiernas, acompañado de arroz, ensalada y guarapo dulce de sobremesa. Cristina y yo le ayudamos en la preparación de esta comida. El día de la partida no vimos a Conchita.

La primera jornada la hicimos desde San Agustín hasta Quinchía. Salimos más o menos a las 2 a. m. y Cristina se quedó un poco triste por no poder venir con nosotros. Llevamos comida, cada uno con su respectiva porción envuelta en hojas de plátano y cada uno con lo estrictamente necesario, ya que la travesía es larga y penosa y no podíamos llevar sobrepeso. Ya entrada la tarde llegamos a la única casa que hay en este lugar. Me impactó mucho que el señor de la casa era ciego y decía:

—Cuando yo era joven yo veía, me acuerdo de las rocas de la cultura agustiniana que aquí había —y continuó describiéndolas.

Luego hablamos con el señor para pasar allí la noche y preparar comida para la jornada del día siguiente. Cada uno le entregó algo al señor en pago por la dormida y por algunas cosas que nos dio para cocinar. Por mi parte, le di algo de ropa, otros dieron dinero y algunos también ropa.

Lo más importante para salir del lugar nos lo dijo el señor: la ruta que debíamos seguir y donde sería la próxima parada. El nombre de la señora donde llegaríamos era doña Guillermina. Ese día estábamos muy cansados y decidimos salir después de la 7 a. m.,

además queríamos ver el sitio y las esculturas. La comida estuvo cargada de muchos ingredientes, ya que cada uno hizo su aporte con lo que se traía en las mochilas. El anfitrión también nos colaboró con quesos, yuca, mazorca y plátano.

La segunda jornada empezó a las 8 a. m., con un poco de dolor en las piernas y el cuerpo a causa de la caminata del día anterior. Aquí todos fumamos. Unos más que otros, pero todos lo pegan parejo, así que desde que abrimos el ojo ya están pegando y rotando los baretos. Para empezar el día desayunamos con leche de vaca recién ordeñada y arepas de mazorca hechas por la señora, que las asaba sobre una piedra en la estufa de leña. Luego salimos cada uno con su respectiva mochila. Caminamos desde las 8 a. m. hasta las 6 p. m., hora en que llegamos a donde doña Guillermina. Hicimos varias paradas para descansar, comer y fumarnos los porros.

Llegamos muy cansados y la señora nos preparó una cena deliciosa con gallina, plátano y yuca. Aquí el pago fue de igual manera. Yo le di algo de ropita y ella quedó feliz, otros le dieron plata o aretes y collares hechos por ellos mismos. Luego dormimos muy profundamente. Al otro día cuando despertamos la señora de la casa ya nos tenía a cada uno su frambre para el camino. Ella nos dio las indicaciones para llegar a casa de don Bernabé, que queda al otro lado del páramo de las Papas, así que desayunamos y nos preparamos a salir pues el tiempo estaba muy lluvioso.

En esta etapa de la travesía el clima y el paisaje cambian abruptamente, pues ya empezamos la ascensión hacia el páramo. La fauna, la flora y la cantidad de agua nos hacen sentir emociones que en la ciudad son desconocidas. Aquí se siente tranquilidad y armonía con el medio ambiente, es algo indescriptible pues es la creación de Padre Todopoderoso. Después de cinco horas de camino, desde la casa de la señora Guillermina, por fin llegamos al plan del páramo donde se encuentran las lagunas donde nacen los ríos Magdalena, Cauca, Patía y San Juan. Es alucinante el paisaje y el frío que allí se siente. También hay muchos frailejones, que son el emblema del parque. Un frailejón crece un centímetro por año y aquí vemos unos de más de un metro de altura, es decir cien o más años. La flor del frailejón es amarilla, sus hojas son suaves y llenas de una pelusa que las hace sentir como terciopelo. Todo está mojado, gracias a Dios todo en mi

mochila va empacado en bolsas plásticas, mi cuerpo está empapado, bueno no sólo el mío, todos los del grupo destilamos agua.

La temperatura es muy baja, y el más teso es Lucho ya que sólo tiene una camiseta y un poncho huilense, de una tela muy delgada, además viene en alpargatas. Esta ha sido la caminata más larga y dura hasta ahora, a causa de la lluvia y el frío. La jornada terminó alrededor de las 6 p. m. en la casita a la que llegamos, donde nos agrupamos todos en la cocina alrededor del fogón. En este lugar permanecemos exactamente ocho días en los que no paró de llover.

Nos invitaron a una fiesta que tuvo lugar en la escuela de la vereda. Fue muy divertido, pues Dago, Jairo Sánchez y Lucho se maquillaron de mimo y también hubo teatro, así que niños y adultos disfrutaron del espectáculo de los universitarios de Bogotá. Luego estuvimos en otra casa cerca del nudo de los Pastos, que es de donde las cordilleras Oriental, Central y Occidental se desprenden. Allí hay cultivos de papa, fresa, frambuesa y mora; vacas, por ende mucha leche, queso y mantequilla. En este lugar una mosca picó a Dago en el tórax y le dejó unos huevos que se le volvieron gusanos, tenía mucha fiebre y a los pocos días empezó a ponerse amarillo. En este punto se dividió el grupo, pues Tato, José María, Lucho y Oscar regresaron a San Agustín, el resto seguimos hasta Ecuador. Un camión lechero nos llevó hasta Almaguer, allí estuvimos tres días, no paraba de llover desde el Cauca.

De aquí en adelante el viaje fue más rápido pues empezamos a pagar transporte y así visitamos los siguientes pueblos: Aponte, Las Brisas, San Alfonso, Mojarras, El Estrecho, Remolinos, El Vígía y finalmente llegamos a El Bordo, Cauca. De ahí tomamos la Panamericana y llegamos a Pasto. Aquí visitamos la Universidad Nacional de Pasto e hicimos algunos amigos. Recorrimos Túquerres, la laguna de la Cocha, Las Lajas y decidimos enrumbarnos hacia Ipiales. En este último poblado hace mucho frío, las temperaturas son muy bajas y llueve mucho. Después de conocer este sitio decidimos cruzar la frontera en Rumichaca y entrar por fin a Ecuador.

Cruzamos el límite y llegamos a Tulcán, no hubo mucho que ver a parte del cementerio, donde hay muchos pinos que han podado con formas y figuras. Aquí sólo estuvimos dos días, pues queríamos continuar nuestro viaje. Al cruzar por inmigración obtuvimos una

visa de tres meses para turismo. De Tulcán nos fuimos para Ibarra y de allí a un lugar llamado La Esperanza, donde comimos hongos de la especie *psilocybe* y tuvimos unos viajes muy bonitos. Desde Ibarra tomamos un transporte hasta Otavalo. Fue divertido visitar el mercado de los indígenas otavaleños, pues comercializan ropa en telas que ellos mismos elaboran en telares manuales, además venden zapatos y un sin número de artesanías. En Otavalo nos quedamos una semana, pues hay muchos turistas, peñas, restaurantes y hoteles, y además está el lago San Pablo.

El viejo Dago seguía muy enfermo, con fiebre por la picadura de los tábanos. Seguimos hacia Quito, la capital. Los buses eran muy pequeños e incómodos. La llegada fue en las horas del final de la tarde, alrededor de las 7 p. m. Habíamos decidido ir a la Universidad Central ya que allí había residencias estudiantiles y cafetería. Nos hicimos amigos de dos personajes de la ciudad de Riobamba: Giovanni Avalos y Osvaldo Urquijo, estudiantes de la Facultad de Ingeniería Civil, les caímos bien porque uno de ellos había visitado Bogotá. Nos repartimos de a dos en cada cuarto; Dago y Jairo Sánchez se fueron con Osvaldo, y Thomas y yo nos fuimos con Giovanni. Estos dos jóvenes fueron muy amables con nosotros, nos regalaban vales y así comíamos en la cafetería de los estudiantes y nos pasábamos la mayoría del tiempo en la Universidad. Por mi parte conocí un combo de artes y me la pasaba mucho con ellos, incluso muchas veces me quedaba a dormir allá.

Decidimos partir en busca del mar, así que nos fuimos a Santo Domingo de los Colorados, donde habita una etnia que se pinta la cara con un pigmento rojo, al parecer achiote y que además tiene cortes de cabello muy particulares. En este lugar no nos demoramos más de tres horas y seguimos nuestro viaje hacia Esmeraldas, que es una ciudad pequeña ubicada a orillas del mar Pacífico. Aquí ya se siente el ambiente y el clima característicos de las poblaciones a orillas del majestuoso mar pacífico, sus gentes, su comida y su música; esa alegría y calor latinos. En Esmeraldas permanecemos un par de días y de allí nos aconsejaron ir a Atacames, donde encontramos muchos turistas de Europa más que todo.

En este lugar una señora nativa vio a Dago que seguía muy mal por causa de los nuches. Esta señora mandó comprar un tabaco, lo

partió en dos, uno de los pedazos se lo llevó a su boca, empezó a mastcarlo hasta que formó una masa homogénea con su saliva y empezó a colocarle pequeñas porciones en cada picadura, que en total eran seis. Al cabo de unos minutos se asomaron y empezaron a salir unos gusanos llenos de pelos, como de centímetro y medio de longitud. Todos quedamos asombrados y en la cara del pobre Dago se vio una expresión de descanso, por fin se acababa su suplicio tormentoso, pues los tuvo en su cuerpo poco más de dos meses.

Atacames nos gustó mucho porque es pequeño y hay mucha tranquilidad, aunque descubrimos que no era tan cierta, pues con el transcurrir de los días nos empezamos a dar cuenta que muchas personas de este pueblo son expertas en robar a los turistas. A mí particularmente me robaron en dos ocasiones. En Esmeraldas y Atacames. Me fue muy bien con mis trabajos del telar egipcio, gracias a Dios tuve muy buenas ventas y conocí a muchas personas de diferentes lugares del planeta. Luego de permanecer en este lugar un par de semanas nos fuimos Thomas y yo a otro lugar, Dago y Jairo Sánchez regresaron a Quito.

Decidimos partir a una isla que tiene el nombre de Muisne, de este lugar me enamoré y en futuros viajes la visitaría. Acampamos en una punta de la isla donde no teníamos contacto con absolutamente ningún ser humano, a excepción de los pescadores que veíamos muy temprano en la mañana y nos proveían de suculentos peces y mariscos a precios razonables. Algunas veces nos íbamos al centro de la isla donde vivían los nativos del lugar y allí encontrábamos víveres para nuestro consumo diario. Acampamos alrededor de diez días, luego partimos hacia unas cabañas donde teníamos más comodidad y más contacto con turistas y nativos. Conocimos a un hombre de ciento quince años de edad, con una lucidez mental impresionante, estuvimos en su casa dos días, fue de bastante aprendizaje el compartir con este señor y su familia: sus nietos, bisnietos y tataranietos, pues su esposa e hijos ya habían muerto. Este abuelo nos narraba muchas historias que había vivido, pues estuvo en la guerra que Ecuador sostuvo contra Perú en el siglo pasado, también nos contó que fue guerrillero y su nombre era Teodomiro. Muisne fue uno de los lugares más acogedores y tranquilos que visité en ese pequeño y

multifacético país. Disfrutamos de sus comidas, de sus frutas, de sus gentes, de su música y en especial de sus paisajes y su mar pacífico.

Retomamos Quito y nuevamente fuimos a la Universidad Central, donde Giovanni y Osvaldo nos volvieron a recibir, con calor humano como el de nuestra familia. En Quito nos quedamos tres días y el viernes, después de la última clase que ellos tuvieron, nos acompañaron a Riobamba, su tierra natal. Llegamos a casa de Giovanni donde nos recibieron sus padres: doña Violeta y don Guido, que trabajaban de docentes, ella de niños de primaria y él de muchachos de secundaria. También conocimos a los tres hermanos menores de Giovanni: Gorai, Italo y Sayuri. Nos recibieron con los brazos abiertos y fueron mi familia en mis futuros viajes a esta hermosa ciudad. Riobamba posee un clima más bien frío. En las mañanas, cuando el cielo amanece despejado, se puede observar en toda su majestuosidad el nevado del Chimborazo y los volcanes de Cotopaxi y el Tungurahua. Cerca de esta ciudad queda Ambato, poblado al que hay que llegar para ascender al nevado y al primer volcán.

En Riobamba estuvimos unos veinte días. Nos gustaba mucho ir a Los Elenes en bicicleta, allí había piscinas donde disfrutábamos del agua y de la compañía de los amigos del hermano de Giovanni, quien había tenido que regresar a Quito por sus estudios en la Universidad.

Tuvimos la gran fortuna de que el capitán, jefe de la oficina de inmigración de Riobamba, era sobrino de nuestro anfitrión el señor Guido, y como nuestra visa ya vencía, Ernesto, *El Capi*, nos renovó la visa por otros tres meses y así nos quedamos con esta familia unos días más. También íbamos en bicicleta a un pueblo llamado Guano, allí había vestigios arqueológicos de una cultura ya desaparecida. Cerca de este lugar encontramos el poblado de Cotacachi, donde sus pobladores trabajan muchos artículos en cuero.

Una de las invitaciones que nos hizo nuestra respetada y querida familia anfitriona, fue a un pueblo que se llama Baños del Tungurahua, lugar del que me enamoraría y donde me quedaría después de que la familia Avalos regresara. En Baños hay un complejo de siete piscinas y un arroyo. Las piscinas son termales y están ubicadas en las faldas del volcán Tungurahua. Después de disfrutar de los termales don Guido nos llevó al arroyo, donde hay un tubo de metal de

una pulgada de diámetro del cual se aferran los bañistas para recibir masajes hídricos. Don Guido nos dijo que bajáramos por la cortina de agua y nos metiéramos en una cueva que está toda entapetada de musgos y líquenes, nos contó que conocía esta cueva desde que era niño. Nos decidimos y entramos, nos acomodamos en el lugar y don Guido fue el último en hacer el ingreso, lo hizo con una botella de Norteño, que es un aguardiente con un grado de alcohol alto, así que salimos bien prendidos y felices. Don Guido nos contó sus anécdotas de romances en ese lugar cuando era joven.

En la tarde la familia regresaría a Riobamba y yo me quedaría en Baños, en un hotel que mis anfitriones conocían. Eran amigos del dueño del Patty, como se llamaba el hotel, que se convertiría en otra de mis familias en Ecuador.

En el año 1985, en Baños del Tungurahua sólo existían dos hoteles: uno era el Patty y el otro el Santa Clara. Había pocos restaurantes y pocas tiendas de artesanías. No existían agencias de viajes ni de turismo. El dueño del Patty se llamaba Enrique. A este lugar lo bautizamos el hotel del Cachurco. Don Enrique era un hombre entrado en años, bonachón y magnífica persona. Me confió mucho cariño, como si yo fuera de la familia, me llamaba el colombianito. Este hotel casi siempre estaba copado, reinaba un ambiente familiar y era muy agradable vivir allí. Tenía comedor para huéspedes, pero yo casi siempre comía con don Enrique y su familia.

Me gustaba levantarme muy temprano, hacia las 5 a. m., heirme a las piscinas hasta las 8 a. m. y, después de disfrutar los termales, me metía en la quebrada donde el agua es fría. Llegaba al Patty, desayunaba y tejía alrededor de cuatro horas, luego me preparaba algo de comer y a la 1 p. m. estaba retomando las labores del tejido. Gracias a Dios me iba muy bien con las ventas de todo lo que elaboraba en tejidos. Por las noches me iba a la peña de unos personajes y escuchaba música andina en vivo, hecha por un bogotano llamado Federico, que ya está muerto. Con él tomábamos siempre una bebida caliente que contiene alcohol, llamada Guayusa. Así transcurrieron unos días, hasta que aparecieron unos venezolanos cuyo líder era un colombiano llamado Carlos.

Eran montañistas y escaladores, sus nombres eran: Carlos, Natalia su novia, José Luis y John. Al segundo día de su arribo al hotel,

sacaron al sol todo su equipo de escalar: botas, crampones, piquetas, cuerdas, medias, chaquetas, pantalones, gafas, gorros, guantes, buzos, camisetas y bufandas, todo para la nieve y fríos extremos. Cuando ellos me vieron trabajar el telar egipcio y cocinar, surgió química y nació entre nosotros una amistad, que terminaría con mi inclusión en este equipo de personas amantes de la naturaleza, ecologistas y amantes del Señor Todopoderoso. Estas personas eran guías de montaña y llevaban grupos a las nieves perpetuas. Me invitaron a participar de un almuerzo hecho por todos en la cocina del Patty, desde ese día me gané la titular para elaborar las recetas de los turistas que ellos guiaban en las inhóspitas y duras montañas de América del Sur. La primera salida que tuve con ese grupo fue al volcán Tungurahua. Ellos me proporcionaron el equipo, el transporte, la comida, los boletos de entrada a los parques y una parte del dinero que pagaban los turistas por la elaboración del menú diario.

Yo tenía buen estado físico, ya que practicaba atletismo y natación, y jugaba fútbol y baloncesto desde mi adolescencia. Subir por las montañas es de lo más duro que hay, pero a la vez es lo más hermoso que un ser humano pueda experimentar. Empecé a conocer el soroche, que es mal de la alta montaña, el corazón parece que se le fuera a salir a uno del pecho y la respiración se torna difícil. Después de llegar al refugio trabajamos tres días en aclimatarnos y al cuarto día hicimos mi primera cumbre. Empezamos a caminar a las 12 de la noche en plena luna llena y alcanzamos la cumbre a las 6 a. m. En la cima del Tungurahua los turistas tomaron fotografías, con Carlos y Natalia que tenían cámaras, yo por mi parte me deleitaba con la vista, la grandeza de la creación de Dios. Luego descendimos al refugio y descansamos el resto del día. Al otro día muy temprano retornamos al Patty.

Después de veinte días en este hotel, de buena cama y buena comida y de algunas ventas de mi trabajo artesanal, nos salió una guianza al volcán Cotopaxi, que tiene 5.897 msnm. Llegar allí nos tomaría varios días. Teníamos que comprar lo necesario para el viaje, alistar los equipos, organizar los víveres que se iban a utilizar en el menú diario y luego distribuiríamos lo que cada uno llevaría en su morral, a parte de las cosas personales y el equipaje. El hijo de don Enrique tenía una camioneta y él sería el encargado

de transportarnos hacia las faldas del volcán. El platón quedó *full* con el equipaje que llevábamos. En esta travesía iban varios franceses y alemanes, un austriaco, dos ingleses y tres suizos. Salimos en dos grupos del hotel, unos en la camioneta de Carlos, otros en una camioneta que habían contratado. Era la madrugada, tal vez las 4:30 a. m., cuando abordamos y a las 6:30 a. m. estábamos entrando al parque del volcán. Carlos pagó el ingreso y después de unos minutos descargamos nuestro pesado equipaje. Ya que Carlos y su grupo eran vegetarianos, todos los víveres que llevábamos eran cien por ciento naturales, nada de enlatados ni comida chatarra.

Empezamos el ascenso muy despacio, porque cada uno llevaba mucho peso, aunque algunos turistas ayudaron a llevar víveres. Llegamos más o menos a la 1:00 p. m. al refugio, que queda a 4.200 msnm. Allí permanecemos ocho días. Salíamos todas las mañanas a hacer pequeñas caminatas para la aclimatación de los turistas y así esperamos la luna llena, que todo fuera propicio para buscar la cumbre del volcán, aunque el factor suerte influye mucho a la hora de obtener un buen clima. Además se necesita que todas las personas estuvieran en buena condición física para hacer una cumbre exitosa. Esta suerte nos la proporciona nuestro Dios Todopoderoso.

Llegamos al refugio a cocinar para todo el grupo. Luís Aguilar y yo dirigimos la cocina y el menú, nos ayudaban Natalia y John, a veces Carlos se acercaba a echar un vistazo. Las proporciones eran bastante generosas ya que siempre teníamos mucha hambre, no sé si era por el frío o porque no había más que hacer. Todo el tiempo en el refugio intentábamos permanecer alrededor de la chimenea, pues en estas locaciones el fuego te quita el frío es una gran compañía y alegría.

Por fin llegó la noche esperada. Nos encomendamos a Dios y salimos del refugio. Caminamos unos trescientos metros y pisamos la nieve, en ese momento cada uno se puso su respectivo crampon y empezó el ascenso hacia la anhelada cumbre. La subida era lenta y penosa, pues a medida que uno gana altura el oxígeno es más pesado y el caminar se torna lento y difícil. El bigote se llena de agua que se congela y la lengua palpa gotas de hielo. Las orejas van protegidas por un gorro que cubre la cabeza. Los ojos, con lentes especiales para la nieve, porque allí el sol te puede quemar la retina

y dejarte ciego, a causa del efecto de la luz solar sobre la nieve, que produce un reflejo que los ojos humanos no pueden soportar. Las manos van protegidas por guantes y a pesar de ello siempre se sienten congeladas. Los pies son resguardados por zapatos especiales para estas regiones: primero medias de algodón, luego medias de lana gruesa, después unos botines que entran en unas botas y amarrado a las botas van los crampones. Vestíamos calzoncillos largos, una licra y finalmente pantalones. Además se usan unos protectores para el empeine desde la bota hasta la rodilla, de un material impermeable. En el tórax una camisilla de algodón, luego una camiseta térmica de manga larga, encima un buzo de lana y finalmente una súper chaqueta de plumas de ganso, así como la bolsa de dormir. Con esta indumentaria uno podía sobrevivir, pero a pesar de esto uno siente frío debido a las bajas temperaturas.

En las montañas mueren cada día muchas personas víctimas de avalanchas, cosa que da mucho miedo e infunde mucho respeto, pues el sonido que produce el desprendimiento de tal cantidad de nieve es estremecedor, fácilmente uno podría quedar sepultado. También hay varios tipos de hielo y partes donde uno va a ciegas gracias a la piqueta, con la que uno va palpando por donde tiene que ir, puesto que hay bancos de neblina que no te dejan ver a más de quince metros de distancia. Finalmente, después de tan luchada caminata, llegamos a la cumbre. Es maravilloso ascender en una noche de luna llena. Allí la música es la de la naturaleza, se escucha la voz de los diferentes vientos, las impresionantes avalanchas también nos dejan escuchar su esplendoroso rugido, de resto todo es silencio, armonía entre la montaña, Dios y el hombre.

Y luego de la penosa ascensión, de la ansiada cumbre, el gran premio: el cráter, que emana vapores con olor a azufre. La vista es impresionante y uno se siente grande, es todo un espectáculo. Después de disfrutar y tomar algunas fotografías, emprendimos el retorno hacia el refugio. Tras seis horas de descenso llegamos a disfrutar de la chimenea y la comida.

Al siguiente día regresamos a nuestro hogar en Baños de Turguragua, al hotel Patty. Enrique, o como le decimos cariñosamente, el Cachurco, siempre tiene una sonrisa y es muy amable y nos hace sentir como parte de su familia. Él tiene una finca cerca de Baños,

en un lugar que se llama San Francisco, a donde nos manda a recoger en su camioneta la leche, pues allí tiene vacas. El administrador nos tiene listas las cantinas, las recogemos y volvemos al hotel con leche, quesos, verduras y algunas frutas que le mandan a Cachurco. Él siempre nos dice que manejemos despacio, no quiere que estrellamos su camioneta, y nosotros le respondemos que él sabe que somos prudentes. Otras veces no salimos de Baños, yo me dedico al telar egipcio, a ir al salado, a cocinar y a comer, además de vender mis tejidos y compartir con la familia de Enrique y sus amigos venezolanos, los guías de montaña. En este tiempo hemos recobrado fuerzas, ya viene la próxima luna y con ella una ascensión esperada a la gran montaña nevada de El Chimborazo. Carlos nos comentó que hay un grupo de quince personas que están interesadas en hacer la cumbre con nosotros, así que empezamos los preparativos: la compra de los víveres y a alistar los equipos... Hemos comprado miel de abejas, bocadillo, panela, queso, mermelada y algunos dulces de frutas, al igual que arroz, frijoles, lentejas, avena, leche en polvo, garbanzos, harina de trigo, aceite, sal, azúcar, algunas especias, ajos, cebollas, papa, yuca, plátano, zanahoria, mucho pan que hace un alemán que vive en Baños, frutas y verduras...

Nos preparamos un desayuno-almuerzo y más o menos a las 8:00 a. m. llegaron las dos camionetas que nos llevarán a la entrada de la reserva natural, que nos conducirá al primer refugio del imponente Chimborazo. Este refugio queda a 1.800 msnm y aquí permanecemos cuatro días, pues la gente estaba adaptándose a la altura. En estos días nos dedicamos a hacer pequeñas caminatas, a cocinar y a estar alrededor del fuego. Yo tejí un poco en mi telar.

Estando en ese lugar pensaba mucho en mi amada hermanita Adí, pues ya hace más de un mes que no hablamos. Mi ser clamaba por dentro por tener noticias de Sebastián, el *Negro*, y por su puesto mi Gata hermosa. También recordaba a mi único hermano varón, se llamaba John Freddy y un accidente en moto me lo arrebató de este mundo el 20 de mayo de 1982, fue un día muy doloroso en nuestras vidas. En este lugar lo recordaba con mucha intensidad, él era un ser maravillosamente noble y muy inteligente. Un día antes de su muerte fue a despedirse de mi hermana Yaky y de mí.

Estuvimos ocupados también preparando la partida hacia el segundo refugio que queda a unos 4.500 msnm. Mis amigos guías son muy fuertes, pues sus maletas son muy pesadas y apenas caminan con dificultad. Después de una penosa ascensión hacia el refugio, por fin llegamos y nos encontramos con el personaje que lo cuida y otros montañistas que también se preparaban para hacer la cumbre. Permanecimos en este lugar siete días, aclimatando a las personas que nos contrataron, que eran quince, creo que eran nueve hombres y seis mujeres. Cada día había caminatas, unas de tres, otras de cuatro horas y así iban adaptándose nuestros pulmones, piernas y cuerpo al clima y a la altura en este lugar tan inhóspito y tan particular. Hemos encontrado en la nieve gorros, una bufanda, un guante, y yo unas gafas para nieve. Es mucha la adrenalina que se siente correr por el cuerpo.

Por fin llegó el día de partir a la cumbre, hay alegría, suspenso y temor de afrontar tan grande reto. Después de un par de horas tuvimos que amarrarnos con cuerdas pues había mucho viento. Íbamos atados de la cintura, uno cada cinco metros. Hubo avalanchas, mucha niebla y frío; y así, amarrados uno del otro, por fin llegamos a la cumbre. Estaba la luna llena a un lado y en el otro extremo el astro rey. Esta vista fue un gran regalo de Dios. Estrellas fugaces, la bóveda celeste repleta de estrellas, nunca vi tantas en mi vida y abajo un mar de nubes. Todo era gozo y alegría ante tan imponente paisaje. Estas experiencias te hacen grande e imponente como el mismo nevado. No hay palabras para describir lo que se siente al estar ante la grandeza de nuestro creador Todopoderoso, nuestro Señor Jehová de los ejércitos celestiales y terrenales.

Esta cumbre fue dedicada a mi Señor, mi amada Gata, mi amado Sebas, a mi cuñado Oscar, mi hermana Yaky y a la memoria de mi hermano John Freddy.

Después de permanecer allí unos veinticinco minutos, emprendimos el retorno al refugio. Nos soltamos de la cuerda y cada quien descendió por cuenta propia. Luego de unas ocho horas de descenso llegamos al refugio cansados, con hambre y mucho frío. Comenzamos a cocinar y a reponer fuerzas. Estábamos muy felices, la alegría que sentíamos era indescriptible. Al otro día emprendimos el descenso a la salida de la reserva, allí nos esperaba Carlos, el hijo de Enrique, y el otro conductor de la camioneta, quienes nos regresarían a

Baños. Hoy en día en este poblado hay muchos hoteles, agencias de turismo, restaurantes y tiendas de artesanías.

Agradezco al Señor por tanta bondad y privilegios de los que me ha hecho gozar y disfrutar.

EL GRAN DÍA DEL SEÑOR

Jhon Fredy Ardila Ortiz



Debo confesar que no ha sido nada fácil para mí esto de escribir, ha requerido una gran inversión de paciencia y concentración, cualidades de las que estoy un poco desprovisto, pero que con disciplina estricta he logrado desarrollar, al menos en su expresión más básica.

Esta historia, de la cual soy protagonista, no contiene más que los esfuerzos ininterrumpidos por recuperar la realidad perdida, mejor conocida con el nombre de vida. La vida, que sin ser realmente consciente se fue marchitando, hasta el punto de no ser más que un chamizo que en otros tiempos conoció la felicidad.

La vida y las decisiones que tomamos no se rigen por principios preestablecidos o manos invisibles que lo manejan todo tras un telón, y a los que muchas veces culpamos por nuestras desventuras. Cambiar o seguir igual no depende de los demás, no es algo que puede ser delegado a alguien más. Simplemente son acciones que requieren empeño y perseverancia, aunque el resto del mundo insista en que debemos rendirnos.

Nada ha sido fácil para mí, así como tampoco lo ha sido para ningún otro ser humano, sin embargo, todo el tiempo intento convertir este infierno en algo inesperado, en una experiencia sublime.

Creo que todos en algún momento de nuestras vidas hemos querido viajar a la misma velocidad de la imaginación, llegar así tan lejos como esta nos lo permita y tal vez, luego de tanto viajar, poder encontrar un lugar en el que todos los contratiempos puedan ser sorteados con sólo desearlo, sin importar la complejidad de los mismos.

Veo con asombro cómo la conciencia se va transformando a fuerza de tropiezos en una manifestación insensible y, a medida que vamos creciendo y el frío y solitario manto de la vejez no cobija, el aprendizaje se vuelve esquivo y la semilla de la incertidumbre invade cada rincón del pensamiento. Entonces una vida normal termina convirtiéndose en una utopía y los propios recuerdos se convierten en pasajes de una historia vivida por alguien más, muy distinto a nosotros mismos.

Alguien me dijo una vez que lo único importante de estar vivo es sacarle el mayor provecho posible a cuanta situación favorable se presente. Pero aunque busco con ahínco los beneficios de los que me han hablado, no consigo más que información superflua, que se vale de los innumerables medios de comunicación para su propagación por el mundo. Los seres más conspicuos del carnaval de información, que recibo con desdén, son proyecciones minúsculas de las ideas y el egoísmo del que trato de escapar.

Es fácil sugestionarse con tanta basura escrita que pretende hacernos creer que las cosas son como uno quiere que sean. Es fácil hacer planes y culpar a la superstición y al destino por nuestra incapacidad para realizar nuestros sueños, por lo que se confirma la relatividad de nuestro mundo, que finalmente nos muestra en verdad es fácil emplear esta relatividad a nuestra conveniencia para disfrazar la mediocridad.

Ahora tomémonos un tiempo y analicemos todo lo que hemos percibido a través de las cinco ventanas del alma. Observemos, como un espectador silencioso, lo que ocurre a nuestro alrededor y pensemos en el por qué. Después de esto sólo queda agregar una pieza de optimismo al pastel de nuestras experiencias y comer todos los días un trozo del pastel que nos convierte en hombres sabios.

Encerrado entre cuatro paredes como me encuentro, descubrí que somos contenedores de un ángel y de un demonio, y que el

cementerio de los vivos, como es conocida la prisión, pone a prueba ambos seres transmundanos. Esta vida, a la que he sido arrastrado por mis acciones, es más parecida a la muerte que a la vida misma.

Quiero decirles a los lectores que espero que exista vida después de la muerte, porque sólo así tendrá sentido mi último intento de recuperar la mía.

EL GAVILÁN

Michael Chaves



Un día se acercó un amigo a mi finca, una pequeña parcela en la que yo vivía con mi esposa y su niña, en un lugar donde hay muchos árboles. Yo me dedicaba a todo un poco: criaba toda clase de aves que llegaban a mi casa, pollos de engorde, la avicultura para subsistir con mis gastos.

Este amigo se había acercado a regalarme un polluelito de gavilán. Me dio mucha emoción porque tendría la oportunidad de criar el primero. Me lo había traído en el baúl de su moto y cuando abrió la cajuela el ave se quedó quieta, como esperando a ver qué le iba a pasar. El señor me contó que venía aterrizando, pues el árbol donde tenía su nido lo habían talado. Lo había construido en un cedro, un árbol de gran altura y de madera preciada.

El joven polluelo estaba a punto de aprender a volar, sólo le faltaban dos semanas para que sus plumas crecieran totalmente y sus alas soportaran su peso. Yo era su protector y le puse su propio nombre: Gavy, el gavilancillo. Él vivía suelto en ese terreno. Le gustaba el pescado fresco y ya empezaba a cazar sus propias presas. Allí tenía árboles para aprender a sobrevivir, de todo para que no sufriera y se alimentara por sus medios e instinto cazador, que tenía en su genética.

Un día decidí llevarlo a un potrero para enseñarle a volar bien. Le tapé los ojos y luego lo lancé, como no había árboles allí, le tocaba esforzarse y volar para no caer al pastizal, así aprendió a volar. Se iba todo el día, siempre se camuflaba en las hojas de los árboles y no se veía, pero siempre regresaba a su lugar dentro de la casa.

Hasta que un día llegó la violencia, me despojaron de mi terreno y todas las cosas que había conseguido durante un buen tiempo. Me tocó dejar a Gavy suelto a la deriva, con todos los animales que tenía en mi terreno. Se quedó y nunca se fue de su territorio, el que yo le organicé, él sabía que esa era su casa, pues aunque yo salí hacia la ciudad de Palmira, donde permanecí seis meses, al volver estaban Gavy y los perros que cuidaron de todas mis cosas. Parece que alguien me los hubiera alimentado durante el tiempo que estuvieron solos. Cuando volví a rescatarlos, estuve ocho días allí, recogí la comida, gallinas finas de mucho valor por su raza. Yo alquilé un camión para sacar mis pertenencias. Esto me dio fuerzas para conseguir otro terreno en otro departamento menos violento.

Pero lo que mi gavilán me enseñó al encontrarlos a todos reunidos esperándome es que el amor de los animales supera todo, gracias a Dios que a todos los encontré y me los llevé de viaje hasta donde les tenía preparado un sitio nuevo para poder estar mejor. Allí vivimos mucho tiempo. Esta historia me aconteció en el Putumayo.

LO QUE ME DIJO MI MAMÁ

Raine Roberto Losada



Yo no sé para dónde voy
Puede que no tenga nada que dar
Mi vida sigue
El sol en el horizonte de esa carretera
Ni yo mismo sé quién soy en esta falta de cariño
Por ser un soñador he aprendido a andar solito
Donde el viento me lleve abriré mi corazón
Puede ser que en el mal camino
En un atajo encontraré una sonrisa
Que me provoque una pasión

Ese día así me habló mi madre del mundo tal como era, parecía que ella conociera ya las piedras donde yo iba a poner el pie.

DESGRACIA

Sergio Ramírez



Esta es una triste historia que bien o mal relata una realidad vivida en cada rincón del planeta.

Sadrees es el nombre de un joven adolescente que desde que tenía siete años le ha tocado vivir una amarga vida, pues perdió a su madre llamada Sadraas, quien murió con tan sólo veintiocho años. Desde aquel entonces le ha tocado vivir con sus tíos y otros familiares. Sadrees era muy rebelde y cuando tenía diez años una prima decide hablar con él y le dice:

—¿Quieres trabajar?

—No, no quiero —responde Sadrees con tono arrogante.

—Bueno está bien, es tu problema —dice la prima sin molestarse.

Debido a su rebeldía y cruel capricho, de vez en cuando, en pequeñas discusiones con sus familiares, les decía que él no había nacido para trabajar y muy disgustado se iba para la calle. De cierta manera, el pequeño joven sin saberlo decía la verdad. Pues desgraciadamente, por ignorancia de su familia, que era de estrato muy pobre, sin importarles que el surgir de una persona consiste en estudiar y capacitarse, querían que el pequeño trabajara y se ganara la vida, como es el decir popular de las personas de escasos recursos.

Un día de mucho regaño, él decide salirse de casa de sus familiares y rehacer su vida. Sin saber qué hacer ni para dónde ir, opta por hablarle así a una señora:

—Señora, por algún motivo ¿necesita a alguien que le ayude?

—¿Qué es lo que quiere jovencito? —respondió sutilmente la mujer.

—Señora, estoy buscando trabajo.

—No, no tengo con que pagarte.

—No importa señora, si usted tiene algo de comer, le puedo ayudar por este día.

—Está bien —dice la señora— vamos.

Llegada la noche y después de haberle ayudado a la señora con quehaceres y mandados, el joven Sadrees le comenta que no tiene donde pasar la noche y la señora lo acomoda en un cuarto y le dice:

—Espero que seas un niño juicioso y no como esos jovencitos que ponen cara de yo no fui y después aprovechan el momento para llevarse lo todo.

—No señora —contestó el muchacho simplemente, mientras pensaba en el corazón tan bondadoso de aquella mujer.

Al día siguiente muy temprano, el pequeño se despide de la señora y le dice:

—Usted me recuerda a mi madre, muchas gracias señora.

Y sale sin rumbo fijo.

En el camino con destino incierto, conoce a otros jóvenes de igual edad y algunos mayores que le invitan a que los acompañe, pues van a aventurar por la vida y a ganársela como puedan. En estas a Sadrees le cogen los diecisiete años, cuando conoce a una chica que queda embarazada y nace una niña a la que llaman Timita. Decide formar un hogar con ella y cambiar su forma de ser, pues a pesar de no haber estado en un núcleo familiar estable, y además de ser rebelde, sabía lo que quería, sobre todo ahora que iba a ser papá. Todo iba marchando bien, Sadrees, quien en aquel entonces tenía veinte años, por cosas de la vida, sólo con el simple hecho de ser papá, los vecinos y las personas influyentes del comercio, viendo al joven muchacho pasearse en derredor con una pequeña dama, llevando ella en brazos una pequeña bebe, sin pedirles trabajo, se lo ofrecían. Un día opto por ahorrar una plata y comprarse una casa,

pues vivía en arriendo, y al cabo de un tiempo se compró lo que tanto quería: su *penthouse*, y se acomodó.

No duró tanto la dicha, pues un día el joven Sadrees decidió tomarse unos tragos y él y sus amigos se pusieron a pelear. Fue tanta la discordia que a la cárcel fue a parar. Uno de los que estaba con él estaba tan borracho, que Sadrees partió una botella y con la misma le dio picotazos hasta matarlo. ¿Quién sabe cuál sería? Era la pregunta de Sadrees, que hasta donde se acuerda no fue él quien había usado el pico.

Dentro de una cárcel, sin poder ver a su familia, piensa y reflexiona sobre aquel momento de copas, y siente el sabor tan amargo a causa de pasar un rato, tal vez no tan agradable, con quienes ni siquiera conoces, aquellos a los que llamamos amigos.

ARMONÍA

Simón Rosendo Kudimugo



Estando en mi celda, meditando en lo que algún día fue mi niñez, pasaron como una estrella fugaz los momentos mágicos y hermosos que compartía con mi hermano Salomón, cuando nos metíamos muy adentro en la selva, lejos de la casa, a pescar. Recuerdo que jugábamos a ver quién cogía más peces. Nos adentrábamos horas en el monte y por el camino mirábamos cantidad de animales, como las gigantes mariposas azules que hay en la selva y son muy hermosas. Los micos, los pájaros vestidos de muchos colores, las hormigas tangaranas y las congas, las guacamayas que volaban sobre los árboles y bajaban cerca de las orillas del río Tacana, qué bello es su canto, además encontramos boas como la arcoíris y la pitón.

En la selva, con la tranquilidad que irradian los árboles, sus ríos de aguas oscuras y playitas de aguas cristalinas, se veía pasar gran cantidad de peces como la gamitana, el sábalo y las lisas.

Cuando nos bañábamos en este río jugábamos al Tarzán, que consistía en treparse a un árbol, cogerse de un bejuco y tirarse al agua. Son recuerdos inolvidables. Sólo existía paz, tranquilidad e inocencia... éramos niños, no había ningún tipo de violencia, en ese momento no existían drogas, hurtos, homicidios, ira, soberbia o egoísmo. Era

un mundo de completa armonía. Todos esos recuerdos son mi gran tesoro. De eso ya han pasado aproximadamente dieciocho años y hoy me encuentro preso por homicidio en la cárcel de Leticia.

En esta cárcel, aunque es pequeña, respiro un aire ficticio y encuentro mucho egoísmo, hurtos, ira, rabia, hipocresía y homicidios. Aunque yo soy un poco caliente, lo único que quiero es tener una buena convivencia. Así como yo respeto también me respetan, pero eso no basta, siempre hay una energía negativa cultivando lazos de enemistad. Sin embargo, todo cambia cuando leo la palabra del Señor, que me da la verdadera felicidad, paz y tranquilidad. Hoy mi vida ha cambiado bastante a pesar de muchos obstáculos. Sigo en la lucha, dándole gracias al creador de la vida por regalarme la dicha de seguir respirando y darme otra oportunidad de seguir viviendo.

Hace poco, el siete de junio del 2016, tuve un inconveniente en el Patio Uno y terminé en UTC, “el hueco”. Prometí que no volvería a consumir drogas y cuando estuve allí, el patrón, al que llaman Loro, no dejaba de mandarme los porritos, y la verdad no consumí. Dijeron que mi castigo sería de setenta y dos horas y pasaron cinco días y yo aún seguía allí. Entonces ese sábado me desperté y tomé una mala decisión: prender fuego al colchón en una celda de dos por dos, la verdad es que yo pensé que sólo saldría humo, vendrían los guardias y yo les pediría cacao para que me sacaran de ahí, ese era mi plan.

Pero todo salió mal, inconscientemente estaba quitándome la vida, la conflagración empezó en un dos por tres, la celda comenzó a incendiarse y empezó a salir humo tóxico de la colchoneta. Yo me hice tras el planchón, arriba de la tasa de baño, la calentura comenzó a derretir mi camiseta, me la quité y empecé a pedir auxilio. El oxígeno se acabó y cada vez me quemaba más y más, afuera los rancheros desesperados echaban baldados de agua al cien por ciento. Milagrosamente Dios tuvo misericordia de mí y pude salir con vida. Muy aturdido un guardia abre la reja, yo salgo quemado, inmediatamente otro guardia me da un golpe en la cabeza y caigo al suelo, comienza a darme patadas, pero en ese momento otro guardia no permite que me sigan golpeando. Después, quemado y cascado, me llevaron al hospital donde el doctor me dijo que tenía quemaduras de segundo grado. Me alcancé a quemar los dos brazos hasta el hombro, un poco la espalda, las orejas, los labios, la nariz, la boca,

las cejas y el pelo. Sólo sé que un ángel me cubrió los ojos para no quedar ciego, vi el poder de Dios y también la muerte cara a cara.

A pesar de que uno se porta muy mal en la vida, Dios tiene misericordia con uno y lo perdona. Hoy estoy muy agradecido con Él y no hay ni un día en que no me sienta feliz simplemente por estar vivo y poder hacer las cosas bien como nunca las había hecho.

Estuve cinco días en el hospital y luego volví a la cárcel muy feliz. Sólo Dios sabe la felicidad que hay en mi corazón. Estoy en el Patio Uno, sólo espero portarme bien y que pase el tiempo para poder encontrarme con la libertad física.

ANTIOQUIA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE APARTADÓ



ALBEIRO FLÓREZ
DIRECTOR DE TALLER

MI ESPOSA ES UNA MAESTRA Y ES UNA DURA

Carlos Augusto Figueroa



El olvido del estado, así se llamaba una vereda ubicada en una región de Colombia donde le asignaron a Lady, una profesora de la primera infancia, que diera a conocer los derechos de los niños a todos los que habitaban allí. Ella era muy activa y se encontraba contenta porque era su primera experiencia como educadora y, aunque sabía que no sería fácil, decidió asumir el reto.

Lady se vistió con ropa de pelea y viajó a ese lugar para su primer encuentro con el presidente de la acción comunal don Gerardo Carranza, a quien le dio a conocer el motivo de su visita. Don Gerardo, algo confundido, le preguntó: “¿Señorita y esos derechos dónde se venden y cómo se comen?”. La maestra muy educadamente sonrió y le sugirió que congregara a toda la comunidad a una reunión en la casa comunal.

Al día siguiente, la maestra se levantó con una energía espectacular, de esas que contagian, y salió a su encuentro con la comunidad, al llegar se lleva una tremenda sorpresa, el salón estaba completamente lleno y todos ya la esperaban. Ella sonriente como siempre saluda y sin perder tiempo comenzó a hablarles sobre los derechos de sus niños.

Una señora alzó su mano y le preguntó: “¿Señorita y para qué sirve eso para nuestros hijos y a nosotros?”. A lo que la maestra responde: “Para que a ningún niño le sean vulnerados sus derechos”, y comenzó a resumirles y explicarles cada uno de los derechos: el derecho a la vida, a decir sus opiniones y manifestar sus ideas, a la protección durante los conflictos armados, a la libertad, al descuido o trato negligente, a la recreación. Otra señora la interrumpe y le dice: “Una partera ha dejado morir cinco niños, ¿no está ella incumpliendo esos derechos?”. “¡Claro! —responde Lady—, esa señora está violentando el derecho a la vida”. Otra le pregunta: “Maestra mi vecino tiene cinco niños enfermos y no los lleva al médico porque no cree en ellos sino en los brujos, ¿tampoco está cumpliendo esos derechos?”. “También está violentando los derechos de sus hijos”, respondió la profesora, quien se encontraba muy complacida al ver a los padres interesados en el tema.

Les explicaré más de estos derechos: “Sus niños tienen derecho a la protección contra el trabajo, contra la trata o el secuestro, tienen derecho a un nombre y a una nacionalidad, a la alimentación, la educación, a la no discriminación; como ven son muchos los derechos de sus niños”.

Don Gerardo se levanta y le pregunta: “Profesora yo tengo cinco niños menores de edad y a todos los pongo a trabajar por lo que no asisten a la escuela, ¿estoy yo violando los derechos de mis hijos?”. “¡Por supuesto don Gerardo! Usted está violando el derecho a la educación”.

Cuando la profesora Lady terminó de explicar todos los derechos, la comunidad quedó muy motivada por lo que se comprometieron a respetar dichos derechos y a mandar a sus hijos a la escuela. Luego de esto Lady partió, pero con el compromiso de volver.

Pasados ocho días regresó la maestra a la vereda y se encontró con muchos cambios, los niños estaban bien vestidos, saludables, alimentados y, lo que más le emocionó, estaban con una gran sonrisa, entonces comprendió que su mensaje sí había llegado a ellos, que estaban respetando los derechos de los niños y se asombró aún más cuando miró un hermoso mural de todos los derechos de los niños con sus respectivos dibujos y una frase que decía: “Si respetamos los derechos de los niños, para ellos habrá un futuro mejor”.

VOCES DE ALIENTO

Camarus (seudónimo)



—Hola, ¿cómo estás?

—Yo estoy bien, ¿y tú?

—¿Acaso importa cómo estoy?

—Bueno lo siento, sólo quise ser amable y desearte un muy buen día.

—Cómo es posible tener un muy buen día cuando te levantas y no hay nada para echarle al estómago, los problemas y la economía que nos trituran nos han de costar muy caros.

—¡Claro hombre! Tú puedes tener la razón, pero no por eso debemos derrumbarnos.

—Pues puede ser muy predecible para aquel que antes de levantarse ya tiene su comida ganada o lista, como aquellos de cuello blanco, que a sabiendas de la problemática que existe siguen tomando decisiones sobre la mayoría, que se hunde en la violenta y cruda pobreza, escudándose en sus leyes y políticas financieras de salvación para ellos.

—¿Es tanto así?

—Y quizás más. Mira, tú no me lo estás preguntando pero la vida no ha sido fácil para mí, cuando quise estudiar creyéndome y

sintiéndome muy inteligente, la economía de mi hogar me obligó a postergar mis estudios, siempre estará presente ese deseo, por el momento los cuadernos irían al desván dándole paso a ciertos elementos supuestamente más provechosos: las armas.

Quise trabajar para ayudarme y ayudar en mi hogar, pero mi falta de experiencia y conocimientos no daba para que alguien me empleara, pues qué más queda para un jovencito con la adrenalina a mil, con hambre y lleno de circunstancias tratando de jugar al bueno. No hay quién me ayude, quién me tienda la mano sin quitarla, sin condición. Un día me acerqué a un almacén en busca de trabajo y el dueño me dijo: “¿quite de ahí, es que me piensa robar?”.

“Bueno”, pensé dentro de mí: “Ya hay tela de donde cortar”.

Ante tanta ofensa, lleno de enojo pero con valentía le hice realidad su sueño: lo robé. ¡Qué maravilla!, lo convertí en mi primer cliente, hasta orgulloso debe sentirse el pendejo ese por haberme convertido en una alimaña, puesto que en adelante mi prontuario delictivo fue tenaz.

No te relato más porque no sé si terminaríamos y si estás dispuesto a escucharlo, tan sólo te digo que fue a tal punto, que sólo yo pude terminar con el monstruo que se creó dentro de mí, lo traté, lo peleé y acabé por destruirlo o quizás sólo dormirlo.

—Te felicito amigo y que sea una voz de aliento de corazón, mejor de cómo lo esperaste algún día cuando eras un pelao y déjame desearte ¡UN FELIZ DIA!

PRESAGIO MORTAL

UNA HISTORIA DE LA VIDA REAL

El bandido (seudónimo)



Vegachí
Nordeste Antioqueño

Así suceden
los comienzos
de los fines.
Un Celador,
dos Enfermeras,
un Médico,
un Conductor,
¡un fantasma asesino!
Y un presagio
antes del acontecimiento.
Año de 1991 mes de mayo.

Transcurría una tarde de misterio en el viejo hospital de Vegachí, Antioquia, donde yo laboraba como celador. Era una tarde de invierno de un viernes que daba entrada al fin de semana.

En el barrio La Cancha del pequeño pueblo vivía una joven pareja procedente de Medellín. Al caer cada noche, lloviera, tronara o relampagueara, el muchacho acostumbraba sentarse bajo una acacia ya envejecida a esperar que su amada terminara el turno en el bar Tamacá. Ya reunidos, se surtían de marihuana y enrumbaban hacia su casa. Cuánta mala querencia los rondaba por todos los que, creyéndose poseedores de las mejores virtudes, no aceptaban su forma de vida diferente.

Se escondía la tarde cuando me dirigí al hospital para asumir el turno de las 6:00 p. m. que me correspondía en compañía de la enfermera Estella. El clima era fresco. Algunas gallinas se metían a los solares para buscar sus dormideros.

Como siempre, Estella me saludó con desinterés, pues nunca habíamos tenido relación amistosa. Ya descargaba yo la mochila con mis objetos personales y mis viandas en un cajón de la estantería semivacia, cuando ella, entrando en la sala de espera, lanzó un grito aterrador diciéndome:

—¡Pedro ven, saca a este animal que se entró al hospital!

Siempre listo como he sido, con la agilidad de un gato, acudí al llamado de la joven enfermera.

El animal caminaba lento por el pasillo interior. Traté de echarle atajo por otra salida, pero se escondió detrás de los cilindros de oxígeno. Entonces lo acucí con una escoba y salió hacia el patio de ingreso, dando brinquitos medio ridículos.

Me entretuve de nuevo en mis labores, cuando noté que el avechucho se acercaba por detrás, al tiempo que Estella venía arrastrando el carrito surtidor de estopa. Ella me lo hizo notar más, con algo de espanto:

—¡Pedro, mira a ese animal al pie tuyo!

La extraña ave me miraba con ojos inquietos como pidiendo mi ayuda. De pies a cabeza me invadió un corrientazo y el pelo de todo mi cuerpo se erizó.

—¡Fuera, fuera! —Le dije con voz gruesa, tratando de espantarlo a manotadas.

El zopilote, sin asustarse, al abrirle la puerta, salió a saltitos hasta el patio cercano a la sala de urgencias y alzó un vuelo tan misterioso como si con su aleteo se llevara la poca luz que quedaba del día y de las lámparas de neón.

Todo quedó en tinieblas y Estella, dominada por los nervios se puso a llorar. Abrazándome, me dijo:

—Pedro ¡no me deje sola, por favor!

Se me vinieron a la mente todas las tragedias pasadas, cuando a cada rato los matones saltaban la malla del hospital para rematar a sus víctimas con una frialdad pasmosa.

—Estella, tranquilízate y ve a dar vuelta a los pacientes.

Entré a la oficina de seguridad y me preparé para hacer la primera ronda, tomando la linterna y adecuándome al cinto uno de los dos revólveres de dotación disponibles. Algunos de los enfermos que vi recostados en sus camillas, parecían notar el misterio que envolvía al viejo hospital, alumbrado tristemente en algunos espacios por velas o lámparas de petróleo.

Al cabo de unos minutos se reactivó el fluido eléctrico y busqué a Estella para recordarle que teníamos un paciente herido con bala, de modo que debíamos tomar medidas de precaución.

—¿Sabe disparar un arma? —le pregunté.

—Nunca he llegado a coger una cosa de esas.

Ajusté el otro revólver en la pretina y me puse en guardia muy nervioso, pero sin intención de llamar aún a la estación de policía.

Transcurrieron varias horas y muchos de los pacientes permanecían despiertos. Misteriosamente el aura había sembrado pánico en todo el interior del centro hospitalario. Ningún ruido especial rompía el intenso silencio; sólo el ulular del viento por algunas ventanas entreabiertas aumentaba la inquietud en el ambiente.

Pasada la media noche unos disparos truncaron la poca tranquilidad que se había recuperado. En la entrada del edificio una mujer pedía auxilio desesperadamente.

—¡Me mataron mi maridito! —escuché.

Sobresaltado, le dije a la enfermera:

—¡Este era el presagio del gallinazo!

Nos asomamos al portón y vimos que todavía la víctima se movía en el ángulo de la acera. Tomé apresuradamente una camilla rodante y acudimos al auxilio. Al tenerla cerca curiosamente noté, como no lo había hecho antes, que Estella era una mujer hermosa, muy proporcionada, de tez blanca, con cabellos claros y ondulados, ojos muy expresivos, de unos labios provocadores y tan hermosos

como toda ella. Pero esa belleza, en estos momentos oscuros de incertidumbre, dejó a un lado la vanidad para convertir a la mujer en toda una heroína. Vi con admiración cómo olvidaba todo el orgullo que la dominaba a cada momento.

Ella cogió al herido por los pies, mientras yo lo icé de los hombros para subirlo a la camilla y entrarlo al hospital. Luego de aplicarle los primeros auxilios, me dijo con decisión:

—Pedro, pásame un revólver y váyase a buscar al médico.

Efectivamente se ajustó el arma, dando a su esbeltez una apariencia estrambótica, y guardó varias balas en el bolsillo del delantal.

Tomé la bicicleta y salí a cumplir con el pedido. Cuando entramos al hospital también llegó la policía. En ese momento se desató el trágico camino de dos vidas.

Había confusión. El médico Sergio me miraba, yo miraba a la enfermera, los policías nos observaban a todos y mucha gente se agolpó con curiosidad y sobresalto. Reinaba el hermetismo.

A eso de la una y media de la madrugada del sábado, se ordenó la remisión hacia Medellín. En la ambulancia viajarían Danilo Mazo, el conductor, el herido con su esposa y la enfermera Luchi, una linda joven de cabellos negros y lacios, trigueña y con cuerpo de muñeca.

Entre tanto organizaban el vehículo, Danilo hizo una llamada telefónica y, en ausencia del médico, dispuso que Luchi ocupara con él la cabina, mientras la otra mujer viajaría con su esposo herido en la nave.

¡Comenzó el calvario! La ambulancia ya tenía marcado su destino. La joven pareja que estaba adentro presentía la muerte. Y la noche era lluviosa, el cielo muy oscuro y algunas sombras se extendían como fantasmas.

Recién habían partido cuando a sólo un kilómetro del área urbana el vehículo, que no marchaba muy rápido por la lluvia y el mal estado de la vía, fue interceptado por una figura siniestra que cubría su rostro con un pasa montañas oscuro y sus manos con guantes negros. A mediana distancia se vislumbró como un espanto, dibujado por las luces de las farolas, parado en medio de la carretera, con un brazo extendido hacia el frente y apuntando con un arma corta. Forzó la detención del carro hospitalario.

Se acercó con paso firme y largo de militar, gritando:

—¡Si quieren salvar sus vidas, salgan y aléjense del vehículo!
¡Yaaa, carajo!

—Yo no puedo dejar abandonado a mi paciente, dijo muy nerviosa la enfermera.

—¡Pues entonces será la primera en morir! —determinó fríamente el asaltante.

El conductor salió, apretó el brazo de Luchi y la sacó arrastrada de la cabina, mientras ella braceaba y lloraba por el herido. A trompicones se alejaron hasta desaparecer en la oscuridad y llegar a la primera casita del pueblo, más parecida a un tugurio por sus paredes torcidas y el techo medio derruido.

—Por favor, ¡ayúdenos! —gritó, mientras daba bruscos toques en la puerta de madera— Soy la enfermera Luchi y necesito urgentemente un teléfono.

Doble suerte porque la señora de la casa reconoció a la joven al mirar por una hendidura y, contradiciendo las apariencias de la inopia, en la vivienda había medio de comunicación.

En la recepción del hospital timbró el teléfono cuando declinaba la madrugada; pensé que llamaban para amenazarnos por haber socorrido al herido. Cuando tomé tembloroso el auricular, al otro lado escuché:

—¡Pedro, Pedro, nos atacaron e incendiaron la ambulancia! Estamos en casa de la abuela de Aníbal y no sabemos qué ha pasado con las personas que llevábamos.

Entregué el aparato a la enfermera de turno y me senté desconsolado en el mismo suelo, sintiendo la vida como un lago sin fin.

Pasado el susto inicial, le dije a Estella:

—Estemos preparados por si ocurre algo más. Ya casi amanece.

Escuchamos la sirena de un vehículo que se acercaba por las dormidas calles, sin poder determinar en el primer momento si era el carro de la policía o uno de pasajeros. Vimos llegar muchos agentes y entre ellos apareció un automotor chamuscado que también parecía repartidor de carnes, chorreando sangre y barro por todos lados. Más que ambulancia semejaba un trajinado carro de funeraria.

Sin hablar, Estella, Luchi y yo recordábamos en esos tristes momentos cómo el comandante de la estación de policía, el cabo

Hugo, recorría con frecuencia los suburbios de la pequeña población disfrazado de mujer.

Y así nos llegaron los primeros rayos del sol, mientras una tenue neblina caminaba sigilosa hacia lo alto de las montañas, dejando otra vez al pueblo adormecido en el luto, el dolor y la orfandad.

ROSAS NEGRAS

Henry Carvajal



Todo inició en el invierno del año de 2005, cuando Santiago, un soldado de profesión, había viajado a Necoclí a visitar a su padre después de varios años sin verlo. Sólo tenía la intención de compartir un tiempo con él y aprovechar al máximo el período de descanso que le habían otorgado después de seis meses de arduo trabajo en el área de operaciones. Su padre sólo llevaba un par de meses trabajando en aquella hermosa finca, tenía de todo, abarcaba un gran espacio desde el borde de la carretera hasta la orilla del inmenso mar donde el suave viento, los árboles y el imponente sol adornaban los días.

Don Marcos, así se llamaba el padre de Santiago, era mayordomo de la finca y vivía allí en compañía de una mujer quien se encargaba de mantener la casa en orden.

Eran las ocho de la mañana del 5 de agosto cuando sonó el celular, rápidamente, don Marcos contesta:

—¿Aló?

—Hola apá, ya llegué, estoy acá al frente de la plaza del mercado.

—Espéreme allá que ya voy por usted,

Mientras Santiago esperaba a su padre, se acercó a una cafetería que estaba al costado de la oficina de transporte, pidió un café

bien cargado y encendió un cigarrillo, sin ninguna intención y sin proponérselo escuchó atento la conversación de la mesa de al lado, dos hombres con una actitud de temor y crítica, hablaban sobre un hombre que después de haber recogido a una mujer hermosa en la vía y avanzado unos pocos kilómetros, se convirtió en un espanto. Al hombre lo encontraron luego tirado al costado de la vía. En ese instante llegó don Marcos, Santiago sacando de su bolsa un par de monedas pagó el café y dando las gracias se marcha al encuentro de su padre. Al verlo, después de tanto tiempo, le da la mano y un fuerte abrazo y avanzaron al carro para irse hacia San Sebastián de Urabá, que es donde se encontraba la finca, pero antes debían pasar por el cementerio, que quedaba a la orilla del mar y avanzar hasta un caserío llamado Cañaflechal, justo después quedaba La Blanca, así se llamaba la finca. Santiago ya en casa y tras haber comido un buen desayuno, se va a la ducha y luego a la cama a descansar un poco. Transcurren varias horas, eran ya las seis de la tarde cuando despierta, se sienta en un kiosco a la orilla del mar observando la puesta del sol, en ese mismo instante llega un tío para entregar unos suministros y al verlo decide quedarse a dormir, pero con la intención de salir a la farriada que iniciaba a las ocho de la noche. Ya están listos para salir, cada uno iba en su moto, para así poderse levantar el pelito, transcurre la noche y la rumba se pone buena, ambos ya con pareja, disfrutan y sueñan con seguir hasta el amanecer, el ambiente esta denso y soplaban fuerte el viento, los relámpagos aclaraban la noche, ya se aproximaba una tormenta.

La joven que compartía con Santiago decide irse para su casa, dejando a su compañero de festejo abrumado y triste, eran ya la una y media de la madrugada, Santiago se acerca a su tío y le dice que se marcha solo para la finca ya que él se quedaría con su amiga para fortalecer el romanticismo y la pasión en medio de la frágil noche tormentosa. Ya poco a poco empieza a serenar mientras los truenos rugían y el flash de los relámpagos aclaraba la noche. Santiago prende su moto y se marcha con dirección a la finca, una fuerte neblina proveniente del mar, poco a poco se adentraba en el caserío dificultando la visión en medio del sereno, sólo quería llegar rápido para acostarse, mientras pensaba si volvería a ver a aquella joven. Cuando se aproxima al paso obligado del cementerio en medio de

la nubosidad, ve la figura de una hermosa mujer por toda la orilla de la vía, reduce la velocidad, ya que en todo el frente del campo santo había un charco de agua, avanza hasta alcanzarla y le dice:

—¿Te puedo llevar?

Ella le responde:

—Sí.

La hermosa joven sube a la moto y el arranca muy despacio para aprovechar el tiempo y conversar un poco con la bella damisela.

—¿Hacia dónde te diriges? —Pregunta Santiago, ella con una voz del más allá responde:

—Al hoyito.

Santiago atónito al ver su hermosa cabellera, su piel trigüeña y esa ligera vellosoidad en sus brazos, al observar sus piernas y las deli-neadas curvas su cuerpo, en medio de tanta belleza pregunta:

—¿Tienes novio?

—No —dice ella.

La atmósfera se sentía densa y tensa, un ligero escalofrío recorrería su cuerpo, la neblina, el frío, esa sensación lúgubre simplemente causaba terror. Santiago con temor pero al mismo tiempo con sensación de amor a primera vista, disimula esquivar un hueco, la reacción de la hermosa joven fue tomarlo por la cintura, el aprovecha y toma su mano, la cual estaba fría y un poco rígida, con algo de sigilo observa por el retrovisor izquierdo de la moto, un gran asombro y pavor lo asalta al no ver nada, él pensó que por los tragos que se había tomado le faltaba la visión, nunca se imaginó que llevaba un espanto justo detrás de él, ese mismo que a veces y en algunas ocasiones atormentaba a los transeúntes que a esa hora de la madrugada pasaban por ahí. Él continua manejando pero con cuidado ya que había un tramo sin luz, muy nublado, que dificultaba la visión, no tenía forma de contener esa sensación de escalofrío recorriendo su cuerpo al punto de erizar cada vello que cubría su piel, también era inevitable sentir esa sensación espectral o fantasmagórica a causa de la peculiar compañía, pero no era impedimento para que su sentimiento de amor, alimentado por esos rasgos físicos y esa hermosa cabellera crespa, palpitará en él.

Ya se acercaban a Cañaflechal y de ahí seguía la finca La Blanca, él con un tono amigable le pregunta:

- ¿Cómo te llamas?
 —María Yorledis —responde.
 —¿Te puedo llamar?
 —No, le contesta.
 —¿Nos volveremos a ver?
 —No creo.

Faltaba poco menos de cien metros para llegar a la entrada de la finca cuando la moto de repente se apaga, ellos se bajan y Santiago hace el intento para encenderla una y otra vez, pero sin ningún resultado, ella le dice:

—Debo seguir, ya es muy tarde y no me puedo demorar.

—Ya estamos cerca, mi papá me puede prestar una moto y yo te llevo, no te preocupes.

—No hay tiempo. —Dice ella.

Los dos avanzan caminando, al llegar al frente de la puerta de la finca, toca el timbre afanosamente, voltea y le dice a la hermosa joven: espérame, ella avanza a paso ligero hasta perderse en la curva de la vía, en ese momento don Marcos abre la puerta, Santiago le dice:

—Apá préstame tu moto para acercar a una muchacha que viene con migo y va un poco más allá del hoyito,

—¿Y a esa que le pasó? —refiriéndose a la moto,

—No sé, acá cerca poco antes de llegar se me apagó y no sé por qué.

Don Marcos tomó la moto y hace el intento por encenderla y prende ahí mismo.

—Vaya pues y no se demore que está muy tarde, yo lo espero.

Santiago se sube a la moto para su encuentro con la joven y, tras recorrer algunos kilómetros, no encuentra a nadie en la vía, “¿qué raro, será que ya llegó tan rápido a su casa?”, se pregunta y avanza un poco más hasta llegar al hoyito, entra al caserío, se detiene y observa con mucha atención, nuevamente arranca pero esta vez con dirección a la salida del hoyito, entonces mira a lo lejos la figura de la hermosa chica adentrarse a un costado de la vía, al aproximarse al lugar donde entró la joven, gira la moto y, con el reflejo de la luz principal, enfoca un pequeño altar con una cruz vieja, donde estaba plasmado el nombre de María Yorledis Padierna y un portarretrato con

la foto, una sensación escalofriante lo invade y en medio del asombro, la atmósfera lúgubre, triste y agoniosa, decide regresar a casa; al llegar se dirige a la habitación para pasar la noche en vela pensando y buscándole sentido racional a lo ocurrido.

Al amanecer ve algunos trabajadores y acercándose a uno de ellos le pregunta sobre la joven y el altar, el trabajador le responde que la joven salió cierto día con un hombre y después de algunas discusiones ella se despidió y se marchó a su casa, el hombre se llenó de motivos y en medio de la ira se fue tras ella, después de pasar el hoyito ya cerca de la casa de la joven, el hombre la alcanza y la agrede físicamente, ella da gritos despavoridos pero sin respuesta, todo fue infructuoso, el hombre agredió salvajemente a la joven, la violó y luego la mató. Santiago queda aterrado por los hechos narrados y, después de reflexionar un poco, decide regresar al altar para observar la foto de aquella hermosa joven por última vez porque ya retornaría a su lugar de origen y al mismo tiempo aprovecha para cambiarle algunas rosas rojas casi marchitas por un hermoso ramo de rosas negras.

DICCIONARIO CARCELERO (RECOPIACIÓN)

Humberto Seca D'Arco



AVALUNCHAR: atacar, atropellar
a otra persona

AULLAR: carecer de algo, tener
necesidad

ALLANAR: aceptar cargo para
conseguir beneficio

BOTAO: oportunidad, chance,
descuido

BONGO: comida de la cárcel

BRINCO: problemas, conflicto

CASERO: comida de la calle

CASCAJO: pan, galleta, mecato

CHURRETA: flojo, cobarde

CHATARRA: plomo, bala

CACHORRO: persona que sirve a
otra (lava, hace mandados)

CARRO: persona que le recoge
la comida (bongo)

CAMELETE: persona que
utiliza la labia para
conseguir algo

CONSPIRAR: conseguir lo que se
desea a base de engaño

COPAR: aumentar la pena por
cometer un delito dentro
de la cárcel (agredir)

CARAVANA: amigos de fechorías

CAUSAS: que cometieron el
delito juntos

COCO: celular

ESTAPIÑAO: camuflado, tapado,
casa sola

ENCAMBUCHAR: encerrarse con
la pareja

FUMAR: ganarle a otro en una
apuesta

GALLETA: gay, homosexual (marica)	QUEMAR: cuando el juez dicta sentencia
GATO: que no se baña.	RAQUETA: requisita por parte de los guardianes a los internos en el patio (en interior)
EN EL AUTO: ahora mismo, ya, enseguida	RASTRILLAR: salir del patio
FRANQUEADO: negocio, intercambio	RASTRILLO: lugar donde se mantienen los guardias
LIEBRE: enemigo	SE CAYÓ EL FLETE: dañarse un negocio
LOCA: marica	TAXI: mujer que presta servicio sexual en la cárcel
MONTARSE EN VIAJE: crear conflictos	UN GATO: que vende todo lo que le traen
MORDER: ser sorprendido por el guardia con algo	VERRUGA: persona mayor de edad
PARLANTE: persona que pregona, avisa algo	VOLANTE: requisita por parte de los guardianes en la celda de los internos
PARLANTEO (A): vender, ofrecer algo	YOGO: mezcla de leche, azúcar, avena y Chocolisto
PECHERAR: pegar, dar en el pecho	
PLANCHA: lugar como para dormir	
PUNTA: objeto puntudo, cuchillo, chuzo	

ANTIOQUIA
CÁRCEL MUNICIPAL DE ENVIGADO



ANDRÉS DELGADO
DIRECTOR DE TALLER

UNA ROCHE PARA BORRAR LA MENTE

Carlos Arturo Suárez



En una mañana agradable, un poco nublada, me levanté sorprendido porque no recordaba cómo llegué a casa.

El día anterior me habían consignado ochocientos mil pesos a la cuenta. Más contento que un niño esperando el regalo de navidad, salí a buscar a mi hermano mayor para regalarle una moto Kawasaki o una AX, pero él estaba todo enguayabado. Entonces llamé a un socio, le dije que bajara al Trocen, por unas tachitas Roche, me dijo: “de una, parcerero, usted sabe cómo es”.

A la media hora el parcerero llegó con el encargo, me tomé una cerveza para bajar la polvera y eché las otras dos tachas en la otra pola. Mi hermano quería farriar por la casa, a él no le gusta salir del barrio, pero como su hermanito menor es más picado, “ah loco, usted sabe”, cogimos un taxi y nos fuimos para el estadio de parche.

Llegamos a la carrera 70 con chorro en la mano y plata en los bolsillos. De repente se nos acerca una pica de loro de los tombos, muy formales nos dicen que nos identifiquemos. Yo bien agrandado que estaba, le dije que uno ya no podía ni respirar aire fresco en la calle porque la “comunidad del anillo” se mantenía en cada cuadra y el agente, con las pelotas en el cuello de la rabia, me dijo:

—¿Qué hacemos con este gramo que hay en este billete de cincuenta mil?

—Mi agente, hoy juega nacional, la fiesta es verde —le dije.

Me respondió con una sonrisa traicionera:

—La fiesta de ustedes dos hoy es lavar la estación de policía de La Floresta y si no me copian les añado tres motos Freewind 650 de la estación Andalucía, que llevan tres días ahí parqueadas.

Yo miraba al tomo.

—O qué joven, dígame cómo arreglamos. Hay cincuenta mil maneras de arreglar.

Le contesté de inmediato, no la pensé, no la ronqué para decirle:

—Páseme el billete, mi agente, bote lo que hay ahí, pero al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios — Me di cuenta en un instante que lo que quería lograr era amedrentarnos, pero el parcero y yo, bien entonados que estábamos, ni bolas le paramos, sólo le contestamos—: Sí, sí, mi agente, así es, como usted dice, la ley tiene la razón.

Y por dentro me contradecía: “manada de corruptos.”

El afán era salir rápido del giro. El partido era a las tres de la tarde. Nos fuimos para la 70, el socio y yo nos aforamos en todo, compramos dulces para el partido y los cigarrillos aquellos. Nos dirigimos a la entrada, cuando me dice un policía:

—¿Joven, para dónde va?

Yo le respondí:

—Pues para el partido, mi agente, qué pasa pues.

Me respondió el tomo con una sonrisa entonada en burla:

—¿Sí? El partido ya se va a acabar, son las cinco y media de la tarde, está muy borracho o ¿qué?”

—No, mi agente, disculpe.”

Hasta ahí me acuerdo, porque la Roche me borró la mente.

Escrito desde Envigado *city*.

MALDITOS TOMBOS

César Adrián Rave



Me levanté a eso del mediodía y al despertar me encuentro con un hermoso cielo despejado y me imagino todo lo que voy a disfrutar. Quiero caminar, jugar fútbol, salir con mis amigos en la noche. Como era costumbre, yo mantenía mi dosis de cripa, o sea, media libra. En ese momento, llegaron un amigo y una amiga que también fumaban conmigo. Yo empecé a armar y a prender y ellos también. Nos relajamos escuchando reggaetón y rap y la pasamos bien.

Cuando salíamos de mi casa pasaron los polis, se devolvieron para donde nosotros y nos pidieron una requisa. Nos encontraron las mismas sustancias que habíamos fumado. Mi supuesto amigo se asustó mucho, tanto que le dijo a la policía que nosotros la estábamos vendiendo, por salirse *full* de ese problema. El *man* puso la denuncia por venta de estupefacientes. Mal hecho por parte de él, porque yo lo invité a la casa, a fumar y nos sale con esa.

Yo sé que esos mismos tombos han caído a otras plazas. Lo sé porque los conozco y sé que en otros puntos de venta no han detenido a nadie. Llegan a la plaza, se llevan la bomba, es decir la maleta con la mercancía, cogen la cripa para ellos, para su consumo o para

venderla en otro lado y nada más. Y eso está bien, pero estos malditos tombos nos detuvieron.

Y nos trajeron a este lugar: la cárcel, por culpa de ese mal hablado. A mí y a mi amiga esto nos enseñó a conocer mejor a las personas antes de hacer esas cosas. Espero que haya legalización y no nos sigan metiendo cana por la ganya.

NADIE SABE PARA QUIÉN TRABAJA

El mago (seudónimo)



Era un día de diciembre del 2012, aburrido en el parche, sin plata, con moral de hacer vida. Llega un parcero, Paniagua, y me comenta que la mujer está enferma, que está aburrido, que lo acompañe al hospital; pero al mismo tiempo me dice:

—No, Mago, qué chimbada, sin un peso. ¿Qué vamos a hacer?

Yo le respondo:

—Relájese y párchela, espere yo vendo la primera bomba y nos tiramos por las ruedas al centro.

Se motivó y sin pensarlo me dijo:

—Mago, vamos y si nos dan el choto lo cobramos.

Nunca me imaginé lo que estaba por suceder. Pasó una hora, era el medio día y nos tiramos, pasó el bus, “mil por la de atrás”, no fuimos y desde que nos montamos al bus empezamos a analizar cuellos. Pero nada. El parcero estaba tan desesperado que se iba a cobrar un celular, yo le dije que no que me iba a calentar ahí en el pueblo, pues el bus apenas iba por el barrio La Paloma.

Llegamos al centro de la ciudad y compramos las ruedas, nos tragamos de a dos, nos peinamos y analizamos la vuelta. Se nos apareció una señora con severo lazo.

Me dice el parcerero:

—Ahí fue.

Yo le dije:

—No pa, mucho convivir, dejémosla que camine y allí la abordamos.

Creímos que era el día de nuestra suerte porque la señora caminaba para la misma dirección que nosotros necesitábamos. Ya al llegar al puente de San Antonio, el parcerero no aguantó y la abordó.

—Quieta no haga bulla — y le peló la lata y yo analizando la vuelta.

Veo que al otro lado del puente nos miraban dos negros. La señora lo entrega y nos vamos sornero. Le comento yo al parcerero que los negros nos vieron. Ambos miramos, si algo nos paramos. Pasamos justo el mismo puente donde estaban. Era el único camino para coger el bus. Pero tal sorpresa nos deparan los dos negros. Al terminar el puente nos salen como siete negros con un cuchillo de toda la mano y lo primero que nos dicen es:

—Nadie sabe para quién trabaja.

No viendo de otra, nos tocó entregar lo que nos habíamos robado, más los pasajes.

PARO CARDÍACO

Kawasaki (seudónimo)



La historia trata de que el barrio ha sufrido muchas guerras, como casi todos los de Medellín. Al barrio llegó un amigo de toda la vida, que le había tocado salir de allí porque había matado a uno de los que mandaban, porque ellos abusaban mucho de las personas y de los propios amigos. Le pegaban y muchas otras cosas más.

El combo de mi amigo decidió matar a varios, de los que estábamos cansados por el abuso y atropello, pero no lograron su cometido, sólo mataron a dos dentro de una casa, el resto logró volarse por el balcón o la plancha y otros no estaban en ese momento.

Al amigo y a otros les tocó salir del barrio, con lo que tenían puesto. Pasaron los años, mataron a la gente que abusaba y dejaron regresar a mi amigo, pero como ellos habían matado tanta gente, los del otro combo dejaron que se relajaran sólo unos días.

Cierto día estábamos sentados en la esquina fumando, cuando pasaron dos motos Kalima, subieron hasta la esquina y se devolvieron. Se detuvieron al frente de nosotros y se bajaron los cuatro con pistolas. Mataron a mi amigo y nosotros nos volamos. Pero otro amigo de toda la vida, que no tenía nada que ver con esas cosas, recibió un balazo y no murió del tiro, sino del susto, por un paro cardíaco.

UN AVIONCITO, DE LOS QUE ALUMBRAN

La minga (seudónimo)



Mi día feliz fue en un diciembre, en esa época en Heliconia, Antioquia, tenía yo doce años, recuerdo muy bien que el 20 de dicho mes me preguntó mamá:

—Mijo, qué le está pidiendo al Niño Jesús.

Y yo le contesté:

—Un avioncito, de los que alumbran.

Me miró y sonrió muy maliciosa. Lo mismo le preguntó a los otros hermanos míos. Al otro día, que fue un sábado, papá dijo que tenía que ir a Medellín, a hacer una vueltecita. Cuando papá llegó yo no le vi regalos por ninguna parte. Me puse triste y pensé: el Niño Jesús no trajo nada, pero me quedé callado. Cuando fue 24 nos acostamos. Desde la cama, le dije a papá y a mamá:

—¿El Niños Jesús no nos va a traer nada, verdad?

Papá contestó:

—Yo no sé mijo, esto está muy bravo.

Pero qué alegría me dio, al otro día de madrugada, cuando vi el avión en el rincón mío. Gracias papá, mamá.

GRANDES TIEMPOS

Lucky (seudónimo)



“Jajaja”, mi mente recuerda esos tiempos y es imposible no reírme, estaba estudiando en la Bolivariana, era el año 92, yo estaba en el grado sexto de bachillerato, apenas tenía once años y mi llegada a la época del colegio estaba llena de expectativas. Quería sobresalir y encontré a mis compañeros de fechorías. Sólo con Omar y Raúl era suficiente para hacer ochas y panochas, pero éramos más, en total ocho amigos. Cometíamos cualquier cantidad de maldades, desde prenderle fuego a las canecas de basura, hasta el acto vandálico de rodar un compañero de clase sobre un inmenso hormiguero, de esas que llaman “cachonas”, no sin antes bajarle la sudadera para llenarlo con estas molestas criaturas. Fueron tres los días que ese niño estuvo en casa con una fiebre, que no le permitía ir a estudiar. La verdad es que fue él quien sufrió más con nosotros. Recuerdo bien que su apellido era Lora, que además le calzaba perfecto, ya que se dedicaba a contarles a los profesores las travesuras nuestras. Ese fue el último día de seis años que estuve en ese colegio, debido a los constantes ataques que hacía contra el reglamento.

El último de ellos fue en contra de un vigilante, quien sufrió conmigo un tremendo susto, ya que un día cuando ingresábamos de

descanso, en medio de la multitud, saqué una pistola de fulminantes, la puse en su estómago y la detoné. Fue tal el susto de este señor que al momento llegó con don Mauricio, el coordinador de disciplina, y llamándome vándalo me señaló. Fue así como terminó mi historia en ese colegio, creo que me aguantaron mucho.

SOÑAR NO CUESTA NADA, PERO GASTA LAPICERO

Nandito (seudónimo)



En una mañana de una tarde de mayo, cuando los elefantes revoloteaban de flor en flor y las mariposas se hundían de pantano en pantano, me encontraba sentado en una silla del parque, leyendo un periódico sin letras. De repente me dormí y soñé que me salía una momia sin cabeza, que por su boca me decía: “ven, ven, te cuento algo”. Yo muy asustado y con esa tranquilidad que me caracteriza, me le arrimé lo más lejos posible para escucharle y me dijo sin hablar, guiñándome un ojo, “ve a tu casa y encontrarás algo especial en tu cama”, luego de decirme esto, se puso a llorar y noté que me quería hacer daño, pero audaz y lentamente retrocedí, acerándome a ella y sin más armas que un cuchillo, saqué un revólver y le pegué dos puñaladas. Cayó de espaldas, se rompió la frente y en cuestión de minutos murió. Yo muy asustado, tranquilamente seguí leyendo el periódico, de pronto apareció un platillo volador, lleno de luces apagadas y llantas tan grandes como las que tiene un barco. Dicho platillo volador absorbió con unas cuerdas al difunto y se perdió en el espacio. En ese instante desperté y me dirigí a mi casa de dos pisos, a unos veinte minutos del lugar donde me encontraba. Al llegar, saqué mis llaves para abrir la puerta, que se encontraba abierta de par en par, sin explicación

alguna, bajé las escaleras hacia mi cuarto y ¡oh! Qué sorpresa cuando vi sobre el colchón unos raros zapatos color rojo pollito. Al fin entendí que soñar no cuesta nada, pero gasta lapicero.

MI MEJOR CALETA

Paisano (seudónimo)



Estaba en la cárcel nueva de Picalaña, en Ibagué, en el departamento del Tolima. Estaba en el décimo piso, en el patio de los paisas, cuando estrenamos esa cárcel en el año 2011. Era una prisión peligrosa, en la que, quisieras o no, tocaba andar con cuchillos. Cuando llegabas te decían: “bienvenido al templo del Chaolín, donde nadie quiere a nadie”.

Ese domingo durante la visita, cuando todas las familias llegaban a visitar a sus presos queridos, un evento con mucha gente que se realizaba en el primer piso, es decir, nueve pisos debajo de mi patio, recibí a “La Mula” con veinticinco dedos de guante de cirugía. Ella los traía metidos en la vagina y yo debía recibirlos para subirlos al patio, al décimo piso. Pero no era tan fácil. Tocaba pasar por varias requisas, entre ellas la de perros, animales amaestrados, lisos y atentos, a los que no se les pasaba medio gramo sin sentirlo. Entonces yo me tragaba la merca. Ella los sacaba en el baño y me los entregaba, así, y yo me los tragaba sin lavarlos. Me los engullía uno por uno para subirlos al patio.

Cuando llegaba al patio comenzaba a tomar mucha agua y a saltar para que flotaran y me dieran ganas de vomitar. Después de un rato, de tomar agua y saltar, empezaba a vomitar en ráfaga los dedos.

Esa noche empecé a contarlos y boté veinticuatro. Sólo me quedó uno por vomitar. Bueno, me relajé y pensé que al otro día lo expulsaba. Pero nada. El domingo a las diez de la noche empecé a sentirme muy mal. Botaba espuma blanca por mi boca, llamaron al comando del INPEC. Y hasta ahí me acuerdo.

Desperté en el hospital con unas mangueras por la nariz que bajaban por mi garganta. El doctor me dijo que estaba vivo de milagro: “se le explotó un dedo de cocaína en el estómago”, me dijo.

Después de eso seguí tragando dedos, porque esa es mi mejor caleta.

ANTIOQUIA

CÁRCEL MUNICIPAL DE YARUMITO - ITAGÜÍ



DAVID MACÍAS
DIRECTOR DE TALLER

SIN TÍTULO

Martha Oliva Pineda Correa



Estoy de pie a la orilla del mar,
a mi lado un barco abre sus blancas velas
a la brisa matutina y parte hacia el gran océano.
Ese barco es un conjunto de hermosura y fortaleza.
Me quedo observándolo por algún tiempo
hasta que al final parece ser tan sólo un punto blanco
que se confunde con las nubes allá donde el mar y el cielo se
encuentran.

Entonces, alguien se me acerca y dice: “ya se fue”
y yo respondo: “no se fue, lo perdimos de vista”,
eso es todo, sigue siendo hermoso y fuerte
como cuando estaba a nuestro lado,
su tamaño disminuido está, pero sólo ante nuestros ojos.
Y en el preciso momento en que alguien me dice “ya se fue”,
más allá, muchas voces exclaman con júbilo:
“Ya llegó”.

SIN TÍTULO

Sergio León Rivera Suárez



...

El espejo que me mira
en la mañana
aparenta el otro yo
que me amilana,
me voy, el que parte no soy yo,
se queda, parte de mí,
el que soy.
El otro quiere reivindicar mi huida
no se va, se queda...
Permanece.

ARAUCA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE ARAUCA



NELSON PÉREZ
DIRECTOR DE TALLER

TODO COMENZÓ POR PIN

Amalia Mora



Todo empezó cuando compré mi teléfono. Estaba vacío, no tenía ni un sólo contacto. Le dije a mi sobrina:

—Mami, difúndame por el pin, no tengo ni un contacto y quiero conocer nuevas amistades.

Mi sobrina de una vez me difundió y empezaron a llegarme solicitudes, entre esas las de un hombre encantador. Yo acepté todas las solicitudes.

Me estaba aburriendo del pin, muchas cadenas y tantas cosas bobas que envían por ese medio. Un día empecé a eliminar contactos que tenía y que nunca utilizaba. Iba a eliminar el contacto de ese chico cuando me llegó un pin, lo revisé y era él enviándome una carita picándome el ojo. No lo eliminé y establecimos una conversación simple, saludándonos y haciendo preguntas sobre de donde éramos

Pasaron los días y ese hombre volvió a escribirme con mucho respeto. Ese hombre me parecía interesante. Él tenía su esposa, yo me estaba separando del papá de mis hijas. Él me pidió el número y yo se lo di porque ya teníamos varias semanas escribiéndonos, me caía bien y yo a él también. Establecimos una bonita amistad por el

teléfono, nos llamábamos a diario, todo muy bonito, parecía que nos conociéramos de hacía mucho tiempo, aunque sólo fuera por las fotos que intercambiábamos.

Era un hombre hermoso e interesante, sargento del ejército venezolano, escolta de un tipo de rango alto, estaba muy interesante. Al pasar los días llegó de permiso de su trabajo y me llamó.

—Hola —me dijo—, ¿cómo estás, linda?

—Bien, ¿y tú? —le respondí.

—Quiero verte, ¿cómo hago? —agregó.

—No puedo, tengo visita

—Qué mal, quería conocerte.

—Yo también, pero no puedo.

Él siguió hablando, muy respetuoso y caballeroso:

—Está bien mami, será en otra oportunidad.

—Está bien —le dije— y discúlpame.

Pero eran mentiras, yo le estaba sacando el cuerpo, tal vez tenía pereza de salir. Al caer la tarde de ese mismo día llegó un primo mío a la casa y me dice:

—¿Qué haces primita?, ¿vamos a salir a tomarnos unas frías?

—Dale, pero me ayudas a llevar las niñas, porque no quiero salir en moto con ellas.

—Está bien yo las llevo.

—Déjame arreglarme y me pongo más bonita.

—Bueno y te apuras porque ya es tarde y hay que ir a saludar a mi tía.

—Yo también la quiero saludar —respondí.

Dejamos las niñas mientras nos tomamos unas frías en la esquina, ya anocheciendo. Sonó mi teléfono, era nuevamente ese chico:

—¿Dónde estás?

—En el cerro, tomándome unas cervezas con un primo, ¿y tú?

—Voy para allá.

—Bueno —le dije.

Cuando menos pensé se acercaba un carro gris muy bonito, pero no pensé que fuera él, se bajó del auto, lo miré, lo saludé. Era el chico guapo y hermoso, vestía muy bien, rico perfume, todo un galán.

Me dio un beso en la mejilla, se lo presenté a mi primo, por mi cuerpo corría algo muy extraño o algo así. Tomamos los tres, hablamos de todo un poco. El hombre muy respetuoso y muy encantador, cualquier chica lo querría para ella. Yo no lo quería para nada serio, sólo para pasar bien y vacilar, igual que él, eso pensamos los dos.

Los días pasaron y no sabía nada de él. Un lunes por la mañana me llamó. Yo llevaba a mi hija al colegio y después iría al odontólogo. Él me llamó y me preguntó:

—¿Puedo verte?

Yo ansiosa y nerviosa le dije que sí. Hice las diligencias que tenía que hacer y cuando me desocupé lo llamé.

—Estoy lista, búscame donde te dije.

Él me dijo que ya iba. Al rato me recogió, nos fuimos a hablar y a tomarnos algo. Hablamos de muchas cosas, nos reímos. Terminamos haciendo el amor, todo envuelto en pasión. Las salidas se hicieron constantes, nos perdíamos a cada rato, hacíamos el amor como locos.

Las cosas se fueron dando, sin darnos cuenta nos quedábamos juntos, salíamos a menudo, la comunicación era a diario y todo se fue convirtiendo en algo maravilloso. Empezamos a decirnos cosas hermosas, como te quiero mucho, te extraño, me haces mucha falta, quiero hacer el amor rico. Cuando nos dimos cuenta ya habían pasado varios meses y estábamos enamorados. Todo era salir juntos, siempre a tomar y compartir lo que él me pidiera, yo nunca le decía que no porque lo amaba. Aunque por su trabajo son quince o más días sin vernos, no era impedimento para hablar, para amarnos.

Ahora que por circunstancias estoy acá, en la cárcel, no me ha dejado sola, aún está conmigo, me ama y me apoya. Me visita, siempre y cuando no esté trabajando, es el amor de mi vida.

Me enamoré cuando pensaba que el amor no existía para mí. Él hizo que eso volviera a mí. Amo a Noel por no dejarme sola cuando yo más lo he necesitado. Siempre que hablamos me dice que me ama, que jamás me va a dejar sola y que siempre va a estar para mí. Estoy esperando ese momento, en el que me diga la abogada: “estás libre para salir de este lugar”. Quiero abrazar a mis hijas, a mi madre y por supuesto al hombre que amo: José Noel. Que este amor perdure por siempre. No cuento más porque no me alcanzan las páginas...

SU PROPIA ATADURA

Miyis Segura



Hoy fue un día triste. Hubo visita familiar, pero hasta los rayos del sol, opacos, impidieron la alegría.

Con mis compañeras de celda nos levantamos a las cuatro y treinta de la madrugada a ducharnos para estar listas en la contada. Nos vestimos con la ropa más bonita que teníamos y nos aplicamos colonia para oler deliciosas en Navidad. La interna del turno de aseo también tuvo todo listo.

Las visitas terminaron a las quince horas. Luego empezó la acción: humo, golpes de palos, alarmas, gas, ladridos de perros y gritos: ¡mátenlo!, ¡quítele la careta! De pronto hubo un silencio, me asomé a mirar por la ventana de la celda, todo oscuro y picante, no se veía nada porque eran nubes de humo azul, negro, blanco, revuelto con el gas pimienta que picaba en la piel y en los ojos como ají.

Fue el inicio de todo, me quedé quieta mirando. Lo tenían por el cuello, lo sacudían, estaba sangrando por todos lados, puñaleado, chuzado, sin camisa, lo trataban mal.

—Pobrecito —dije.

—Qué pobrecito ni qué nada —contestó alguien—, ¡que maten a esa gonorra, que lo tiene merecido!

Lo arrinconaron en la cancha de los hombres, la mayoría con la cara tapada, con palos en las manos para defenderse de la guardia.

Llegó la policía, en un momentico estábamos rodeados por esos malditos aguacates. La directiva le gritaba al capitán que estaba en la azotea: fuera la policía, no los queremos aquí, si siguen matamos al rehén.

Sacaron la policía, se calmó un poco la bulla, hubo un acuerdo. Ya caía la noche silenciosa, sólo se escuchaba el pisar de las botas de la guardia con sus rostros pálidos y temerosos.

De pronto escuchamos la voz de una mujer:

—Ya viene el Green Esmad de Bogotá.

No sé por qué hizo ese comentario, tal vez para que nos asustáramos o tomáramos precauciones. Hasta el hambre se me quitó. Tenía por quién sufrir, en el patio dos estaba mi hombre. Lo conocí en la misma cárcel, lo quería, me preocupaba. No quería que saliera involucrado en cosas, puesto que estaba buscando la domiciliaria. Al final hablaron, los encerraron a las veinte horas pasaditas, empezaron a sonar las rejas, había humo, un ruido espantoso, parecido a cuando sacan ganado de un corral, a la vez se escuchaba el tábano o los choques eléctricos.

Como estaba oscuro, con el reflejo de la luz miraba bajar por la escalera a los hombres en sólo bóxer, al que salía le daban un latigazo. Se caían, rodaban por la escalera.

—¡Ay!, no me peguen —suplicaban.

Los sentaron a todos en el piso, desnudos. Los sacaban de dos en dos, esposados. Tenían la espalda marcada por el látigo, a unos les sangraba la cabeza, a otros se les habían vuelto rojos los ojos, reventados por el gas.

A las dos sacaron un grupo grande de unos veinticinco hombres y los mandaron al cuarto oscuro, donde sólo hay un espacio para ocho o diez personas, sin aire, sin luz, sin agua, todo un calvario. Ahí fue a parar mi rojo, él encabezaba el grupo.

Me entró el estrés, la llamadera, buscando quién me diera razón de él. Nadie sabía nada. En la mañana, ya el día 26, los malos

empezaron a buscar y a botar todas las cositas de los internos, incluidos ventiladores, escaleras, colchones, entre otros objetos.

Al rehén, con siete puyazos y unos cuantos chichones en su cabeza, dolorido por todo lado, lo llevaron al hospital, no fue de mayor gravedad, lo regresaron.

¿Qué pasó y por qué? Uno mismo arma su atadura, es cierto que estamos privados de la libertad, pero tenemos deberes y derechos y no nos los pueden quitar. El sargento era grosero, machista, imponente. En ocasiones abusaba de las visitas. Esto provocó el golpe final, eso fue lo que pasó.

Los guardias agresores salieron trasladados. Mi enamorado fue acusado y llamado a otro tanto de su condena. El sargento después sólo se veía por las rendijas de las rejas. Se normalizó todo, ya hoy está sólo el recuerdo de aquel hecho ocurrido. Por golpes, palabras, nunca se soluciona nada, pues soy una bandida y por serlo me ha tocado agachar la cabeza. Estoy sujeta a cumplir órdenes, esto es saber vivir sin hacer daño. ¿Qué pasó? ¿Por qué pasó? ¿Cómo pasó? ¿Cuál es el fin? ¿Lograrán los captores su intención?

AMORES PELIGROSOS

Yasbleidy Arciniegas



Estando en la guerrilla conocí a muchas personas. Hubo un chico en mi misma escuadra. Él me fue gustando y yo le fui gustando a él. Se lo decía, aunque lo tomaba como recocha, lo mismo me decía a mí y yo también lo tomaba como recocha.

Nunca pensé que fuera cierto, hasta que un día le dije:

—Todo lo que le digo, usted lo toma como una recocha, pero todo es cierto.

—Te digo lo mismo —fue su respuesta.

Entendimos que nos gustábamos de verdad. A los días nos cuadrarnos, a los meses de habernos cuadrado nos abrieron por un mes. Él se fue para un comando y yo me fui a otro. Al mes nos reencontramos, lo noté raro, no me miraba casi a la cara. Hablé con el mando, le dije que me dejara ir para donde estaba él, la respuesta fue afirmativa porque ya llevábamos un mes sin vernos.

Esa noche le dije que me contara lo que había pasado, por qué estaba raro conmigo. Confesó que me había engañado. Me dio rabia, quise matarlo, si hubiera estado armada lo mato. Sin embargo, lo perdoné pensando en que iba a cambiar. Llegamos a un sitio en donde había una joven bonita, él le mandó un saludo

con una compañera mía y yo me di cuenta del visaje. De inmediato reaccioné, lo llamé, hablé con él. Me dijo:

—Mujer es mujer donde vaya y usted es mi mujer, no se preocupe.

Yo lo que le entendía es que podía tener varias mozas, pero yo seguía siendo la mujer. No quería que él tuviera mozas, saqué la mano y le pegué una cachetada a ese perro, discutimos.

—¡Váyase a la mierda! —le dije.

—Como quiera quiero —me respondió.

Lloré y a la hora fui a buscarlo. Le dije que volviéramos, que yo lo perdonaba. Le pedí perdón por la cachetada. A él lo que más le dolió fue que nunca una mujer le había tocado la cara. Volvimos. Todo iba normal, hasta que a los pocos días salimos a tomar a un caserío con unos compañeros. Íbamos armados, uno de ellos se emborrachó e iba a quemar tiros, yo lo desarmé y me quedé con la pistola. Hice una apuesta con mi amor, que si él se emborrachaba primero tenía que prestar mi guardia por cinco días y si yo me emborrachaba, igual.

Él se emborrachó primero y se quedó dormido. Cuando lo desperté salí para el lavadero a vomitar, al rato fuimos a buscarlo y seguía vomitando. Me empecé a reír y él, de la rabia que le dio, me cacheteó; yo de inmediato reaccioné y le pegué dos cachetadas por lado y lado.

—¿Usted qué se creyó, piensa que está jugando con su madre gonorraea?! Está conmigo, no se le olvide.

Me fui con rabia, me senté, tenía los tragos en la cabeza y pensé en matarlo. Tenía dos pistolas, estaba recostado en unas barandas cuando le dije:

—¡Cobarde!, ¿por qué me pegó?

—¡Cállese la jeta gonorraea! —Y me volvió a cachetear.

Saqué mi pistola, la C2, y se la martillé en la cabeza. El tiro no sirvió. Él me la quitó, yo saqué la otra pistola, le metí la llave por detrás, se la martillé en toda la cabeza, no funcionó.

Llegó una amiga que estaba con nosotros y nos desarmó a ambos. Discutimos y nos dejamos. A los cuatro días volvimos. Al tiempo cambió mucho, yo lo quería cada día más. El 21 de septiembre me llegó una razón, me tenía que ir lejos. No quería, pero esas

eran las órdenes. Me despedí de él con todo el dolor, sé que también le dolió, lo noté en su cara. Me dijo que no lo fuera a olvidar, que él me quería mucho.

Duré cuatro meses lejos, el 24 de enero del 2016 llegué a un sitio justo donde él estaba, yo no sabía nada, mis compañeros dijeron que él estaba ahí, sentí alegría y miedo, pensé que ya me había olvidado.

Él me contó que sintió lo mismo. Lo saludé normal, esa noche no hablé con él. Al día siguiente sí hablamos y arreglamos las cosas para empezar de cero. El día 4 de febrero del mismo año llegó una orden donde se nombraba a unos cros, en esas iba yo, para irnos a otro lado.

Mi gran amor no iba ahí. Salíamos al día siguiente, entonces para despedirnos mandamos a traer Aguardiente Antioqueño a escondidas del mando y empezamos a tomar a las siete de la noche. Nos tomamos las botellas que había y mandamos a traer más.

Mi marido estaba ebrio y me empezó a hacer reclamos porque yo estaba bailando con otro chico.

—Amor, pero si usted no baila —le dije.

Se puso bravo, empezó a pelearme.

—Vaya y coma mierda —le dije—, no le aguanté a mi mamá, ahora me toca aguantarle a usted, no mijo.

Él salió hacia nuestro cambuche a dormir, supuestamente, pero era mentira. Se metió en otro cambuche donde estaba una vieja. Yo me di cuenta y me fui para allá, lo saqué de una mano y le di un puño en la nariz. Salí corriendo para donde estaba el fusil de él, quería matarlo, pero no tenía municiones, ya se las había gastado dando tiro al blanco. Lo cerrajeé varias veces hasta que llegó y me lo quitó. Discutimos y nos dejamos.

En la mañana le contaron al mando la película de acción que hubo esa noche. De castigo no nos íbamos ese día sino al siguiente, y de encima ese día nos puso a volar machete en una montaña por indisciplinados. Al día 6 nos fuimos. No volví a saber nada de él hasta el día 19 de febrero. Atacaron a unos compañeros, me dijeron que él había muerto. Lloré demasiado, me eché la culpa de todo, no quería seguir viviendo, me sentía sola, me acordé de todo lo bueno que la pasamos juntos y de todo lo malo que también la pasamos.

Me arrepentí de haberlo martillado con las pistolas y el fusil, por eso hoy les digo que más vale que un amor lo engañe a uno que perderlo de por vida, “mujer es mujer donde vaya” y yo era su mujer. Es mejor perdonar a tiempo, porque cuando usted piensa en perdonar ya es tarde.

El día 29 de febrero a las 6:30 a. m. una comunicación decía que el amor mío no estaba muerto, que era un compañero que tenía el mismo seudónimo. Me alegré por un rato, a las 7:15 a. m. me capturaron y estoy en la cárcel. Desde aquí no pierdo la esperanza de verlo algún día.

BOGOTÁ

RECLUSIÓN DE MUJERES BOGOTÁ - BUEN PASTOR



CAMILO IGUA TORRES
DIRECTOR DE TALLER

CADENA PERPETUA

Angélica Rocío Caballero Moreno



Eran las 2:00 p. m., me dirigí a una droguería del barrio. El farmacéuta era un señor que me vio crecer, conocía a mis padres. Yo con apenas veintiún años y ya madre de tres hijos, sin una estabilidad laboral, ni familia; agobiada por el maltrato físico y psicológico a que era sometida por el padre de mis hijos. Madre de tres hijos todos consecutivos. Mi nivel económico bastante bajo, sin un ingreso y viviendo con un animal llamado “Iván”. Ese maldito con 1,90 m de estatura, fornido, calvo, simpático, pero con un corazón muy negro. Vivía con él en una pieza y era maltratada por ese cerdo. Él me golpeaba, me hacía arrodillar o me doblaba el brazo y me hacía una llave de sometimiento. Yo, boca abajo, imploraba que no me pegara delante de mis hijos porque ellos lloraban sin consuelo, ya en la noche, abusaba de mí. Me violaba y con el mayor de los ascos me repetía que antes agradecería que todavía despertara algún deseo sexual en él, así fuera a las malas. Me escupía, me degradaba. Es lo más ruin que he vivido. Ese maldito sólo me da asco. Llevó a tanto mi desesperación que intenté acabar con mi vida en tres ocasiones.

Además de ponerme a aguantar hambre y humillaciones, mi autoestima era la mierda que se pisa en una caminata. Esa era yo:

una mujer víctima de todos los modos de violencia, física, psicológica, sexual, de género. Desesperada, con hambre, frío, sola, sintiéndome como una cucaracha, me decidí a comprar unas pastas para interrumpir mi cuarto embarazo. No podía más; la inseguridad y el temor se apoderaron de mí. En mi mente sólo había una idea: no puedo traer más hijos a sufrir. Mi hija, con apenas seis meses, me miraba y, con su mirada inocente, me hacía olvidar, por un momento, mi situación. El monstruo trabajaba y ya no demoraba en llegar; tenía que hacerlo pronto. Don Mauro, el farmacéuta, preguntó qué me pasaba. Yo no sabía cómo decirle que necesitaba unas pastas para matar a mi hijo. Le dije que me atendiera adentro donde aplicaba las inyecciones y así pasó. Me descargué en llanto. Mi hijita me miraba llorar, le expliqué todo. Argumenté que no podía tener el bebé. Él trató de hacerme cambiar de opinión pero no fue posible. Al ver que me iba a ir sin esas pastas me las vendió. Me explicó cómo tomármelas y como introducirías y me dio una bendición.

Cuando llegué a la pieza donde vivía, llamé a una amiga para que me cuidara a mi hija y le conté. Me tomé las dos pastas y me introduje otras dos. Después de dos horas empezó mi trabajo de parto. Tenía mucha fiebre, contracciones, escalofríos, vómito. Mi corazón quería salirse; fue una sensación indescriptible. No podía caminar, mis piernas no respondían, me estaba muriendo. Después de casi seis horas el feto salió. No sé cómo describir lo que sentí en ese instante. Me sentí débil, derrotada, asesina, lo más bajo, tantas cosas. Yo misma corté el cordón umbilical; ya no pertenecía a mí. Quedaban como veinte minutos para que llegara el monstruo y yo tenía un cadáver, una hemorragia y el peor cargo de conciencia que se puede tener. Saqué fuerzas de donde no tenía, fui a un potrero aledaño y enterré a mi propio hijo. Mi llanto no cesaba, mi conciencia me golpeaba y mi salud agonizaba. Fui por mi hija, hice lo que pude de comida y el monstruo llegó. Estaba drogado, no pregunté nada; pero no tardó mucho en darse cuenta de lo que pasaba. Mi hemorragia no cesaba. La fiebre era muy alta y mi hija no paraba de llorar porque no le podía dar teta. A las doce de la noche salí de urgencia al hospital casi desangrada, con una infección en mi cuello uterino. Me practicaron un legrado.

Después de una semana de hospitalización salí muy débil y sin ánimo de vivir. El monstruo, el mismo día que llegué a la casa, me violó y me pego. Pero ya no había dolor que superara el dolor que yo sentí. Desde ese momento pienso que todo lo malo que me pasa es por eso. Que nunca acabaré de pagar ese crimen. Así no quiera no hay día que mi conciencia no me grite lo que yo hice. Siempre pagaré una cadena perpetua.

UNA CARTA

La Mona (seudónimo)



Soy La Mona, espero que estés bien. La verdad no tengo cosas muy buenas que contarle, pero ahí va alguna parte de mi vida. Crecí en una familia humilde: sólo papá y mamá pues soy hija única. Mi niñez no fue muy buena ya que nunca tuvimos una casa propia, siempre estábamos de allá para acá. Vivíamos en Medellín los tres. Siempre me cambiaban de colegio, por eso nunca pude cultivar ninguna amistad. Cuando tenía siete años mi madre se separó de mi padre y ella se dedicó a criarme como pudo. Trabajaba en casas de familia, restaurantes, etc. Mi madre tal vez siempre quiso darme lo mejor pero nunca pudo. Con lo poco que ganaba ya acaso la comida y mi estudio; bueno, así crecí. Cuando estaba a punto de cumplir quince años ya estaba rebelde. Conocí al hombre que traería todas las desgracias a mi vida: José, el papá de mis hijos. Cuando lo conocí me pareció lindo y al mismo tiempo muy viejo para mí, pues me llevaba nueve años en edad. Pero me encantaban las rumbas en las que andaba siempre y mi mamá no me dejaba ni salir a la esquina. Parecía increíble, ¡sí!, por eso me metí con él, por la rumba. Me escapé de mi casa y dejé todo tirado por irme detrás del aguardiente, del baile y del relajo que se vivía con aquel hombre.

Al principio todo fue chévere. Él era muy amplio, muy descomplicado y aunque nunca me gustó acostarme con él, me aguantaba porque sentía que era la mejor edad para disfrutar todo lo que en ese momento estaba viviendo. Hasta que llegó el día en que empezaría el terror en mi vida. Un 24 de diciembre fuimos a una fiesta de uno de sus compañeros de trabajo y bebió tanto que se enloqueció don José. Sin ningún motivo me condujo hacia la casa y cuando cerró la puerta empezó a golpearme de una manera tan brusca que pensé que yo de ahí no saldría viva nunca. Yo quedé inconsciente y él sólo se durmió. Cuando me levanté, mi cara parecía la de un monstruo: no podía ni abrir la boca. Corrí hacia la casa de mi suegra en ese entonces. Cuando ella me vio, sólo lloraba y no podía creer que su hijo me hubiera pegado de esa manera. En ese momento yo debí haber hecho algo, pero no lo hice. La mamá de José me dijo que fuéramos a demandarlo y yo como una tonta no lo hice. Pasé ahí una noche. Al otro día, él llegó como si nada; decía que no se acordaba de nada y yo le creí, lo justifiqué, pensaba que estaba muy borracho, ¡pero qué va! Nunca quise contarle a mi mamá para no preocuparla. Debí haberlo hecho. Como una tonta me regresé con él de nuevo a la casa.

Pasaron como tres meses más y una mañana tuvimos una discusión y me dio una cachetada. Entonces yo le dije que me iba para donde mi mamá y me fui. Pero era demasiado tarde, ya estaba embarazada de mi primer hijo y tuve que regresar. Todo hay que decirlo: en mi primer embarazo se portó muy bien. Se veía muy feliz ya que era su primer hijo. Cuando mi hijo nació tenía desde cuna hasta caminador. Le compró de todo y conmigo se portó muy bien. Me consentía mucho. Yo estaba feliz y pensé que él ya había cambiado y hasta ese momento lo empezaba a querer. Pasaron los días y otra vez volvió a maltratarme y a negarme el niño, hasta que otra vez me pegó. Esta vez ya me amenazaba con cuchillos y todo lo que encontraba. Yo empecé a tenerle miedo, mucho miedo ya que empezó a violarme; cada vez era peor. Me cogía con tanta fuerza que me hacía sangrar. Yo sólo lloraba pero dentro de mí le tenía asco y odio. De esas violaciones quedé embarazada de mi hija. Era horrible pues yo sólo tenía diecisiete años y mi primer hijo sólo tenía ocho meses de nacido. Yo me quería morir. Intenté abortar pero solo Dios decide

cuando tenemos que vivir o morir. Me pegó varias veces estando encinta. Pero era más el miedo que yo le tenía que no decía nada y siempre agachaba la cabeza.

Nació mi hija y no le tenía ni un pañal pues él no quiso darle nada, disque porque no quería hijas mujeres, como si él hubiera nacido de un perro. Las peleas eran más frecuentes y más duras y me amenazaba que si yo lo dejaba o lo denunciaba, él mataba a mi mamá y a mis hijos delante de mí. Yo me moría del susto de que cumpliera con esas amenazas, por eso no lo dejaba. Lo odiaba cada vez con más fuerza, hasta que un día metió mi cabeza en una prensa (herramienta que se utiliza para apretar hierro y demás) y me apretó tan fuerte que me hizo sangrar la nariz. Entonces yo no quise aguantar más y me fui con mis hijos a casa de mi mamá y le conté todo lo que estaba pasando.

Pasó como mes y medio y todo estaba tranquilo; pero no por mucho tiempo. Estaba con mis dos hijos en la casa de mi mamá y una tarde golpearon a la puerta. Yo creí que era mi mamá pues ella estaba bajando y no, ¡era él! Ese malvado hombre. Yo abrí la puerta. Cuando lo vi quise cerrar pero él tenía más fuerza y no me dejó. Se entró y volvió a violarme y esta vez fue más fuerte. Yo solo lloré. Me daba vergüenza contarle a mi mamá. Después de eso pasaron más o menos veinte días, entonces yo encontré un empleo en una fotografía. Eran más o menos las seis de la mañana, mi madre se quedó cuidando a mis hijos y yo salí a trabajar. Cuando llevaba más o menos media cuadra sentí que me tomaron del cuello y me dijeron camine y no mire hacia atrás: era él. Me colocó una navaja en mi espalda. Yo le suplicaba que no me hiciera nada y él me decía que no me preocupara. Me llevó a un lugar solitario del barrio Enciso de Medellín y cuando llegamos allí me dio una patada en el estómago. Cuando caí, se me abalanzó y empezó a darme puñaladas en el cuello; en total fueron seis. Gracias a Dios estoy contando el cuento.

Estuvo a mi lado esperando que me muriera. Tenía una pala en la mano y me decía que si yo no era para él no era para nadie. Entonces como un milagro de Dios y como todo un loco, no me lo va a creer, él mismo me llevó al hospital y allí dijo que nos iban a robar y que por darle a él me habían dado a mí ¡Mentira! Yo estuve quince días en cuidados intensivos pues me rompió la laringe y la

puñalada más grande me quedó a medio centímetro de la aorta. Y eso no fue lo peor. Cuando me hicieron los exámenes, el médico se dio cuenta que yo estaba embarazada otra vez y otra vez por una violación. Cuando yo me enteré de esto no lo podía creer. Lloré mucho y entré en un cuadro de depresión. No podía creer que yo con dieciocho años ya con tres hijos; fue muy duro para mí.

En todo mi embarazo no quise a mi hijo, lo despreciaba, ahora me duele. Después de ese terrible episodio por fin me separé definitivamente y viajé con mi madre y mis hijos a un pueblo del Valle del Cauca llamado Roldanillo, donde vivía mi abuela. En este pueblo era muy difícil conseguir empleo. Decidí dejar a mis hijos al cuidado de mi madre y viajar a Bogotá para poder encontrar un buen trabajo y darle una mejor vida a mi familia. Llegué a Bogotá sin conocer a nadie. Fue muy difícil, pero lamentablemente tomé el camino equivocado: empecé a prostituirme. Al principio fue muy complicado y vergonzoso pero después me metí en el cuento. Estando en esto conocí a un hombre llamado Julián quien supuestamente me miraba diferente al resto de los hombres. Estuvimos de novios dos años y medio. Una relación de rumba y una vida desenfrenada. Yo lo quería y confiaba en él; pero ahora me doy cuenta que uno no debe confiar en nadie. Una noche, como a eso de las 8:30, yo estaba en mi casa con mi familia y este me puso una cita. Cuando llegué a este lugar él estaba con un amigo y me dijo:

—Amor me tienes acá —y me entregó una bolsa negra.

Yo con toda la confianza se la recibí. Como yo estaba en la acera de la calle escuché una moto que venía atrás mío. Entonces me asusté y cuando volteé a mirar eran unos policías. En cuestión de segundos ya estaba rodeada y no entendía ni por qué. Me dijeron que entregara la bolsa y obvio yo la entregué. Cuando la abrieron yo no lo podía creer: había diecisiete papeletas de bazuco. Entonces yo le dije a la policía que eso no era mío que era de mi “novio”, pero que mi supuesto novio no estaba por ninguna parte. Me llevaron para la URI de Kennedy y fue horrible. Me sentí como la peor delincuente del mundo. Yo nunca había estado en un lugar de esos. Pase dieciséis horas en este lugar y después llegó un abogado que supuestamente me lo habían enviado. Ese desgraciado me dijo:

—Te van a hacer una audiencia; tienes que decir que eres consumidora y ya en una hora saldrás en libertad. —Como yo no sabía, hice todo lo que él me dijo y, sí, fue verdad. Me dieron libertad condicional. El problema fue que nunca me dijeron que me tenía que seguir presentando. Yo seguí viviendo normal con mis problemas cotidianos pero bien, al lado de mis hijos y mi hermosa madre.

Cinco años después, cuando yo estaba verdaderamente feliz con un empleo y una relación estable, en una calle del centro, mientras caminaba con mi actual compañero sentimental, unos policías nos pidieron documentos y como yo no le debía nada a nadie “supuestamente”, entregué mi cédula. Cuando el policía me dijo que yo tenía una orden de captura me asusté mucho. Ni siquiera me acordaba de lo que había pasado aquel tiempo. Lloré, pataleé, pero no pude hacer nada. Me condenaron a sesenta y cuatro meses y aquí estoy en el Buen Pastor, pagando algo que yo no hice: “por confiada”. Ahora tengo treinta y un años, tres hijos de doce, trece y catorce años y una madre que lucha por ellos, porque yo ya no puedo hacer nada aquí encerrada. Mi compañero me visita y eso me da mucho ánimo. Por lo menos hay alguien que sí me quiere de verdad; eso creo. Es muy duro estar en este lugar pero aquí estoy, tratando de sobrevivir.

Chao.

Cuídate.

ATURDIMIENTO

Laura Fernanda Esperanza Visbal



Quién timbra tan temprano y con tanta insistencia. Probablemente la señora que vende arepas. Pero no; ella viene después. No le di importancia. Aún me faltaba por terminar de bañar a Camilita. Julián ya estaba desayunado y listo con su uniforme para cuando llegara la ruta. Mi hermano me habló y dijo:

—Hay una orden de allanamiento por culpa suya. —Noté la presencia de varios policías del Gaula, incluyendo una mujer. Dijeron las cosas de rigor. Me hicieron varias preguntas. Finalmente, no hicieron el allanamiento pues notaron que éramos personas honestas, pero me aclararon que tenía que ir con ellos puesto que había una orden de captura por concierto y extorsión agravada en mi contra. Pedí permiso para organizar a Camilita; me lo concedieron. Luego llegó la ruta y se llevó a los niños.

No era consciente de lo que estaba ocurriendo. Nos trasladaron en avión hasta Bogotá: veintisiete mujeres y diecisiete hombres. Todos éramos de diferentes lugares. Yo no conocía a nadie. Luego me enteré que estábamos acusados de lo mismo. Hoy sé que son compañeros de causa. Esa noche la pasamos en la URI de Puente Aranda. No dormí. Solo quería que todo se aclarara pronto para

poder regresar a mi casa con mis nietos. Estuvimos dieciséis horas en la URI hacinados. Empecé a entender lo que pasaba pero estaba aturdida.

—¿Por qué no me dejan ir para mi casa? Mis nietos, ¿qué pasará con mis nietos?

El último día de audiencias, después de casi quince días, todo el día, les dieron domiciliaria a todos, menos a cuatro mujeres y nueve o seis hombres. No estoy segura. Fue lo que me dijo el juez intramural. El 19 de noviembre llegué a la Reclusión del Buen Pastor. Sentí que todo a mi alrededor era oscuridad y soledad. No entiendo. No sé qué pasa con mi vida. ¡Qué miedo! No es posible. Esto es una pesadilla. Pero no soy yo. No es a mí a quien ha ocurrido esto tan horrible.

Aquí en la cárcel continúo durmiendo en el piso. Me despierto y no sé dónde estoy. Le pido a Dios que me dé tranquilidad y paciencia para no perder la razón. Leo las cartas de mis hijos. Llora y doy gracias. En esta reclusión he conocido gente muy valiosa. He aprendido lecciones buenas que afuera no hubiese aceptado. Me gusta servir y eso hago. Me ayuda a mí misma.

DE ALAS RECORTADAS

Marcela Cerón Espitia



Ángeles enjaulados,
en prisiones de amazónicos presos en el vientre,
presos en las celdas,
presos entre rejas,
vibra el metal de las rejas.
Tronantes aturden las botas de los hirientes Dragos.
Inquisidores viven en las puertas,
como en la entrada al averno.
Voces de ángel se escuchan en el invierno,
diminutas manos aprietan como cancerberos,
posponiendo un ineludible vuelo.
Triste duelo.
Pues una criatura debe soportar el ruido, el frío,
la incertidumbre del encierro.
Grita mi alma, se ahoga en llanto,
mientras la indolente madre arremete contra su cuerpo,
contra la huida de alas recortadas.
Desde el vientre nadie escucha,
en el patíbulo crecen inocentes criaturas.

Días transcurren en este largo laberinto,
cruz sobre mi espalda.
Una lápida que lleva un sinsentido.
Un destino que no entiendo.
Un camino en círculos de escaleras limitadas.
Calado triste de sórdidas celdas.
De reja en reja la misma dirección me espera:
mis horas, mis días, mis segundos,
el tiempo de mis hijos.
Larga para el tiempo del hombre
anida en mi pecho una esperanza:
lo escrito aboga por mí en mis pensamientos.
Mis errores matan las esperanzas
mas aún no mueren.
Fallecen con la luz del día y el helaje de la noche.
Soltada en este mar de máscaras crecí alada.
Tempranamente el tiempo cortó hábiles plumas.
Flor que se deshoja en el viento.
Fui un ser de Dios, libre,
en esta contienda terrena.
He roto el tiempo abrazada a un demonio.
He mirado mi rostro
y el reflejo me ha aturdido.
Huelo el almizcle entre jabón barato y perfumes de flores.
Anhele ser un breve trueno en el cielo,
como diosa hastiada de su intangible imagen.
Quise ser Dios y no he dejado de serlo.
Despilfarro mil virtudes en desorden,
escondo mis lágrimas para no manchar mi rostro.
Mi lugar es cálido y perverso.
Disfruto una sonrisa departida en la mañana,
después de una noche de ternuras y pasiones.
En el fondo odio ese ser ingobernable.
Me sumerjo influenciada por su figura seductora.
Temo despertar ese demonio dormido
y volver, como tantas veces, al infierno.

UN AMOR SIN LÍMITES

Mari Cruz (seudónimo)



Deby era una hermosa pelirroja de diecinueve años, tenía unos ojos preciosos color miel y era pecosa. Todos los que la conocían quedaban prendados de su hermosura y su ternura. Vivía con su madre y sus dos hermanas mayores, en Manhattan, Nueva York. Ellas eran tres hijas de un matrimonio puertorriqueño que tenían nacionalidad americana. Aunque se sentía orgullosa de sus raíces latinas, hablaba muy mal el español, pero le encantaba hacer amistad con gente latina. A pesar de su juventud y su belleza Deby no era feliz, era madre soltera de una bebé de dos años producto de una relación tormentosa que había tenido con un primo lejano puertorriqueño, el cual le había dado la espalda en cuanto la vio embarazada; agregado a que su padre también los había abandonado desde que ella era una bebé de cinco años y que su mamá había tenido que trabajar duro para sacarlas adelante. Esto mantenía a Deby resentida con la vida, llevaba mala convivencia con su hermano varón, el cual era machista y cruel con ella por ser la menor, ya que sus hermanas mayores se habían ido a vivir con un ecuatoriano y rara vez los visitaban. En medio de la vida mediocre que llevaba trataba de distraerse como toda joven de su edad en discotecas, y fue allí, en una discoteca del Bronx, que

conoció a un colombiano llamado José que tenía vínculos con una red de narcotraficantes de Colombia. Deby en sus noches de rumba se metía sus pases de cocaína y aquella noche José le ofreció unos pases de la mejor calidad.

Deby y José se hicieron buenos amigos y cuando ya llevaban un mes tratándose José, conociendo sus necesidades económicas, le propuso que viajara a Colombia y recogiera unos kilos de cocaína y que por eso le pagaría cuarenta y cinco mil dólares más todos los gastos del viaje, incluyendo su estadía en el hotel y comida. Ella dijo que aceptaría si le adelantaba quince mil dólares para comprarse ropa y zapatos y dejarle plata a su madre para los gastos de la bebé. José le dijo que consultaría con sus jefes y que la llamaría al día siguiente. Deby llegó a la madrugada a la colonia donde vivía con su familia, era una colonia de latinos donde vivían peruanos, ecuatorianos, colombianos, puertorriqueños, etc. Aquel día estuvo amorosa y pensativa, su madre la observaba de reojo mas no se atrevió a preguntarle a su hija menor qué le pasaba. Deby recibió la visita de Elizabeth, una joven americana como ella, de familia mexicana. Eli, como la llamaban, la invitó a que fueran donde unos amigos, pero Deby no aceptó la invitación porque esperaba ansiosa la llamada millonaria. José aquel día no llamó, pero al día siguiente a las ocho de la mañana la citó en su casa para que recogiera los quince mil dólares. Deby viajó un miércoles en un vuelo nocturno y aunque estaba algo nerviosa a la vez se sentía llena de ilusión de que por fin la vida iba a cambiar para ella, para su hija y por supuesto para su madre. Abordó un avión y la instaló en su silla una amable azafata que le indicó como se ajustaba el cinturón. Se colocó sus audífonos y prendió su Ipod para escuchar baladas americanas, las preferidas de ella. Luego de un rato la azafata repartió algunos refrigerios que constaban de una ligera cena y una copa de suave vino. Deby cenó y cerró sus ojos para escuchar la melodía, más se quedó dormida, cuando sintió una mano que le tocó el hombro mientras le comunicaba que ya habían llegado a Colombia. Salió del hangar con su maleta, luego llegó a la sala de espera donde se suponía que la hermana de José la esperaba y buscó entre la multitud a alguien que se pareciera a la mujer que ella había visto en una foto. Miraba

distraídamente cuando una mujer de mediana edad y tez morena se le acercó y le preguntó:

—¿Deby?

Ella la miró e intrigada, replicó:

—¿Quién es usted?

La mujer le ofreció la mano y dijo:

—Soy Alba, una prima de José, es que Fanny no pudo venir y me mandó a mí a recogerla.

Deby le estrechó la mano sonriente y le contestó:

—Lo importante es que hayas venido, ya que no tengo ni idea de a dónde debo dirigirme.

La mujer sonrió y cogiéndola del brazo la guio hasta la salida del aeropuerto, allí tomaron un taxi y la mujer le dio la dirección de un hotel de la capital. A Deby le encantaba el hotel, que aunque no era cinco estrellas era bonito y acogedor, la simpática mujer después de instalarla en su habitación le dio una tarjeta y le dijo:

—Mañana apenas te hayas desayunado llama a este número telefónico y pregunta por Ramiro, él es el encargado de entregarte la merca.

Deby asintió y luego de que la mujer se fue se puso cómoda y se acostó a ver televisión. La habitación tenía un ventanal que daba a la calle y vio que había muchos automóviles y personas que transitaban con paraguas pues llovía. Llamó a recepción y pidió una hamburguesa y una bebida fría al cuarto.

Al otro día abrió los ojos y miró el reloj, eran las diez de la mañana, se desperezó, se duchó y se colocó unos *jeans* y un suéter bajo una chamarra mexicana que su madre le había regalado en su cumpleaños. Bajó a la recepción y preguntó dónde podía desayunar. Allí mismo había restaurante y allí desayunó unos huevos rancheros y café con cruasán, luego preguntó al camarero en su enredado español:

—¿Cuánto te pago?

El camarero le sonrió y le contestó con cortesía:

—No señorita ya todo está pago, la estadía es con alimentación.

Deby sonrió y luego salió del hotel, necesitaba explorar la ciudad y también necesitaba un teléfono urgente, en la esquina del hotel vio unas cabinas telefónicas y lo primero que hizo fue llamar

a su madre, ella sabía que Deby había viajado por una invitación de un amigo, más no sabía los verdaderos motivos que la llevaron a Colombia. Habló con su madre y luego llamó a Ramiro, este la citó para las ocho de la noche en un restaurante que quedaba a dos cuerdas del hotel donde ella se hospedaba. Después de colgar decidió caminar y hacer unas compras, ya que estaba hospedada en un hotel del centro de la capital. Llegó a la una de la tarde al hotel, con varias cosas, ya que había comprado muchas para su mamá y su hija y algunas para ella. Entró a su habitación y luego de descargar los paquetes bajó al restaurante a almorzar, a las ocho de la noche salió a la recepción y preguntó la dirección del restaurante donde tenía que ir, el chico encargado de llevar las maletas se ofreció a llevarla hasta al restaurante ya que él lo conocía. Le dio una propina al chico y buscó una mesa desocupada, todos los hombres allí presentes voltearon a mirarla, incluso los que estaban acompañados, ya que Deby no era fácil de ignorar, siendo tan hermosa despertaba el interés de todos los que la rodeaban. Allí llegó Ramiro con la mujer que la había recogido en el aeropuerto, quien la saludaba efusivamente con un beso en la mejilla, luego le presentó a Ramiro, quien la miró con ojos de agrado mientras le preguntaba;

—¿Se ha divertido en la ciudad?

Deby dijo vagamente:

—Me la he pasado en el hotel porque no conozco la ciudad.

El hombre de unos treinta y ocho años de edad le dijo:

—Si gusta la puedo invitar a salir esta noche para que conozca.

Deby dubitativa le respondió:

—No, la verdad no me siento con ánimos, más bien estoy ansiosa de regresar cuanto antes a mi país.

—Bueno, a eso he venido, a decirle que mañana al mediodía le entrego la mercancía, son dos kilos de heroína. La mayor parte irá en el doble fondo de una maleta y la otra parte irá en unos zuecos con plataforma que vamos a arreglar, pero necesito que me diga cuanto calza.

Deby le dio el número que calzaba y luego le preguntó cuándo podía viajar.

—Mañana mismo a las cinco de la tarde sale para Nueva York, yo le llevaré la maleta y los zapatos al hotel y una vez reciba la

mercancía se prepara para que en el hotel le consigan un taxi que la lleve al aeropuerto.

Después de recibir las instrucciones de la pareja, Deby se despidió y volvió al hotel, antes de subir a la habitación hizo saber en la recepción que ya había cenado y que no pasaría al restaurante. Aquella noche estaba ansiosa para que amaneciera cuanto antes, pues lo único que deseaba era regresar a su país, entregar la mercancía y reclamar el dinero restante para reiniciar su vida. Se llegó la hora ansiada y Deby abordó un taxi rumbo al aeropuerto, horas antes Ramiro le había llevado la maleta y los zuecos al hotel. Ella iba feliz y llena de muchos sueños y planes, pero justo cuando iba a registrar su tiquete escuchó una voz masculina:

—Pelirroja.

Ella volteó a ver, algo extrañada de que la hubieran llamado, y dos corpulentos hombres se le acercaron e identificándose como agentes del DAS le preguntaron:

—¿Es usted americana?

Ella asintió algo nerviosa, ellos le dijeron:

—Acompáñenos por favor.

Algo nerviosa preguntó:

—¿Por qué?, ¿no entiendo?

—Necesitamos revisar su equipaje.

Deby siguió a los hombres en estado de shock. Ella no esperaba esto. Los agentes la llevaron a una habitación y allí rompieron su preciosa maleta descubriendo la droga, luego por radio pidieron que les mandaran una mujer policía que se encargara de desnudar a Deby. No encontrando nada en sus ropas la hizo vestir, no sin antes ordenarle:

—Páseme los zuecos.

Resignada se los pasó y la mujer, luego de examinarlos con desconfianza, salió del baño y se los pasó a los agentes que esperaban en la puerta mientras decían:

—Parecen ir cargados también.

Los hombres despegaron el tacón y ciertamente encontraron el resto de la mercancía de la mejor calidad y alta pureza. Deby se calzó unos tenis y salió del baño en compañía de la mujer policía y ella se despidió de ellos con una sonrisa. Lloraba inconsolablemente

cuando uno de ellos la esposó mientras le decía que quedaba detenida, luego le leyó sus derechos y la condujeron hasta un carro color rojo donde la transportaron hasta el DAS. Una vez instalada en el calabozo del DAS, preguntó:

—¿Qué va a pasar conmigo?

El agente más joven le dijo:

—La llevarán a audiencia y el juez decidirá sobre su situación.

—Luego agregó—: ¿Necesita que le informe a algún familiar?

Ella con lágrimas en sus ojos respondió:

—Me gustaría llamar a mi mamá.

—Bueno, usted está incomunicada pero veré cómo puedo ayudarla.

El agente se fue y la dejó entre aquellas cuatro paredes, había un camarote y un baño con su cisterna. A Deby se le vinieron nuevamente las lágrimas mientras pensaba en su madre, en su hija y en su vida misma. Eran ya las siete de la noche cuando el agente abrió la puerta de la celda y le dijo:

—Mira pelirroja te traigo comida y una gaseosa ¿fumas?

Ella asintió y él le entregó la caja de icopor y la botella de gaseosa mientras decía:

—Voy a comprarle unos cigarrillos, ¿de cuál fumas?

—Lucky —y se sentó en el camarote mientras el joven cerró la puerta, miró la caja con comida y se veía buena, era carne asada, arroz, papa salada y una ensalada. Aunque ella no tenía mucho apetito comió porque no quería desairar al agente de buen corazón que se la había llevado. Ya había terminado de comer cuando nuevamente el joven agente abrió la puerta y dijo:

—Vamos Deby

—¿A dónde me llevas?

—Vamos a la oficina para que llames a tu mamá.

A Deby le dio un vuelco el corazón cuando escuchó la voz de su mamá y no pudo evitar el llanto cuando le contó lo de su tragedia, su vieja también lloró y la recriminó por lo que había hecho, luego Deby le dijo:

—Cuida a mi hija mamá y perdóname —y colgó mientras las lágrimas corrían por su rostro.

El agente Camilo la miró apesadumbrado pero no se atrevió a consolarla, pues no encontraba palabras para hacerlo. La escoltó hasta el calabozo y antes de cerrar la puerta le entregó el paquete de cigarrillos con un encendedor y le dijo:

—¡Que descanses Deby!

Al otro día un agente que no era Camilo le dijo que se arreglara que la iban a llevar a la audiencia. Deby se arregló lo mejor que pudo, luego la esperaron y la subieron a una camioneta que la transportó a los juzgados de Paloquemado, allí fue judicializada y condenada a cinco años, pero tuvo que estar cinco días más en el DAS. Mientras le llegaba la boleta para la cárcel de El Buen Pastor, esos cinco días el agente Camilo estuvo con ella y pendiente de lo que pudiera necesitar, lo veía como a un ángel que Dios le hubiera puesto en su camino. El día en que le llegó la boleta de traslado para la cárcel Camilo no estaba de servicio y Deby lamentó no poder despedirse de ese buen hombre. Después de una hora de trayecto en un carro gris llegaron al Buen Pastor, donde la condujeron a un cuarto de reseña, le preguntaron sus datos, la reseñaron y la llevaron a la recepción, así se llamaba un cuarto donde eran puestas mientras les asignaban un patio. Allí conoció a ocho internas que venían por diversos delitos, todas colombianas. Deby les sonrió y ellas se presentaron contando cada una su historia de captura, ella también contó como la habían detenido. Una mujer como de veintiocho años le dijo:

—Eso fue que la zapearon

Deby algo intrigada le respondió:

—¿Pero quién haría algo así?

—Mira pecosita, ellos zapearon a los que llevaban el cargamento pequeño para que corone el cargamento grande, así es la vuelta aquí.

Deby se quedó dudando, quizás aquella interna decía la verdad. Otra chica llamada Samanta le preguntó:

—¿Tienes familia o amigos aquí en Colombia?

—No.

—Bueno quizá quedemos en diferentes patios pero si se te ofrece algo cuenta conmigo.

—Gracias —respondió Deby, a la que le asignaron el patio quinto que era donde se alojaban las de alta sociedad y las extranjeras.

Allí tuvo la oportunidad de conocer a muchas mulas extranjeras que al igual que ella no habían podido cumplir su sueño, conoció a la israelita, a Chicago, a Kate la surafricana y a la polaca, ellas quienes dominaban el inglés y hablaban poco español le ofrecieron su ayuda. En momentos de ocio se contaban su vidas y hasta se divertían, por medio de ellas Deby se enteró de que la embajada americana les colaboraba cada mes con útiles de aseo y que hasta les hacían llegar revistas y libros en inglés y una que otra galguería como galletas, turrónes de maní, etc. Se fue adaptando poco a poco a la cárcel y tenía muchas amigas extranjeras, tanto las de su patio como otras del patio cuatro, ella y la Chicago eran las extranjeras más jóvenes, ambas con diecinueve años. Con sus crespos pelirrojos y sus ojos color miel se embolsillaba a todos cuando la trataban, incluso a la guardia. Aunque se trataba con todas las extranjeras sus mejores amigas eran la israelita, Chicago, la surafricana y la polaca, eran inseparables. Una tarde en que se celebraba Halloween las internas del patio quinto planearon una fiesta de disfraces y las extranjeras también se disfrazaron y participaron, tenían una grabadora, bailaron mientras probaban por primera vez la chicha, una bebida fermentada con la que las internas se embriagaban, en ese patio nadie la preparaba, pero en el patio dos sí y Kate la surafricana había comprado algunas botellas. Marlen, que era colombiana, era bien rumbera y tenía amistad con ellas, le dijo a Kate:

—¿Por qué no nos metemos unos países?

La mayoría de las extranjeras, incluyendo a Deby, eran cocaineras y la idea les agradó, la mayoría también manejaba dinero ya que sus familiares enviaban desde el extranjero, pero Deby no había querido molestar a su mamá ya que ella tenía a la niña, y aunque recibía un cheque del estado por quinientos dólares mensuales por ser madre soltera, ella prefería que ese dinero fuera para su mamá ahora que ella estaba detenida, su hermana mayor que se parecía mucho a ella lo reclamaba y se lo endosaba a su madre para los gastos de Génesis, su hija. Pero Deby portaba buen dinero cuando la detuvieron y ese dinero aún no se le había acabado. Con el resto de extranjeras hicieron la vaca y mandaron a comprar perico en el

patio tres en cuanto salieron por la comida. La verdad es que por increíble que parezca en la cárcel se comercializa la droga igual que en la calle, y aquí puedes encontrar toda clase de drogas: coca, bazuco, marihuana y hasta pepas. Desde aquel día todos los fines de semana las extranjeras se enfiestaban y compraban cocaína por gramos para sus fiestas, ya habían pasado dos años desde su captura y tenía muchas amigas tanto extranjeras como colombianas. Más de una colombiana quería tener una relación con ella, pero Deby les dejaba bien claro que a ella no le gustaban las mujeres y las mantenía a raya. Un sábado después de la visita masculina fue al rancho con su amiga Kate a la hora del reparto de la comida y a la salida miraba distraídamente cuando vio a Gabriela: era una mujer muy atractiva con apariencia masculina y se encontraba con una morena dialogando, también esta tenía apariencia masculina, las dos chicas con aspecto de niño miraban a las mujeres que las rodeaban como adaptándose al entorno, mas no se habían dado cuenta de las dos extranjeras que las miraban fijamente, fue Kate quien comentó:

—¿Ya viste esos chachos nuevos?

Deby comentó irónicamente:

—Sí ¿y? pues parecen dos hombres.

—Pero no lo son. Oye me encanta el moreno.

—Está mejor el blanco,

—Vamos a hablarles Deby.

—No, muévete más bien, vámonos para el patio.

—No. Solo saludemos y nos vamos, será cuestión de un minuto.

Deby hizo una mueca de enfado, pero igual siguió a Kate, quien se acercó a los chachos con una sonrisa de oreja a oreja

—Hola, son nuevos, no los había visto.

Las dos amigas chachos se miraron y Lugi, la morenita, respondió:

—Sí, llegamos el miércoles.

—¿Y ya les dieron patio? —prosiguió Kate.

—Sí, ayer nos asignaron —contestó Lugi.

Kate sonreía mientras Deby hacia cara de pocos amigos, y luego en inglés se dirigió a ella con un tono de enojo, mas Lugi y su amiga Gabriela quedaron gringas porque no hablaban en inglés. Kate luego, dirigiéndose a Lugi, dijo:

—Oye ¿mañana nos vemos a la hora de la comida?

—Claro, será un placer.

Las dos mujeres se fueron y Lugi miró a su amiga Gabriela con una sonrisa de oreja a oreja, mientras le decía:

—Como que le gusto a la gringa ¿no?

Gabriela sonrió y le respondió:

—Pero parece que a la amiga no le hace ninguna gracia

—Sí, es como si estuviera regañándola, pero mañana venimos a esta misma hora y nos hacemos amigas de ellas, ¿no crees?

Gabriela se encogió de hombros, la verdad es que si a su mejor amiga le gustaba aquella rubia, ella no tenía inconveniente para acompañarla, después de dialogar y darle un banquete de ojos a las lesbianas que les coqueteaban descaradamente, Lugi y Gaby se fueron al patio, allí también había muchas mujeres coquetas que se desvivían por atenderlas, sobre todo a Gaby que era la más guapa y llamativa. Gaby al contrario de Lugi era bien seria, hasta montaba rostro con tal de quedarse distante de aquellas coscolinas, como solía llamar a las mujeres que la acosaban, más si se trataba de una mujer linda y femenina, entonces bajaba la guardia y se derretía ante ella, de hecho desde niña había sido lesbiana y su gran debilidad eran las mujeres bonitas. Lugi quien se conocía con Gaby desde la calle, estaba al tanto de lo conquistadora que era su amiga, pero ella no se quedaba atrás porque aunque no era tan guapa como Gaby también tenía lo suyo. El domingo Gaby tuvo visita y le entró comida a Lugi, por tal motivo no salieron al reparto y no se vieron con las extranjeras. Pero el lunes a las ocho de la mañana recorrieron los talleres para ver cual les gustaba, pero ninguno les acababa de gustar, la mayoría de las mujeres coqueteaban con Gaby, mas ella no se daba por entendida; algo indecisa en donde descontar se dirigieron a sanidad y fue entonces cuando las vieron, allí estaban las dos extranjeras a la salida de sanidad. Lugi se acercó sonriente y saludó:

—Buenos días chicas, que milagro de verlas por aquí.

Kate sonrió efusivamente mientras abrazaba a Lugi:

—Hola, ¿cómo estás? ¿Por qué no saliste ayer?

—¡Ah! Es que Gaby tuvo visita y no salimos al rancho —Kate miró sonriente a Gaby y la saludó.

—¡Hola! —contestó Gaby, luego Lugi preguntó—: ¿Tienen cita médica?

—No, lo que pasa es que Deby amaneció con jaqueca y queremos pedir una píldora para el dolor, ¿y ustedes?

—¡Oh no! —respondió Lugi—, lo que pasa es que no hemos decidido donde descontar y estamos dando vueltas.

Kate sonrió y dijo:

—¿Por qué no vamos a la salida de la biblioteca y compartimos un rato?

Lugi aceptó encantado y Gaby no tuvo más remedio que seguir a su parcera, lo mismo que Deby. Mientras que Kate y Lugi parecían dos tortolitos, Gaby y Deby parecían dos celestinas a la sombra de ellas.

Llegaron a la biblioteca y Lugi y Kate comenzaron a besarse ante la mirada incómoda de Gaby y Deby, aunque parecía algo incómoda y molesta Gaby, como para romper el hielo, le preguntó a la pelirroja:

—Y ¿por qué?

—Porque mis padres son de Puerto Rico y yo adoro esa isla.

Gaby agregó:

—¿Hace cuánto está aquí?

—Hace dos años.

—¿Y te falta mucho?

—Estoy condenada a cinco años. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cuánto es tu condena?

—Estoy condenada a un año.

—Pero eso no es nada.

—Sí, gracias a Dios.

—¿Y tu amigo? —antes de que Gaby pudiese contestar Lugi interrumpió sus besos y dijo:

—Estoy condenada a veintiséis meses.

Kate preguntó:

—¿O sea que tu amigo se va primero?

—Sí.

—Bueno pero no te vas a quedar solo porque yo te voy a acompañar. —Lugi sonrió y le preguntó:

—¿Cuándo te vas tú?

—Me faltan años.

—¿Cuántos? —Preguntó Lugi.

—Dos años y medio —contestó Kate. —Gaby y Lugi preguntaron a las chicas:

—¿Podemos encontrarnos a la hora del almuerzo en este lugar?

Kate respondió abrazándole coqueta:

—Me encantaría

—Bueno entonces es un hecho, aquí a la hora del almuerzo —dijo Lugi y luego respondió a la rubia con un tierno beso, bajo la mirada de sus amigas.

Kate y Deby se dirigieron a su patio, mientras Deby decía:

—Estás loca Kate, no tienes ni tres días de conocer a ese chacho y ya te hiciste su novia.

Kate contestó y sonrió:

—Es que es adorable, es todo tierno y tiene una risa que me enamora.

Deby agregó mal humorada:

—Dios quiera que no te vayas a arrepentir.

Así siguieron los días y Gaby y Lugi siempre se encontraban con las extranjeras en el parqucito de la salida de la biblioteca. Gaby y Deby ya se tenían confianza y dialogaban de muchas cosas, y mientras las dos hablaban Lugi y Kate no desperdiciaban el tiempo para acariciarse y decirse cosas bonitas. Aquella tarde cuando la guardia indicó que debían irse a los patios, Deby le dijo a las chicas:

—Niñas, ¿por qué no nos acompañan hasta el patio?

Lugi complacido dijo:

—Claro, vamos a llevarlas y luego nos vamos para el patio para poder ver la novela que está buena.

Las chicas se rieron de Lugi, y le dijeron:

—¿Les gustan las novelas?

Lugi y Gaby asintieron sonrientes mientras las acompañaban. Al llegar al patio uno donde tenían las mejores amigas, se acercó Chicago a la reja y saludó efusivamente a Deby y luego miró interrogante a los dos chachos como preguntándose y “¿esos qué?”. Kate ante la mirada atónita de Chicago besó a Lugi y luego apretó la mano de Gaby, mientras decía:

—¿Qué deciden chicos?

Deby también le apretó la mano a Gaby y le sonrió mientras se despedía. Lugi y Gaby se fueron a su patio y las extranjeras se quedaron dialogando. Chicago le dijo a Kate:

—¿De qué me perdí?

Kate sonrió y le dijo:

—Lugi es mi novio

—¿Novio? Novia querrás decir, porque si fuese un niño estaría en la modelo.

—Bueno novia, no importa, lo importante es que soy feliz con ella.

Chicago miró a Deby y le preguntó:

—¿Y tú qué Deby?

Deby algo confusa respondió:

—¿Yo qué?

—¿Te gusta el otro chacho?

Deby se sonrojó y dijo:

—Claro que no, tú sabes que a mí no me gustan las mujeres y así ellas parezcan unos niños son mujeres.

Chicago le dijo:

—Ya me hubiese yo enojado si te metieras con ese chacho siendo que yo he querido conquistarte y siempre me has rechazado.

Deby algo contrariada murmuró:

—¡Ay!, por favor Chicago.

Dicho esto se alejó de allí molesta, mientras Kate trataba de consolar a Chicago a quien se le llorosieron los ojos. Era cierto que Chicago, quien era bisexual, había demostrado a Deby sus afectos desde que la conocía, pero Deby siempre la había rechazado.

Mientras tanto Deby entró a su celda y se acostó en su planchón, prendió un cigarrillo y prendió su Ipod, escuchaba música cuando Kate entró, era su compañera de celda. Deby al verla se quitó los audífonos y le preguntó:

—¿Qué se hizo Mariana? —Mariana era Chicago y Kate respondió:

—Se fue a su celda no muy feliz, por cierto.

—Es una tonta —respondió Deby.

—Ella te quiere Deby.

Deby miró y respondió seriamente:

—Y yo a ella, pero nomás que como una hermana, jamás podré mirarle diferente.

—Y ¿Andresito?

Deby la miró y le dijo:

—A Andresito también le he cogido afecto, pero no de esa manera, tú sabes que a mí nunca me han gustado las mujeres.

Kate le sonrió y le dio un beso en la mejilla mientras le dijo:

—Voy a ir hasta la celda de doña Miriam a saludarla y tú ¿qué vas a hacer?

—Yo voy a leer un libro.

Kate salió y Deby tomó un libro en inglés y se dispuso a leerlo, mientras tanto en el patio tres Gaby y Lugi también estaban acostadas viendo televisión, cada una en su planchón.

Lugi le dijo entre suspiros a Gaby:

—¿Qué estará haciendo mi mona linda?

Gaby le dijo medio en broma:

—Oye pero estas bien tragada, ¿no?

Lugi con una sonrisa de oreja a oreja le dijo:

—No puedo negarlo, es que ella es tan linda y tan especial. ¿Y tú?

Gaby desprevenida preguntó:

—¿Yo qué?

—Es que no piensas buscarte una novia, mira que traes a más de una loquita y ya he visto como babea Leidy cuando te mira.

Gaby sonrió, era cierto habían muchas que querían con ella pero a ella no le gustaba ninguna.

Deby por su parte se encontraba inquieta, no podía concentrarse en el libro, la verdad es que últimamente pensaba mucho en Gaby y aunque a ella nunca le habían gustado las mujeres, sentía una gran atracción por aquella chica con apariencia de niño lindo.

Deby pensaba en todo lo que le había pasado en aquel lugar desde que llegó, muchas lesbianas la acosaban, tanto los chachos como las féminas, de hecho su amiga Chicago era fémina también, a Andresito, un chacho del patio que se declaraba enamorado de ella, ya le había cogido mucho afecto, porque era una niña sin familia y

sin amigas, mas jamás se había interesado en ella como por ninguna. Kate entró y al verla pensativa le dijo:

—¡Pensé que estabas leyendo!

Deby se sentó en el planchón y le pregunto:

—Kate, ¿tú qué piensas de Gaby?

Kate se sentó junto a ella y con una sonrisa pícara le preguntó:

—¿Cómo qué quieres que te diga?, pues es un chacho lindo y muy atractivo aparte de que es el mejor amigo de Lugi y me cae muy bien, ¿por qué la pregunta?

Deby se sonrió y Kate, quien era mucho mayor que Deby, le preguntó sorprendida:

—¿Te gusta?

—No, claro que no... pues solo quería...

Kate la interrumpió y dijo:

—Deby en mi puedes confiar.

Deby miró a su amiga y suspirando le dijo:

—La verdad no sé qué me pasa, tú sabes lo que a mí me incomodan las lesbianas, pero no sé, es que yo no veo a Gaby como una mujer sino como un niño.

Kate le dijo:

—Pero es una mujer, se cree niño como Lugi, pero las dos sabemos que son mujeres.

Deby sonrió nerviosa y dijo:

—¡Ay! Kate creo que me estoy volviendo loca

Kate preguntó:

—¿Te gusta Gaby?

—¿Sabes qué? No sé por qué pero me encanta su compañía, su voz, sus ojos, la forma como es dulce y tierna.

Kate preguntó:

—¿Serías capaz de tener algo con ella?

—No sé, ella nunca me ha dicho nada, pero sé, no puedo negar que me atrae mucho.

Kate le dijo:

—Si quieres hablo con Lugi para que te ayude.

—¡No! ¿Estás loca? No quiero que digas nada.

—Bueno, bueno, pero deberías echarle los perros como dicen las colombianas, mira que de pronto otra se aprovecha y se adelanta

Deby sonrió, aunque se había sincerado con su amiga no pensaba hacerlo con Gaby. Si bien cada día se sentía más hechizada con su presencia no lo demostraba para nada.

Llegó el día en que Andresito, quien había estado varios días en el calabozo, salió nuevamente al patio, al llegar buscó a Deby quien organizaba la celda, al verla exclamó emocionada:

—Pelirroja te he extrañado mucho.

Deby sonriente le dio un abrazo y le dijo:

—¿Qué tal el calabozo? ¿Muy feo?

—Bueno es muy frío, además hay algunas mascotas indeseables haciéndole a uno compañía:

Deby preguntó horrorizada:

—¿Ratas?

—Ratas no, runchos.

—¡Oh! Qué asqueroso —dijo Deby.

Andresito, como le decían a aquel chacho, preguntó:

—Y tú ¿qué has hecho estos días que no nos hemos visto?

Deby sonrió mientras pensaba en Gaby y dijo:

—Me hice amiga de dos chachos nuevos.

Andresito frunció el ceño y dijo:

—Sí, yo sé que no te apartas de ese bobo, ¿no tendrás algo con él?

—¡Ay! Por Dios Andresito.

—No entiendo Deby tu enojo, cuando cualquiera te echa los perros dices odiar a las lesbianas, pero tal parece que te la pasas muy bien con ese chacho nuevo.

Deby preguntó irónica:

—¿Estás celoso?

Andresito mal humorado respondió:

—Pues sí, tú sabes que siempre he estado enamorada de ti, pero eso te tiene sin cuidado, ¿es que valgo menos que ese chacho?

Deby la miró seria. Andresito era una mujer menudita, medía un metro con cincuenta y ocho centímetros y era delgadita. Tenía la apariencia de un niño desnutrido, no era bonita pero tenía una nobleza inmensa y siempre se desvivía por agradar a Deby. Andresito viendo la seriedad y la indiferencia de Deby se salió renegando de la celda. Mientras tanto es Kate quien pregunta:

—¿Qué le pasa a medio metro?

Deby la miró que la fulminaba con la mirada y dijo:

—No le digas así ¿ok?

—Pero está brava, ¿no?

—Ya sabe de mi amistad con Gaby y está celoso.

—Bueno ya sabes cómo es ella, no irás a dejar la amistad con

Gaby

—Claro que no.

Aquella tarde cuando salieron a la plazoleta se encontraron con Lugi y Gaby y los chachos las invitaron a tomar onces, luego Deby dijo:

—Nos toca ir al taller porque ya nos llamaron la atención

Kate agregó:

—Sí, la guardiana nos dijo que si no volvemos al taller nos van a quitar el descuento y nos castigarían sin dejarnos salir por tres meses.

Lugi preguntó:

—¿Y en que taller descuentan?

—En confecciones— respondió Deby.

—¡Ah! ya pensé que podíamos ubicarnos en el mismo taller — repuso Lugi, mas Gaby protestó:

—Tú sabes que a mí no me gusta coser.

Lugi sonrió y dijo:

—No, a mí tampoco.

Gaby pagó los perros calientes y las gaseosas que había pedido en el caspete y una rubia de ojos color gato le recibió el dinero. Hacía varios días que Gaby andaba pendiente de esa mujer muy guapa y cuando ella le entregó el cambio del billete le dijo:

—Tienes unos ojos preciosos —la chica la miró y se sonrojó, mientras Deby sentía unos celos terribles. Kate miró a su amiga y con un gesto quiso decirle: “ves te lo dije”. Las chicas se fueron al taller y Lugi le dijo a Gaby:

—¿Te gusta Rubí?

Rubí era la dueña del caspete a quien Gaby había pispiado. Gaby sonrió con picardía y respondió:

—Está preciosa, ¿no?

—Si no se le quita y, bueno, ¿ahora qué vamos a hacer?

Gaby dijo:

—Pues yo creo que debemos irnos para el patio y salir a la hora de la comida.

Lugi obedeció a su amigo y se fueron para el patio, allí entraron a la celda y prendieron el televisor. Miraban una novela y de pronto Lugi preguntó:

—¿Tú crees que Kate me ama?

Gaby contestó:

—No sé si la ama lo que sí me ha dado cuenta es que te quiere mucho.

Lugi sonrió y agregó:

—Yo también la quiero mucho, cada día me acostumbro más a ella. —Luego mirando a Gaby le preguntó—: ¿Piensas conquistar a Rubí?

—No sé, me gusta mucho, pero no sé si yo le agrade a ella.

—Pues yo creo que le alagó mucho el cumplido que le hiciste sobre sus ojos.

Gaby sonrió divertida y dijo:

—Está una remamacita, voy a hacerle una nota.

Aquella noche Kate y Deby se encontraban en la celda fumando un cigarrillo, minutos antes había estado Andresito y Chicago pero ya se habían ido a descansar a sus celdas, una vez Kate apagó la colilla en una lata de atún que les servía como cenicero, preguntó:

—¿Apago la luz?

—Sí —Deby estaba algo pensativa, luego con las luces apagadas le preguntó a su amiga—: Kate, ¿tú crees que yo pueda quitarle a Gaby?

—Hum, pues claro —ella dijo.

—¿Pero le parece guapa Rubí?

Kate sonrió y dijo:

—Te aseguro que tú eres más guapa.

—¿Tú crees?

—Claro, ¿es que no te has mirado a un espejo?

Deby sonrió y Kate le dijo:

—¿La has pasado muy mal esta tarde no?

—¿Cuándo?

—Pues cuando Gaby comenzó a piropear a Rubí, vi la expresión de tu rostro.

—¡Oh! —Deby contestó—, sabes creo que me estoy enamorando de Gaby.

Kate quedó sentada en el planchón y dijo:

—*¡What!*

—Sí, con Gaby me pasa algo muy especial que no me había pasado con ninguna.

Kate le dijo:

—Pues yo creo que debes hacerle saber a Gaby lo que sientes.

—Pero, ¿y Nico?

Deby guardó silencio. Nico era un muchacho que había estado haciendo unos arreglos en la cárcel meses atrás y se había enamorado perdidamente de Deby, tanto que empezó a llevarle encomienda y a visitarla. Deby no lo quería, pero vivía muy agradecida con él.

Al día siguiente a la hora del almuerzo se reunieron las parejas de amigas como siempre a la salida del rancho, dialogaban armoniosamente cuando Andresito hizo su aparición y llamó a Deby, ella se acercó a él que estaba algo retirado y Gaby observó como el tal Andresito le manoteaba a Deby. Después de unos minutos de discusión Deby regresó al grupo, mientras Andresito se alejaba furioso. Kate y Deby hablaron en inglés y Lugi y Gaby se miraron entre sí. Gaby se dirigió a su amiga Deby y le dijo:

—Yo creo que lo mejor es que no nos hablemos más, pues no quiero que tengas problemas por mi culpa con tu amiga.

Deby por respuesta murmuró algo en inglés y se retiró acongojada. Gaby le preguntó a Kate:

—¿Qué dijo?

Kate respondió:

—Que para qué le dices eso cuando ya no hay ningún remedio.

Gaby confusa preguntó:

—¿Y eso qué quiere decir?

Kate por toda respuesta dijo:

—Que le cuente su amigo, yo me tengo que ir con mi amiga.

Kate se fue tras Deby y Gaby miró a Lugi con expresión interrogante, Lugi dijo:

—Bueno yo no quería decirte porque Kate me pidió que no te contara.

—Que me contaras ¿qué?

—Que Deby se enamoró de ti.

Gaby se quedó callada y luego de mirar a Lugi le dijo:

—Vamos para el patio.

Aquella noche Gaby no podía conciliar el sueño, le daban vueltas las palabras de Lugi y sin saber por qué no dejaba de imaginar el rostro de Deby, la verdad es que ella no desconocía su belleza; pero en ese momento fue como si cayera en cuenta de lo terriblemente guapa que era y saber que se había enamorado de ella la inquietaba como nunca se imaginó. Aquella noche Gaby pensó tanto en Deby que hasta soñó con ella y en cuanto amaneció lo primero que hizo fue escribirle una nota. Lugi al rato también se despertó y le preguntó:

—¿Qué haces?

—Una nota para Deby.

Lugi desperezándosele dijo:

—¿No es mejor que hables con ella?

Gaby miró a su amiga y pensando que ella tenía razón rompió la nota. A la hora de los talleres fueron al caspete de Rubí y allí encontraron a las extranjeras tomando tinto. Lugi y Gaby saludaron:

—Buenos días.

Kate le dio un beso a Lugi y apretó la mano de Gaby, Deby respondió el buenos días, pero no se atrevió a mirar a Gaby, los chicos también pidieron café y lo tomaron mientras las llamaban a los talleres. Una vez se dirigieron a los talleres Gaby y Lugi también lo hicieron. Se fueron al taller de múltiples donde habían decidido descontar, pero Gaby no podía concentrarse, aquella mañana ya había mirado a Deby con otros ojos y descubrió que ella también le agradaba y le gustaba mucho. Ya habían pasado los días y Gaby no había tenido la oportunidad de hablar con Deby, aquella mañana iba decidida a hablar con ella pero para su sorpresa encontraron a Kate sola. Lugi fue el primero que preguntó:

—¿Y Deby dónde está?

Kate después de saludar respondió:

—Se quedó en el patio con mucha jaqueca y no quiso salir.

Gaby propuso:

—¿Por qué no vamos al patio? Y así la saludamos.

Kate asintió feliz:

—Claro que yo no puedo ir porque voy al taller, pero ustedes vayan y la saludan, ¿vale?

Lugi le dio un beso a Kate y luego se dirigió con Gaby al patio uno, una vez llegaron a la reja del uno le preguntaron a una chica por Deby, la chica fue a llamarla mientras a Gaby le latía el corazón fuertemente. Deby con una batica de dormir parecía un ángel caído del cielo, Gaby la miró con mucha ternura, Deby les dijo:

—Hola y qué les trae por acá.

Lugi fue el primero en contestar:

—Kate nos contó que amaneciste enferma y quisimos pasar a saludarte y a ver cómo sigues.

—Tengo mucho dolor de cabeza.

Lugi pregunta:

—¿Y ya tomaste algo, una pasta?

—No, no tengo.

Gaby dijo:

—Voy a ver si consigo una —diciendo esto se fue corriendo a sanidad y pidió una pastilla para el dolor de cabeza, luego se fue al patio uno y viendo que Lugi se había ido llamó a Deby y le entregó la pastilla. Ella se la recibió y dándole las gracias se alejó así a su celda mientras Gaby la miraba. Gaby fue en busca de Lugi con una sensación que hace mucho tiempo no sentía, pasaba un cosquilleo por todo su cuerpo como mariposas revoloteando por su estómago. Cuando llegó al taller Lugi le preguntó:

—¿Si le conseguiste la pastilla a la pelirroja?

—Sí, ya se la llevé.

Lugi la miró interrogante y le preguntó:

—¿Hablaste con ella?

—No, no lo hice.

Lugi le dijo:

—¿Te gusta Deby?

—Sí, me gusta mucho.

—Pues habla con ella marica, ella te quiere.

Gaby suspiró, sabía que debía hablar con Deby cuanto antes. Al día siguiente celebraron el día de la mujer en El Buen Pastor y llevaron artistas, una orquesta tocaba y todas las internas bailaban entre sí. Lugi, Gaby, Kate y Deby miraban a las chicas bailar cuando de pronto Kate y Lugi también se unieron al baile, Gaby aprovechó para decirle a Deby al oído:

—¿Podemos hablar?

Deby asintió y salieron del tumulto y se dirigieron a la plazoleta a caminar. Gaby sacó una rosa roja de la chaqueta y se la regaló a Deby que la recibió y la olió mientras le regalaba su mejor sonrisa. Gaby le preguntó:

—¿Quieres ser mi novia?

Deby agrandó sus lindos ojos y antes de que pudiese contestar Gaby le robó un beso. Deby temblaba como una hoja al viento y luego preguntó tímidamente:

—¿Sí te gustaría que fuera tu novia?

—Me encantaría.

—¿Por qué?

—Porque me gustas mucho.

Gaby la volvió a besar y luego se fueron tomadas de la mano hacia el evento; era un viernes. El sábado como era visita dieron el almuerzo temprano, Gaby y Lugi que no tenían visita fueron al rancho y allí estaba Kate quien saludo a Lugi con un beso. Gaby ansiosa preguntó:

—¿Y Deby?

Kate saludó a Gaby y le dijo:

—Ella no vino pero te mandó esta carta.

Gaby la recibió y la guardó en su chaqueta. Luego cuando llegaron a la celda leyó la carta, en ella Deby le escribió:

“¡Hola! Gaby quiero decirte que me encuentro algo confundida porque yo jamás he

tenido relaciones con mujeres y me siento algo extraña, no te niego que me gustas

mucho y que sentí una sensación muy bonita con tus besos, pero no estoy segura.

Por eso te pido que seamos solo amigas.

Te quiere,

Deby.”

Gaby le dijo a Lugi, quien la miraba atenta:

—¡Me terminó! Empezamos ayer y ya me terminó.

Lugi le dijo:

—¿No crees que debe sentir miedo?

—¿Y miedo de qué?

—Bueno tú tienes fama de rompe corazones, a lo mejor le da miedo sufrir.

—Vaya tonterías, me voy a arreglar porque viene mi hijo a visitarme.

A la hora que le llegó la visita de su hijo, ella ya le había restado importancia a la cartica. Recibió a su hijo efusivamente, era su único hijo, lo tomó al chico de la mano y recorrió los pasillos buscando un sitio despoblado donde hacerse, cuando vio a Deby, estaba con un muchacho que la tenía rodeada por la cintura mientras le susurraba algo al oído. Gaby la miró algo contrariada, mas cuando Deby se dio cuenta de su presencia empujó bruscamente al muchacho quien la miraba sin entender, Gaby siguió su camino con su hijo. Por la tarde a la hora de la comida, aunque Lugi y Gaby no pasaron al rancho porque tenían comida de la calle, si salieron al caspete tan solo para ver a las muchachas, en el caspete estaban Kate y Deby tomando un refresco cuando llegaron. Lugi se dedicó a hacerle arrumacos a Kate, mientras Gaby muy seria pidió un refresco, se lo tomaba indiferente cuando Deby se acercó y la saludó:

—Hola Gaby.

—Hola Deby.

Deby le preguntó con una sonrisa:

—¿Ya no somos novios?

Gaby algo ofendida la respondió:

—¿Y luego no me terminaste? Sí, ya sé hasta por qué me terminaste, me hubieses dicho que tenías novio y jamás me hubieses metido contigo.

—Nico no es mi novio.

—Ah no, qué va, es que uno se pone en plan romántico con los amigos.

Deby le preguntó algo intranquila:

—Es que tenía miedo de cómo fueras a reaccionar cuando me vieras con Nico, él es mi amigo y es cierto que está enamorado de mí, pero yo solo lo quiero como a un amigo, además le debo mucho.

—Así que le debes.

—Bueno él me ha ayudado, tú sabes que no tengo familia aquí en Colombia, pero él me visita y está pendiente de lo que yo puedo necesitar.

Gaby la contempló en silencio y Deby se sacó una chocolatina de la chaqueta y se la regaló, mas Gaby la recibió de mala gana y Deby le dijo:

—No estés enojada, yo te quiero mucho, mucho más de lo que imaginas —en ese momento fueron separadas por la guardia, pero Gaby le regaló su mejor sonrisa a Deby quien se fue feliz.

Al día siguiente Deby y Gaby continuaron su romance y cada día se enamoraban más, pero un día a Gaby le llegó la mujer de la calle. Deby se enteró y se puso muy triste, cuando Gaby se encontró con ella le dijo:

—Deby mi mujer llegó, dice que está en recepción.

Deby con cara triste contestó:

—Sí, ya me enteré.

—Debemos terminar pues no quiero lastimar a Alejandra.

Deby con ojos llorosos se alejó. Gaby se sentía miserable, pues no quería lastimar a ninguna de las dos. Cuando a Alejandra le dieron patio le asignaron el patio dos, Deby se sintió tranquila porque la consolaba el saber que al menos no dormían juntas, ya que Gaby estaba en el patio tres. Gaby procuraba dedicarle tiempo a Alejandra y ya no se hacía en el parche de Kate, Lugi y Deby, pero los extrañaba y cada día veía más linda a Deby.

Un día Alejandra le dijo a Gaby:

—Amor por qué no pides cambio al patio dos.

Gaby le respondió:

—No creo que sea tan fácil, pues el patio dos es de sindicadas y yo ya estoy condenada.

Alejandra insistió toda melosa:

—Pero puedes hacer el intento, ¿no te gustaría que estemos juntas?

Gaby accedió a los caprichos de su mujer y se fue al comando, ese día había junta de patios pero cuál fue su sorpresa al encontrarse a Deby en la fila de los cambios, la saludó:

—Hola Deby.

Deby algo nerviosa le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Estoy... bueno voy a pedir cambio para el patio dos.

Deby algo triste le dijo:

—Pero por qué vas a hacer eso si yo estoy pidiendo para el tres.

Gaby la miró con ternura, era tan hermosa y quería estar con ella, le sonrió y le dijo:

—Bueno, entonces ya no voy a pedir cambio.

Deby tímidamente preguntó:

—¿Y ella? ¿Qué le vas a decir?

Gaby respondió con mucha seguridad:

—Le voy a terminar.

Gaby con una sonrisa radiante le preguntó:

—¿En serio? ¿No me estas mintiendo?

Gaby la cogió de las manos y le dijo:

—No bebé, la verdad me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti.

Deby abrazó a Gaby y le dio un beso, Gaby acababa de descubrir que ya no quería a Alejandra más. Cuando Alejandra se enteró discutió fuertemente con Gaby y se fue furiosa para su patio, Gaby se sintió un poco culpable pero ese sentimiento se disipó cuando por la noche Deby llegó al patio tres, se sintió tan feliz que ya nada le importaba. Junto con Deby se pasaron otras extranjeras, entre ellas estaba Chicago, Kate y la polaca. Las extranjeras eran extrovertidas y amistosas, arreglaban con entusiasmo sus celdas. Kate y Deby quedaron en celdas diferentes, a Deby le tocó compartir una celda con Chicago y Kate llegó a la celda de Raperona, una colombiana que vivía sola. Lugi y Gaby se ofrecieron a ayudar a las chicas a organizar las cosas, una vez terminaron de instalarse las extranjeras, Lugi se llevó a Kate para la celda que compartía con Gaby y Gaby se quedó con Deby en la celda que compartía con Chicago. Chicago miró a Gaby y le dijo con picardía:

—Ya sé que me ganaste y Deby te quiere, solo te pido que no hagas sufrir a mi niña, ¿okey?

Gaby le dijo sonriente:

—Yo también quiero a Deby y no te preocupes que no la voy a hacer sufrir.

—Bueno eso espero, ahora me voy a dormir porque el trasteo me dejó cansada, pero tú puedes quedarte con Deby que a mí no me incomoda.

Gaby aceptó encantada y se sentó en el planchón de Deby a dialogar con ella, el televisor de Chicago estaba prendido y ellas apagaron la luz y le bajaron volumen al televisor. Lo único que les interesaba era besarse y hacerse cariñitos. Gaby no quiso quedarse a dormir con Deby porque ella se lo pidió, pero sí se fue a las 2 a. m. para su celda. Al llegar encontró a Kate y a Lugi durmiendo en forma de cucharita como dos tortolitos. Gaby se acostó soñando despierta, pues soñaba con Deby.

Los días que siguieron fueron incómodos para Gaby ya que las amigas de Alejandra la miraban mal y la culpaban de la tristeza de Alejandra, quien se había encerrado en su celda a llorar su despecho, ya casi no iba ni al rancho. Gaby sintió pena por ella pero no podía hacer nada para remediarlo, ya que ella cada día que pasaba se apegaba más a Deby, que estaba tan enamorada de Gaby que le pidió a Nico que no volviera. Nico le rogó, pero ante la terquedad de la chica decidió no volver. Gaby y Deby hicieron público su amor, no solo con las internas sino también con la guardia, quienes les decían la pareja del nuevo milenio ya que era el año 2000. Kate y Lugi también vivían su luna de miel, para Kate se había vuelto un secreto que era amante de Caperuza, quien la había vuelto adicta al bazuco, Raperona lo vendía y se lo regalaba con tal de tenerla dominada. Un día en que Lugi estaba desvelada se fue bien tarde para la celda y la encontró haciendo el amor con Caperuza. Lugi, quien era muy noble, no tomó represalias contra ellas, pero decidió cambiarse de patio, se hizo pasar para el patio dos con el corazón destrozado. Kate los primeros días estuvo muy triste y hasta lloró, pero luego siguió su vida normal.

Un día en que Caperuza estaba en cita médica, Deby enfrentó a Kate y le dijo:

—¿Qué te pasa Kate? ¿Por qué estas con esa mujer?

Kate con mirada perdida le respondió:

—No sé.

Deby le reprochó:

—¿Cómo puedes caer tan bajo y acostarte con una mujer solo porque te da bazuco?

Kate suspiró y le dijo a su amiga:

—Sé que tienes razón pero ya no puedo remediarlo.

Deby la miró con tristeza y le dijo:

—Tú no quieres a esa mujer y renunciaste a Lugi a quien amas por esa basura.

Kate respondió con ojos humedecidos:

—No eches más sal en le herida Deby.

Deby la abrazó y le dijo:

—Deja a esa mujer que no te conviene Kate.

Ella asintió con lágrimas en los ojos, sabía que Deby tenía razón, ella no quería a Caperuza, ni siquiera sentía atracción por ella, solo la unía a ella ese maldito vicio.

Desde que Lugi se cambió de patio, Deby dormía todas las noches con Gaby y se entregaban a su amor y a su pasión. Un día Gaby le dijo:

—Mami por qué no pides cambio de celda, yo creo que tenemos que vivir juntas.

Deby la complació y se hicieron inseparables, pero el día en que a Gaby le llegó la libertad, se puso muy feliz porque iba a regresar a su hogar. Deby se sintió morir de tristeza y lloraba desconsoladamente, Gaby la abrazó, la besó y le dijo:

—No llores princesa, que yo voy a venir a visitarte.

Deby le dijo:

—Te vas a olvidar de mí, yo lo presiento.

—No bebé, te juro que no te voy a dejar sola, voy a estar contigo hasta que salgas en libertad.

Gaby después de darle muchos besos a su mujer se fue feliz, mientras que Deby se quedaba en un mar de llanto. Gaby cuando llegó a su casa compartió un almuerzo especial que le había hecho su familia, quienes conocían muy bien su vida lésbica. Una vez hubo terminado de cenar se fue a la cama, quería que pasara pronto la

semana para ir a visitar a su hermosa pecosita y así lo hizo, se fue para la cárcel el día de visitas. Deby esperaba ansiosa a su amor pues habían estado hablándose por teléfono y ella sabía que Gaby la visitaría. Una vez se vieron en la plazoleta se abrazaron y se dieron un tierno beso. Gaby le llevó manjares que ella misma había preparado, almorzando se contaban todas las cosas que habían hecho durante esos días y cuanto se habían extrañado durante la semana, y así pasaron muchos domingos como aquel. Deby no se cambiaba por nadie al comprobar que Gaby la amaba y se lo demostraba todo el tiempo con sus detalles, sus visitas, sus encomiendas y sus llamadas diarias, cuando Gaby no llamaba era Deby la que lo hacía, pero jamás pasaba un día sin que se hablaran.

Deby empezó a mostrar una flacura aligerada y Gaby se preocupó por su salud, pero un domingo en que se encontraba esperando a que Deby saliera la saludó Mirna, una amiga suya, quien le contó que Deby se había vuelto viciosa y todas las encomiendas y el dinero que ella le dejaba semanalmente lo cambiaba por bazuco. Gaby se quedó pasmada ante aquella revelación y cuando Deby salió no pudo ocultar el enojo que tenía.

—Hola mi amor ¿te hice esperar mucho?

—No.

Deby le dio un beso pero Gaby se mostró distante. Deby preocupada preguntó:

—¿Qué tienes?, ¿por qué estás enojada?

—Deby busquemos un sitio para sentarnos.

Buscaron un sitio y Deby preguntó feliz:

—¿Qué me preparaste hoy amor?

—Te traje chuleta de cerdo y pollo a la broaster, pero primero cómete el tamal que te traje para que desayunaras.

Deby desayunó ante la mirada de Gaby, no cabía duda que era hermosa, pero estaba muy delgada; cuando Deby terminó de desayunar Gaby le preguntó:

—¿Deby por qué estás tan delgada?

—No sé mi amor, debe ser tanta pensadera y la ansiedad de estar pronto contigo.

—¿Y qué haces en la semana? ¿Con quién te la pasas?

—Con Kate y con Chicago, ¿por qué?

—Porque te la pasas fumando bazuco con Kate y Capericita.

Deby palideció y preguntó:

—¿Quién te dijo eso?

—No importa, lo que importa es que lo sé.

—Mami yo...

Gaby la interrumpió:

—Sabes que yo no pienso volverte a traer encomienda para que la vendas o la cambies por droga.

—Mami yo lo hice una vez.

—No me mientas que uno no se demacra así como estás por fumar una vez.

—Amor, Kate me ofreció y yo estaba muy triste sin ti, por eso fumé.

—Eso no son excusas Deby y ¿sabes qué te digo? No pienso volver.

Deby se desmoronó y se puso a llorar, pero Gaby estaba muy enojada y siguió indiferente, fue una visita amarga para las dos, pero sobre todo para Deby que sentía que su vida se derrumbaba, no quería perder a Gaby. Gaby se despidió con mucha frialdad, sí la conmovían sus lágrimas pero tenía que darle un escarmiento. Al día siguiente Deby madrugó a llamar a Gaby, esta contestó el teléfono con pereza:

—¡Hola!

—Hola mi amor, ¿cómo amaneciste?

—Bien.

—Mami ¿sigue bravita?

—No, la verdad es que no. Más que brava estoy desilusionada de ti.

—Mami por favor perdóneme yo te prometo...

—Deby no prometas nada. Yo sé lo fuerte que es esa adicción.

—Mami yo te amo y no quiero perderte.

—Yo también te quiero y por eso me enojé, porque no quiero que destruyas tu vida de ese modo.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Lo voy a pensar.

—Mami lo juro que por ti voy a cambiar.

—Bueno amor, pero no trates de engañarme, porque yo tengo formas de averiguar si sigues fumando.

—Bueno amor, te amo mucho.

Gaby también la amaba mucho y de hecho la siguió visitando hasta el día en que ella salió en libertad. El día en que Deby salió, Gaby la esperaba a la salida de la cárcel, se abrazaron y se besaron y vivieron diez años felices, más unidas que nunca hasta que un cáncer mató a la hermosa Puertorriqueña y aún hoy Gaby sigue amándola y extrañándola como nunca.

MIS PRIMEROS DÍAS SIN TI

Martha Liliana Rojas Pico



Si no era el peor día de mi vida por lo menos se le aproximaba bastante. El peor había ocurrido un año atrás. Una noche por la que me mantenía desvelada desde entonces y por la cual debía responder ahora ante la fiscalía. “Este día va a ser más largo de lo que he imaginado”, pienso mientras me miro en el espejo. Entonces tomé mi cepillo de dientes y lo guardé en el bolsillo interno de mi gabán. Al salir del baño, revolqué una vez más los papeles desordenados que había revisado la noche anterior y luego los metí con cuidado en una bolsa blanca de basura que encontré a mi paso. Probablemente esta sería mi última mañana de mujer libre.

—Tome asiento señorita Ríos.

Me dejé caer nerviosa sobre un sillón negro y algo viejo. Mi abogado no había llegado aún a la cita pero, en todo caso, su presencia no era más que un formalismo de ley, porque desde el comienzo había querido asumir mi propia defensa. Total, nadie más podría contar las cosas tal y como habían sucedido. Mi espalda era un bloque de hielo y mis manos, huesudas y largas, parecían pedazos de tronco viejo. Así era como mi cuerpo reaccionaba frente a la angustia. En esos momentos no había poder humano ni divino que me

devolviera el calor. No era valentía lo que me había llevado a cumplir la indagatoria, ni mucho menos confianza en la justicia colombiana. Para ser honesta pensaba que la única manera de quitarme el frío de los huesos era enfrentando de una vez por todas el problema; al fin y al cabo los malos pasos deben darse pronto.

Fiscal: Nombres y apellidos completos, apodos si los tiene, edad y lugar de nacimiento.

Yo: Mi nombre es María Paola Ríos Ávila, no tengo alias, nací el 20 de agosto de 1968 en Bogotá, tengo cuarenta y un años y soy viuda.

Buena parte de mi paso por el sector público lo había ocupado en diseñar un modelo de justicia que sirviera para lidiar a terroristas, y ahora el destino se encargaba de que estrenara el mismo procedimiento que había diseñado para los peores criminales.

Fiscal: Profesión.

Yo: Abogada de la Universidad del Rosario.

En ese entonces la fiscalía funcionaba en una casa vieja del barrio La Merced cuyos enormes ventanales negros daban hacia el parque Nacional. Esa mañana la bruma que bajaba de los cerros orientales contribuía a hacer el ambiente muy tenso. La mujer que me interrogaba miraba hacia los ventanales mientras su compañero, un joven de mirada audaz, reproducía en su computador portátil todo lo que oía y me pedía que hablara fuerte y claro.

Fiscal: Voluntariamente diga cuál es su oficio actual, el lugar donde trabaja y el dinero que gana.

Traté de responder exactamente lo que me preguntaban pero el impulso por defender mi orgullo y mi libertad me arrebató la cautela que había practicado muchas veces.

Yo: Durante nueve meses estuve tratando de encontrar empleo en la ciudad de Miami, debo aclarar, señora fiscal, que no es cierto como dicen los periódicos y medios de comunicación que me hayan incautado 900.000 dólares y cosas de gran valor. Conseguí al fin un trabajo en una bodega de Miami. Me pagaban según lo que hacía; eran aproximadamente 1.500 dólares al mes.

La mujer repasó el cuestionario que tenía en la mano.

Fiscal: ¿Cuáles son sus obligaciones patrimoniales?

Yo: No tengo sino el salario que me pagan en la bodega. Antes de irme de Colombia tenía una deuda sobre un carro, pero les pedí que me devolvieran los abonos hechos durante año y medio que sumaban dos millones de pesos y con esa plata me fui del país. Del resto no tengo nada, ni casa.

Cogí del suelo la bolsa blanca de basura en la que había empaclado los documentos que creí me iban a servir. Me moví incómoda en el asiento y respiré profundamente para mantener mi calma. La fiscal empezó su recital.

Fiscal: Contextura delgada, peso aproximado 50 kilos, cabello largo lacio y castaño. Frente amplia, dentadura completa, extremidades superiores e inferiores completas y, como única señal visible, cicatriz en la punta de la nariz y gran cantidad de canas.

Mis dedos recorrieron la marca infinita que me había dejado un accidente vehicular. Mientras tanto, la fiscal reemplazó a su colega en el teclado y repitió de memoria las preguntas. Era el comienzo de una jornada que duraría hasta bien entrada la noche y seguiría así por los seis días siguientes.

Fiscal: Conteste si tiene bienes inmuebles y desde cuándo.

Yo: No tengo nada.

Fiscal: Antecedentes penales.

Yo: No señora, esta es mi primera audiencia ante la justicia.

Fiscal: Diga usted si conoce las específicas razones por las cuales se la hace comparecer a este despacho para escucharla en indagatoria con la asistencia de su defensor.

Yo: Me imagino señora fiscal que es por la violación y posterior muerte de mi hija.

CARTA PARA UN AMIGO DESCONOCIDO

Mysogoa (seudónimo)



Estoy muy contenta últimamente porque estoy descontando con un grupo de señoras que, aunque están aquí, son personas decentes. Claudia y Pilar dejan de hacer sus quehaceres para regalarnos ese tiempo precioso, se sacrifican por nosotras: madrugan para estar en la puerta de la reclusión y poder entrar. Fuera de eso se tienen que esperar hasta dos horas y media porque de inmediato no entran. Hay guardianas que no son nada pero nada humanas. Como si no tuvieran algún día que pasar por lo mismo. Pero solo Dios sabe cómo hace las cosas y cuándo nos va a pasar revista, porque eso sí nadie se va a quedar sin castigo. Y aquí es donde más nos damos cuenta que sí existe un Dios y que todo se paga. Estas señoras que vienen de fuera, y los señores que también nos enseñan, nos ayudan a un descuento para poder así salir y estar pronto en casa con nuestros seres queridos y no volver a confiar en nadie.

Y más aún en una cárcel y en un hospital es cuando nos damos cuenta con quién contamos, tanto en las buenas como en las malas. Estuve muy pendiente de que a mis seres queridos no les faltara nada. Todo lo hice de corazón y no esperé nada a cambio. Duele que si uno se provoca de comerse una galleta, de tomarse un café, no

tenga plata en el expendido para poder hacerlo. Hoy aquí he llorado por todo esto. Porque siempre en mi vida no hubo mentiras, fui muy correcta, nunca en mi hogar se oyó una grosería, nunca una pelea y vemos que hay personas que no les importa pasar por encima de nadie; no solo las internas, también la misma guardia. Aunque esté aquí sigo siendo persona con muchos valores. Tanto así que no tuve miedo en denunciar y en poner una tutela porque llegaron a la celda a hacer una raqueta y solo me rompieron en el cuaderno las hojas donde tenía escritos los teléfonos y las direcciones de la procuraduría, personería, defensoría del pueblo, cruz roja internacional. Aquí toca denunciar y no dejarnos pisotear. Estamos privadas de la libertad pero no hemos perdido nuestros derechos.

Fui injustamente cambiada a un patio donde se veía la marihuana, el bazuco, las pepas, la chicha, las peleas, las chuzadas por no pagar las deudas de estos vicios. Fue como vivir en el norte y tener que vivir en el cartucho. Me llevaron a pedirle perdón a Dios y a no querer seguir viviendo por tanta calumnia, mentiras, injusticias. Fui víctima sin que me escucharan. Recibí golpes.

Por eso vuelvo y digo que aquí lo llevan a tomar la decisión de no desear seguir viviendo así. El día que hice lo que hice en noviembre, lo hice conscientemente. Tanto así que cuando estaba colocando en mi cuello el cordón que había hecho con mi sabana me di cuenta que tenía puestas mis pantuflas y pensé que qué tal que no lo llegase a lograr y me salvaran, se me caerían las pantuflas y en ese patio me las robarían. Por eso me quité el cordón del cuello y dejé las pantuflas dentro de la celda 22 donde vivía. Luego volví a tomar el cordón, me lo puse en el cuello, lloré y le pedí perdón a Dios; recé un Padre Nuestro y una oración del Espíritu Santo y luego me lancé del segundo al primer piso a la 1:25 a. m. El cordón del nudo me quedó atrás. Una señora se levantó al baño a la 1:27 a. m. Mi Dios no quiso que me fuera porque todavía no era mi hora. Pude entonces presentar mi cuento y registrarlo como se debe porque siempre me ha gustado escribir. Pude compartirlo. Espero ayudar a quien lo necesite. Ya es hora de dormir y así espero el nuevo día.

PESADILLA

Nury Yulieth Villegas Cano



Fue un 24 de diciembre de 1996. Estaba con mi familia en una fiesta de una vecina. Mi madre me mandó a dar un vistazo a nuestra casa. En el camino me encontré con un novio que tenía en ese tiempo que mataba por plata en el barrio: mujeres, hombres, sin diferencia.

Llegué a la puerta de mi casa e introduje la llave. Escuché ruidos adentro. Cuando abrí la puerta salieron dos tipos corriendo, llevándose en sus manos el televisor, la olla *express* y algo más que no alcancé a ver muy bien. Uno de ellos al salir me empujó y caí al suelo. Mi novio “Pacho” corrió tras ellos. Sacó su revólver y empezó a disparar. Yo corrí tras él. En mi carrera por alcanzarlo encontré el primer hombre a una cuadra de mi casa, tendido en el suelo con sangre por todo lado. Seguí tras él y escuché disparos, muchos disparos. Todo se detiene. Logré alcanzarlo y lo encontré apuntándole a la cabeza. Aquel hombre intentaba pararse con tiros incrustados en sus piernas. Recuerdo que pedía piedad. Pero Pacho, sin compasión, me miró con ojos de demonio y le disparó en la cabeza. Vi el chorro de sangre que salía de ella.

Él se alejó y dejé de verlo por un instante. Yo estaba paralizada al lado del hombre tendido en el suelo. Llegó y, con una botella

grande en sus manos, empezó a rociar el líquido que tenía adentro. Percibí el olor: era gasolina. Me horroricé y empecé a gritar. Él me mandó a callar; no pude lograrlo. Sacó unos cerillos y su revólver; me apuntó. Volvió a callarme y de un golpe quedé muda. Prendió un fósforo y me miró una vez más. Sonrió con picardía y diablura y lo lanzó sobre el cuerpo. Aquel hombre empezó a arder. Él se reía a carcajadas. Yo, atemorizada, le dije:

—Así me mates tengo que gritar.

El sueño continuó, pero yo me vi corriendo con Pacho, dejando el cuerpo tirado atrás envuelto en llamas. Llegamos a una casa abandonada. Oía a moho y a orines de gato. Entramos en una habitación en la que solo había un sofá lleno de polvo. Él me abrazó y empezó a besarme y acariciarme. Me desnudó y yo vi su cuerpo delgado mientras se acercaba. Me apretó contra él, yo me dejé llevar. Terminamos en el sofá llenos de polvo, haciendo el amor con una pasión indescriptible.

BOGOTÁ

ESTABLECIMIENTO CARCELARIO LA MODELO



CAMILO IGUA TORRES
DIRECTOR DE TALLER

DÍA Y NOCHE

Alfred (seudónimo)



Siendo las 4:00 a.m., al echar un vistazo al firmamento, solo se percibe algo de tranquilidad. No hay viento, no hay lluvia. Será un inicio de día con brillo y calor abrazadores. Siendo las 4:45 a. m., ese grandioso firmamento comienza a transformarse física y emocionalmente: los suaves vientos cruzados y esos agradables manchones de alguna manera se entrelazan y forman figuras que la mente idealiza, o que el mismo cielo crea. Ya siendo como las 5:15 a. m., y sin tener la mejor ubicación, dejo de pensar por un instante para disfrutar de un amanecer que de nuevo culmina rápidamente. Entonces sucede que la luz da unos primeros rayos que atraviesan las nubes. A eso de las 5:30 a. m. el fuerte azul petróleo que pinta el firmamento invade el amanecer y cambia su tonalidad: aquello que durante la noche era sombras, ahora vuelve a ser nubes de varias formas, tamaños y colores. Si el día manifiesta esplendor, las nubes se dispersarán con gran fugacidad. Si el día intuye frialdad y lluvia, las nubes permanecerán adheridas al firmamento. Son ya las 5:55 a. m., el tornasolado azul ha cambiado. Los rayos del astro sol comienzan a sofocar la tierra, brindando su reflejo hasta donde alcance. Será un momento de ánimo y motivación, de alegría y ensoñación.

El grandioso día transcurre y luego de varios momentos el astro sol comienza a declinar y, con él, el brillo y la alegría, los sueños y proyectos por alcanzar. Ya son las 5:45 p. m., la tarde y sus nubes comienzan a disiparse y, luego de un majestuoso y último rayo de luz, esta comienza a decaer hasta su más mínima expresión. Junto con los colores, que se difuminan, las nubes se convierten en manchas nuevamente. La luna toma el puesto del sol y el reflejo de su hermano le da brillo, como agua cristalina, a su nueva figura. Y esta luna hermosa, cambiante, con su esplendorosa feminidad, durante toda la noche avanzará.

Es un momento de reflexión, de descanso y de ensoñación. Y así va nuestra vida entre alegrías, debatiéndose al abrigo de sueños por alcanzar y abrazada de incertidumbres por derrotar.

DÍA LARGO

Coroncoral (seudónimo)



En los edificios cada piso tiene su pasillero y su llavero; además, el patio tiene un representante de derechos humanos. Este es elegido por elección popular por sus compañeros. Lo absurdo y antidemocrático es que de los tres o cuatro candidatos que se postulan, no gana el que más votos obtiene, sino el que escoge la administración.

A la asamblea de pasilleros por patios, más el representante de derechos humanos, se le denomina absurdamente “comité de convivencia”. Cuando llegan nuevos internos, sean diurnos o nocturnos, aquí se le denomina tren. Conmigo llegaron ocho. Pero de estos, el único que había visitado esta cárcel era yo en plan de visita para un hermano de un gran amigo. Lo hice durante un año completo, a otro patio naturalmente. En ese entonces, ese interno me dio una cátedra, una especie de diplomado acelerado de cómo era el *modus operandi* en esta cárcel.

Al llegar al patio que me fue asignado, el que me correspondía según el delito del que injustamente había sido acusado, el primero en recibirme fue el llavero, una especie de asistente del pasillero, que en otros patios se le denomina “pluma”, un interno de alguna antigüedad que decide lo que se hace en su zona.

Aquel sujeto me sometió a una serie de preguntas: “¿usted por qué viene?, ¿qué hace?, ¿dónde vive?, ¿ya usted había estado preso?, ¿en qué barrio vive?, ¿en qué trabajaba?, ¿cuánto ganaba?”. Por mi “diplomado” mis respuestas se dieron con naturalidad. Para este ejercicio había que hacer cola; yo pasé de primero. Mis compañeros de tren temblaban de miedo. A todo esto hay que sumarle la gritería de seiscientos dieciséis internos que repetían al unísono, como si hubiese sido ensayado, “échemelo, échemelo, que tengo seis meses sin visita conyugal”. A esto se le denomina el comité de recepción.

Dialogando alguna vez con internos antiguos, ellos manifestaron que en aquel entonces eran violados a la llegada del tren y si no era ese día, al siguiente no se la perdonaban. Era una especie de patrón o código carcelario. Pero con el asunto de los tratados internacionales y de los derechos humanos el cambio ha sido notorio. Afortunadamente para nosotros, los nuevos inquilinos, ya nada de eso opera.

Inmediatamente después vino el sablazo del pasillero. Una colaboración para comprar útiles de aseo como jabón, escobas, creolina y desinfectante, ya que la cárcel no suministra nada de estos elementos y toca mantener en buen estado pasillos, patios, baños. Nos toca a nosotros para no vivir como animales.

—Dejémonos de rodeos, ¿con cuánto debo colaborar y cuándo?
—le dije.

—Son trescientos mil pesos y los puede pagar en tres cuotas. Yo le doy el nombre de una persona para que, vía Servientrega, haga que le consignen —contestó.

Sobre su cama observé un celular.

—No hablemos más y deme el nombre y la cédula de la persona a quien debe consignarse. Lo haré mañana, pero solo le puedo colaborar con ciento cincuenta mil pesos —le repliqué rápidamente.

—Usted es rápido y sincero; llame. Nunca me había salido un preso tan frentero —dijo pasándome el celular—, recuerde que también hay que pintar y la pintura nos toca comprarla a nosotros y hay que pagarle a la guardia para que la deje entrar.

—¿Por qué no le piden la autorización al director? —pregunté.

—Ay, mi hermano, espere para que entienda la ley de la cárcel —respondió con algo de ironía.

Parece que le caí bien. Tal vez porque fui sincero y sin rodeos. Me regaló gaseosa. Le dije que estaba y estaría agradecido con él toda la vida.

—Deme una. Las otras cinco guárdemelas, por favor, junto con otros objetos con los que arribo, mientras me ayuda a conseguir una celda. —Le pedí confiado.

Me tocó tirar pasillo, es decir, dormir a la intemperie durante quince o dieciocho días. Por el obsequio de las seis gaseosas intuí que le había dado mucho. El pasillero me advirtió que no le comiera a nadie. Tampoco debía buscarle bronca a nadie ni dar papaya porque me robarían.

—Si alguien se mete con usted, infórmeme inmediatamente —me dijo.

Nada pasó conmigo. Eso sí, todos me solicitaban préstamos. Yo contestaba que no tenía, que tal vez más adelante.

Para que me consiguieran una celda donde pudiera dormir sin riesgo de robo, me tocó pagar dos millones de pesos y pagarlos en dos contados en el lapso de quince días (también vía Servientrega). Otro impuesto era el derecho a “plancha.” El que duerme en la celda, en una “cama”, tiene que cancelar diez mil pesos mensualmente. Se cancelaba con dos tarjetas para llamadas telefónicas de cinco mil pesos o en su defecto seis gaseosas. Uno no puede estar solo en la celda; eso sí, lo dejan escoger al compañero. Yo escogí a un señor serio y muy aseado; me cercioré de que no fuera fumador.

El patio donde hoy estoy tiene ya un hacinamiento no apto para seres humanos. Referente a los cobros que se manejan en este internado, no ha habido ni habrá ningún director que haya sido capaz de combatirlos. La existente es corrupción en pasta. Las malas lenguas o comentarios de los patios dicen que al director le tienen que reportar la mitad de todo lo recaudado. Yo de esto no puedo dar fe.

Apenas al segundo día la cantidad de internos solicitando todo tipo de favores era considerable. Igual que la oferta de todo tipo de drogas. Al tercer día, en un conteo vespertino de internos, de los tres que nos hacen diario, salieron unas dieciséis o dieciocho ratas, algunas con sus crías, a recoger migajas de alimento. Simultáneamente también pude observar el aterrizaje de dos tipos de palomas, las caseras y las silvestres, no oriundas de esta región. Con sorpresa

vi a unos tres internos suministrándoles comida a las ratas. Naturalmente estos internos pertenecían al combo de los viciosos o drogadictos (mariguana, coca, bazuco y hasta bóxer). Esta recreación diaria sin tener que pagar boleto me puso a pensar varias cosas.

En libertad cada uno de los internos las perseguíamos para exterminarlas. Aquí nos toca convivir con ellas. Es parte del pacto carcelario. Nunca se ve una rata merodeando por los pasillos, habitaciones, baños, escaleras. Parece que hubiesen entendido que ese territorio está vedado para ellas. Pero lo que más vuelve atractivo este micro circo es la llegada de otros actores. Los gatos son catorce, pero solo tres o cuatro se presentan en escena. El resto son simples espectadores, como nosotros, con la diferencia de que ellos miran desde los tejados.

Estos tres o cuatro actores nunca actúan simultáneamente. Excepcionalmente dos. Lo normal es que solo uno juega con las ratas. En libertad, el primer enemigo de las ratas es el hombre y el segundo, el gato. Aquí se concluye fácilmente que también hay un manual de convivencia para los animales.

Le pregunté a un vecino de formación en voz baja:

—¿Aquí no matan a las ratas?

—Ni se te ocurra proponer eso. Te ganas de enemigos a las ñangas —respondió sobresaltado.

—¿Quiénes son ellos? —volví a preguntar.

—¿Acaso no has visto a esa manada de viciosos y drogadictos? —replicó él con algo de sorpresa.

La mayor parte del tiempo lo dedico a la lectura, especialmente del nuevo testamento, del cual he recibido una gran ayuda. Hay gente que derrama agua o jugo cerca de los zapatos de uno, para ver si uno da la patica para iniciar una bronca. Y es ahí donde hay que controlarse. En el pasado, cualquier interno que violara una norma o capricho de algún vicioso era “tanqueado”. Seis viciosos, a los que se les denominaba “camioneta”, cogían al supuesto infractor, lo cargaban y lo llevaban a los depósitos de agua de los lavaderos. Sin quitarle ninguna prenda, lo zambullían al agua. Hoy esa práctica está prohibida por la dirección. Aunque no falta una que otra zambullida excepcional.

Si durante alguno de los tres controles diarios algún interno se queda dormido en la celda, pasillo o en otro lugar, debe cancelarle

a los guardias de turno entre cien mil y doscientos mil pesos. La entrada de celulares de baja gama vale entre ciento cincuenta y doscientos mil pesos. Los de alta gama, entre seiscientos y ochocientos mil pesos. Cuando hay “rascadas”, es decir requisas, voltean todo y hasta lo destruyen. Lo que se pueden llevar se lo roban y lo venden en otros patios. Además se toman las gaseosas o jugos que uno tenga en la habitación. Algunos internos manejan dinero en efectivo aunque está prohibido en el reglamento. Su decomiso no es reportado a la dirección sino que los guardianes se lo apropian. Si por cualquier circunstancia algún organismo de control visita el sitio o las bodegas de objetos decomisados, solo encuentra armas blancas rústicas.

Al patio llegan tenientes, cabos y los de derechos humanos manifestándonos que el director de la cárcel solicita que economicemos agua. Pero el problema no radica en los internos. Baños, lavamanos, inodoros, duchas, grifos y llaves de control permanecen dañados. Si el patio no hace recolecta no hay arreglos. Igual ocurre con bombillas y tubos fluorescentes.

De la corrupción en las tiendas ni se diga: todos los días cambian los precios. Hay artículos que sin pedirlo se nos facturan. La justificación es que hay que cumplirle al director con la cuota. Aunque, tal vez, incluso él desconoce toda la corruptela. Los precios en los diferentes expendios son abismales, pero nadie se atreve a decir nada.

Quisiera contar mucho más, pero la verdad siento miedo.

EL COLOR DEL MIEDO

Ford (seudónimo)



Todo ocurrió cuando yo tenía siete años. Éramos una familia compuesta por ocho hermanos y mi madre; nuestro padre no vivía con nosotros. Los escasos recursos económicos de mamá no daban para sostenernos a todos. Ella tomó la decisión de internar a dos de nosotros en las granjas del padre Luna. Los elegidos fuimos los dos menores. El sitio, fue la sede de Facatativá.

Dicha granja se componía de un gran galpón, parecido a un gallinero, donde cabían sesenta camarotes, treinta a cada lado. Cada camarote era para dos niños. Eran camarotes de hierro pintados de blanco, detrás del galpón quedaba la cocina y el comedor. Éramos setenta niños aproximadamente y cinco mujeres encargadas de cocinar, lavar la ropa y el aseo general. El director era un señor como de cincuenta años, flaco y desgarrado. Siempre vestía dos ternos: uno azul y otro de color café. Ambos brillaban cuando alguna de las empleadas los limpiaba y los planchaba con una plancha de carbón. El brillo, pienso, era por la grasa que se pegaba a ellos.

A este señor lo llamaban “Profesor Garabato” por la forma de andar. Además, tenía un poco de joroba; era cómico verlo caminar. Toda la granja estaba pintada de blanco, por eso la llamábamos

la casa de Blanca Nieves. Frente a la entrada del galpón había un potrero como de cincuenta metros de largo por otro tanto de ancho. La mitad de dicho potrero era para jugar fútbol, la otra mitad estaba sembrada con cilantro y lechuga. En medio del sembrado crecían unas flores silvestres que parecían unas campanas alargadas al revés. Algunas eran de color amarillo con rosado, otras, solo amarillas. Yo las recogía para llevarlas y ponerlas frente a una virgen de yeso, como de un metro de altura, a la cual le faltaba el brazo derecho. Yo era el único que le ponía flores porque sentía pesar por ella.

Donde terminaba el potrero quedaba el cementerio de la ciudad, separado de la granja por una cerca de alambre de púas, metida en unos postes de cemento con huecos. Pegados a la cerca estaban los baños y las duchas. En el galpón solo teníamos orinal, por lo tanto teníamos que ir a los baños pegados al cementerio para todo lo demás. Un día nos dieron de comer, como de costumbre, a las 6:00 p. m. La comida, por lo regular, era arroz, papa, arvejas o lentejas y un huevo. Solo una vez al mes nos daban carne de sobremesa. Aquel día nos repartieron una colada de harina de maíz pintado muy rica. Quizás les quedó un poco cruda, por lo que nos dio diarrea a unos pocos niños.

Creo que eran las 8:00 p. m. y tres niños salimos para ir a los baños. En las noches nunca salía uno solo por miedo al cementerio. Yo era el menor de los tres. Habíamos caminado unos quince metros, cuando el niño que iba delante, a tan solo unos tres metros, por el afán de llegar a los baños, empezó a gritar y a correr como loco por todo el potrero. Quedó como paralizado. La mortecina luz del bombillo que había a la entrada del galpón no permitía ver nada.

Reaccioné cuando el otro niño me jalaba para que regresáramos al galpón. Corrí como si no pisara la hierba. Del terror que sentía, entré al galpón pero no podía articular palabra. El corazón me saltaba como pelota de caucho. Tenía la boca seca como si me hubiera comido un tarro de harina de trigo. La gritería de los demás niños despertó al director y los demás empleados. El niño que regresó conmigo les contó todo lo sucedido. Me preguntaron si era verdad, con un movimiento de cabeza lo confirmé puesto que estaba llorando y no podía hablar.

Salimos todos con los adultos a buscar al niño. Una de las empleadas lo encontró en medio de las lechugas, tendido en posición fetal. Tenía sangre en la boca y los ojos amoratados. La palidez de su piel nos causó miedo. Su cuerpo temblaba y se movía como quien tiene un ataque de epilepsia. Cuando el niño se recuperó, contó que las almas lo castigaron por portarse mal con los niños más pequeños. Verdad o mentira, no lo sé. Con mi hermano decidimos volarnos de esa granja. Lo logramos veinte días después.

Este episodio quedó gravado en mi mente, como queda una película gravada en un celuloide.

LA LEY DEL SILENCIO

John Londoño Salazar



Es muy divertido reírme un poco de la jerga carcelaria. Hablar imitando la manera como hablan estos personajes, estos ñeros. Igual de graciosas son sus posturas: como se paran, como caminan, un espectáculo absoluto. No debemos olvidar jamás que en ninguno de ellos se puede confiar en lo absoluto. La falsedad y la hipocresía brotan por sus venas y solo están esperando el momento en que les des la espalda para pegar su puñalada.

Ningún hombre en este mundo es monedita de oro para no caerle bien a nadie, pero ese no es el problema. Lo que pasa es que existen personas hipócritas, falsas, dobles y traidoras que realmente venden el guion tan barato de ser disque amigos jamás conocidos. Los enemigos siempre quieren estar cerca, fingiendo ser amigos, buscando ganar la confianza para luego hacer el mayor daño posible. Con mucha tristeza recuerdo esa primera encomienda con útiles de aseo que mis papás me enviaron, después de quince días de haber llegado al patio 2B para vivir con John el resto del tiempo.

Resulta que una mañana de septiembre John y yo habíamos bajado para la contada y para desayunar. Siempre todo el patio bajaba de 6:00 a. m. a 8:00 a. m. y los pisos quedaban casi vacíos. En

el momento antes de bajar guardamos cada quien nuestras encomiendas de aseo en la celda; estaban escondidas. El candado de la celda se había desaparecido y en los pisos solo se pueden quedar los pasilleros y las personas que pagan cinco mil pesos por un día en el que quieren quedarse sin bajar al patio o los psiquiátricos. Para el resto era obligatorio bajar.

Infortunadamente, cuando abrieron la puerta para subir a los pisos, las encomiendas no estaban. Las robaron y no podíamos hacer algo al respecto. Aquí de nada sirve hablar de esto con los pasilleros. “Pues compren un candado”, respondían siempre ellos cuando uno les comentaba algo sobre una pérdida. No era la primera vez que se desaparecían las cosas en la celda.

John esa mañana, luego del robo, caminaba por los pasillos hacia el baño para cepillarse los dientes cuando, de pronto, vio pasar a uno de los psiquiátricos con un jabón Johnson en la mano. Estaba nuevo en su empaque, como el que venía en la encomienda que se había desaparecido. Como si fuera poco, los útiles de la encomienda estaban todos marcados y este decía en el empaque con marcador negro: Remolina, el apellido de John. Caneco, uno de los pasilleros del piso, estaba de greca en el patio cuando John llegó y le dijo:

—¿Me permite una palabra Caneco?, tengo que hablar con usted.

—¿Qué pasó? —le preguntó el pasillero.

—Es que esta mañana durante la contada se metieron a la celda y nos robaron las encomiendas completas a mi compañero y a mí, y acabo de ver a alguien pasar con mi jabón; lo sé porque está marcado.

—¿Y quién fue? —preguntó Caneco.

John no tenía ni una idea del nombre del ladrón. Recorrió el patio con la mirada y en un rincón del patio, enseguida de las canecas de la basura, estaba él: un hombre muy blanco, lampiño, de 1,67 metros más o menos, completamente flaco, escuálido, jorobado, en los huesos. En su rostro se veían los rastros que deja el perico, el bazuco y las pepas; ojos azules como el reflejo del cielo sobre la inmensidad del océano.

—Es el que está allá —señaló John.

Caneco lo observó por un momento y luego miró a John.

—Yo me ocupo de él —concluye Caneco.

Se alejó y desapareció subiendo las escaleras hacia el piso.

No pasó ni media hora. Yo estaba mirando la televisión en la rotonda, justo al frente de la celda donde vivimos. Por uno de los pasillos vino el psiquiátrico con odio en la mirada. Echando zancadas agigantadas vio a Barrilete, un colaborador de la casa.

—¡Páseme su cuchillo que voy a matar a este sapo hijueputa! —le ordenó enfurecido. Barrilete le pasó un cuchillo, uno de esos artesanales, y se fue detrás de él para no perderse la masacre.

Desde la rotonda ya se escuchaba la caravana que el psiquiátrico traía consigo cuando llegó.

—Raro sapo hijueputa —exclamó batiendo el cuchillo—, ese pirobo jabón me lo regaló mi socio Cúcuta hace dos días porque yo no tenía jabón para bañarme— insistió.

John estaba conmocionado. El psiquiátrico sacó del bolsillo el jabón, esta vez sin el empaque:

—Vea gonorrea, este no es su jabón; vea las marcas que le hice.

John no sabía qué decir ni cómo reaccionar. Lo miraba de hito en hito. ¿Qué podía decir ante tal farsa? Era obvio que había botado el empaque del jabón. Estaba ofendido porque habían descubierto al ladrón. ¿Fue un error hablar sobre el robo con el pasillero? El psiquiátrico siguió con sus juegos de palabras:

—Va a pelear por ese jabón, ¡breve!, hagámoslo real; raros como usted son los que sobran acá. ¿No se ha dado cuenta dónde está? Usted está en la cárcel papá, acá solo mandamos las ratas.

John siguió en shock. Solo miraba a los ojos al psiquiátrico sin entender el porqué de su reacción. Lo miraba fijamente. Le extrañaba aún más lo contradictorio de todo lo que decía. “Está loco”, pensaba. Precisamente, de esa manera legalizaba todo lo que se robaba. El psiquiátrico se llenó de cólera al ver que John no reaccionaba.

—¡Pero haga algo sapo hijueputa o es que usted no se va a parar por lo suyo! —le reprochó.

Barrilete llegó y vio la situación; se había retrasado en el camino porque estaba pegando un bareto. Al reconocer al agredido se alentó e intercedió:

—¡Con Remolina no se meta. A él no lo pueden tocar!

Se paró frente al psiquiátrico y lo agarró. Intentó llevarse lo y este, al ver que no encontró pelea, echó a Barrilete a un lado e hizo un lance con el cuchillo al pecho de John.

LLEGADA A LA MODELO

Prócer (seudónimo)



Llegué a primarias el día 14 de abril de 2015. Fui trasladado con cuatro personas más al comando de policía de Funza, Cundinamarca.

A los policías les fascina torturar a los privados de la libertad. Hacen comentarios como: “a ver a cuál de estos matan primero”. Otro responde: “aquí primero los violan”, “sí, eso les meten un palo de escoba por el culo”, “al que no matan lo cogen de carrito para que les lave la ropa y les lleve de comer al Pluma, y a los violos no les perdonan la vida”.

Cuando entramos, estábamos llenos de un pánico que se reflejaba en el rostro, se veía el miedo en nuestros ojos. Buscábamos un sitio donde estar los cinco juntos, mientras los demás nos observaban con risas burlonas. El sitio era asqueroso, inmundo, como una cochera sin asear; igual que los baños de mi escuela primaria cuando no había agua y las tazas tenían excrementos por dentro y por fuera. Las ratas, como dueñas del lugar, no sentían temor por nuestra presencia; se paseaban buscando comida de un lugar a otro y si no nos retirábamos, pasaban por encima de nuestros pies: nosotros estábamos invadiendo el mundo de las ratas.

Por primera vez vi ratas de colores. Yo solo conocía los pequeños ratones grises, estas eran del tamaño de un curí: negras, blancas, negribancas, grises, amarillas con blanco. Ese lugar tenía capacidad para unos quince o veinte presos. Aquel día conté en total cuarenta y nueve por toda clase de delitos. Pasadas las siete de la noche llamaron uno a uno para la asignación de patio. Nos llevaron al túnel: un pasillo amplio y largo donde nos hicieron desnudar mientras registraban cada una de nuestras pertenencias. Nos quitaron maletas y bolsas. Recogimos nuestras miserias en la cobija semejando un tamal y, así como un ropavejero, fuimos enviados por grupos a los diferentes patios.

Junto a mis cuatro nuevos compañeros fuimos conducidos al patio 1A o patio del delito de los violos, como nos llaman aquí. No importa de qué esté sindicado: acoso, acto o acceso carnal violento o abusivo, todos somos violos. Cuando llegamos al patio ya todos estaban en los pisos y pegados a las rejas gritaban: “¡llegó el tren!”. “Súbanlos para culiármolos”. “Mándeles uno al negro”. Muchas frases más se estrellaban en mis oídos y llenaban todo mi ser de terror. Mi cuerpo temblaba y en la boca reseca sentía mi lengua pegada al paladar como un pedazo de trapo.

Nos repartieron: Jesús, Andrés y yo al segundo piso; Aroca, tercer piso; Juan, cuarto piso. El pasillero nos guio hasta su celda, cerró la puerta, nos saludó y procedió a explicarnos algunas normas de convivencia. Luego la exigencia económica, pagar la llegada: ciento cincuenta mil pesos cada uno por el derecho a dormir en carretera y por dar seguridad. Si no tiene cómo pagar, lo envían a dormir en los baños donde le pueden robar y, adicionalmente, le toca hacer el aseo de baños, pasillos y patio.

Nos dieron tres días para hacer llegar el dinero, la guardia y ellos no dan más espera. Nuestras familias tuvieron que traer el efectivo a los negocios del frente de la cárcel y pagar también para que se lo entraran al pasillero. De igual manera, si se tenía dinero disponible, le ofrecían celda, plancha o hueco, y de acuerdo a su capacidad de pago: celular, droga o licor, usted diga qué le surtimos.

EL ENCIERRO

Roberth (seudónimo)



Con cada paso que daba encontraba menos vida. Encadenado de manos junto a otros reos iba entrando a un mundo inerte. Los trámites de rutina se hacían con ligereza. Los datos, las huellas, el examen médico. Lo más desagradable llegó: contra una pared blanca sujeté una tabla que informaba el nombre del penal y el número que me correspondía como interno. Un oficial, cámara en mano, indicaba la posición correcta para la foto. El reloj seguía su paso. En mi vida el tiempo se detuvo. El oxígeno escaseó y las ganas de morir se fortalecieron. Así comenzó esta lenta agonía: mientras en la realidad entraba a una cárcel en Bogotá, en mi interior entraba en una tumba desolada y fría. Al finalizar la tarde, después de una horrible requisa, nos fuimos adentrando en el interior de túneles, divididos por enormes puertas hechas de hierro puro. Solo podía pasar uno por entre los barrotes gruesos, despojado de pensamientos y recuerdos. Al final llegamos al patio. El guardia sacó de su bolsillo un manojito de llaves, rápidamente abrió el candado y, caminando solo por inercia, fuimos entrando. “¡Échelo!, ¡échelo!”, gritaban todos los internos. Mi corazón no latía por voluntad sino por instinto. Mis manos estaban inundadas de sudor y un frío de muerte recorría los rincones de mi cuerpo.

Entramos en los pasillos. Debíamos llegar hasta un lugar denigrado. Caminábamos con mucho cuidado, como transitando por un cementerio: sin pisar las tumbas que estaban por todos lados. Ya dentro de una celda, hablé con las personas encargadas del patio. Por un instante recordé lo que supuestamente pasaría según presos que había conocido tiempo atrás: “lo meten en una celda, lo desnudan y lo violan entre cuatro o cinco. Luego le roban y le quitan todo”, me dijo Bimbo, detenido por estupefacientes. Mi último hábito de vida se esfumó por completo durante varios segundos. Me hablaban sin que yo escuchara nada. No entendía que hacía en semejante lugar. El aliento regresó cuando nuevamente abrieron la puerta. Nada más malo pasó. Reaccioné y me di cuenta que todo lo dicho por Bimbo no era más que terror infundido a todo novato.

BOLÍVAR

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CARTAGENA - TERNERA



DAVID LARA
DIRECTOR DE TALLER

LA VIDA DE SANTIAGO

Adalberto Gómez Sepúlveda



Santiago Herazo era un niño nacido en la vereda El Bongal, dedicado a la agricultura igual que su padre; nunca fue al colegio porque su papá le inculcó desde pequeño que el hombre no necesitaba estudiar para trabajar, que el estudio era solo para los ricos; y así fue creciendo analfabeta por esa creencia errónea de su padre.

Cuando tenía doce años murió Noelia, su madre, y quedó solo con su padre don José, quien lo llevaba al pueblo a hacer las compras y de paso tomaban aguardiente, así fue creando Santiago el hábito de tomar.

Al cumplir quince años, su padre se enamoró y lo abandonó. El muchacho continuó con las costumbres de su padre, y cuando tuvo veintiuno conoció a Ignacia; ella era cinco años mayor que él y tenía dos hijos de su primer marido. Santiago decidió vivir con ella y tuvieron gemelos.

Él nunca paró de tomar y se volvió irresponsable. Se la pasaba de cantina en cantina con sus amigos, llegaba a la casa siempre achispado a pelear con Ignacia, porque ella le reprochaba sus borracheras e irresponsabilidades. Así fue, hasta que ella decidió separarse de Santiago.

La separación de su familia entristeció a Santiago, pero ya era un alcohólico y continuó con sus amigos entre parrandas y desordenes. Una vez en medio de la juerga, se fueron a la gallera llamada 'Pico y Espada en el caserío El Codo. Comenzaron las acostumbradas discusiones entre apostadores, el ambiente se fue tornando tenso y después de solo discutir, empezaron a golpearse, tirarse sillas, piedras, etc.

De pronto, sonó un disparo: ¡Pum!

Cayó un hombre en la arena y todos huyeron del lugar, menos Santiago que se había quedado dormido producto de su borrachera. En el momento en que se despierta, llega la policía y se dan cuenta de que el hombre tendido en el suelo está muerto; Santiago es capturado como sospechoso del hecho y enviado a la cárcel mientras siguen la investigación.

En la cárcel se encontró con otros internos que también gustaban del ron y lo invitaban a tomar Chambel (Ron carcelario). Siguió con el desorden, y al pasar del tiempo sus nuevos amigos iniciaron una serie de comentarios, decían que él nunca ponía para comprar el trago y que no lo invitarían más.

Eran tantas las ganas de tomar, que Santiago comenzó a endeudarse para conseguir dinero y comprar trago, deudas que ya no podía pagar porque nadie lo visitaba. Los problemas se hicieron presentes a raíz de todo lo que debía.

Santiago vivía de pelea en pelea, pero no se alejaba del ron. Una mañana, estando sobrio, se notaba triste y pensativo, de pronto dobló rodillas y miró al cielo abriendo los brazos, con lágrimas en los ojos gritó: “¡HASTA CUÁNDO DIOS MÍO! Quiero saber de mi familia”.

Una mano se posó sobre su hombro derecho, miró y era la mano de un cristiano que lo ayudó a levantarse; le habló y luego lo invitó a la iglesia. A Santiago le gustaron los rituales, continuó asistiendo y le enseñaron a leer, hasta que pudo hacerlo perfectamente.

Llegó al penal un programa llamado Proyectando mi vida, en el cual participó Santiago y sobresalió tanto que fue noticia de periódicos, radio y televisión, hasta llegar a oídos de Ignacia, quien inmediatamente decidió visitarlo con sus hijos, quería comprobar si era

cierta tanta belleza. Al llegar al penal, Ignacia vio cómo los recibía Santiago: sobrio, inteligente y amoroso.

Fue así como este hombre recuperó a su familia, su vida, su personalidad y su libertad, ya que un juez de conocimiento le otorgó la libertad por no encontrar méritos para condenarlo.

EL SUSTO

Daniel (seudónimo)



En mi infancia vivía yo en la vereda Altos del Naranjo, ahí conocí un vecino que era muy cercano a mi familia, llamado Jairo. Un día salió este señor madrugado a su labor en el campo, donde unos amigos le daban unos jornales para su sustento.

Jairo se emborrachó ese día, todo se oscureció y se le hizo tarde para regresar, le prestaron una lámpara de petróleo para que alumbrara por el camino, pero cruzando por una montaña llena de selva, escuchó un grito al que él contestó: “Ahí vamos, igual de borrachos”. La voz que le gritaba insistió con un tono de miedo y él salió corriendo hasta llegar a casa de un vecino a pedir ayuda. En la casa solo estaba una señora, porque su esposo había salido.

Asustado le pidió ayuda a la señora y ella se negó porque su esposo no estaba en casa; una vez más insiste diciéndole que incluso podría dormir en la cocina, ella responde que sí, pero que no se mueva de allí.

El hombre sintió que allí también estaría inseguro por los gritos que había escuchado y comenzó a correr en dirección a su casa, pero sentía que algo lo perseguía. Se metió detrás de un matorral, temblaba muchísimo porque temía que algo lo cogería en cualquier

momento; volvió a correr hasta llegar a una quebrada, ahí había una puerta de madera para atajar el ganado, la tomó y la abrió.

Mientras abría el portón, vio una luz y en medio de ella había un esqueleto que estiró la mano para cogerlo, él gritó: “¡Qué las almas del purgatorio me libren!”.

Subió a buscar ayuda donde un señor que se llamaba Porfirio, pero este no lo escuchaba. Él sabía que el esqueleto estaba detrás de él tratando de agarrarlo y gritaba con más ahínco: “¡AUXILIO, AUXILIO!”.

La vivienda de don Porfirio estaba cerca y en un momento lo escuchó, pero Jairo no se atrevía a salir, escondido para que el espectro no lo alcanzara. Don Porfirio pensaba que lo habían herido y decía dentro de sí: “¡A este vergajo lo hirieron! Lo van a matar”. Abrió la puerta y Jairo cayó dentro de la casa.

La luz me dio mucho miedo —dijo el don. Cerré la puerta, ese muchacho quedó tendido en el piso, aunque lo movía, él no respondía. Pensé que lo habían matado, pero miré y no tenía una sola herida. Pasó un rato y esperé a que se parara, cuando por fin despertó —contó don Porfirio—, yo le preguntaba qué le había pasado, pero nunca me respondió, solo se paró, salió de la casa y caminó por una trocha hasta llegar a su casa. Cuando amaneció me fui a preguntar lo que había pasado, pero no estaba, se lo habían llevado al médico. Volví a mi casa.

Más tarde regresé a preguntar por Jairo, ya lo habían traído, pero estaba como loco; desvariaba diciendo cosas sin sentido. Retorné a mi casa nuevamente. Pasó un mes y volví a preguntar por él, ya estaba bien y entonces le pregunté: “Hombre ¿Qué le pasó?”.

“Venía borracho —comentaba Jairo— cuando escuché un grito, pensé que era uno de mis amigos con quien estaba tomando que también iba por ahí, entonces le respondí: ‘Juepa amigo que vamos igual de borrachos’, pero cuando volvió a gritar, era algo muy espantoso. Cuando llegué a su casa el espanto parece que hubiera dicho: “es para que aprendas a no andar de noche por ahí”

Le juro don Porfirio que no volveré andar de noche por caminos tan oscuros.

MENTICOL

Hernán Gómez Montoya



Yo tenía la tarea de conseguir para mi esposa que estaba embarazada de mi segunda hija, Camila, un pichón de paloma. Porque le dijeron que un caldito de pichón de paloma era muy bueno, que las proveía, a ella y a la niña que estaba dentro, de vitaminas y fuerza en la matriz para soportar el embarazo.

Conseguí un pichón pequeñito y lo llevé a casa, mi esposa me dijo que había que conseguir otro porque el que yo había llevado estaba muy pequeñito. Pasaron los días. Me fui encariñando con el pichoncito y él conmigo, tanto que decidí ponerle un nombre: Menticol.

Cuando yo llegaba del trabajo siempre salía corriendo en sus dos patitas a recibirme, como lo hace un perro que le mueve la cola a su amo. Pasaron cuatro meses y todos nos encariñamos con Menticol. Dormía dentro de mis zapatos, le daba besos en su pico y cerraba sus ojitos. Un día llegué del trabajo y todos me miraban, no sabía por qué.

Como era costumbre que Menticol saliera a recibirme, pregunté por él (hubo un silencio)... entonces mi mamá me abrazó y dijo: “el pichoncito está en la barriga de Nora” (otro silencio). Agaché la cabeza y me cogí la cara con las manos.

EL CARRO DE PLÁSTICO

José Oliverio Ríos Bustamante



Siempre quise tener una historia de mi vida. Tal vez contar paso a paso lo que fue mi niñez, mi adolescencia y mi juventud.

Era un lugar de Antioquia donde no había luz, no había carretera y además era un rincón donde solo se veían unas cuantas casas de pocas familias, pero se vivía bueno. Se cultivaban toda clase de alimentos, que luego eran llevados en mulas para la venta en el pueblo, allá se vendían. La madre tierra nos otorgaba todo lo necesario para vivir; el arroz, la panela, el cacao, el café, la yuca, el frijol, entre otras cosas que eran necesarias para vivir.

Cuando yo tenía siete años quería estudiar, pero mi padre en vez de darme cuaderno y lápiz, me sacó un calabazo y una lima, porque él decía que el estudio era para vagos; ahí empezó mi tristeza.

Yo no hacía caso, pero él insistía en que tenía que trabajar; a mi padre siempre le gustaron los negocios. En una cantina que mi padre tenía, una tarde llegaron unos hombres armados, creo que era un jueves, como a eso de las tres de la tarde. Yo estaba rajando leña y de inmediato entré a la casa. La terraza era la cantina y en la casa se guardaban las cervezas, esas personas bebieron toda la noche hasta la madrugada y, aunque no quería, mi papá los acompañó.

Mientras reían y hablaban, yo no salía de mi cuarto porque tenía miedo de una mujer con ojos muy lindos que decía que me llevaría. La mujer estaba armada y a pesar de mis cortos siete años, ella me gustaba.

A diferencia de mí, mis hermanos mayores sí estudiaban y cuando yo estaba libre me iba donde estaban ellos a jugar con un carrito que en ese entonces me regaló mi mejor amigo de infancia, Luis, quien era como un hermano para mí. Recuerdo que nos dimos regalo de parte y parte.

Mi amigo y yo siempre andábamos juntos, pero a mí me molestaba que él podía estudiar y yo no. Un día llegó mi padrino con cuaderno y lápiz diciendo que fuera a la escuela, que él ya había hablado con Genaro, el profesor.

Cada mañana, antes de ir la escuela, me tocaba cargar leña y al regresar traerla, esa era mi rutina diaria. Con Luis me iba jugar por las tardes, ahí reíamos y compartíamos cualquier cosa.

Cuando terminaron el proyecto de la carretera todo se puso más lindo en el pueblo, parecía otro, porque también habían puesto el servicio de luz, por fin se habían acabado las velas y podíamos jugar a la lleva.

Un día regresó Susana, aquella mujer de ojos claros a la que yo le tenía miedo, pero que a la vez me gustaba. Esa tarde se llevaron a Luis y a otros niños, yo me escondí debajo del fogón. Cuando Susana llegó a mi casa, le dijo a mi mamá que me llevaría a otro lugar si ella pudiera y mi madre lloraba desesperada, mientras yo pensaba en escapar.

Cuando entraron a la cocina yo seguía escondido y ella avisó a sus compañeros que no había nadie, sin embargo, cuando yo salí de mi escondite, ahí estaba ella. Había traído de vuelta a Luis, corrí abrazarlo y lloramos juntos, no sabíamos si sería la última vez.

En los ojos de mi hermano de vida había una gran tristeza. Alguien gritó y Luis tuvo que irse, aun cuando sus padres lloraban desconsolados; era el comandante del frente que llamaba a sus súbditos de la guerra. Susana me miró y dijo que no me llevaría porque me quería, dejándome un beso en la mejilla, que sería el primero en mi vida.

Cuando mi madre vio la situación, me mandó a la finca de mi hermana que estaba bastante retirada, porque allí era más seguro.

No pasó mucho tiempo desde que se había ido Luis cuando lo volví a ver. Inmediatamente cuando nos vimos, él lloró sobre mi hombro y sacó el soldadito que le había regalado yo, preguntó si yo aún conservaba el carrito que él me había dado. Me dijo que cada vez que le tocaba ir a combate, llevaba el soldadito.

Yo nunca dejé de ir a la escuela, por esos tiempos a mis compañeros y a mí nos gustaba la que era la niña más linda: Yolima, así se llamaba. Pasaba todas las mañanas por la finca de mi hermana para ir a la escuela y esa era mi ventaja. Logré conquistar a Yolima y nos hicimos novios, aunque no teníamos idea de que significaba eso y mucho menos qué era el amor.

Comencé acompañarla a la casa, pero Carlos su hermano le comentó a su mamá de mi relación con Yolima, aún no se me olvida el pellizcón que me dio doña María, diciéndome que no estábamos en edad para esas cosas y que más bien nos pusiéramos a estudiar. Regresé a casa, y aunque estaba feliz porque estaban algunos amigos, no podía dejar de pensar en Luis.

Pasaron dos años hasta que volví a ver a Susana, tan hermosa como la primera vez. Ese día recuerdo que no me miró, lloraba y tenía la cabeza gacha, y al acercarme para preguntarle por Luis, su mirada solo miró en una dirección... corrí y corrí hacia el fondo del camino, sin preguntar más nada hasta llegar al lugar donde estaba mi hermano muerto con el soldadito de plástico en la mano.

La tristeza invadió mi alma, al saber que no pude hacer nada. Cuando mis padres llegaron, me preguntaban una y otra vez cómo me sentía y yo solo me quedaba pensando, por qué si éramos tan niños debíamos vivir eso. Decidí en ese momento dejar con él, mi carrito.

De Susana no supe más, lo único que había en mi mente era que por culpa de sus ojos claros yo no tendría más a mi mejor amigo, mi hermano.

MI AMIGO, MI LANZA Y MI COMPADRE

Juan Carlos Vitola Herrera



Estaba ahí, llorando sobre el ataúd de mi mejor y único amigo en la vereda La Yuca, donde sería su sepelio.

Todo empezó hace unos años atrás. Tenía yo como catorce años y vivía en Montería con mi familia que se componía de mamá, padrastro y otros dos hermanos. Yo estudiaba con mis hermanos y mi mamá en la casa, mientras mi padrastro trabajaba manejando una tractomula. Mi padrastro tenía una hermana que tenía una finca cerca de Montería, era grande y tenía muchos animales: ganados, caballos, aves de corral y una represa enorme.

Cuando podía, me gustaba ir a la finca, lo malo era que mi tía no tenía hijos de mi edad para jugar con ellos y me aburría, pero allí cerca de una parcela vecina vivía una familia humilde y muy calidosa, entre ellos estaba Wilber Pérez a quien le decían Will, era de mi edad.

Mi nombre es Francisco y me decían Pacho. Cada vez que tenía vacaciones me iba a la finca y buscaba a Will para jugar en el campo, él le ayudaba a su papá en las labores diarias, ordeñar las vacas, lidiar con los animales, etc. Yo solamente miraba, porque siempre me gustó ir de paseo al campo.

De vacación a vacación nos encontrábamos, estudiábamos y cuando nos veíamos, no hablábamos del futuro o cosas así, solo nos concentrábamos en jugar y pasarla bien. Nos inquietaba el servicio militar, él quería prestarlo al igual que yo. Entre risas y amistad con él, pasaron los años hasta que nos graduamos y yo decidí prestar el servicio militar en Coveñas, Sucre, gran sorpresa me llevé cuando vi que Will estaba ahí. Seguramente, si nos hubiéramos puesto de acuerdo no hubiese pasado así.

El servicio militar fueron dos años, estuvimos en Bogotá, Villavicencio y Guainía; paseamos casi que por medio país. Me acuerdo que en Bogotá hacía un frío muy bravo en las madrugadas, y las rolas eran muy lindas, además estaban encantadas con los costeños.

Cuando nos llevaron a Villavicencio, recuerdo el llano con sus paisajes y sus animales, lo malo es que nos tocó cuidar una torre de energía y no era nada agradable. Al tiempo fuimos a Puerto Inírida, a la selva de Guainía, la cultura indígena tenía un lenguaje muy diferente. Lo primero que aprendimos a decir en curripaco (que era su dialecto) fue: *mayuri mageo mageroi*, que significaba “vamos hacer el amor”. No necesitábamos más porque las indias eran muy bonitas.

Llegó el tiempo de la baja y salimos Will y yo, cada uno con sus expectativas; él de cuidar sus vacas y sus gallinas, y yo de ayudarle a mi padrastro con la mula. Cuando llegué no me sentí muy cómodo en casa, así que me fui a pasar unos días en la casa de mi amigo, ahí me sentía extrañamente bien. Al pasar unos días él me preguntó por trabajo y yo le dije que no sabía nada, también le dije que ya regresaría a mi casa y que si sabía algo que me avisara.

Un día recibí una llamada de Will diciéndome que había un trabajo en una finca y que nos fuéramos, le dije que no sabía nada del campo a lo que él respondió muy emocionado: “Mi lanza yo te enseño”. Nos fuimos.

La finca quedaba en Planeta Rica, Córdoba. Llegamos en la tarde y nos recibió un señor paisa como de unos sesenta años, mal encarrado pero muy formal, nos llevó al dormitorio mientras nos explicaba nuestra labor; nos tocaba hacer de todo, desmontar, ordeñar, arreglar la cerca, etc., y yo preocupado porque no sabía hacer nada de eso.

Nos acomodamos en las hamacas y Will me decía: “Duerme que mañana va tu primera lección”. Temprano nos levantamos para

ayudar con el ordeño, y mi lanza me decía: “Compadre relájese”. Pasamos a la vaquera y él cogió un pedazo de cáñamo y me dijo: “Mira, soltaron a la ternera”. Llegó la vaca y le ató la pata de adelante: “Esto se llama enrejar”. Esa fue mi primera lección.

Al terminar el ordeño fuimos a desayunar, luego nos tocaba tirar machete. Nos dieron un compañero delgado al que le decían “Barba de clavo, por su cara larga, él era un sabedor del campo, ahí fue cuando comenzó mi trabajo y amor por el campo. El compañero y Will me enseñaron el nombre de las plantas y los árboles.

Barba de clavo tenía una parcelita a la que íbamos a descansar los fines de semana, eso parecía un vivero de frutas, árboles y plantas medicinales que al principio me parecían monte, pero él me fue enseñando la utilidad de cada una de las plantas como el yanten, que sirve para los ojos, el último real, que sirve para el oído, y así de muchas cosas más.

Luego, con el pasar de los días, fui aprendiendo otras cosas, como montar bestia o caballo, ahí me convertí en un buen jinete. Aprendí cuando cortar la madera, que tiene que ver con las fases de la luna, al igual que el echar las gallinas.

El campo nos había juntado más a Will y a mí, cerca de la finca había un pueblito que se llamaba La Yuca, allá íbamos a tomarnos unas cervecitas y pasar el rato y conocimos a un par de muchachas: Rosa y María, eran muy lindas y yo las molestaba diciéndoles *mayuri mageo mageroi*, mientras Will se moría de la risa porque ellas no entendían.

Rosa se hizo novia de mi lanza y yo de María, nos veíamos cada sábado. María me gustaba, pero Will estaba enamorado de Rosa, ellos se entendían muy bien y hacían planes, mientras que yo solo la pasaba bien con Mari. Pasaron varios años y un día mi compadre llegó feliz diciendo que tenía una buena noticia, le pregunté qué era y él sonrió afirmando que había embarazado a Rosa. Lo abracé, lo felicité y me dijo que sería el padrino de su hija o hijo, inmediatamente salimos a celebrar.

El tiempo pasó corriendo y al año ya estábamos bautizando a mi ahijado, María y yo ya no nos veíamos porque ella se había ido a trabajar a la ciudad, después de unos meses nos enteramos que la finca la habían vendido y nos quedábamos sin empleo, pero alegres porque nos había ido bien.

Will se quedó en el campo sembrando yuca y yo me fui a casa, nos comunicábamos constantemente. Un día él me llamó para decirme que había trabajo, pero que quedaba un poco lejos, era en el llano; y yo le dije que lo acompañaba con gusto, que estaba en la juega, pues ambos necesitábamos el trabajo y el dinero.

Aunque sentía que era peligroso y se lo comenté a mi lanza, él me dijo que fuéramos y a la semana viajamos. Llegar al llano me hizo recordar lo hermoso que era su gente, su tierra y su cultura, llegamos a la terminal de Villavicencio y nos recogió el chofer de la hacienda. Pasada la tarde estábamos en la casa y hablamos con el capataz, un señor llanero de pura cepa que nos explicaba nuestro trabajo, nos indicó el lugar donde estaríamos, deseándonos disfrutar de nuestra labor.

Nos despertamos al día siguiente y nos llevaron a un campamento, pues la hacienda era enorme. Llegamos y el encargado era del llano venezolano, tenía una hija que era hermosa, solo un año menor que yo. Allí quedé flechado al igual que ella. Empezamos nuestro trabajo, del que ya teníamos experiencia, lo que más me gustaba eran las madrugadas porque la catira (hija del venezolano) nos llevaba tinto al ordeño y yo le decía que me acompañara al encierro de ganado, donde la montaba en mi caballo deleitándome en su delicada cintura y su hermosa cabellera.

El papá de la chica siempre me advertía de tener cuidado con su hija, y Will siempre suspiraba al vernos, porque recordaba a Rosa y a su bebé. Un día llegó la familia de mi compadre y todos estábamos contentos, yo paseaba a mi ahijado y éramos felices en el campo. Un día el niño se enfermó y tuvieron que devolverse a su tierra Rosa con el niño, Will volvió a quedar un poco triste.

En esa época, yo me seguía enamorando de la catira y mi lanza seguía extrañando a su familia, pero el patrón llegó de repente una mañana y nos dijo que debíamos irnos a trabajar en la orilla del río, a mí no me cuadraba mucho porque había gente que no era de fiar por ahí y se lo comenté, pero él dijo que todo estaba solucionado.

A la semana nos fuimos y estábamos bastante retirados de nuestros compañeros, descansábamos los fines de semana. Uno de esos días nos quedamos solos, comenzamos a escuchar unas voces y gente caminando; en la mañana me preguntó Will que si había escuchado

en la noche algo, y yo le dije que sí, que eso además no me gustaba. Ese mismo día llegó un muchacho a pie pidiendo agua y haciendo preguntas sobre los patrones, luego se marchó; a ninguno de los dos nos cuadró esa situación y pensamos recoger en la mañana.

En la tarde preparé el tinto para compartir con mi amigo y lo vi sentado al pie de un caracolí mirando lejos, le pregunté qué le pasaba, me respondió de inmediato que estaba aburrido y que quería estar junto a su mujer e hijo. Quedamos mirando lejos y observando el paisaje, las garzas, el ganado, los chigüiros, hasta al camisa de cuadro como le decíamos al caimán. Me preguntó por la catira y le dije riéndome que era mi mujer.

La mañana siguiente nos levantamos temprano para ir al cerro y asegurar las herramientas, ensillamos los caballos y llegamos cerca al lugar donde habíamos cortado la madera, para dejar los animales, pues había muchas piedras y podíamos maltratarlos. No habíamos caminado siquiera cien metros, cuando sentí una ráfaga de disparos, en ese momento recordé el entrenamiento militar que había recibido y le grité a mi lanza que se tirara al suelo. Hubo más disparos y grité: “¡Corra compa!”. Pero no me contestaba y cuando volteé a mirar él estaba tendido en el suelo cubierto en sangre.

Desesperado comencé a llamarlo: “¡LANZA, LANZA!”. Y él solo respondía que le habían dado, mientras botaba mucha sangre. Lo subí a mi caballo y corrí, corrí al campamento, lo bajé al suelo y él repetía una y otra vez: “Compa, me muero”. Yo trataba de animarlo y le pedía calma, pero en ese momento hubo un silencio total; el alma de mi amigo me dejaba, grité fuerte pidiendo ayuda y, mientras, él quedaba allí, mi amigo, mi lanza, mi compadre.

Nunca se resolvió nada, según decían los disparos fueron un accidente. Yo regresé a mi tierra y me llevé a mi catira.

DOS NOVATOS EN OSTUPO

Lister Marrugo Batista



Finalizaba el año 1984 y también el curso de Navegación que había comenzado en el SENA, ya dábamos por terminado los dos años de estudio. En esa época conocí a Jorge, *El Jash*, hijo de un turco que tenía negocios de abarrotes cuando existía el mercado viejo en el centro, estudiando juntos nos hicimos buenos amigos y, al terminar, la idea era embarcarnos juntos.

Realizamos las prácticas en El Aprendiz, donde hacíamos nuestra última prueba de habilidades. Comenzamos a llevar hojas de vida a las navieras que tenían los buques, esperando a que alguno nos llamara, pero el tiempo pasó y ninguno de los dos recibimos llamada.

Por esos tiempos viajaban las canoas de madera a las costas de San Blas en Panamá, para llevarles productos a los indios kuna y a traer cocos. Un día el papá de Jorge nos preguntó en su español enredado: “Bueno mojito, y ¿cuándo es que usted se va a embarcar? Les propongo un negocio: La Isabela se va en tres días, si quieren les consigo un flete a los dos para que lleven mercancía a San Blas. Allá venden, ganan platica y así van aprendiendo”.

Dijimos que sí y el turco nos consiguió el flete de cien bolsas de azúcar para comenzar y de allá traeríamos electrodomésticos, perfumes

y otras bisuterías que nos habían encargado. En el Muelle de los Pegasos nos embarcamos, cuando entramos a cubierta nos recibió un fuerte olor a sudor. El marrón, que llaman grajo, se esparció por sotavento proveniente de unos marinos que estaban en la proa del buque.

Íbamos costeando las caribeñas aguas azules, fueron dos días de viaje, durante los cuales arreglamos las poleas, cocimos las guayas, recogimos los cabos de amarres, pulimos los vitas para que los cabos se deslizaran con suavidad. Finalizando el segundo día, llegamos a la Boittia de Ostupo.

Nos fundimos cerca a la orilla, pues no había muelle para desembarcar y arreglar nuestro cargamento de azúcar. Estando en el pueblo, Jorge me dijo:

—Compa, mire que indiecita más buena, antes de irme tengo que darle su chacarera.

—Compa déjese de vainas, usted no conoce a estos indios, son bastante jodidos —respondí.

Llegamos a una bodeguita que tenía un letrero que decía Ostupo Store, con el dueño acordamos el precio de la mercancía. Se dio orden al desembarco y recibimos con satisfacción la orden de venta.

Fuimos al barco a guardar el dinero, en el camino nos encontramos con los indios de la borda; aquella mujer era realmente bella. Su piel era curtida por la intemperie, de pechos firmes y agresivos. Estaba bien buena.

Mi compadre le hablaba con maliciosa intención y ella solo sonreía. Guardamos el dinero en nuestras literas, pero a mi compadre se le notaba algo incómodo; como queriendo conocer el pueblo. Me dijo:

—Iré a caminar.

Le advertí que fuera con cuidado.

Pasó un largo tiempo y él no aparecía. De pronto, noté una algarabía en la plaza y me pregunté qué pasaba. Vimos que se aproximaba un esquife con un indio, subieron al barco y hablaron con el capitán. Alguien se acercó a mí e inmediatamente me dijo que alguien se había metido en vainas.

La mujer había llevado a mi compañero a la espesura del monte y luego de caminar por un buen tiempo, la bella nativa se acostó

bajo un árbol despojándose de su multicolor ropaje y dejando al descubierto su sexo sungo, como dicen las mujeres en el caribe para referirse a la persona que carecía de vello púbico.

Mi compadre con parsimonia se quitó la ropa, regodeándose por dentro, pensando en el polvo que le iba a dar a la hermosa indígena. Se recostó sobre ella que también lo esperaba ardiendo con frenesí. En el momento en que se disponía a estar con ella, Jorge sintió un fuerte golpe con una tranca o un garrote que lo presionaba sin contemplación; un indígena kuna le habló en su lengua pidiéndole que se levantara. Torpemente intentó agarrar sus prendas y el kuna le exigió, levantando el garrote, que caminara desnudo hasta la plaza, donde luego fue puesto en dos postes.

Enfurecidos trajeron al gobernador del pueblo, un general que se encargaría de hacer justicia y un traductor que pudiera decirle al detenido cuales eran los castigos que se le impartirían para que eligiera uno. Cuando estaban todos presentes se le preguntó qué prefería, si cincuenta garrotazos con una tranca de guayaba silvestre, cincuenta latigazos con una cola de raya o cuarenta ramazos con un liviano e inofensivo arbusto que le mostraban.

Jorge no sabía en qué se estaba metiendo e inocentemente escogió los cuarenta ramazos. De la inofensiva planta extrajeron un manojo enorme de ortigas picantes, esa que se conoce como pringamoza, esa cuyas puntas parecen de alfileres y su ardor dura días. Le dieron el primer ramazo en sus partes íntimas y gritó fuertemente, inmediatamente me sobresalté y desesperado le dije al capitán:

—¡Lo están matando!

Jorge estaba casi sin conocimiento y colgaba de los dos palos, lo peor de todo es que aún le faltaban treinta y seis. El cuerpo del pobre hombre estaba hinchado, sus testículos parecían dos aguacates y su miembro viril, como decimos en la costa, un salchichón cervecero. Lo más impresionante era su ano, estaba destruido y tenía forma de una pelota de golf. Yo no podía más y pedí que por favor lo dejaran quieto, el capitán al ver mi reacción me pidió que me calmara.

El capi prudentemente se acercó al hombre que daba los ramazos y le ofreció un pago a cambio de que no maltrataran más a Jorge. El líder indígena sonrió al decirle la propuesta y en perfecto español

le dijo que debían ser veinticinco dólares por cada ramazo faltante. La suma daba novecientos dólares, eso era prácticamente lo que habíamos vendido con los bultos de azúcar. Jorge haciendo un gran esfuerzo me dijo:

—Compa, pague lo que sea, pero sáqueme de aquí.

Corrí al barco a buscar el dinero y lo entregué, luego de contarlo minuciosamente ordenaron soltarlo. Durante los dos días de viaje Jorge se quejó todo el tiempo, tenía fiebre alta y ardor en todo el cuerpo. Regresamos a Cartagena sin dinero, sin electrodomésticos, enculebrados con el turco y con Jorge hospitalizado, sin haber podido realizar su sueño con la hermosa india.

POR LA MALA CABEZA

Luis Fernando (seudónimo)



Eran las 6:00 p. m. del martes 14 de junio del 2005. Estábamos Tilson, *Arrugas*, Sharlie, *El Perezoso* y mi persona en un apartamento del barrio Manga, de Cartagena de Indias. Estábamos cuadrando el viaje que debía hacer pa'la vecina Venezuela, para comprar unos tiquetes pa'l viaje de unos italianos y españoles a Italia con maletas cargadas e impregnadas con base de coca. Las maletas habían tenido un retraso en su fabricación, cuando estaba con mis socios en dicha reunión, llegaron las maletas en un bus puerta a puerta desde la ciudad de Barranquilla.

Horas antes habíamos discutido con la persona que debía llevar las maletas a la vecina Venezuela. No hubo acuerdo. Nos quedamos sin quién llevara las maletas a Maracaibo. Cuando llegó la busetica con el tipo que debía entregarnos las maletas fabricadas con el buen producto, yo estaba por retirarme porque debía viajar esa misma noche en el bus de las 9:00 p. m. de Maicao a Maracaibo. El Perezoso me dijo: “¿Te da miedo llevarte una de esas maletas?, pa' que se las mostrés a los pasajeros y les digas que mañana enviamos las otras y que se alisten”. Yo les respondí que a mí no me daba miedo ni cuando la mujer se emputaba y que sí, que me llevaba la maleta.

Cuando recibí las maletas no me gustó el trabajo, porque olían mucho a químicos, pero ya estaba decidido y monté la maleta, me dirigí a mi casa a recoger mis cosas y viajar esa misma noche. Al llegar a mi casa dejé el carro en la entrada, le dije a mi mujer que empacara mi ropa en la maleta nueva y que le echara ambientador de carro pa' que se le quitara el mal olor.

Ya eran las 9:00 p. m. cuando pedí un taxi. Me dirigí hacia la terminal sin revisar bien y sin despedirme de mis hijos y familia, como siempre. Llegué a la terminal, abordé el bus rumbo a Maicao y llegué a las 6:00 a. m. de aquel 15 de junio. Pensé ir a un hotel y descansar hasta el mediodía, pero en ese momento me llamó mi mujer a decirme que mi hijo no quería ir a estudiar, porque ese día había un partido de fútbol. Le dije que me lo pasara para hablar con él, al terminar la conversación y convencerlo a punta de regaños, me di cuenta de que ya habían montado la maleta en un carrito en un puesto que iba para Maracaibo. Me dije: “¡Qué carajo, vámonos!”.

Pasamos la frontera, sellamos el pasaporte y al llegar a la primera alcabala de la guardia nacional, nos bajaron y requisaron. Cinco minutos después seguimos nuestro camino sin ninguna novedad. Habíamos pasado ya seis alcabalas más, cuando llegamos al río Limón y nos pasaron, el guardia enseguida se dirigió a mí y me pidió el pasaporte. Me dijo que me bajara y que abriera mi equipaje; yo me bajé y fui a la parte trasera, donde ya estaba abierto el baúl y me dispuse a abrir mi equipaje.

Cuando el guardia abrió la cremallera que tienen las maletas alrededor, vio una faja sintética que rodeaba la maleta dentro de la cremallera, le metió el destornillador, arrancó un pedacito y se lo metió en la boca; escupió y dijo: “Esto tiene químico y droga”. Después de decirme esto, yo traté de disuadir al guardia con plata, pero no me copió y llamó a otros guardias, me bajaron a la base que tienen bajo el puente del río Limón.

No podía pensar ni asimilar lo que pasaba; me metieron a un cuarto y desbarataron la maleta, sacaron la faja y la pesaron, tenía cinco kilogramos. Se alborotó un olor a coca que ni yo podía soportar, estaba caído y no sabía qué hacer.

El día transcurrió entre interrogatorios, reseñas y torturas no muy fuertes. En la noche, después de intentar todo y sobornar a

la guardia sin ningún resultado, más golpes y maltrato, me llevaron para el retén El Marite, en Maracaibo, allí me metieron en un calabozo hasta las 6:00 a. m. Luego me llevaron a un patio donde, como en cualquier cárcel, comenzaron a amedrentarme. Ese mismo día del 16 de junio de 2005, me llevaron a los tribunales de justicia donde me legalizaron la captura. Todo pasó tan rápido que no sabía todavía dónde estaba o en qué situación tan verraca me encontraba. Lo iba a corroborar muy pronto.

Yo estaba en uno de los retenes más peligrosos de Venezuela, después fui a parar a la cárcel de Sabaneta, una de las más peligrosas de ese país. En esas pocas horas perdí mi libertad, a mi mujer y a mis hijos. Ellos quedaron a la deriva de familiar en familiar con lo poco que había conseguido en mi vida.

Cinco años después, cuando llegué a Colombia de nuevo, solo traía lo que tenía puesto. Tocó empezar de nuevo con la firme convicción de que debía unir y recuperar a mis hijos sin saber por dónde empezar. Una decisión mal tomada nos puede llevar a los confines del infierno en un momento, eso me pasó.

CASI ME ENGAÑA

Marrón (seudónimo)



Medellín. Son las 6 a. m. momento de desechar el calor de las cobijas con un buen duchazo, preparar un desayuno rápido: huevo, arepa y una buena tasa de chocolate, como buen paisa. En desalojo de la morada y ejercitando los músculos en cada uno de los escalones que conducen a la calle; se observa aquel destello que aparece al oriente y se esconde al occidente.

Desplazándome de alguna parte de la comuna, me dirijo a la estación Tricentenario. Próximo a la torre del reloj, donde está plasmado el logotipo del Metro, me deslizo por el peatonal acercándome a la taquilla para la compra del tiquete para acceder a la registradora. Ya se escucha el murmullo de los gusanos eléctricos de seis vertebras que viajan a lado y lado de la carrilera cada tres minutos, cuando es hora pico. El flujo no cesa; la retina y la niña de mi sentido están avivadas, en observancia de ese elemento que posee el cataclismo que enmiela el espíritu: aquellas mujeres que adornan mi región.

Descendiendo en la estación Caribe, se acercan las ocho de la mañana y me hallo en el puente peatonal que une la flota de transporte con el metro. Caminando un poco apresurado extendiendo la

mirada, observo a un niño que está encerrado por las dificultades y la falta de oportunidad que cautiva a las ciudades obligándolo a sobrevivir. La gente pasa y pasa sin darle importancia. Está sentado, encocotado con las manos en las rodillas y la cabeza entre sus piernas, gimiendo y llorando, con unas monedas y algunos confites que están regados de la punta de sus pies hasta el extremo del pequeño anchor del peatón.

Conmovido por la situación, me planto y le pregunto:

—¿Niño, niño, qué le pasa?

—Me, me, robaron la plata de los confites—. Contesta invadido por la nostalgia, gimiendo como si estuviera chupando caña.

—¿Cómo así que lo robaron?

—Sííí... y si no voy a la casa con la plata, mi mamá me pega.

—La gente si es HP —me lleno de ira—, ¿y cuánto le robaron?

—Ocho mil.

Sin maliciar nada en mi monólogo interior exclamé:

—¡Ocho mil pesos a las ocho de la mañana en confites de menta a cincuenta pesos! —Poniéndole mi mano en su cabeza para que levante su rostro, a lo cual hace repulsa, le digo:

—No llore, yo no le voy a dar ocho mil, pero sí le voy a dar cuatro mil.

Al instante cesó el llanto. Cuando estaba desenfundando el dinero se acercó un señor y me preguntó

—¿Qué pasó?

—La gente que si es descarada, robaron al pelao’.

—Eso es mentiras, ayer la policía lo hizo ir del puente de más abajo —respondió con certeza.

—¿Sí?

Sonriendo embolsillé mis pesillos y emprendí la ruta que me dirigía a cumplir con la fabricación de casetones.

ME LE VOLÉ AL DIABLO

Oscar Humberto Galvis González



Disfrutando de los encantos de la naturaleza, vivía yo en la bahía más hermosa de América, en un barrio llamado Corea de estrato dos. Llegué allí por la abuela de mi mujer que ya tenía tiempo allí, alquilé una casa y nos fuimos.

Desde que llegué a la casa en aquel barrio, con mi mujer y mi hija, no me sentía bien, pero decidí complacerla. Allí todos los fines de semana se tomaba, la gente era ruidosa y folclórica. Descansaba de ese lugar cuando me tocaba viajar a Barranquilla gracias a mi oficio de comerciante.

Había un muchacho como de unos diecisiete años que arreglaba motos y hacía bombas explosivas, no dejaba dormir a mi niña; este pelao era muy fastidioso y problemático. Una noche me encontraba sentado en frente de mi casa y el joven estaba jugando con un trompo, de pronto lo tiró y me pegó; inmediatamente reaccioné tirándoselo.

Cuando regresé a casa para descansar, de repente apareció un tumulto de personas con piedras y cuchillos, al mirarlos, me di cuenta que eran la familia del muchacho. Corrí y saqué una peñilla, querían quemar la casa. Cuando pasó un rato llegó la policía, todo

el mundo se fue, pero uno de los polochos me dijo que no saliera; al día siguiente viajé a Cartagena. Mi esposa tenía pánico porque había escuchado que me iban a apuñalar.

Las semanas fueron pasando, yo me confié en que el incidente había quedado semanas atrás y volví a viajar cuantas veces fue necesario. Un día, mi pierna derecha no quería responder y al pasar de los días aparecieron otros malestares, que yo nunca había sentido. Tenía cuarenta y seis abriles y nunca me había enfermado de nada, me sentía aún vigoroso.

El tiempo seguía pasando y una tarde cualquiera salí a hacer una llamada, cuando sentí de repente un ladrillazo en la cabeza; caí inconsciente y cuando volví a mí, un chico me había recogido. Me llevaron al hospital y todo parecía responder bien, menos las piernas.

Era un 31 de diciembre y me acosté temprano. Al día siguiente, cuando desperté, no me daba la pierna izquierda, solo la podía arrastrar. Asustado me fui al médico, aunque me ponía puyas en las piernas no sentía nada desde el ombligo hasta las rodillas. No había pasado mucho tiempo, cuando ya ninguna de las dos piernas me servía, se fueron hinchando poco a poco y me dolían.

Me remitieron a un neurólogo, quien inmediatamente mandó hacerme una resonancia en la columna y el cerebro, cuando llevé el resultado me aplicó una inyección y al terminar dijo que no tenía nada. Finalmente me dio una recomendación que me asustó, me dijo que fuera en busca de un brujo.

Todos los días empeoraba físicamente y consultaba cuanto adivino me recomendaban. Me iba a trabajar, aunque en la noche no durmiera; parecía que había perdido el control de mis piernas, se bajaban y subían solas. Si me quedaba sentado mucho tiempo el dolor se hacía insoportable, tenía todo hinchado del ombligo para abajo.

Pensaba en la causa y solo se venía a mi mente un dulce que me regaló una mañana una chica que amablemente me saludó. Con el tiempo yo era más inservible, me estaba matando lo que fuera que tuviera, ni siquiera podía orinar solo.

Ya no tenía un peso, estaba en la ruina, no tenía ya nada y mi familia no era de estas tierras, eran del Valle del Cauca. Me

comenzaron a salir unas llagas debajo de las rodillas y olían feo, me tocó escuchar muchas veces a la gente que me iba a visitar diciendo que ya estaba listo, aunque yo vivía aferrado a Dios y a la vida.

Llevaba cinco años de estar en esa angustia, a la abuela de mi mujer se le dio por llamar un chamán de nombre Luis, estuvimos dialogando un buen rato y sacó tres tabacos, comenzó hablar en una lengua rara, colocó un vaso con agua cerca de él y duró como una hora fumando tabaco.

Cuando este señor estaba haciendo sus cosas, se me apretaba el estómago y las piernas comenzaron a temblar, las llagas debajo de las rodillas comenzaron a supurar, una espuma blanca salía. Don Luis comenzó a contarme lo que me habían hecho.

Habían cogido un muñeco de trapo, le colocaron mi nombre y le enterraron una aguja en la cuarta vertebra, después abrieron un hueco cerca de una palmera, lo enterraron con tierra de cementerio, huesos de muerto y un sapo, regaron sangre de un gato negro alrededor. El dulce que me habían dado, también había sido el detonante. Le conté que había días duros en los que tenía que amarrarme las piernas, los más crueles eran los martes y viernes.

Era el mes de febrero de ese año, don Luis me dijo que él era nóstico y todo lo que hacía era curar gente, así viajaba a muchas partes; en Ecuador tenía una clínica, porque era de allá. No cobraba nada y siempre ofrecía medicina natural.

Me dijo que por allá en septiembre volvería, fueron meses muy duros porque entonces en la casa comenzaron a aparecer alacranes. Un día estaba yo tratando de dormir y tenía uno montado en el pecho; como pude lo maté. Económicamente yo estaba mal, no me salía nada y lo único “bueno” que nos pasaba era que el dueño de la casa me dijo que no me afanara con el dinero, que cuando pudiera se lo diera.

Llegó septiembre y así mismo don Luis con una caja llena de medicina, las lágrimas se me salían, yo pensaba en que Dios me había puesto un ángel para salvarme. Tenía una alegría y una nostalgia a la vez, la primera vez que él me visitó me aclaró: “te vas a sanar, pero no podrás hacerle nada a quien te hizo esto”. Me prepararon en la cama con vendas blancas, don Luis tenía una sotana blanca, dijo que me iban a operar del daño que me habían hecho.

Yo sentía que todo era algo espiritual, pero quien veía era el señor Luis. Pensé en que tenía que comenzar de cero, como los niños pequeños, duré cuatro meses gateando para coger fuerza en la cadera, iba y venía varias veces, yo sentía que era humillante, pero prefería luchar. Después, me pusieron en un caminador, me amarraron las piernas por los tobillos y comenzaron a halar, yo sudaba como un caballo, el esfuerzo era tenaz.

Pronto se vieron resultados y comencé a dar pasitos, lloraba como un niño de pura felicidad, recordaba las pésimas noches y todas las cosas horribles que debí tomar cuando iba donde los brujos. Don Luis me dio un purgante y ahí salió todo lo que me habían dado.

Cuando me estaba mejorando, porque don Luis me visitaba cada cierto tiempo, comenzaron a atacarme nuevamente y mi mano izquierda comenzó a fallar, inmediatamente el señor Luis me dijo que pusiera al Niño de Atocha en una vasija donde estuviera mi orín y rezara con tres dedos que él se encargaría del resto.

Las cosas no dejaban de complicarse, mi esposa me dejó y yo tuve que llegar a Cartagena donde un amigo que me dio posada. Ahí me fui organizando y puse una venta de minutos. Hoy, tengo un 98% de mejoría y les digo: “Dios jamás me abandonó, mi fe siempre estaba intacta ahí y estará por siempre”.

Así como la vida es dura y nos pasan cosas inimaginables, la recompensa también llega. Puedo decir que la maldad es dura y que aprendí que los seres que se les llama racionales, cuando sacan su oscuro diabólico, son destructivos. Quedé solo, pero Dios no me abandonó y me puso un ángel en el camino, logré volármele al diablo.

BOYACÁ

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CÓMBITA



RUBÉN DARÍO SÁNCHEZ
DIRECTOR DE TALLER

PALOMINO, LA ARAÑA Y EL MOSQUITO

Héctor Julio Romero



Palomino era un hombre nacido y criado llano adentro, criollo que llaman, dedicado a la caza de animales silvestres; tenía instinto salvaje por su costumbre de vivir en la selva tras la presa, para lograr su sustento diario. Esto lo hacía algo rudo, incrédulo y testarudo, creyendo y confiando solo en su Remington calibre 16, la cual siempre lo acompañaba.

Un día se preparaba para una tarea de caza, de esas que acostumbraba, llamó a su mujer con voz ronca y cadenciosa: “Yadira, ¡Oh, Yadira! Tráeme las botas, el sombrero, la mochila de los tabacos y la caja de tiros doble cero que está en el coco donde los guardo”.

Yadira era una mujer religiosa y creyente, con muchos agüeros heredados de sus abuelos y no podía creer lo que Palomino le estaba pidiendo. Sorprendida y con la dulzura de su voz que se entrecortó, le dijo: “Tú, ¿tú piensas salir de caza hoy? No vez que es viernes santo, ¡eso es malo!”. “Carajo Yadira, tú con tus creencias y tus limitaciones para hacer las cosas, ¡malo es lo que no se hace! Tráeme lo que te dije, se me hace tarde y no quiero que me coja la noche; debo estar antes de las siete en el Morichal donde llegan los animales a beber, para ver si mato aunque sea un cachicamo, esta semana no he cazado nada y ya no hay con que comer la yuca”.

Yadira le llevó las cosas repitiéndole una y otra vez: “Los viernes santos es malo salir de caza, por algo mi abuelo lo decía”. Palomino se calzó las botas, se colocó el sombrero y encendió un tabaco. “Palo, hazme caso ¡No salgas hoy!”, le dijo Yadira por última vez.

Palomino se levantó del tronco donde se había sentado a darle dos fumadas largas al tabaco, se sacudió y sin mediar palabras cogió la macheta, la escopeta y salió con paso lento y seguro, introduciéndose a la selva sigilosamente. La noche comenzó y el silencio solo era perturbado por el ruido del aleteo de los grillos y el croar de algunos sapos, mas en la mente de Palomino pasaban una y otra vez las palabras de Yadira. Pero él era testarudo y terco, “solo son caprichos de Yadira”, pensaba.

Pasó un cercado para entrar a la selva más densa y comenzar su cacería, una brisa fuerte le tumbó el sombrero y le sacudió el tabaco, volando ceniza y candela de lado y lado; recogió el sombrero y observó el tabaco casi a la mitad y mal quemado “este tabaco si se ha quemado feo”, murmuró entre dientes.

Por primera vez Palomino estaba sintiendo miedo, se volvió a quitar el sombrero, se rascó la cabeza y exclamó “¡Qué te pasa Palomino, tú no eres hombre de creer en pendejadas!”. Miró a los lados y colocándose el sombrero continuó avanzando hacia el Marichal para encontrarse con sus presas.

Palomino utilizó la lámpara de cacería que llevaba en su mochila, porque la oscuridad era total y no alcanzaba a divisar más allá de sus pasos. Al llegar al punto seleccionado para su labor, la lámpara se apagó dejándolo nuevamente a oscuras. “¿Qué estará pasando?”, pensó preocupado, e inevitablemente volvieron a su mente las palabras que su mujer le dijo antes de salir del rancho. Cambió el bombillo que se había fundido y se organizó en el lugar para esperar los animales que llegaran al abrevadero, dejando aquel lugar sin obstáculos para poder moverse con sigilo.

Palomino continuaba en su espera silenciosa, pero su mente seguía perturbada, “debí hacerle caso a mi mujer, pero ¿cómo consigo sustento para mis hijos?... Yo sé que no me va a pasar nada”. Mientras meditaba escuchó el ruido de algo que se acercaba hacia él, cuidadosamente levantó la escopeta a la altura del pecho, jaló el gatillo hacia atrás y prendió la linterna. Se percató de que tenía en

frente un enorme venado que olfateaba al sentirse encandelillado por la luz de la linterna.

Entre alegre y sorprendido, Palomino se dispuso a jalar del gatillo, cuando escuchó de pronto un estropicio enorme, acompañado de un grito de lamento: “¡Hayyyyyy mi pierna, hayyyyyy mi pierna!”. Palomino no supo qué rumbo tomó el animal, se acurrucó al pie de un árbol tratando de ubicar de dónde provenía aquel lamento.

Su miedo se hizo grande como el llano, y las palabras de Yadira encontraron por fin razón en Palomino, pero recordó que su mujer también le decía: “Hay un Dios, recuérdalo, cada que hagas algo mal pídele perdón y protección”. Comenzó a rogar: “Dios de Yadira, tú sabes que yo no soy malo, perdóname por no haber escuchado, en adelante le creeré a mi Yadira y le obedeceré cuando me hable”.

Mientras Palomino reconocía que había un Dios y ofrecía su arrepentimiento, empuñó fuertemente su escopeta y guardó cuidadosamente la lámpara en la mochila; se fue levantando lentamente hasta ponerse en pie y cuando se disponía a girar y buscar el camino de regreso al rancho escuchó nuevamente el atemorizante grito, pero esta vez más cerca “¡Hayyyyyy mi pierna, hayyyyyy mi pierna!”.

Angustiado corrió de un lado a otro en la oscuridad, hasta que decidió subirse a la copa de un árbol, subió tan rápido como si tuviera turbinas en los pies y garras de tigre en las manos, estando en lo más alto del árbol se percató que no llevaba con él la escopeta y que solo tenía la mochila terciada.

El grito lastimero no cesaba y se oía cada vez más cerca; Palomino no podía creer lo que estaba pasando y mucho menos que tuviera tanto miedo en ese momento, el grito abrazaba el silencio y su corazón, como queriéndose salir, acompañaba aquello como el golpe de los tambores. “Cálmate Palomino”, se repetía. Cerró los ojos, suplicó al Dios de Yadira, al Dios que no existía hasta ese momento, pues su fe siempre había sido su escopeta y ya no la tenía; no supo dónde la había dejado del susto.

El grito continuaba escuchándose más y más cerca. Palomino se llenó de valor y decidió prender la lámpara de cacería para mirar quién gritaba tan angustiosamente: “Tengo que hacerlo”, pensó. Tomó la decisión y encendió la lámpara, llevándose tamaña sorpresa

al descubrir que el que gritaba de esa manera era un mosquito al que una araña llevaba cogido por la pata para llevarle comida a las crías que tenía en su telaraña, en la frondosa copa del árbol donde se había trepado por miedo Palomino.

La Araña sorprendida y atemorizada por la luz y angustiada por sus hijos soltó al Mosquito, mostró sus fieros colmillos y deslizándose de un lado a otro dijo: “Si te atreviste a hacerle daño a mis hijos, te las verás conmigo, soy una araña venenosa, de una especie antigua de estas tierras y poseo un esquema de ataque y defensa que ningún animal salvaje ha podido descifrar”.

Palomino en medio de su sorpresa no hallaba explicación al hecho de que aquel animal le estuviera hablando y mucho menos que lo estuviera amenazando a él, un cazador de experiencia y renombrado en cada rincón del llano. Retomó su ánimo, hasta que pudo pronunciar palabras: “No pretendo dañar a tus crías”. “Yo sé quién eres tú”, replicó la Araña, “eres el monstruo que mata sin compasión a los animales de la selva y ya le hiciste daño a mis hijos, pues por tu culpa, se quedaron sin comer, porque solté el único insecto que había logrado cazar”.

“Si de culpa se trata, tú también eres culpable”, dijo Palomino, “porque estando a punto de jalar el gatillo de mi escopeta para matar un venado que serviría de alimento a los míos, escuché el espantoso grito de dolor que emitía el Mosquito angustiosamente”. La Araña se sintió cómoda para seguir con la conversación y preguntó: “¿Cómo subiste hasta acá?”. “No lo sé, quizás por el susto”, respondió Palomino. “Espero que tengas la misma habilidad para bajar, pues es un árbol muy grande y antiguo, creo, uno de los más viejos de la región”, replicó la Araña.

Al escuchar estas palabras el hombre comenzó a observar el contorno del árbol, la altura y en silencio se preguntó: “¿Cómo carajos me bajo de aquí?”. La araña percibió el nerviosismo de Palomino, no pudo ocultar la alegría y la satisfacción que le producía la situación y sin pensarlo dos veces decidió sacarle provecho, así que irónicamente le preguntó: “¿Dónde está el hombre rudo y con instinto salvaje que atemoriza a los animales de este bosque?”.

Palomino no pronunció palabra alguna, solo pensaba cómo bajar. “Yo me voy, tal vez podría ayudarte, pero tengo que conseguir

el alimento y se me hace tarde”, dijo la Araña. “No te vayas, sé dónde hay insectos, tantos que los puedes tomar por puñados, te daré los que me pidas si me ayudas a bajar de aquí”, respondió en tono nervioso y suplicante Palomino.

“Lo que prometes es tentador, pero debes saber que aproveché los momentos de tu confusión, pensando cómo bajar de aquí y mandé a mis hermanas a reunir a todos los animales de la selva. Mis hermanas y yo estamos dispuestas a ayudarte a bajar del árbol, pero debes prometer no volver a matar animales y cuidar el entorno en que vives, piensa en tus hijos y su futuro. Puedes cultivar la tierra y cazar solo lo necesario para el sustento, mientras nosotras alejaremos a los insectos y animales que quieran hacerte daño”, dijo la Araña.

Sin dudar, Palomino respondió: “Señora Araña, me comprometo a no volver a hacerles daño, pero ayúdenme a bajar, ha pasado mucho tiempo, es casi el alba y nunca llego tan tarde a casa”. “Confiamos en tus palabras”, dijo la Araña. Junto a sus hermanas tejió una cuerda para que descendiera Palomino, al llegar al suelo cogió su linterna y su sombrero y el camino que lo llevaría al rancho. “Dejaste tu escopeta”, le gritó uno de los animales. “No la necesito”, contestó Palomino.

Yadira había pasado una noche angustiada, pronto serían las cuatro de la madrugada y Palomino no había regresado; no alcanzó a pensarlo completo cuando los rayos de luz de la linterna atravesaron el bareque de la casa; salió corriendo al encuentro con su esposo y un brillo de felicidad desbordaba de sus ojos. “Pensé que te había pasado algo malo”, dijo ella. “No, el Dios de tus abuelos, el tuyo y el de tus hijos me protegió, gracias a él, estoy de regreso”, contestó Palomino.

“¡Uuuyyy! ¿Eso qué me lo cambió tanto? ¿Dónde está tu escopeta?”, preguntó Yadira. Palomino abrazó a su esposa, sentándola en su regazo y comenzó a contarle aquella extraña, pero maravillosa experiencia. Ambos lloraron de la felicidad de poder estar nuevamente juntos y Palomino se convirtió en guardián del bosque y protector de los animales silvestres.

EL HOMBRE QUE NO QUIERE VIVIR SOLO

Jhon Diego Navarrete



En el área rural de Puerto López, Meta, cerca de unos apartamentos lujosos vive Carlos, en una humilde vivienda. Carlos es un trabajador de ganadería, ayudante de un mayordomo en una finca cerca a Puerto López. Su sueldo no le alcanza ni para los gastos de la piecita donde vive, su pequeña vivienda es humilde en gran manera, es de teja y de lata. Cuando llega de su trabajo él siempre encuentra su delgado y gastado colchón mojado, nada cómodo.

Él siempre observa hacia aquellos apartamentos lujosos porque añora vivir en uno de ellos y un día puso su vista en aquella mujer que llama su atención y que vive cerca de su humilde hogar. No deja de pensar en formar una familia, ya que vive solo y nunca ha vivido con una mujer.

Aquella mujer es Miryam, pero Carlos no lo sabía y hasta se imaginaba que esa mujer era una alta funcionaria de la gobernación del municipio y que gana mucho dinero. Al imaginar esto Carlos decidió hablarle, se acerca a ella esperando conocerla, pero esa mujer lo mira de una forma inadecuada, porque creyó que le pediría dinero y además iba de afán, porque ella no es de ese tipo de

personas prejuiciosas. Tras el intento frustrado de hablar con ella, Carlos vuelve triste a casa.

Pasa el tiempo y él se siente solo, hasta que un día en el trabajo hubo un recorte de personal y fue despedido... Le dijeron que no lo necesitaban más, que muchas gracias por todo y no lo dejaron hablar. Ese hombre no dejaba de sentirse mal, sin amor, sin trabajo, sin comida, todo para él es sin, sin y sin.

Pasaron unos meses, su vida no ha cambiado, todo sigue igual, hasta que una mañana alguien llegó a su hogar de teja. Se escucharon pasos, pero él pensaba que de pronto era una persona perdida, hasta que salió y observó... para su gran sorpresa ¡Era Miryam! La mujer que en aquella ocasión lo ignoró de una forma inadecuada.

Esa mujer de estrato muy alto trató de remediar el incidente.

Inició la conversación, le preguntó si necesitaba algo, porque ella sabía que él era pobre. Él, con nudos en su garganta, estupefacto, no sabía que decirle. Finalmente le dijo: “No, gracias...”.

La mujer se marcha de aquel lugar y se le cae un sobre de manila, pero el hombre no había visto el sobre porque quedó sorprendido de que la mujer lo visitara en su pequeña, humilde y húmeda vivienda.

Entonces ella se sube a su elegante y carísimo auto y Carlos no le pudo quitar la mirada y se tropezó con el sobre de manila en el piso. Inmediatamente él grita: “Señora, señora”. Observa el sobre que recoge del piso y se da cuenta que es dinero y que tiene dos corazones y una carita feliz.

Dios, después... Carlos se dirige al elegante condominio llamado Parques del Tejar donde vive Myriam, pero él no sabe en cuál apartamento. En ese instante el celador de aquel lugar, que se llamaba Fernando, le pregunta curiosamente: “¿Usted a quién busca?”. Carlos con su rostro bañado en sudor, agotado y con una expresión desesperada, le contesta al celador: “Busco a una mujer alta, de cabello rizado y largo, de piel blanca y ojos claros”. El celador responde sin prejuicios: “La señora Myriam... ella se mudó anoche”.

En aquel momento Carlos no sabía qué hacer, quedarse con el dinero para sus gastos era una opción, pero siente en su corazón que no es lo correcto, entonces decide buscar a Myriam. Carlos ya había gastado todas sus ideas para encontrarla, vuela a su humilde

casa pensando que nunca más volvería a ver a aquella mujer a quien observaba a diario.

En aquellos días él continúa conservando el sobre sin destaparlo, en medio de su humilde y pequeña casa de teja y lata.

En las mañanas él sale en busca de un trabajo para poder comprar alimentos y ropa y, de paso, también seguir afrontando su vida solitaria. En su larga caminata encuentra un letrero al frente de una casa el cual dice: “necesitamos ayudantes de carpintería”. Toma la decisión de entrar con su rostro cansado, pero de semblante alegre, se acerca a un señor alto y robusto que tiene una expresión agradable, en su overol de trabajo decía: “Alfredo Gutiérrez”.

Este sujeto le habla fuerte y despectivamente: “¿Ha trabajado alguna vez en carpintería, o tiene idea del trabajo?”. Carlos, con fe en su corazón de poder obtener la vacante responde: “Señor, nunca he trabajado en una carpintería, pero yo lo puedo hacer”. Sin darse cuenta dirige su mirada al fondo de la carpintería. Allí estaba aquella mujer... con un vestido rojo y blusa blanca, él se acerca y la mira ¡Vaya sorpresa! Era esa mujer. Él, impresionado y atónito, no sabía qué decir, hablarle del sobre o preguntarle qué hacía en ese lugar,

Se decide, se acerca y le habla con voz agradable y a su vez temerosa. Le dice que tiene un sobre de manila que se le había caído a ella aquella vez que lo visitó en su pequeña casita de teja y lata.

En esta ocasión, la hermosa Myriam lo mira con un semblante totalmente diferente al de aquella primera vez que quiso hablarle, esta vez sonríe. Sus ojos, su boca y todo su rostro habían cambiado por completo. Carlos no sabía cómo reaccionar ante el gesto de Myriam.

Ella le dice: “Quédate con el sobre y la vacante es tuya, bienvenido. Alfredo es mi hermano y yo soy la propietaria de la carpintería”. Carlos nunca se imaginó que el trabajo de ella fuera en una carpintería, siempre la había imaginado como una alta funcionaria.

A partir de aquel momento la vida y la situación de Carlos dieron un giro inesperado, porque con la ayuda de Dios, quien es el que toca el corazón de Myriam, él obtiene el trabajo allí. En ese momento a Carlos lo invade una gran alegría y empieza a trabajar en la carpintería.

Con el paso del tiempo su vida ha cambiado por completo, encontró una vivienda cómoda, espaciosa y sin colchones mojados,

con un buen trabajo, todo esto fue posible. Además, él ya no se sentía solo pues a través de este trabajo él entregó su corazón a Dios y se dio cuenta que Dios conocía su necesidad y que nunca lo había abandonado, por más fuertes que fueran las pruebas. Entonces inició su vida en Cristo y su vida fue cada vez más bendecida.

AMORES Y SOLEDADES

Orlando José Cadrazco Salcedo



Como barco viejo

Los barcos desvencijados
salen en su último viaje
a morir en un astillero
junto a algún acantilado,
ante tu ausencia decidí partir
como los barcos viejos en su
último viaje a morir en un
pueblo cualquiera, en una
ciudad cualquiera,
lejos de todo y de ti.
Donde ni la brisa, ni la gente
ni el murmullo de la ciudad
me traigan tu recuerdo.
No estás en mi vida ni
en mi mundo; perteneces a
otros tiempos, eres del pasado
lejano, ni en las parrandas bulliciosas
me acuerdo de ti.

CALDAS

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MANIZALES



MAURICIO QUINTERO
DIRECTOR DE TALLER

CÓMPLICE DE SU DESTINO

Andrés Mauricio Narváez



Y allá se encuentra el perdido, taciturno y sin sentido
Con un cigarro encendido ya huérfano de ilusiones
La herencia que le han dejado es despojo y sufrimiento
Ese lamento que el viento le ofrece cada mañana.
Es la lentitud del tiempo que hace más larga la espera
Imprudente la vida, se burló del inconsciente
Hundiéndola en cada instante en tan infernal miseria.
Que desdicha ha de sentir la madre de este vientre
Al ver el desecho aquel del que se ríe la gente
Fue la bendición más grande que un día llevó en su cálido
vientre.

Déjeme decir señora, que mientras unos sonríen
Otros al mirarlo lloran
Y ha encendido ignorando lo que es, dosis de muerte
Consume y todo aquel que lo mira, parece que no lo ve.
Y si escuchan los rumores de un pueblo crítico y cruel
Diciendo pobre mendigo, que Dios se apiade de él
Allá en aquella esquina, otra vez me lo encontré
Descalzo y casi desnudo, lo que era ya no es.

La lápida del olvido ha quedado sobre él
Nada quedó del joven, nada porque nada fue
Culpables nunca encontraron, solo el cigarrillo aquel...

”DEL OLVIDO, LA DESIGUALDAD Y EL FALSO PODER”

Cristian Camilo Varela



Parte I

*... La historia no se refugia en las notarías ni en los juzgados,
ni siquiera en los periódicos. La historia es una voz llena de timbres
y de acentos de gente anónima.*

ALFREDO MOLANO

El presente relato se elaboró en la penitenciaría de la ciudad de Manizales conocida como “La Blanca”. Tanto entrevistador como entrevistado nos encontramos reclusos en este lugar. No se quiere hacer apología al delito, ni mucho menos justificarlo. Se pretende encontrar esa raíz de donde emerge ese trasegar que tiene como última etapa la cárcel o la tumba.

Lunes, enero 17 de 2016. Hora 2 p. m. Cárcel “La Blanca” de Manizales.

Iniciamos la primera entrevista con Juan (nombre cambiado), un joven de diecinueve años de edad. Lleva recluso diecisiete meses en el patio número dos de la penitenciaría y se encuentra condenado a cinco años y dos meses por el delito de extorsión, también

por pertenecer a las mal llamadas Bacrim (bandas criminales), grupos surgidos tras la desmovilización de los llamados paramilitares.

Su aspecto es tranquilo, de estatura mediana, complexión delgada pero ejercitada, trigueño, ojos profundos y penetrantes que reflejan esa mezcla de angustia y ansiedad del niño que todavía es y que la vida, esa que por estos días cuesta tan poco, lo arrojó a una realidad tan difusa y repulsiva, que su tranquilidad raya en una tragedia cómica del contexto complejo en el que nos encontramos.

Juan a su corta edad es maduro, cualquiera diría que sus vivencias lo convirtieron en un viejo de diecinueve años. Pero su sonrisa y expresión pasiva nos recuerda esa sangre aguerrida producto de un violento mestizaje cargado del despojo y los excesos que ante momentos difíciles emergen sin dar tregua. Mientras hablamos bajo una intensa tarde de calor, los anhelos de una fría cerveza —un sorbo de libertad— atrapan nuestros pensamientos antes de comenzar la entrevista.

Juan es oriundo de un pequeño pueblo de Risaralda a la vera del río Cauca, a una hora y media de la ciudad de Manizales. Pueblo caluroso, de economía minera y protagonista silencioso de la barbarie que se extiende por todo el territorio nacional.

La nostalgia se cierne por momentos mientras conversamos. Los recuerdos van llegando con intensidad, por esta razón decido empezar por el final. El orden hace parte del sistema corruptor; el desorden, de la esperanza y el cambio.

Agosto del 2014

Juan es capturado por el Gaula de la policía. La incertidumbre se personifica en una avalancha de miradas culpables, de dolor y abuso. Acusado de ser uno de los extorsionadores de la zona, es llevado al CAI del pueblo, esa catacumba medieval en donde la tortura, esa que pregonan solo para los grupos al margen de la Ley, es aplicada por la Ley misma sin misericordia.

En un sofá, los dieciocho años de Juan son agredidos con severidad por los “héroes de la patria” que golpearon su cabeza de forma incansable, tal vez pensaron desaparecer sus recuerdos. Veinte manos

se ensañaron con su cuerpo profanando su dignidad. Paran; el dolor no es suficiente. En un calabozo de nuevo aparecen los “héroes”. Ahora son solo dos. El cuerpo diezmado de Juan es más vulnerable. Sus verdugos lo mojan. El agua fría perfora el alma. Con tábanos —esa versión mejorada de la picana usada por los milicos argentinos— descargan su energía sin misericordia en la última esperanza de construir un futuro. El dolor de los choques eléctricos traspasa su juvenil piel, se mete en sus huesos. La angustia, el miedo, los golpes, el insulto. Sus dieciocho años conocieron en media hora de torturas que su error se pagaría con el desgarre de su piel y su conciencia.

Mientras conversamos mi mente no dimensiona su dolor, sus sensaciones. La imposibilidad de escribir el detalle me lo delata su mirada triste, tal vez enojada al recordarlo. A las seis de la mañana Juan es liberado, extraña situación. Sin entender ni meditar lo sucedido, el destino aparece en forma de llamada; al otro lado “el patrón”. Su misión, recoger un dinero en una de las fincas de la región...

A los diecisiete años empezó en ese mundo escampadero de nuestros jóvenes carentes de todo y cargados de ilusiones. El poder del dinero corrompe. Máxime si va acompañado del falso poder. Juan me describe cómo se deslumbró con su sensación, “se ven armas (o aparatos)... la droga... el dinero... las mujeres que entregan falso amor”. Los que antes eran sus paisanos ahora son sus presas. En su ingenuidad lo ven como modelo a seguir, el que genera respeto. Esa falsa cultura de lo fácil, del poder superfluo. A su corta edad tiene lo que los mineros que dejan sus vidas por el nulo resplandor del oro, no podrán tener con su arduo trabajo. La ropa, las mujeres, la “buena vida”, obnubilan la razón, esa que mientras hablamos le surge como autocrítica: como arrepentimiento; como un *mea culpa* que lo llevó a entender que ese respeto ficticio era un sofisma de distracción del miedo que generaba. Sus palabras engrandecen su pequeño espíritu que conoció el dolor para entender la realidad, “uno mismo agregándosele al mismo pueblo, en vez de estar unido a él... uno no cree... no para bolas... no entiende”. Esa reflexión la cimienta cuando recuerda que sus mismos paisanos mineros lo estaban esperando para matarlo. Le salvó la vida su captura definitiva...

Luego de la llamada, la ingenuidad de Juan y la sumisión a su “trabajo” lo dirigen como un borrego a cumplir el cometido:

recoger el dinero. Se dirige hacia la finca con otro joven menor de edad; él, a sus dieciocho años está convertido en un “macho”. El otro con sus dieciséis años se embarca en un bucle que Juan ya conoce, ya “domina”. Cuando llegaron a la finca, en una casa contigua lo esperaba el mayordomo. Sobre una de las mesas y debajo de un vaso está el dinero. Ese botín sagrado que legitima el falso poder, su respeto. La vida es paradójica. El calor o tal vez el miedo lo lleva a pedir un vaso de agua. Lo recibe. Toma un sorbo y el dinero. El mayordomo se comunica con la víctima, ya está listo el negocio. Juan se acaba de tomar el último sorbo de libertad.

El destino se presenta con fusiles. La Ley, esa que en la noche anterior lo torturó, lo vejó y lo humilló, extendió sus garras sobre él. Las frías esposas. De nuevo el miedo; el shock; la incertidumbre. Mientras conversamos, las pausas que le impongo a Juan nos llevan a reflexionar que “el patrón”, ese que como espuma lo catapultó hacia el falso poder, lo entregó como un peón de un juego de ajedrez.

Los dos jóvenes son capturados. Sorpresivamente los suben al carro de la víctima donde son transportados a la oficina del Gaula en el barrio Arboleda de Manizales. Juan con sus dieciocho años cumplidos el 3 de mayo, no tiene cédula ni contraseña. El Gaula lo trasladó a la Registraduría para acelerar el trámite jurídico. Su mundo, su falso poder, se derrumba como un castillo de naipes. La realidad pega tan duro que el dolor de la tortura no lo alcanza a superar. Los días en que Juan impartía miedo en las minas con su arma a la vista de sus paisanos, a su pueblo, a su gente, habían terminado. Los documentos de la judicialización y Juan son dirigidos a la Sijín. Su primera noche como prisionero acaba de comenzar...

Parte II

*Solo se puede narrar verdaderamente el pasado como es,
ya que recordar el pasado es un acto social del presente,
hecho por hombres del presente y que afecta
al sistema social del presente.*

IMMANUEL WALLERSTEIN

La continuación del relato se elaboró bajo entrevistas intercaladas. El tiempo reducido para acceder a ellas, la vigilancia constante del personal de guardia, el estrés permanente del encierro y la sensibilidad del entrevistado al recordar sus experiencias, convirtieron la continuación del relato en una verdadera odisea metodológica.

Viernes 5 de febrero de 2016. Cárcel
“La Blanca” de Manizales

El sonido de los barrotes estremece el alma. El miedo constante y la profunda soledad se ven profanadas por siete almas que junto a Juan completan el cuadro de la desesperanza. Los muros, las rejas y las cadenas recrean su nuevo mundo. El frío intenso y los sollozos se mezclan con el olor a humedad, excrementos y orina. Las paredes desteñidas son lienzos donde los hombres dejan tenues huellas de su existencia. Días, meses y años, frases y palabras entrecortadas simbolizan una caricia no dada, una rabia contenida, un arrepentimiento fortuito, una rebeldía inconclusa; mensajes desesperados incrustados en el tiempo como un intento de olvidar la angustia, esa que grita a un mundo que los alejó y les impuso el silencio como ley.

Sus sentidos se trastocan de manera continua: sonidos, olores, imágenes y tactos recrean el ambiente del calabozo. La primera noche de Juan en la Sijín fue interminable. La incertidumbre se apodera de su conciencia: mil preguntas, mil tristezas, mil pensamientos bombardean su cabeza. El intenso frío combatido con un “buzo” le recuerda que la comodidad, esa por la que su destino cayó hacia el abismo, es un recuerdo que empieza a perturbar. Sin

cobijas, sin comida, ni un colchón en el cual descansar sus pensamientos, lo conducen a describir la situación con una frase lapidaria: “la primera noche la pasé como un perro”.

El sonido de las rejas nos libera del letargo de su testimonio, detengo la entrevista, pues la ansiedad de Juan se personifica en un constante movimiento de piernas que, según dice, es un “vicio” generado desde su llegada a prisión, cuando ve pasar los días y la monotonía del encierro. Se toca la cara constantemente, regresa su mirada triste. Me dice que al final “ellos hacen su trabajo”. Reflexiono unos minutos y lo increpo, pues la tortura a la que fue sometido no tiene ninguna justificación, la fuerza pública está diseñada para defender la Ley, no para violarla.

Miércoles 2 de marzo de 2016. Cárcel “La Blanca” de Manizales

Al día siguiente Juan es trasladado al Palacio de Justicia para legalizar su captura. A las 9 a. m. el primer piso del edificio alberga en una de sus salas el testimonio del gran Leviatán que ejerce su poder en los tentáculos inquisidores de la “justicia”. Su miedo, sus tristezas y sus explicaciones los carcome el silencio.

Hombres togados, acusadores sin principios, hablan sin cesar incongruencias a los sentidos trastocados de Juan. En la audiencia lo esperaba su madre y su hermana que con sus lágrimas desataron un manantial en sus ojos, un desahogo de la tristeza reprimida desde el día de la tortura.

El juez increpó a Juan con discursos legalistas y desobligantes, su “error” le costaría entre dieciséis y veintiún años de reclusión. El abogado de oficio lo instó a no aceptar cargos, aunque para Juan “no hizo nada”. Aduciendo que el delito por el cual es juzgado carece de beneficios penales, entre ellos la detención domiciliaria, se ordena su detención intramural en la cárcel de Manizales. Una escena repetida mil veces, dantesco retrato de la solución del Estado al olvido, la desigualdad y la penumbra que se extiende por el territorio nacional y se reproduce como una condena constante, un bucle sangriento, profano e inhumano, ese que impulsa a nuestros

jóvenes a comprender que “el hambre es más roja y matadora que la sangre” (David Sánchez Juliao).

Terminada la audiencia lo trasladan al Gaula, esposado de pies y manos y a empujones, la dignidad vejada de Juan da nuevos alientos de conciencia. Su mente comienza a experimentar visos de supervivencia en esa jungla de cemento; la idea de fugarse de sus cazadores acelera la adrenalina y su corazón ¿Cómo liberarse? ¿Hacia dónde correr? ¿Cómo burlar el cerco de sus captores? Estas preguntas revolotearon en su cabeza. Sus movimientos constantes, los fallidos intentos para liberarse de las esposas y los pedidos de reducir la presión de las mismas, llevaron a sus captores a presentir sus pensamientos. Tratándolo de “chillón”, los del Gaula le expresaban constantemente: “si usted sale a correr por esa calle, lo pegamos”.

Morir esposado, corriendo por una calle no representaba los heroicos pensamientos que minutos antes oprimían la razón. Máxime cuando recordó el día de captura en la finca del “rico”, cuando los “héros” agentes del Gaula le manifestaban constantemente que debía estar agradecido por no ser desaparecido, “si fuera otro grupo, sí”.

De nuevo aparecen los movimientos en sus piernas y su mirada triste. Me desvía el tema, lo comprendo, tal vez más que muchos que lo juzgan; nos juzgan. Mitigo su ansiedad hablando de su situación en prisión. Su madre es la única que lo visita, aquellos que disfrutaron de los excesos de su falso poder nunca han aparecido. Es su madre la que sagradamente el segundo domingo de cada mes le trae los artículos de aseo y los manjares que en prisión no existen. Su ansiedad da saltos inesperados a profundas reflexiones, en la cárcel, me dice, la solidaridad no existe, “nadie hace un favor, todo es plata”. Aunque sabe los sacrificios que hace su madre para visitarlo y traerle artículos de aseo, él colabora a sus compañeros de celda, así como se preocupa por su presentación personal, “aunque estemos en prisión seguimos siendo seres humanos... porque estamos en la cárcel no tenemos que portarnos como animales”. El tema de la entrevista se diluye, conversamos sobre sus sueños, los anhelos de estudiar, viajar por el mundo y conocer otras culturas. Su futuro incierto se recrea en poder salir de prisión, tal vez buscar nuevos rumbos.

Juan es un joven noble, sus actitudes me demuestran un cambio en su forma de pensar. Sus reflexiones y problemas, sus carencias e incertidumbres me generan una profunda impotencia. Tal vez mis palabras y sus experiencias que se relatan en estas líneas tengan un eco en los que como Juan se convierten en víctimas de la degradación de un sistema creado para el privilegio de unos a costa de la exclusión de otros.

A las 11 a. m. Juan es trasladado por el Gauía a la prisión...
Continuará (si las circunstancias lo permiten)

Parte III

Hace algún tiempo alguien reflexionaba sobre cómo escribir bien. Cómo plasmar en símbolos nuestros pensamientos, nuestras tristezas, nuestras alegrías. Cómo pronunciar a través de la escritura un cúmulo de sensaciones y experiencias que nos particularizan. Ese alguien llegaba a la conclusión de que la mejor manera de escribir era desde las vísceras. ¿Cómo? Quizás el estímulo no nazca en las vísceras, pero si está atado a esas emociones que nos hacen humanos. Como seres inconclusos nos aventuramos en un micromundo de letras y normas para intentar plasmar lo impronunciable.

En el momento que escribo estas líneas, son esas emociones las que guían lo impronunciable. Hoy, tras meses de intentar concluir este escrito, mi protagonista, mi compañero de cautiverio y, porque no, mi amigo salía de la prisión, no hacia la ansiada libertad, sino hacia otra catatumba: tal vez más oscura, tal vez más perturbadora.

Martes 6 de septiembre de 2016, cárcel
“La Blanca” de Manizales

Junto a Juan aparecen treinta compañeros más. Sus miradas perdidas en un infinito turbio, difuso, disperso. El dominio del hombre por el hombre en su máxima expresión, pisoteando bajo un uniforme la esperanza. De pie, los llaman uno a uno. La desagradable requisa que

deshumaniza, un despojo continuado de las pocas pertenencias que los acompañan. Las prendas se van acumulando en una pila: colchonetes, artículos de aseo y cobijas complementan el espectáculo. De pie, siempre de pie, las treinta almas esperan su destino. Los objetos caen por montones. La noche de los cristales rotos (*Kristallnacht*) en una penitenciaría: escena dantesca. Sus miedos se reflejan por los poros, ¿Qué pasaría por sus mentes? ¿Qué estarían sintiendo? No poder expresar con palabras esas sensaciones me confirma que ese alguien tenía razón: cuando se escribe con las vísceras, las palabras sobran. La escena es una copia de los suplicios medievales en donde se exponía con crueldad la venganza del Rey. Todos aquellos que osaban transgredir la ley eran destrozados en un juicio público de tortura. El poder opresor se ejecutaba con la mayor desidia. El mensaje explícito del miedo. Detrás de una reja observo a Juan. Nuestras miradas se encontraron para reconocernos. Una sonrisa tenue, de esas que desarmen el alma, me hicieron sentir la manifestación del poder y la opresión del verdugo. Mi corazón latía con fuerza, no sé si de rabia, angustia o impotencia. El cuerpo, ese vehículo maltratado, nos acerca en un lenguaje universal que aun sin palabras hace que las barreras se difuminen. Una expresión de resignación, la devolví con una de respaldo, una de angustia, con una de apoyo. En ese juego nos pronunciamos una vida. Tal vez nunca nos volvamos a ver, tal vez nos comuniquemos por cartas: solo tal vez.

Tanta incertidumbre, tanta maldad, tanta desidia. Los ahora veinte años de Juan se encuentran a pocos metros de distancia gritando cabizbajo. Una sudadera negra, un saco de lana del mismo color y una bolsa transparente con las pocas pertenencias que puede un recluso llevar en un traslado de prisión, lo acompañan. Sus manos se toman el rostro. Las uñas se vuelven un manjar. Sus piernas no terminan de moverse. Mira a todos lados desconcertado. Descansa un momento en cuclillas, me mira. Mira al cielo, tal vez elevando una plegaria no escuchada. Luego de la requisa van pasando a la reseña como borregos hacia el matadero: desesperanza.

Juan me demostró el significado de la impotencia. No poder rescatarlo de un mundo siniestro que lo consume día tras día en cada inhalación. No poder contarle al mundo su vida, su corta vida que lo convirtió en viejo. No poder contarle al mundo que Colombia

ahoga su futuro bajo los barrotes del presente. Las miradas se cruzan nuevamente. Un puño cerrado hacia el corazón me indica un aprecio, tal vez el mismo que siento hacia él. De Juan aprendí que la vida es cruel, que la vida es un susurro que se extingue todos los días. Con él aprendí la autenticidad de la palabra: precisa; la solución descomplicada. Juan, los muchos Juan que en prisión se desvanecen por un sistema que los excluye, que los diseña. Un sistema que esconde bajo la alfombra sus desgracias. Las miradas se cruzan por última vez. Le pregunto si ya avisó a su madre: asiente. Le indico que le escribiré. No sé a dónde lo llevan y él tampoco. Me pide una tarjeta telefónica, le acerco dos, regala una, muestra de humildad. Me mira desorientado como pidiéndome también que lo saque de allí: ¡impotencia!, ¡maldita impotencia!, ¡maldito sistema!

No sé qué será ahora de Juan. No sé qué caminos lo esperan. No sé si su rostro se llenará de lágrimas o si, como siempre, su fuerza, esa que ha soportado una vida enajenada, lo conducirá a los lugares que tanto ha soñado. A viajar por las culturas que siempre lo han desvelado. Mundos, mil mundos que a su corta edad solo imagina. A terminar sus estudios, esos que abandonó por la luz deslumbrante del falso poder. A casarse y tener hijos. A mirar la vida sin vergüenza. A olvidar la tortura, el miedo, el desprecio.

Nos indican que debemos irnos. El encierro nos espera. El espectáculo para nosotros ha terminado, para ellos, apenas comienza. Una bendición a un Dios que lo olvidó. La última mirada. La vida es injusta, me hizo protagonista de su historia.

Solo espero volverlo a encontrar fuera de estas rejas y tomar con él un sorbo de libertad...

PUNTO APARTE

Edwin Alberto López Grajales



Me encierro en un circuito
Que yo ni me explico,
Como y cuando me embolato
Como el nudo en un zapato,
Dando vuelta y tropezones
En medio de mis decisiones.

Pero sé que algún día
Llegará mi jerarquía,
Y no será por un instante
Pues cambiará mi punto aparte.

CHUEE

Esner (seudónimo)



Chuee tenía una chaza de dulces bien surtida, de lunes a viernes trabajaba bien duro porque le iba mejor de noche, diario trabajaba hasta la una de la madrugada, porque por medio de su trabajo conoció a una chica, al transcurrir el tiempo se enamoró de ella, la mujer trabajaba en un bar hasta tarde de la noche, todas las noches esperaba que saliera de su trabajo para irse juntos. Chuee vivía en una residencia; con lo que se ganaba en la chaza pagaba diario la habitación y su alimentación, los sábados y domingos se tomaba sus traguitos y salía a buscar a su chica. Un día Chuee le dijo a su chica que se saliera de trabajar de allí que con lo que ganaba salían juntos adelante. A ella no le gustó, le dijo que así la había conocido. Decidió irse tomar unos tragos, le hicieron una propuesta de trabajo para Medellín, Chuee aceptó la propuesta con el firme propósito de darle una mejor vida a su chica.

Chuee se encontraba en el terminal rumbo a Medellín, pasaban las horas y no salía el bus, se acercó un amigo con quien hacía mucho tiempo no platicaba, lo invitó a tomarse unas cervezas y él al ver que no lo llamaban decidió salir con el amigo, fueron hacia un bar y empezaron a contarse varias historias en medio de las copas.

Chuee viéndose muy tomado, y a punto de cerrar el bar, decidió irse donde su chica, se despidió de su amigo y tomó transporte para la residencia donde dormía con su novia, con tan mala suerte que al llegar vio a su novia entrando del brazo de otro hombre a otra habitación, reaccionó muy fuerte, entró a la habitación, empezaron una fuerte discusión y bajo el efecto del alcohol Chuee sacó una navaja, en el forcejeo le dio un chuzón en el cuello y ella empieza a sangrar. Del susto se le bajó el efecto del alcohol, inmediatamente se la llevó para el hospital, Chuee preocupado indagó por la evolución de la paciente, entre tanto llegaron agentes de la Sijin y él les contó todo lo sucedido. Lo esposaron y decidieron llevarse lo, en ese instante recibió la peor noticia, pues su novia había fallecido, en medio de la angustia y la desesperación un agente de la Sijin le dijo que se podía ir. Regresó de inmediato a su habitación mirando siempre hacia atrás para ver si alguien lo seguía. Ya al día siguiente muy temprano llegaron con la orden de captura por la muerte de su novia, pasaron veinticuatro horas y lo llevaron a audiencia donde le dieron veinte años de detención intramural. Chuee no sabía qué lo ponía más mal si la condena o el episodio de la muerte de su novia.

Al día siguiente se lo llevaron para la cárcel, al llegar a recepción conoció a un parcerero llamado Esner. Le brindó apoyo y orientación y le dijo que pidiera para el patio 2º, a eso de las seis le dieron cambio, llegó con Esner y empezaron todo tipo de murmullos, se le acercaban a preguntarles porque habían llegado, dando gracias a Dios de tener un conocido que era Esner. Los ubicaron en una celda, a las cinco de la mañana abrieron la celda, bajaron al patio y no sabían qué hacer en medio de tanta gente mirándolos raro, unos con cicatrices en todo el cuerpo, al paso del tiempo se fueron adaptando al ambiente, a la rutina de cada día.

Chuee por cosas del destino falleció hace una semana y Esner se encuentra luchando por su libertad.

RECUERDOS DE MI MEMORIA

Fabio Nelson Martínez Cárdenas



Siendo muy niño a la edad de seis años, mis padres tomaron la decisión de separarse y cada uno cogió un rumbo distinto y lejano. Esto contrajo una situación muy dura para todos. Mi madre se llevó unos de mis hermanos; a otros, los dejó con sus padrinos, o, supuestamente, personas de confianza.

Mi padre decidió viajar a su tierra natal, departamento de Boyacá, llevándome consigo junto a mi hermano. Recuerdo que vivimos los tres juntos solo por un mes, luego mi padre se regresó para mi tierra, Tolima, llevándose con él a mi hermano y dejándome a mí con una familia que había conocido veinte años atrás, pero para mí era totalmente desconocida. Con ellos viví alrededor de un año y medio sin saber mucho de ellos, eso para mí era muy duro. Recuerdo que pasé muchas noches en blanco, pensando en ellos y llorando mi amargura y mi dolor.

Cuando imaginaba que no volvería a verlos, llegaron mi padre y mi hermano. ¡Qué alegría! Me sentí de nuevo vivo. Volví a sentir que corría sangre por mis venas. Lo que yo no imaginaba era que apenas iba a comenzar mi calvario, pues aquel señor que se había hecho cargo de mí, le contó a mi padre todos los daños y rebeldías que yo

había hecho, pobrecito de mí. Mi padre me dio una trilla de padre y señor mío, me pegó tan duro que todavía me duele, pues aquel malvado hombre no le contó todas las humillaciones que me hizo sufrir, fueron muchas, muchas, pero la que más me marcó la vida fue cuando aquel hombre me mandó a contar el ganado y darle sal, ja, ja, ja, que risa pues yo en mi tierra nunca había estado tan cerca de esos animales, que por allá se ven más en el plato. En ese momento por la bendita bolsa de sal, se venían en manada hacia mí. ¡Qué miedo!, pensé que me iban a atacar. Salí corriendo y de la bendita bolsa no me volví acordar, ese fue mi error, porque aquel señor se molestó tanto que al verme llegar llorando y tembloroso, sacó de su pretina un revolver calibre 38, me quemo tres tiros al piso y me dijo mil cosas entre ellas que me iba a matar y me tocó irme a dormir al monte, como si fuera un perro y, tal vez, eso era yo en esos tiempos, un triste perro sin amo. Ahí fue donde sentí el frío, no corporal, sino el frío de la soledad y el olvido, ahí fue cuando vi que en verdad estaba solo, solo sin padre, madre y hermanos o personas en las que yo pudiera confiar. Así pasé una y otra amargura por causa de aquellas personas que solo daban desprecios y humillaciones.

Luego cuando llegaron mi padre y mi hermano seguí bebiendo el cáliz más amargo de una niñez suprimida y dolorosa. Mi padre era una persona rígida y complicada, que por bien o por mal nos castigaba, pegándonos con lo que tuviera en la mano sin pensar en el daño que nos pudiera causar. Así vivimos un sinfín de aventuras, tantas que no alcanzarían las páginas de este folleto para enumerarlas y contarlas una por una, solo puedo decirles que cada una era más intensa que las otras.

Recuerdo que cuando mi padre y mi hermano regresaron, nos fuimos a vivir a una finca de aquel hombre que había estado a cargo de mí. Allí empezaron estas aventuras, aunque yo desde niño me he caracterizado por ser tímido, callado, sereno y hasta cobarde. Estando en esa finca un señor le dijo a mi padre que por qué no le hacía el favor y le dejaba alguno de nosotros para que le hiciera los mandados y mi padre nos mandó a ambos, para que nos ganáramos la comida y algo de dinero, dízque para comprarnos ropa y zapatos, pero yo no duré mucho tiempo. Aquel señor era el papá del que me había humillado tanto tiempo en la ausencia de mi padre, pero

mi hermano como es mayor que yo y es más arrebatado y dañino, me invitaba a hacerle males, le matamos animales, como gallinas y peces, pero el que cargaba el muerto siempre era yo.

Aquel señor tenía otros hijos menores que yo, peleábamos mucho y hacíamos daños, entonces mi padre fue por mí y dejó a mi hermano unos días más, hasta que también fue por él. Mi padre había comprado un cerdito para engordarlo, más adelante venderlo y supuestamente comprarnos algo, pero en realidad lo poco que ganaba se lo gastaba en trago y mujeres, pues él siempre fue borracho y jugador. Lástima que las cosas no salieron como lo habíamos planeado, cierto día mandó a mi hermano a amarrar al cerdo en un árbol, cuando mi padre fue, ya era demasiado tarde, el cerdito había muerto ahorcado, el nudo había quedado corredizo.

Aquel malvado señor dueño de la finca nos echó de su propiedad, solo porque se llenó de envidia, porque mi padre sembró un cultivo de plátano y como ya estaba empezando a dar sus frutos entonces nos echó para no compartir nada con nosotros. Mi padre al ver la situación tan crítica en que nos encontrábamos, que no teníamos nada de nuestra propiedad, en especial un techo donde vivir, tomó la decisión de hablar con el patrón del pueblo, el cual le daba solución a casi todos los problemas de la región, hasta a los más insólitos por decirlo así. Este señor nos colaboró con el juicio que se adelantó con el dueño de la finca, quien llevó la peor parte de todo.

Después de un largo rato de interrogatorio, lo sentenciaron a pagarle a mi padre una buena suma de dinero de aquella siembra la cual nos serviría para sobrevivir unos días. Todo aquello sucedió en los años 89 hasta el 91. Después de todo aquello nos tocó irnos de esa finca para muy lejos, pues el patrón del pueblo tenía una finca abandonada como a cinco horas de distancia, hacia la mitad de la selva. Mi padre y un amigo de la infancia construyeron una especie de choza de los indios y nos fuimos para allá. De ahí en adelante empezaron nuevas aventuras de vida.

UNA VIDA A CORTA EDAD

Jeison David Orozco Díaz



Todo empezó con un día de trabajo cuando mi padre me llevó para ayudarlo a pintar una casa de unos patrones. Tenía solo diez años de edad. Sin remilgar, miré a mi padre y fui a ayudarlo al terminar la tarde. Salimos de aquella casa y nos dirigimos al hogar. Empezó a caer la noche cuando mi padre recibió una llamada, era la patrona de mi padre, quien sin conocerme, me acusaba de la pérdida de un anillo de oro puro. Mi padre colgó enfurecido, yo no entendía por qué me miraba con desprecio. Al llegar mi madre a la casa se formó una discusión —aún seguía sin entender—, al salir mi madre del cuarto la noté muy furiosa conmigo y me preguntaba por un anillo de oro que yo no tenía ni idea de dónde estaba, la miraba a los ojos y le decía que no sabía nada y que además yo no había cogido nada, pero al igual ella no me creía y me decía con mucha rabia que ella no quería un ladrón en la casa, sin medir palabra me echó de la casa. El pensar de ella no estaba en que yo no lo haría, pues salió y se fue a comprar lo de la comida y mi padre, serio, salió hacia la terraza, yo estaba llorando y sin pensar cogí dos maletines y empaqué lo que me cabía de ropa y salí.

Al llegar a la esquina me encontré a mi hermano mayor, al ver lo que estaba haciendo con una sonrisa en su rostro me preguntó que pasaba, yo lo miré y le explique:

—Me voy de la casa, por favor dile a mi madre que no volveré.

Riéndose me dijo:

—Y ¿qué piensa hacer de ahora en adelante?

—No sé pero a mi casa no volveré.

Empecé a caminar y pensar qué iba hacer, se oscurecía y no sabía dónde pasar la noche, me sentía cansado y ya era tarde. Cogí las maletas y me acosté en un matorral, pasó la noche y llegó el día y empecé a caminar para buscar algo de comer. No habiendo más, me paré en la entrada de un restaurante a esperar que alguien me regalara algo para calmar mi estómago que sonaba repetidamente; pasaron ocho días y aún me encontraba en la misma situación, pues ya la mente empezaba a maquinara muchas cosas. Volví al barrio buscando una solución para mi problema, pues ya de tantos días me encontraba sucio y lleno de rabia hacia mi familia. No di espera y me fui a buscar un señor que se hacía llamar Bachilo, la clase de hombre que no tiene escrúpulos ni miedo a nada, pues fui y lo encontré. Le comenté lo que me pasaba, me miró:

—Mijo no se preocupe que yo lo voy ayudar.

Yo sonreí porque sabía que ese señor tenía mucho poder, me ofreció su casa, comida, hasta un trabajo que por razones obvias no desaprovecharía.

Llegó la mañana siguiente, me levanté, me bañé y salí a trabajar, vendiendo pegaos a \$1.000. No tardó mucho para empezar a meterme en las drogas. Pasaba el tiempo y yo en lo mismo, no aguanté más y hablé con el patrón porque yo quería un trabajo donde ganara más dinero, me miró y me dijo:

—Tengo algo que te puede servir

Salí de la casa del patrón y seguí vendiendo y esperando una llamada de la cual me darían razón de mi nuevo trabajo. Al fin recibí la llamada de un sujeto que dijo me esperaba en la esquina de un billar del barrio. Salí corriendo a la casa donde me estaba quedando, pues tenía que dejar lo que me quedaba de droga. Llegué y como siempre el patrón estaba allí esperándome, lo miré y en sus manos tenía dos revólveres calibre 38.

—Mijo escoja uno, el que más le guste.

Lo miré y le dije que yo nunca había cogido un arma.

—No se preocupe que yo lo enseño.

Salí al billar con el arma en la cintura. Al llegar a aquel billar me encontré con un niño que había estudiado conmigo, pues ese niño ya manejaba una moto 115, me acerqué, me miró sorprendido.

—No me diga que a usted lo mandó Bachilo.

Le dije que sí, pero no me dijo qué había que hacer. Cuando de repente escuchamos una moto que se acercaba con mucha velocidad, nos dio una foto y una dirección, nos dijo aquel hombre: “si no hacen el trabajo bien, no aparezcan por acá”. Me monté en la moto con aquel niño, llegamos al lugar que nos habían destinado. Cuando vi la dirección resulta que era una peluquería y la paciente era la dueña que por no pagar una extorsión, tocaba quitarle la vida. Miraba a mi compañero con mucho miedo y le decía que no era capaz de hacerlo, me miró enfurecido:

—Yo por usted no me voy hacer matar, móntese y yo le digo al patrón que usted no fue capaz.

Lo miré porque yo sabía qué me pasaría y le dije:

—Prenda la moto que ya vengo.

En ese momento sentí mucho temor, pero sabía que si no lo hacía ese sujeto me mataría. Me llené de valor y me acordé de lo que me había pasado. Entré en aquella peluquería. Sin dar más espera, desfundé mi arma y le disparé en repetidas ocasiones, la señora cayó al piso y escuché muchos gritos. Salí de allí corriendo y muy asustado por lo que había hecho, cuando miré a la esquina el compañero mío ya no estaba, me había dejado solo, guardé el arma y empecé a correr sin parar y corrí y corrí hasta llegar al barrio. En la entrada del barrio paré para tomar un descanso. Me fui caminando hasta llegar a mi casa. Cuando llegué, vi que en el portón estaba el compañero mío hablando con el patrón. Me llené de ira. Saqué mi arma y se la acomodé en la cabeza. El patrón me miró y me dijo:

—Calmado que todo hacía parte de una prueba para ver que tanto potencial tenías, y por lo que veo, vas a tener muchos trabajos de ahora en adelante.

Sacó un enorme fajo de billetes y lo puso en mis manos.

—Eso es tuyo, te lo has ganado.

Salí de allí muy contento pero a la vez muy confundido. No sabía qué hacer con tanta plata. Caminé hasta la panadería que había cerca del barrio. Me senté. No podía dejar de pensar en lo que había hecho. Pedí algo de comer y me marché de allí. Más tarde llegué hasta cierto punto y me senté en un andén a preguntarme en qué persona me convertiría si seguía en lo mismo. Me paré y seguí caminando mientras mis ojos se encharcaban y mi mente recordaba cuando aquella noche, mi madre me echó de la casa...

MUERTE INESPERADA

Jorge Luis Muñoz Parra



—¡Luis, Luis!

—Hola —escuché a un compañero cuando me llamaba al regresar al patio del área de educativas.

—Sí sabe ¿no? —me dice.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Como le parece que Pedro murió...

—¿Cómo? —le digo—. A ver sentémonos y me cuenta qué fue lo que sucedió.

Sin miramientos me confirma:

—Pedro ha muerto.

—¿Cuál Pedro? —le pregunté de nuevo, me responde:

—El señor que vivía en su celda...

Un silencio, nervios invaden mi cuerpo, no sabía qué decir, le digo:

—¿Es verdad? ojo con eso no se juega.

—Confirmado —me dice— anoche murió.

“Pedro”, así es como llamaré al protagonista de esta historia.

Una tarde lluviosa de octubre del año 2015, donde el frío y la desazón invaden cada pared de estos fríos pasillos del pabellón, después

de subir a mi celda, como de costumbre me encierro en mi plancha a leer un libro, bajo una cobija térmica que amortigua un poco el frío.

Al transcurso de más de una hora, se escucha como siempre la algarabía diciendo: “Camarero, camarero”, otros decían “tráigalo para acá”, otros silbaban, de repente entra un anciano como de ochenta años de edad diciendo:

— Buenas tardes, esta es la celda 38 ¿verdad? — Nadie responde. Me incorporo y le digo:

— Buenas tardes señor, sí aquí es siga por favor — Le pasé una caneca de pintura de las grandes para que se sentara y le indiqué el lugar donde dormiría.

— Mi nombre es Luis y somos siete compañeros más, mucho gusto — le dije al anciano, él solo balbuceó diciendo:

— Mucha gente aquí.

— Sí señor.

Su rostro se veía cansado, agotado, quizás por el estrés de su llegada o por el tedioso proceso que se tiene que pasar desde su captura hasta ese instante.

— Señor dentro de todo lo malo ha llegado a una buena celda, acá todos somos serios y todo marchará bien. — Pregunta obligada —: ¿Usted por qué delito viene?

No contestó, solo su llanto y temblor invadían su pequeño cuerpo, sus manos temblaban como una palmera en fuerte viento de otoño; solo mi mirada se cruzó con la de William un compañero de celda, sin decir nada. Después de un corto silencio solo atiné en ofrecerle una taza de café caliente.

— Señor tómese este café por favor.

Me mira y su mirada casi traspasa mi alma, sus ojos encharcados como un lago y enrojecidos por el llanto, alarga su mano sin decir nada y recibe el vaso. No tenía necesidad de decir palabra, su tristeza, melancolía y angustia, reflejadas en su rostro, confirmaban el sufrimiento y las pocas oportunidades que la vida le había dado a este noble señor. Lo observaba como tomaba sorbo a sorbo aquel café como si fuese el último que tomaría; ya un poco más calmado, me dice:

— Ay joven, mi delito es sexual, estoy acusado de violación a una muchacha de diecisiete años y mi condena es de dieciséis años.

Para distraerlo un poco le digo:

—¿Usted a su edad sí pudo?

El anciano sonrío un poco, su rostro cansado se ilumina cual foco de fulgurante luz, me susurra “joven imagínese...”, surge de nuevo el silencio, aprovecho para pensar “pobre señor”, su dentadura está en un estado deplorable pues los poquitos dientes que le quedan están en muy mal estado, hay que sacarle una cita odontológica urgente.

—Joven cómo es que se llama usted.

—A ver mi nombre es Luis y no se preocupe que acá con esfuerzo y lucha todo se puede superar.

—Luis le cuento, yo tengo una finquita cerca del pueblo, le pagaba a una señora para que me hiciera de comer, aseara la casa y me lavara la ropa.

—¿Y su familia? —le pregunto.

—No, ya ni eso me queda, mi mujer me abandonó hace mucho tiempo, se consiguió otro hombre y se fue con él y un hijo de doce años, nunca más volví a saber de ellos.

—¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre es Pedro Rendón, pa'servile a usted.

—Gracias Pedro, lo que usted necesite y le pueda colaborar, mientras se ubica bien y aprende a desenvolverse un poco en este nuevo entorno que nos tocó. Pedro, y la señora que trabaja con usted, ¿quién es?

—Ah, es una señora que conocí en el pueblo, trabaja en una cantina y viene con su hija a trabajar a mi casa tres días a la semana.

—Surge de nuevo el silencio.

—Don Pedro, tranquilo, si no quiere seguir con esta conversación no se preocupe, prepárese a descansar que mañana será un largo día. —Colocando el vaso del café en el suelo aun sin terminar del todo me dice:

—¿Puedo entrar al baño?

—Claro siga usted.

Pensé que no debería importunarle con más preguntas y me recuesto a ver televisión. Pedro sale del baño y se acerca donde descanso y con una mirada tan fría que me dio temor de sostenérsela, me dice:

—Descanse joven, mañana seguiremos hablando —y se retira a dormir.

Pienso qué señor tan extraño, bueno otro más que pasa por acá, ya tendré oportunidad de conocerlo mejor.

Al día siguiente bajamos al patio y Pedro se encontró con alguien conocido y se ubicó en el lugar donde estaba su amigo. Pasaron varios días y Pedro hablaba muy poco, con una actitud muy negativa, traté de animarlo pero estaba encerrado en una coraza tan fuerte que no puede destruirla; era tan solitario que parecía un ermitaño.

En cierta ocasión se sentó a mi lado y me dijo:

—Joven puedo pedirle un favor —le respondo claro que sí, con mucho gusto.

—La verdad es que no sé cómo funciona lo del teléfono y quiero que me haga una llamada.

—Por su puesto y a quién desea llamar.

—Quiero que llame a Carmenza y le diga que por su culpa estoy muriendo aquí, que ya mi vida se acabó.

Lo dudé un poco, pero al ver su mirada tan melancólica y cargada de desánimo, le digo claro que sí; el señor va conmigo y cuando descuelgo el auricular para marcar, lo miro y le pregunto el número telefónico, se queda callado al paso de unos segundos me dice:

—No lo recuerdo, voy a búscalo y ya regreso.

Pasaron más de diez minutos y Pedro no volvió, decidí buscarlo y lo encontré recostado y casi dormido.

—Don Pedro vamos a llamar ¿ya tiene el número? —se incorpora un poco, me pasa la mano por el hombro y me dice muy suave:

—Mijo no encontré el número y no lo recuerdo.

—Bueno, no se preocupe, cuando lo encuentre me dice, hacemos la llamada ¿bueno? —se recuesta de nuevo y regreso a mi lugar.

Al paso de algunos días Roberto, su amigo, se convirtió en su ángel guardián, pues reclamaba sus tres comidas y se las llevaba a su lugar, mientras tanto Pedro desmejoraba en su salud y sus ánimos, en la celda poco hablaba, subía a dormir. Solo cuando le brindábamos café compartía un poco con nosotros y el tiempo restante, dormía. Pedro ya no tenía ganas de vivir, se le notaba en el agotamiento, y su ánimo. En la noche al calor de un café le pregunto:

—Pedro, ¿está usted enfermo? —me dice:

—Ay mijo del alma y el corazón, mi vida ya está marchita y a punto de concluir.

Traté de animarlo, distraerlo un poco pero él muy serio y callado, da las gracias y se acuesta a dormir. Cierta noche me despierto a eso de las doce o una de la madrugada, me levanto para ir al baño y lo escucho llorar, para no hacer mucho ruido le palmoteo la colchoneta y le pregunto en voz muy baja:

—Está usted enfermo, qué tiene don Pedro, ¿necesita algo? —Casi entre ahogado y con voz muy tenue me dice:

—Estoy bien, no tengo nada, duerma usted por favor. —Sentí mucho dolor e impotencia en ese momento, pues no logré que me contara nada y pues era entendible en su situación.

Al día siguiente, lo abordé y logré que me contara que tenía dolor de estómago y de cabeza. Le hice una solicitud para sanidad y lo llevaron por fin, qué alivio por lo menos estaría atendido, lo demoraron dos días, regresó a la celda más callado que nunca, no quería cruzar palabra con nadie, me acerco y le digo:

—Pedro cuénteme que le pasa, ¿le recetaron muchos medicamentos? si necesita ayuda yo se la puedo proporcionar.

—No, tranquilo ya estoy mejor. —Le digo:

—Si usted quiere le ayudo a buscar el número de teléfono o si tiene alguien para llamar mañana lo haremos.

—No, ya no quiero llamar a nadie, dígame a qué horas me tomo estas pastillas y ya. —Le indiqué las horas de los medicamentos y se acostó a dormir como siempre sin decir más nada.

Le pregunté a Roberto que era el más cercano a él:

—Dígame qué le pasa a Pedro, casi no habla.

—No, ahí no hay nada, él solo quiere morir; nada que hacer.

Me siento a su lado, le doy un abrazo y lo invito a orar en el grupo de oración pero me dice:

—Mañana voy, mejor si usted puede prepáreme un café. —Le traigo su café caliente, lo acompaño para que se lo tome y me dice:

—Ya pronto saldré de este lugar y estaré velando por ustedes que son tan buena gente y no tienen la culpa de lo que le pasa a uno.

—¿Cómo? —le digo—, ¿va a salir en libertad?, qué bueno por usted —se ríe y me dice:

—Sí, sí, así es...

De nuevo se recuesta en una colchoneta que le habían permitido traer al patio. En la tarde se lo llevan de nuevo para sanidad, al paso de cinco días me enteré que lo habían hospitalizado en un centro médico cerca del penal, donde estaría bien atendido, pasan diez días y aún no regresa, siempre lo tenemos presente en la oración y esperando el pronto regreso, ya mejor y con más ánimos.

Sigue pasando el tiempo y Pedro aún no regresa, decide dejar este cementerio de vivos, como le llaman aquí, decide morir y no luchar más por su vida.

Ahora solo quedó el recuerdo de alguien que muy probablemente inocente, muere de pena moral o quizá de desolación, al encontrarse injustamente condenado, sin motivación y esperanzas de vida.

Quizá este cementerio de vivos logró sepultar un alma llena de dolor y de impotencia, al paso de un huracán feroz y sin compasión que derrumba hasta el más empinado castillo.

QUE NO SE REPITA LA HISTORIA

José Antonio Valencia Parra



Patio 1

“Para delante porque para atrás ni para coger impulso”. Es la consigna de Bronx, ya que actualmente se encuentra condenado por un homicidio y conscientemente sabe que hay que pagar el precio de sus errores.

Concluye su vida como una historia de acción, drama y porno. Por no tener calidad de vida, formación académica y quizás oportunidades, haya vivido un infierno. Su entorno rodeado de violencia y delincuencia, aspectos negativos que de una u otra manera han sido malas influencias en su vida personal. Su madre muere de cáncer. Su padre recicla y a pesar de sus problemas con las drogas, él lo define como un caballero. A su hermano lo asesinan las AUC. La madre de su hijo hace turnos en cantinas, se prostituye en el centro de la ciudad al igual que su hermana menor.

Aunque no todo ha sido malo: la escuela y el colegio son sitios que recuerda con gratitud. Su abuela paterna administraba una cantina. Admite que en un lugar como este se viven muchas cosas. Su niñez y parte de su juventud las desarrolló en un pueblo humilde, en

la denominada zona de tolerancia, donde se ve prostitución, conflictos y sobre todo un “círculo de viciosos”.

Comenta que le tocó ver y presenciar desde un agarrón de greñas, peleas a machete, sillas, botellas, hasta matanzas. Los muchachos del sector, cuando llegaban “los de la moto”, eso era muerto fijo. Después llegaron los paracos y esos sí limpiaron y barrieron con cuanto jíbaro, ladrones y viciosos había. “Hubo varias masacres, cuando se lograban cargar al finado, si lo encontraban, era por pedacitos y bastante torturado”, resume.

A temprana edad empezó a probar la marihuana, a coger malas mañas, atracando y haciendo de las suyas, hasta que se calentó con los paras y le tocó abrirse, tirándose sus estudios. Su papá y mamá se radicaron en Manizales, se separaron y sus vidas se vieron gobernadas por el famoso bazuco. Al principio en esta ciudad le tocaba pasar las situaciones más difíciles: hambre y soledad. Recuerda que muchas veces por portar un arete, un pantalón y un look que para la juventud era moda, para los tombos, su fobia. Por el solo hecho de estar todo el día en un parque sin conocer a nadie, sin saber para dónde coger. Pal calabozo, maltratos verbales, de los físicos ni hablar. “A veces uno salía arrastrándose de allá, un menosprecio aterrador”.

Fue conociendo falsos amigos. Algunos con el tiempo se convirtieron en sus principales enemigos. Empezó a delinquir, aprendió a robar, asesinar y a mezclarse con todo tipo de maldad. Conoció la droga, al experimentar, cambia su mentalidad y hasta la personalidad. En este mundo conoció muchos lisos, aunque casi siempre se estrellaron: que se metió con el que no era. “Te echan mano y a veces no se sabe pa’ donde te llevan. En este entorno si se es ladrón, debes ser astuto e inteligente a la vez, si sicareas, cuando menos piensas te caes y si te logran agarrar, si estás salao, tienes que pagar y si no vea donde me encuentro”, dice.

Me relata que se enamoró de una prostituta. Empiezan una aventura y de esta relación nació un hijo, el cual adora con todas las fuerzas y por él está dispuesto a cambiar, a superarse como persona, en sus compartimientos para que la vida de su hijo no sea igual.

“Esto de estar encerrado no es nada fácil y más cuando de los que amas te tienes que separar por no saberte comportar y por el

daño que causas. Pero bueno, estas experiencias son para aprender y recapacitar, acá aprendes a valorar lo que tienes y lo que tuviste y lo que nunca tendrás”.

El socio, como le llamo, dice:

“No se sabe si es mejor estar acompañado o tal vez abandonado; no es fácil mientras enjaulado estás, los tuyos pasan necesidades, tus hijos crecen sin un papá. Tu esposa que quizás le ofrece sus servicios a cambio de dinero a hombres ansiosos de fornicar, de sus fetiches y fantasías, calmar las ansias de sexo hasta la saciedad, y ella en su afán en medio de la calle, la rumba, a su hijo quiere criar... —y continúa— ... hay personas que tu vida pueden cambiar, te llenan de valor y coraje para duros retos, para que luches por tu ideal y mejores en lo social y personal, para que nunca pierdas la libertad de soñar”.

Yo a él le aconsejo que trabaje y estudie para cuando esté afuera mejorar su calidad de vida, edificar su hogar para que sus hijos disfruten de verdad y así su historia nunca se repita. Bronx, una persona de mirada fuerte, carácter duro, lo defino como un hombre de pocas palabras que una parte de su vida se osó confesar...

ADIOS AL CIGARRILLO

Nelson Yesid Gutiérrez



Un 25 de diciembre
Tomé una decisión fatal,
Dije adiós al cigarrillo,
Me estaba causando mal.
Después de tanto fumar
Me estaba haciendo pues daño,
Pero también hay que ver:
Fumé cuarenta y cinco años.
Fumé pues por muchos años
Todito el mundo se aterra,
Porque he vivido más flaco
Que silbido de culebra.
Se mantiene uno aburrido,
¿Será por la nicotina?
No le entran los alimentos
Ni aunque sean de gallina.
La boca te huefe mal,
Y tú no te das ni cuenta,
Sin dientes vas a quedar

Cuando cumplas los cincuenta.
Lentamente vas enfermando
los pulmones acabando.
¿Sí podré dejar el cigarrillo?
¿Cómo, dónde y cuándo?
Hay que poner voluntad
Y también mucha verraquera.
El cigarrillo no nos debe ganar,
Hay que dejarlo ya.

CAQUETÁ

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO FLORENCIA - CUNDUY



ALEJANDRO RÍOS PARRA
DIRECTOR DE TALLER

INSPIRACIONES

Branfa (seudónimo)



La Princesa

Avísame si hay lágrimas en tus mejillas,
y si hace falta un héroe
que salga en tus pesadillas.

Vive sin miedo

Marcados tengo sus rostros
Como sé que tienen el mío
Ando sin miedo
Porque el que anda con miedo
Merece quedar frío.

Puede ser

Puede ser un más
Puede ser un menos
Puede ser un por
O tal vez nos dividamos.

Ahí estaré

Tal vez hoy no estés
Tal vez sí
Porque si me piensas
Estaré ahí para ti.

La luz

Cada quien tiene una estrella
Cada quien brilla en ella

¿Qué extraño, no?
Hoy estás vivo
Y nadie está a tu lado
Si mañana mueres
Muchos estarán a tu lado

Hoy estás vivo
Y nadie te da un abrazo
Si mañana mueres
Nadie querrá soltarte

Hoy estás vivo
Y nadie te regala una rosa
Si mañana mueres
Te llevarán ramos

Hoy estás vivo
Y nadie te tiene en cuenta
Si mañana mueres
Serás popular por un día.

MI VERDAD PARA LA PAZ

Raskolnikov (seudónimo)



Capítulo I

El oleaje de las aguas turbias que ondea hasta las orillas del río Pescado, como cometa cruzando el espacio, dejando estelas infinitas; así se desplaza la serpiente gigante, como el monstruo del lago Ness. Una boa que come pescadores y vacas. ¡Es muy grande! Dice la abuela entusiasmada. Doña Margarita, una anciana que dedica sus últimas brisas de vida a vender tintos, empanadas, cancharinas, huevos cocidos y arepas de maíz cocido con queso.

—Único trabajo que puede desempeñar una vieja como yo — dice doña Margarita—. Con lo que gano, que es muy poco, sostengo a mi familia: dos nietos y mi viejo que ya no puede moverse; y pues como mi hija se fue para la guerrilla huyéndole a la soledad, me dejó encartada con los dos chinos.

—¿A qué hora abren la oficina del Fondo Ganadero, doña Margarita?

—Normalmente a las nueve de la mañana.

—¿Y hoy sábado atienden, doña Margarita?

—Sí, hasta los sábados atienden.

—¿Por qué un sábado y tan solo el pueblo doña Margarita?

—¡Ja!, no ve que la gente se fue. El que no alcanzó a marcharse lo mataron, ¡mire todas esas casas solas! Y ahora para colmo de males, la alcaldesa que tenemos está cobrando impuestos por las nubes, y pues el pueblo cada día más solo. No hay compradores.

—Doña Margarita, mire que mi pueblo, Manzanares, Caldas, principalmente los fines de semana vive lleno de campesinos, las tiendas llenas de compradores, niños corriendo por todos lados, chivas o mixtos escaleras cargados de café, aguacate, panela, etcétera. Y los populares Willys cuatro por cuatro que son los únicos que trepan las montañas de Caldas. Todas las personas son muy amables. Que gran diferencia. Esta soledad de Valparaíso me entristece... Bueno doña Margarita, me voy a ver qué puedo hacer para conseguir esa guía de movilización.

—Si mijo, tóquele la puerta... y también busque por ahí a alguien que le diga dónde viven los que trabajan en esa oficina.

—Adiós doña Margarita, que tenga buen día.

—Adiós mijo, que le vaya bien.

Le cancelé los tintos y las cancharinas. Y se quedó la abuela sola en su toldo sostenido por dos leños empotrados a la mesita, luchando con la lluvia y el viento, en su esquina preferida de la vía principal del pueblo.

Es mayo de lluvias en el sur del país, los ríos rebosan y forman las conejeras; los campos se tornan más verdes, los caminos son más duros para transitar: barro, hoyos profundos capaces de devorarse un automóvil. Sí, una región abandonada por el Estado, y diría yo, estigmatizada, por ser aquí donde se produce el mayor flagelo de Colombia: la coca y la guerrilla. Caminé una pequeña cuadra que me separaba de la oficina del Fondo Ganadero. Toqué la puerta con fuerza y con un poco de angustia, ya que sin este permiso no se puede transportar el ganado, y en el peor de los casos tocaba esperar hasta el lunes para comprar la guía y así poder viajar. Mi propósito era sacar este viaje de ganado a Florencia, sector Cofema, para ese sábado y al siguiente día buscar un viaje urbano, así se le llama a las movilizaciones de bovinos a nivel departamental, son viajes cortos de un solo día, pero que ayudan a completar los viáticos de un viaje largo como a Cali, Ibagué, Armenia, etcétera.

Nada, no contestó nadie. Me senté a mirar el parque que tenía al frente; árboles grandes frondosos y de todas las variedades. Un jardín que envidiarían en cualquier ciudad del mundo. Simplemente hermoso y lo más asombroso: solo, sin un alma. Una pequeña ciudad del viejo mundo. Un andén me sirvió como descansadero para mis piernas. Mis noventa y ocho kilos me estorbaban, un sobrepeso adquirido en mi casa por los dieciocho meses como niñero de mi hijo. “Amo de casa”, como decía mi esposa, por la novela que por esos tiempos pasaban por la tele. Un campesino con un galón en su mano, poncho, sombrero y una cubierta colgada de su cintura llega a la casa de al lado. Golpea la puerta con los nudillos de su mano. Escucho la voz de una señora de edad:

—Mi esposo no está, pero le dejó veinte mil pesos para la gasolina.

El campesino recoge el dinero e inmediatamente se aleja.

Estoy cansado, desesperado, no quiero llamar a mi hermano y decirle que no he podido conseguir el permiso. Recuerdo las palabras de doña Margarita: “pregúntele a la gente donde viven los que trabajan ahí”. Me levanto del andén, corro hacia el lugareño y le pregunto:

—Buenos días, señor, ¿sabe por casualidad dónde viven las personas que trabajan en aquella oficina? Señalándole el local comercial donde se encuentra el despacho del Fondo Ganadero.

—Buenos días, sí, claro. La señora Claudia. Yo me dirijo hacia esos lados donde vive.

—Mucho gusto, me llamo Luis, ¿puedo ir con usted para que me indique la dirección de la señora Claudia? Es que necesito que me venda el permiso para transporte de ganado.

—Sí, claro que sí, ni más faltaba; yo paso muy cerca.

Así de sencillo, solo era preguntar. Pensé que había perdido toda la mañana por no preguntarle a la persona correcta. La lluvia me acompañó en el recorrido, que no duró mucho, ya que los pueblos son pequeños. Sin conversación alguna me limité a seguirlo. Estaba más animado, de pronto todo estaba marchando bien.

Llegamos a una tienda ubicada en una esquina, el hombre me señaló una calle angosta que terminaba en un coliseo y dijo:

—Camine hasta la esquina, doble a la izquierda, y la tercera casa que tiene pisos de cerámica amarilla... esa es, ahí vive la señora Claudia.

Dejé al lugareño y me dirigí hacia la casa de manera inmediata, encontrándome en segundos frente a la puerta.

Una señora blanca de un metro sesenta y pelo teñido de amarillo apareció en el quicio de la puerta.

—Buenos días. ¿Usted es la señora que trabaja en el Fondo Ganadero?

—Sí.

—¿Usted me puede vender una guía para la movilización de ganado?

—Sí, claro. Siga, siéntese ya traigo el talonario.

Me quedé esperando más tranquilo, en unos momentos todo estaría arreglado. Si mi hermano me llamaba le tendría buenas noticias. Llegó la señora, todavía estaba en pijama.

—¿Tienes el bono y el registro de marca de los animales?

—Sí, aquí los tengo.

Se los entregué. En cuestión de minutos ya tenía el permiso en mis manos. Todo estaba como debía estar.

—Son dieciséis mil pesos —dijo la señora.

Estaba tan contento que le entregue veinte mil y le dije que se quedara con el cambio. Salí a paso ligero, entré al primer restaurante para almorzar. En carretera nadie sabe que pueda pasar y es mejor tener el estómago lleno.

Capítulo II

Temprano en la mañana había dejado el camión listo para cargar; pegado al brete del corral en reversa con las compuertas desaseguradas; en el corral vi el ganado, pero no vi a los propietarios de la finca. Estaba organizando los accesorios para asegurar las compuertas de carga, son puertas de madera pero con bastante espacio entre las tablillas que permiten una mayor ventilación para el ganado, en la parte baja tienen cinco tablillas juntas para evitar la salida del cisco de arroz o el aserrín de madera.

El camión se encontraba ocupando una gran parte de la vía, por consiguiente los vehículos que transitaban por la carretera se veían obligados a circular ocupando la cuneta contraria. Por tal motivo, y debido a la lluvia, se formó un hueco que obligaba a pasar con mucho cuidado a los carros pequeños y con mayor precaución los carros de carga: en su mayoría camiones de hasta tres troques como los que transportan leche y combustible.

Una llamada de mi hermano, quien había organizado todo lo relacionado con el flete del viaje, me sorprendió. Cuando me preguntó por la guía de movilización ¡No me acordaba de ese permiso! ¿Qué hago?

—Váyase para el pueblo y compre la guía en el Fondo Ganadero. No queda muy lejos, está a quince minutos caminando.

—Bueno listo. El ganado está aquí en el corral, pero no veo a nadie.

—Fresco. Ellos en cualquier momento llegan. Compre la guía, que es lo más importante por ahora.

—Ok. Salgo para allá, chao.

Fue así como comencé esta historia.

Salí del pueblo caminando por sus calles solas y de gente tímida evitando cualquier conversación conmigo. Tengo físico de extranjero, porque desde muy temprana edad me salieron canas, ahora tengo el pelo totalmente blanco, 1,75 metros de estatura, ojos color café claro, piel blanca, contextura gruesa; vestía pantalón de índigo azul, botas Caterpillar, camiseta gris de algodón, cinturón de cuero. Tenía cuarenta años en la fecha de los hechos.

Abandoné el pueblo y tomé la carretera de tierra, con sus grandes huecos llenos de agua barrosa; el paisaje relucía por la falta de cultivos, solo grandes llanuras recubiertas de forraje para ganado. Es triste como han desplazado al campesino tradicional. En pocos minutos llegué al camión, encontrándolo cargado de ganado. Verifiqué la cantidad de animales, le agregué agua al radiador y le di encendido al motor, después de que cargó el aire que hace funcionar los frenos. Todo esto debido a que es un camión modelo 82 y todos tienen sus resabios. Lo corrí hacia adelante un metro aproximadamente, me bajé, caminé hacia la parte trasera, subí por las compuertas para asegurar el tubo metálico que sirve de soporte

para que aguanten los empujones del ganado y aseguré lo mejor que pude todos los anclajes, ya que todo debe estar preciso porque la fuerza ejercida es extrema. Subí de nuevo a la cabina y arranqué vía Solita hasta encontrar un retorno. Viajé unos cuatro kilómetros hasta encontrar un espacio para devolverme hacia Florencia. Eran las dos y media de la tarde cuando emprendí el regreso.

Todo estaba en orden. Llegando al cruce de Valparaíso se había instalado un retén policial. Tenían en el puesto de control varios camiones que se dirigían hacia el municipio de Solita, uno de ellos transportaba árboles frutales. Me solicitaron la guía de movilización y de paso inspeccionaron todo el carro y su carga, luego me devolvieron los documentos y me autorizaron seguir adelante. No pasó mucho tiempo hasta toparme con un nuevo retén, esta vez militar, justo antes de cruzar el río Pescado. Se repite todo el proceso.

Son las cinco de la tarde y se divisa el pueblo de Morelia. Todo va saliendo bien a pesar de que la carretera se encuentra en malas condiciones y de que el ganado se ha caído y toca detenerse a levantarlo porque de lo contrario se muere, ya que los demás lo pisan.

Saliendo de Morelia hay otro retén, en esta oportunidad la policía de carretera me hace el pare, pero no me requisan ni me piden documentos, tan solo se me acerca una joven mujer con unas tablas. Me dice que está realizando una encuesta del Ministerio de Transporte y me hace una serie de preguntas concernientes a la capacidad de carga del camión. Me dicen que siga. A los cien metros me topo con otro retén, esta vez militar. Tienen detenido un taxi blanco, no logro entender qué pasa. En ese mismo instante pasa por el carril izquierdo un camión de la policía, con las carpas desplegadas. A los siete minutos supe por qué. La situación con el taxi blanco no cambia; los militares me piden los documentos del ganado, revisan, dicen “todo bien”, siga por el carril izquierdo, retrocedo un poco y luego adelanto el taxi de servicio intermunicipal...

Hasta aquí tenía una familia, libertad, tenía todo: era feliz con mi pequeño hijo, tenía la mujer más amorosa del mundo, iba donde quería... y simplemente todo cambió. Empezó la peor pesadilla de mi vida.

Capítulo III

Ley 906 de 2004. Art 115. Principio de objetividad. La Fiscalía General de la Nación, con el apoyo de los organismos que ejerzan funciones de policía judicial, adecuará su actuación a un criterio “objetivo y transparente”, ajustado jurídicamente para la correcta aplicación de la Constitución Política y la Ley.

Comienzo este capítulo de mi narración con este artículo del Código de Procedimiento Penal, para dar a entender todas las aberraciones que la Policía Judicial junto con la Fiscalía hacen al pisotear la ley y de paso infringen, saltean y manipulan nuestras leyes con el fin de exterminar al pueblo, sin importar si es inocente campesino, sin ninguna clase de educación, pero hombres de bien, dignos de respeto. Para ellos no importa la conciencia, la moral, la dignidad humana; el todo es salir con dinero extra para sus tantas fechorías. Si tú crees que ellos, como Policía Judicial, cumplen al pie de la letra, o de una parte de ella, los protocolos que les ordenan las leyes... Pues te digo que no. Todas las pruebas que llevan a un juicio son falsas y si a ti te pasa como a la mayoría de personas, que son acusadas y no cuentan con recursos para obtener un abogado de confianza, te asignan uno del Ministerio Público... y ahí sí que estás en problemas.

Enseguida del retén militar está el puente sobre el río Bodoquero, tan solo a unos treinta metros. Subí al puente a poca velocidad debido a que al final hay unos bolardos o policías acostados como los llamamos de manera sarcástica. Al salir del puente se encuentra una semicurva a la derecha y sobre esta curva hay otro bolardo cruzando toda la vía, son bandas de plástico de unos treinta centímetros de grosor y unos cinco centímetros de altura, por lo tanto tuve que parar. Empecé a pasarlo y en un instante fue apareciendo un taxi al costado izquierdo, estaba oculto detrás de un santuario. Miré cuatro hombres, recordé que por la mañana los había visto pero mucho más adelante, mis dieciocho años como taxista han desarrollado en mis sentidos uno adicional: el del análisis. En la mañana los vi estacionados con las luces de parqueo puestas y tres de ellos fuera del taxi. En ese encuentro me fijé en el hombre alto y delgado con camiseta de color rojo suave. Esta vez eran los mismos no había duda,

¿pero a quién estaban siguiendo? ¿Contra quién era el operativo? Pensé: “pobre de él”.

La Policía Nacional utiliza taxis para seguimientos; en Ibagué me topé muchas veces con ellos, son taxis que todo el tiempo están ocupados y las placas son de otra ciudad, como en este caso de Neiva.

Pasé el bolardo y seguí, al dejar la curva un reflejo amarillo me obligó a mirar por el espejo retrovisor y cuál fue mi sorpresa... el taxi estaba ahí, justo detrás. Se congeló algo dentro de mí, respeto la ley y no me gustan los comparendos, son un dolor de cabeza. Escribiré esta historia con un retrovisor permanente, ya que todo esto fue negado en el juicio, diciendo que no había un seguimiento y por lo tanto me habían detenido en flagrancia. Recordemos el camión policial que estaba en Morelia: este ya estaba en la siguiente curva, estacionado y colocando conos sobre la vía en el sector de Macagual.

En sus declaraciones en el juicio oral ellos aseguraron que ya se encontraban ahí hacía un buen rato realizando controles de seguridad, todo con el fin de ocultar el seguimiento y, como les seguiré contando más adelante, que intenciones de irrespetar la ley nunca cruzaron sus cabecitas de pillos.

Fui el primer y único vehículo detenido; lo aseguro, porque los vi cuando colocaban los conos de señalización en el momento en que yo llegaba. Me hicieron señales para que estacionara al costado derecho, solo había tres patrulleros de la Policía Nacional. Estacioné y enseguida el taxi se colocó detrás del camión, bajándose todos sus ocupantes, cuatro en total; el hombre delgado, alto y con camiseta roja se aproximó a mi puerta y dijo que me bajara, le obedecí. Bajé dejando el motor encendido. A este joven lo seguiremos llamando “El Capitán”, ya que todos lo llamaban así. El Capitán me preguntó para dónde iba; le dije que para Cofema. No pidió los papeles, tan solo me dijo que lo siguiera. Caminamos hacia la parte delantera del camión, donde estaba estacionada la turbo de la policía. Sacó un celular de esos que no tienen teclado, son todo pantalla. Me mostró una foto de una cédula y me preguntó si conocía al señor que aparecía en la foto, le contesté que no. Luego reemplazó la foto por una que le habían tomado a la placa trasera de una camioneta gris Dimax, le dije que no me era familiar. Mientras el capitán

tenía este diálogo conmigo, en el camión sonaban golpes: un policía uniformado golpeaba el piso de la carrocería con un palo largo, como si quisiera romperlo, otros realizaban una inspección general del camión. Un patrullero llamó al capitán, dialogaron de manera rápida, el patrullero le muestra una varilla delgada, se la lleva a la nariz e inmediatamente se regresa hacia mí y me dice que tiene que bajar el ganado para revisar el interior de la carrocería. Le digo que claro, de todas maneras yo solo llevo el viaje hasta Cofema. Me dice que siga adelante y ellos irán detrás. Regreso al camión y arranco.

En esta zona no hay lámparas porque es rural y además era de día, eran aproximadamente las 5:40 p. m. Lo digo porque en el juicio los policías que en este momento se encontraban de civil declararon que ya estaba oscuro y que alumbraba en el lugar una lámpara. Este testimonio, como verán más adelante, certifica que yo estoy diciendo la verdad, porque la lámpara sí está, pero en una parte donde dicen ellos que no estuvieron. No tardé mucho en llegar al sector de Cofema; empieza a oscurecer, enciendo las luces de media antes de entrar al costado izquierdo; una carretera angosta y en malas condiciones me guía hasta los corrales y embarcaderos. En la entrada de los corrales hay una caseta con dos muchachos de unos veinte a veinticinco años, me piden el permiso de movilización, se los entrego y me dan paso para el ingreso. En ese momento aparece un tercer joven que me acompaña a descargar el ganado. Hay muy poca luz en los embarcaderos, por lo tanto el joven me sirve mucho para que me avise en el momento de pegar el trasero del camión en el brete, siendo esto muy preciso para que la puerta quede acoplada; después el joven me ayuda a quitar los palos del centro que dividen en dos grupos los animales, abrimos la compuerta y el grupo de novillos salen en estampida hacia el corral. Todo este tiempo estuvimos solos y fuera de la vista de los policías que estaban en la entrada. Como pueden ver o mejor dicho percibir, no entraron a Cofema. Señalo esto porque según el escrito de acusación de la Fiscalía, cuatro meses después en audiencia pública frente al juez, dijeron que se había llevado a cabo todo el protocolo que dicta la ley para la Policía Judicial. Tres testigos se dieron cuenta de todo lo sucedido, pero no se dieron por entendidos de lo que pasaba. Mi abogada no los citó, como tampoco a los testigos de Valparaíso; todo por la inexperiencia de mi apoderada.

Separé el camión del brete unos dos metros. Junto con el chico que me colaboraba subimos los separadores de ganado y la compuerta la tiré al piso también. Se me olvidó darle propina al chico, puesto que toda esta colaboración la hacen con este objetivo. Me aproximé a la garita y mientras cruzaba algunas palabras con los chicos que custodiaban el lugar, divisé varias personas en medio de la noche con sus coches con las luces encendidas, entre ellos el taxi, la turbo y una camioneta Dimax blanca que solo hasta ese momento observé. Por el ruido de mi camión le grité a los hombres que para dónde cogía, en qué sentido, porque por los dos lados se llega a Florencia; uno gritó ¡vamos por el lado de la central! O sea por donde habíamos llegado, y añadió que por esa dirección no despertaban sospechas. No sé por qué dijo esto.

Dirigí el camión por el lado izquierdo, al salir a la vía central me dijeron los del taxi que los siguiera. Tomamos el camino hacia Florencia, no recorrimos mucho y ya estábamos en zona urbana, muy cerca de los primeros barrios. El taxi se estacionó en el costado derecho, en zona iluminada. Como se detuvo de un momento a otro, de manera brusca, lo adelanté y luego retrocedí alineando las ruedas traseras justo al borde de la cuneta. La carrocería quedó muy cerca de los alambres del cerco y justo delante del taxi. En seguida se estacionaron la turbo y la camioneta Dimax detrás del taxi. Fui hasta la parte trasera del camión, se subió un patrullero con una barra, yo también me subí para revisar en compañía de él; comenzamos a mover el cisco los dos y justo por la orilla izquierda había unas tablillas de madera formando unas canaletas de aproximadamente cincuenta centímetros de ancho por cinco de alto, de largo casi seis metros. La sangre se me congeló, la adrenalina fluyó por todo mi cuerpo dejando en mí ser un silencio infernal. Seguimos buscando pero ya con mayor seguridad nos dirigimos al costado derecho; tenía las mismas características. Le ayudé a quitar el cisco y luego me bajé. Escuché al patrullero que dijo ¡esto está fácil! Y luego sonó como si soltaran madera sujeta con puntillas. Aparecieron unos paquetes debajo de las tablillas: eran planos y grandes aproximadamente de 50x30x5. Yo actuaba como si fuera parte del equipo de policías, me olvidé que soy el conductor y que eso era algo grave.

Lo que hicieron a continuación los policías no está en mi declaración del juicio oral, porque la abogada, aprovechando la ignorancia que para el momento reinaba en mí en cuanto al procedimiento legal de la Policía Judicial, me dijo que no dijera nada de esto y de otro detalle que a su debido tiempo les comentaré; todo según ella para no perjudicar a los policías. Enseguida tomaron unos paquetes del lado derecho y los tiraron al potrero, en total fueron tres; hasta ahí yo pensé que todo estaba bien: yo tan solo era utilizado para sacar droga, que ellos eran los dueños y que muy pronto yo seguiría como si nada; este era mi sentir durante esos minutos, que fueron muy pocos.

El patrullero dejó de tirar paquetes al otro lado del cerco, descendió del camión y habló con el capitán un poco preocupado, se notaba en su rostro. Al mismo tiempo el capitán se me acercó y me preguntó cuántos kilos venían ahí, con un poco de ansiedad en su voz, le contesté que no sabía; me preguntó quién era el dueño, se notaba que él ya lo sabía; se puso tenso. Llamó a un hombre nuevo en la escena: cespó, con lentes, de 1,60 metros., blanco y serio, no se acercaba mucho; pude deducir que era el sujeto de la Dimax. Habló con el capitán y en ese momento yo intenté acercarme a ellos, pero el sujeto levanta la mano mostrándome la palma y me dice con un movimiento de los dedos que no me acerque. En ese instante pasan unos policías de carreteras a muy poca velocidad, por un momento pensé correr hacia ellos, pero no tuve fuerzas. El capitán termina de hablar con el sujeto cespó de lentes y me pregunta yo qué hacía, lo repetí en varias oportunidades, no tenía más palabras. Volvió a preguntarme cuántos kilos iban y me aseguró que todo se solucionaría si le decía. Le insistí que yo no sabía nada de lo que estaba pasando... sacó un celular del bolsillo derecho e hizo una llamada que me congeló el alma por un segundo. Me quedé mirándolo y leyéndole en los labios las palabras que anunció:

—Mi coronel tenemos un positivo.

Mis piernas se debilitaron, me sentí caer, con las manos puestas sobre las compuertas del camión me sostenía con fuerza para no caer. Es mi verdad y solo apagando mi vida podrán borrar lo que sucedió.

Llamó a los otros compañeros que estaban de civil y les preguntó quién podía conducir ese camión, todos contestaron que no

podían. Les expliqué que el carro tenía una transmisión *fuller* y por lo tanto para poder operarla debían tener mucha experiencia en tracto camión, además ese carro estaba a mi cuidado, por lo tanto yo lo llevaría si ellos me lo permitían. El capitán dijo que sí. Señaló a uno de los hombres para que se fuera a mi lado. Todos se esparcieron a sus respectivos vehículos y yo me quedé parado pensando en los paquetes que tiraron al pasto; al ver que nadie decía nada pensé que no les iba a dejar esos paquetes ahí para que se salieran con la suya. Metí mi brazo derecho por debajo de los alambres, cogí paquete por paquete y los regrese al camión; levanté las tablillas y los coloqué debajo.

Como prueba de eso hay unas fotos de la evidencia que tomaron en el Comando de Policía, donde aparece un paquete tapado solo una tercera parte. Este álbum fotográfico también es ilegal, debido a que las fotos las tomaron fuera de la Plaza de Armas donde dijeron que las habían tomado, rompiendo el protocolo de seguridad que ellos tanto alegaban haber cumplido a cabalidad, respetando la ley. Terminé de organizar los paquetes, dejando uno medio tapado; caminé hasta la cabina del camión y el policía estaba intentando abrir la puerta; como les dije es un carrito con resabios, las puertas no abren como todo mundo lo quisiera, tienen sus trucos. Le abrí y le di encendido al motor, el aire no estaba tan bajo así que me permitió arrancar sin mayor demora.

En pocos segundos ya estábamos en Florencia. Pasando por la entrada del barrio Ciudadela el joven policía me pide un cigarrillo. Siempre para viajar cargo cigarrillos, para calmar el estrés y tolerar el tiempo que lleva subir las cordilleras colombianas, y siempre coloco el paquete en el tablero o *billare*, por lo tanto los tenía a la vista. Aquí el policía que me acompaña, un joven bajo de 1,60 metros, pasado de kilos, de piel blanca, me hace una confesión que me deja impactado, lo hizo por el éxtasis que le produjo el cigarrillo al encenderlo, esta es la segunda verdad que la abogada me hace suprimir de mi declaración en el juicio oral:

—Yo sé de donde viene eso. —Señalando con el dedo pulgar la parte de la carrocería.

—¿Sí, de dónde? —Le contesté, esperando enterarme de todo lo que estaba pasando.

—Para cargarlo este carro primero pasó por Albania, le dieron la vuelta en una camioneta gris por el rosal para llegar a Valparaíso y así cargarlo aquí.

—¿Cómo así... y ahora qué hago yo? —Le dije al joven policía.

—Solo diga la verdad, que usted no sabe nada y sosténgase hasta el final.

Me quedé meditando, pensando en mi bebé de diecisiete meses, mi hija de cinco años, para quienes yo era el ejemplo, la alegría, el motor. Unas vacaciones se convirtieron en tragedia para mi familia.

Eran las 7.30 p.m. aproximadamente. La ciudad era nueva para mí, me dejé guiar por el joven policía. Pasamos por el parque principal; nos encontramos con una vía de doble calzada, me ordenó seguir por el carril en contra flujo, por el tamaño solo así se posibilitaba la entrada al Comando de Policía Departamental. Llegamos los dos juntos, no como dijo alguien en su versión en el juicio oral, que solo el conductor había llegado en el camión. Estacioné frente al Comando a la sombra de los árboles que lo ocultaban del alumbrado público. Recogí las cosas de la cabina, entre ellas el frontal del radio y dos maletas pequeñas. Me colocaron unos auxiliares bachilleres para que me custodiaran. Permanecí en la parte trasera del camión y observé cómo tomaban el álbum fotográfico que tanto estuvo en discusión, ya que lo tiene que hacer una persona idónea para cumplir la ley que lo ordena. Ellos argumentaron que dicho álbum fotográfico fue tomado dentro del Comando de Policía, en la Plaza de Armas, cosa que no fue así.

En seguida procedieron a levantar las tablillas que protegían los paquetes. Cuando termina todo esto me ordenan entrar el camión a la Plaza de Armas del Comando. En ese momento llegó un policía que aparentaba cierto rango o autoridad, rodeado de muchos policías bachilleres, todos muy jóvenes. Este policía deduce de manera extraordinaria que a mí me han detenido gran parte de la tarde y noche sin leerme los derechos del detenido y me dice:

—¿A usted ya le leyeron los derechos?

Le contesto que no. En seguida procede con la larga retahíla de cosas a las cuales tengo derecho y luego me coloca unas esposas o grilletes como muchos las conocen. No pude aguantar y lloré por primera vez, porque desde entonces han sido muchas las lloradas.

Los policías que estaban conmigo como mis protectores le anunciaron que me autorizaron a entrar el camión a la Plaza de Armas, entonces el oficial me quita las esposas y yo prosigo a encender el motor, retrocediendo el camión cuidando de no dañar las varillas de la carrocería con las ramas de los árboles. Dentro de la Plaza tomé mis pertenencias y me llevaron al extremo donde instalaron una mesa para llenar una serie de documentos.

De los cuatro policías patrulleros ninguno quería llenar los documentos, hasta que uno se decidió. Le recuerdo a mis amables lectores que supuestamente en Cofema, como reza el escrito de acusación, fue donde a mí me leyeron los derechos, firmé una autorización para la revisión del automotor y otros documentos. La verdad es que estos documentos los firmé en la Plaza de Armas, con unos policías que nunca había visto. Inmediatamente cuando terminé de firmar me llamaron para que posara en la foto junto a los paquetes, que de forma rápida bajaron y ordenaron en el piso frente al camión. Los patrulleros me dijeron muy amablemente que diera la espalda, que entre los fotografías estaban también los de los periódicos amarillistas. Subí escoltado por policías al segundo piso, una puerta de cristal separa el salón de antinarcóticos del pasillo, me ingresaron a la sala y me señalaron una silla frente a un escritorio, donde el hombre me hace una serie de preguntas sobre mi familia.

Después del interrogatorio me dirigen a la Plaza de Armas para que saque el camión. En la Plaza estaba todo silencioso, ya eran las 10:30 p. m., veo subir los paquetes a la oficina de antinarcóticos por unos auxiliares, empacados en tulas. Saco el carro y lo dejo en el mismo sitio fuera del Comando, regreso a la oficina de antinarcóticos acompañado de un policía. Ya eran las 11:00 p. m. En la sala tenían un paquete abierto en una báscula y otro sobre una mesa, el olor era muy fuerte; observé en el rincón del fondo las otras tulas con el resto de paquetes sellados, enteros y concluyo que a esa hora de la noche ya todo quedó así. Los agentes de la Policía Judicial en el juicio oral alegaron que a las 20 horas todo el protocolo se había realizado conforme dicta la ley, incluyendo la toma de las muestras de todos los paquetes, ya que eran solo diecisiete, y así lo exige la ley: el peso de la pasta de coca neto, libre de empaque, más el peso del empaque aparte. Entonces cómo se explica que yo a eso

de las 11:00 p. m., e incluso más tarde como ya les contaré, vi los paquetes en un rincón de antinarcóticos, como los vi en la Plaza de Armas, completos. Solo uno estaba en la báscula destapado y había una bolsa negra en una mesa con material amarillo, deduzco que era otro paquete.

Me llevaron a la portería para que movilizara el camión, porque según el policía de la garita de entrada al Comando su coronel se ponía bravo si veía, cuando llegara, ese camión frente al Comando. En ese momento pasó algo interesante: me encontré con el capitán que todo el tiempo estuvo dirigiendo el operativo. Hablo con el capitán, le pido que me colabore con un sanitario, él me señala un sector del edificio y me envía acompañado de un patrullero; salgo del baño y miro al capitán que tiene una conversación por celular, escucho que habla con un coronel porque lo nombra; termina la comunicación y dice que el coronel autoriza dejar el camión en el lugar donde se encuentra; le dirijo la palabra con el fin de averiguar qué iba a pasar conmigo, me dice que todo va a salir bien; me despido y regreso al salón de antinarcóticos.

Lo interesante es que el capitán Hollman, como supe después que se llamaba, tratando de que declarara en mi juicio, cuando presioné a mi abogada para que rindiera testimonio de los hechos, para mi sorpresa en el momento del juicio ya estaba en Bucaramanga, por lo tanto se demoró en llegar. Fue así que él declaró de último y vaya que me sorprendió cuando la abogada le preguntó si me conocía: dijo que no, que solo me había visto en la portería del Comando tarde en la noche.

Mi abogada paró el interrogatorio tan rápido como le fue posible, lo dejó ir y yo me quedé con muchas preguntas: ¿qué hacía él en San José del Fragua el día anterior?, como se lo dijo a los policías de antinarcóticos, al frente de mí:

—Llevo treinta y seis horas sin pegar el ojo, dejé el uniforme y el fusil en San José del Fragua. Esta confesión confirma lo dicho por el policía que me acompañó en el viaje hacia el Comando, cuando dijo que él sabía todo sobre esos paquetes: que los cruzaron por Albania y los transportaron en una camioneta gris Dimax hasta Valparaíso, para luego encaletarlos en el camión. Si vieron la camioneta y sabían lo de los narcóticos ¿por qué no la detuvieron en ese

mismo momento? ¿Por qué esperar a que los cargaran en un camión para luego detenerlo junto con un inocente? ¿Por qué negaron que habían realizado un seguimiento durante varios días? ¿Por qué aseguraron que me habían detenido en flagrancia? ¿Por qué mi abogada en el interrogatorio, cuando el capitán Hollman aceptó que tuvo una investigación dentro de la policía por irregularidades, como si no importara lo deja sano?

Me condenaron a doscientos sesenta y tres meses y por cosas de la vida mi abogada apeló. FIN...

SORPRESA DE CUMPLEAÑOS

Sigfredo (seudónimo)



Eran aproximadamente las cuatro de la tarde de un viernes, 12 de septiembre de 2014. Me encontraba reunido con toda mi familia: esposa, hijas, suegros y hasta una pequeña cuñadita, estábamos celebrando mi cumpleaños. Cuando nos disponíamos a disfrutar de la consabida torta, de improvisto llegaron algunos miembros del CTI, de la Fiscalía, detectives de la SIJIN y de la Policía de Menores. Dos camionetas se parquearon frente a mi casa, otras dos se ubicaron cerrando las bocacalles cercanas a mi residencia.

Una detective del CTI entró aprovechando que la puerta del garaje estaba abierta, preguntó por mí; entonces yo dejé mi parte de ponqué y salí a recibirla. Venía acompañada por un par de agentes de la SIJIN que rápidamente me rodearon en actitud hostil.

—Señor Fulano de Tal, —me dijo la detective—. Queda usted detenido por orden del juzgado tal, tiene derecho a guardar silencio, todo lo que diga puede ser usado en su contra, también tiene derecho a llamar a un abogado de su confianza, si no lo tiene, el estado le asignará uno de oficio. ¡Por favor! ¡Acompáñeme!

Antes de que me sacaran, sin poder moverme del sitio en que estaba parado, le hice señas a mi esposa para que se acercara y le

entregué mi billetera, mis tarjetas débito y mi anillo de pregrado, así como mi reloj de pulso. Los nervios y la confusión de todos eran muy grandes; sin embargo yo tenía la sospecha de que algo así podría ocurrir, ya que un amigo me había dicho hace varios meses que alguien me tenía una demanda en la Fiscalía. No obstante, tan lamentable sorpresa de cumpleaños número cincuenta y nueve fue como un baldado de agua fría para todos los presentes, especialmente para mi familia.

Aunque no me pusieron las esposas, me pidieron que pusiera las manos atrás mientras me dirigía hacia la camioneta, me iban tomando fotos y filmando un video; parte de ese material fue “filtrado” a la prensa esa misma noche.

Al tiempo que unos se quedaban haciendo un allanamiento en mi casa, otros me conducían al Caiva. Horas más tarde recordé que me acusaban de “explotación sexual a menor de dieciocho años” y otros delitos que mi abogado se encargaría de desvirtuar. Desde ese momento sospeché que se trataba de la típica persecución al funcionario público.

En esas oficinas me hicieron las respectivas reseñas, quedando debidamente fichado, tanto para la Fiscalía como para la Policía Nacional. A eso de las nueve de la noche fui conducido (sin esposas) a las dependencias de la SIJIN. Me metieron a los calabozos en compañía de los detenidos que estaban ahí y cuantos fueron llegando durante la noche. Al amanecer estaban conmigo doce hombres y dos mujeres sindicados de diversos delitos y contravenciones.

Sobra decir la depresión tan terrible para un pobre viejo de cincuenta y nueve años que nunca antes en su vida había estado en una situación semejante. Por mi condición de hipertenso pasé una pésima noche sentado en un banco de cemento en el que casi no podía estirar las piernas.

Como a las ocho de la mañana, aun en ayunas, y cuando la mayoría de los detenidos había salido, me sacaron dizque para una rueda de prensa. Yo protesté, alegando que mi abogado no se había hecho presente y que además ningún juez había legalizado mi captura, pero todo fue en vano, argumentaron que solo se trataba de un trabajo “interno”, para la institución, que nada saldría a la luz pública... ¡Mentirosos! Era la prensa local y los corresponsales de

Caracol y RCN quienes me esperaban en el patio, allí me obligaron a posar en medio de dos agentes de la policía. En ese instante me percaté como era puesto en la picota pública sin importar que aún no se hubiera legalizado mi captura, eso solo ocurriría a las nueve de la noche de ese sábado trece. Días después supe que la prensa oral y escrita, local y nacional, hacía un amplio despliegue del “importante” operativo realizado por la fiscalía en la persona de un infeliz profesor.

En ningún momento les importó que yo fuese un servidor público, pensionado, que incluso había laborado en la misma Policía Nacional. De igual manera, meses más tarde cuando fui condenado a más de dieciséis años, la jueza del caso ni se preocupó por inquirir si yo tenía o no antecedentes penales o cuál había sido mi conducta como docente para llegar a pensionarme luego de servirle al estado por más de treinta años consecutivos. Mi execrable delito fue hacerle una “propuesta indecente” a una impúdica estudiante de diecisiete años de la misma institución donde yo laboraba, la cual, dicho sea de paso, no aceptó.

A esta fecha, luego de escuchar testimonios de muchos internos en esta cárcel, he podido darme cuenta de las muchas injusticias que se comenten con personas mayores como yo, por situaciones que podrían calificarse de simples “contravenciones”; mientras los verdaderos violadores y homicidas, como el ya célebre “monstruo de Monserrate”, reciben penas de nueve años... para terminar, permítanme recomendarles a todos los que lean este testimonio, mi libro *Prometeo encadenado*, el cual estoy terminando de escribir acá mismo en el penal. En este trabajo hago un profundo análisis de los llamados delitos sexuales al menor del nuevo código penal, ley de infancia y adolescencia y ley del matoneo; todo respaldado por mi experiencia docente de más de veinticinco años como profesor en las asignaturas de Filosofía y Lengua Castellana en los grados décimo y undécimo.

CESAR

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE VALLEDUPAR



LUIS ALBERTO MURGAS
DIRECTOR DE TALLER

UNIDOS VENCEREMOS

(CANCIÓN VALLENATA: PASEO)

Geiner Moscote Donado



I

Yo me enamoré de ti mi vida/ me enamoré sinceramente/
ni las rejas limitarán que yo te pueda amar hasta el fin de mi vida/
la condena estoy presto a pagar/pero nunca olvidarte mi reina
querida,
si nacimos el uno para el otro/y como testigo está Dios en el cielo/
que ilumina nuestra relación/sabe que nuestro amor es muy puro
y sincero.

(Coro)

Unidos venceremos las tristezas, / Los años que me lleve la prisión /
porque tu amor multiplica la fuerza / y le da felicidad a mi
corazón.

2

Como fruto de este amor, / nacieron dos bellas muchachitas/
las que llevo aquí en mi corazón / van forjando el valor / que mi
alma necesita, /
orgullosa de ustedes estoy / y son mi único amor de conciencia
bendita, /
Dios nos puso en el mismo camino / con el objetivo de hacernos
felices, /
de él es quien yo vivo agradecido / por haberme permitido /ser
dueño de ti.

(Coro)

Tus labios son de dulce manantial / que refrescan el alma y curan
mi sed, /
yo prometí que nunca te iba a cambiar / porque otra como tú no
vuelve a nacer. (Bis)

PÁJARO DE FUEGO

Ignacio Valderrama Becerra



Demasiado odio guardado en las entrañas, casi un niño y más muertes encima de las que cualquiera puede cargar. Un muerto por cualquier tontería, un paso al infierno por cada disparo. Compró la pistola con el mismo tipo que vendía la droga alrededor del colegio, la consiguió fácil y barata. ¡Bang, bang! Sonó la pistola al asesinar un par de latas de refresco, el cargador estaba vacío y aún había enemigos por matar. ¡Bang, bang! Contestó el niño, mientras aspiraba el olor a pólvora. El pequeño vivía en un lote baldío junto con otros niños de la calle, pero él era superior, tenía el poder de las balas, la velocidad de un fognazo, la valentía para jalar el gatillo y lacerar la carne de cualquiera, tenía voces en su cabeza. ¡Bang! Dispárale, mávalo, decía la voz, una voz dulce como si fuera el consejo de la madre, pero era el canto del pájaro de fuego que lo aturdiría, corre que nadie puede hacerte daño, me tienes a mí, yo te hago fuerte. Cada día había una nueva dotación de balas, cada noche una nueva esquina conquistada donde dormía en una cama improvisada. Siempre corriendo y escapando de los muertos que el mismo sembraba por todos lados. La pistola era su única amiga, celosa y temperamental, con el estómago lleno de fuego. ¡Bang! Acércame a tu oído y te revelaré un secreto, jala el gatillo suavemente que yo te cuidaré por siempre: ¡Bang!

ALGO EXTRAORDINARIO

KNFFSH (seudónimo)



Lloró por tener lo que temía perder

SHAKESPEARE

Seguía con la impresión de que algo extraordinario debía ocurrir. Estiró las piernas y se arrellenó en la silla plástica, cuando pasa la mucama con su uniforme caqui trapeando el piso. Siempre le preocupó esa manía en las salas de espera de las entidades del estado de fregar el suelo, como si la presencia de un sirviente pudiese tender un puente entre la indiferencia de los empleados públicos y los ciudadanos, darle calidez humana.

Observó el brillo de la cerámica del largo corredor y el sol que se filtraba por un ventanal.

Loa vapores del licor de la noche anterior se habían disipado, estaba totalmente consiente, razón por la cual pudo recapitular las últimas horas...

Su vida se agotaba en una inexorable rutina que buscaba mitigar en las tardes del sábado al lado de sus compañeros de trabajo en un billar en el centro de la ciudad. Nada nuevo pasó aquella vez, las mismas meseras nalgonas y rebusconas embutidas en sus estrechas

minifaldas tapando su impudencia con la carterita, tenían conversaciones insípidas sobre temas intrascendentes..., de pronto unos tragos de más. Abordó a las diez de la noche el taxi en el parador enfrente de los casinos, sintió en el rostro por un momento el vaho caliente que emanaba del pavimento y las alcantarillas, pasados unos minutos el auto comenzó a ascender por las empinadas calles, luego entró en la comuna. Entonces, un viento fresco que se colaba por la ventanilla entreabierta golpeó su rostro, mecánicamente sacó un billete sin esperar el vuelto, enseguida introdujo la llave en la puerta metálica sin mirar atrás.

Penetró en la penumbra de la sala, tropezó con una silla del comedor, entró en el cuarto donde se desvistió tirando las ropas sobre una butaca... lo asaltó la urgencia sexual, a tientas levantó las sábanas, tomó a su mujer por la cintura para enderezarla y sin ningún protocolo comenzó a penetrarla con afán, vació el contenido seminal, se volteó a la orilla de la cama y comenzó a roncar cual piara de cerdos.

En la mañana, mientras se duchaba tuvo el primer presentimiento de que algo diferente iba a cambiar su vida. Sin embargo, al entrar en la cocina y levantar las celosías, vio todo igual, afuera algunos transeúntes iban hacia el parquecito, la mona de velo negro sacando su perrito a hacer sus necesidades; le disgustaba esa costumbre de mantener animales en cautiverio, aunque reconocía que la sedentarización y las civilizaciones se debieron a ello. Mientras vertía el café, vio al vendedor de periódicos... tal vez ahí podría estar la novedad, pensó.

Salió a la sala con el pocillo humeante en la mano, recogió ansioso la prensa echada por debajo de la puerta por el repartidor. Se sentó en el sofá pasando los ojos ávidos por los titulares. Nada... noticias trágicas: "la página social de los pobres", murmuró, preocupaciones por la economía, dificultades en los países vecinos. Apartó el diario con desdén y se dedicó a su aromático café, se sintió desolado en medio de una vida insulsa y ordinaria, un estólido homínulo hundido en la nada, en un mundo que se proclama: "La era del conocimiento".

Su vida carecía de atractivo, sin aventura, era plana y gris, se estaba disecando como una uva pasa. Esas pulsiones de Eros y

Tánatos de las que habla Freud o al decir de Savater: “la condición humana”, lo que hay de invariable en todo hombre: sus pasiones. En él, eran savia de agua fuerte, infecunda, cual semilla seca que al menos se convierte en humus, simiente de microorganismos. Él era solo un vegetal, un náufrago a la decrepitud en medio de sísifíca rutina, creyéndose avanzar, para luego caer cuesta abajo en su rodada, como reza el morocho del basto tango y volver a una infinita tautología.

Miró el reloj de la pared, eran las ocho y media de la mañana. Su mujer aún no se levantaba, cerca del reloj había un crucifijo. Quiso imaginarse en una vida monacal, tal vez lo hubiese salvado de su estulticia, pero igual sospecha que su propensión al raciocinio lo llevaría empecinadamente al fracaso. Esto lo alejó de su fe de carbonero. Lo primero fue cuando se convenció de que el cristianismo se debió a las circunstancias y a un accidente marítimo, pues de no haber llegado a nuestras costas un pirata saqueador y violador occidental, sino un oriental, no tendríamos a un crucificado en un madero como referente, sino a un gordo barrigón plácidamente sentado. Luego, al frecuentar los libros le pasó lo de Kierkegaard, Nietzsche, que lo despedazó con la obra *Así habló Zaratustra* al anunciarle la muerte de Dios, a quien el amor a los hombres lo había matado.

Abandonó el pocillo vacío sobre el comedor, como un autómata fue hasta el dormitorio, a la luz de la lámpara que encendió su mujer parecía un guiñapo, un muñeco roto sobre el lecho. Presintió que algo no iba bien, la rutina se había roto, desde hacía unas horas, ella parecía hacerle compañía con su mutismo y su autismo. De un manotazo levantó la sábana y se encontró con los ojos abiertos y vacíos de la muerte, que lo observaban desde unos vacíos profundos.

Pese a la novedad, tomó todo con calma, no perdió los estribos, guiado por su puntilloso metodismo. Más tarde las autoridades hicieron presencia y ahora se encontraba en la sala de espera de la morgue haciendo las diligencias del funeral.

La facultativa, vestida con una bata blanca, cerró la puerta de la oficina, traía en sus manos el informe de la necropsia. Entonces le apeteció compararla con una coéfora, pero esa asepsia personal, ese extraño aire de indiferencia que caracteriza a los funcionarios públicos, sonó en su cerebro como el arpegio del silencio.

—Señor Adams, su esposa murió a las ocho de la noche del día sábado. ¿Usted no lo notó cuando llegó a su casa?

—No Señorita —se disculpó—, usted sabe... la rutina... Llegué un poco ebrio y me quedé dormido.

La facultativa hizo un gesto de fastidio y desprecio, hacia quien calificaba de depravado.

Lo realmente extraordinario se reveló en sus esponjosos sentidos. Esa frigidez y apatía de su mujer mientras desfogaba sus gónadas, era la rigidez, la frialdad, el rigor mortis, la sensación que lo atraía y que en lo sucesivo despertaría su interés sexual y lo llevaría una y otra vez a deambular a hurtadillas entre las lápidas de los cementerios buscando recrear nuevamente el adiós y el último contacto con su mujer.

DESEO

Marlon Guerra Melgarejo



Todavía recuerdo, como si fuera ayer, una vez que mi esposa me confesó, con pena y nerviosa, que tenía una fantasía sexual y no era exactamente conmigo. Esa noticia me cayó como un balde de agua fría, mientras ella me confesaba que toda su vida había tenido deseos y curiosidad por estar en la cama con otra mujer.

Me llené de rabia, y hasta se me bajó la nota, al saber que mi esposa deseaba a otra persona que no fuera yo.

Pasado algún tiempo, Orlando un viejo amigo de la familia, pasaba por el negocio de comidas rápidas en dónde trabajaba como vendedor, apenas me vio me saludó, me abrazó fuertemente y me preguntó:

—¿Cómo estás, Jairo?... ¿Cómo te va?

—Muy bien, gracias. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien Jairo, gracias a Dios

—Hace mucho rato no te veía —le contesté—. Pues claro, si ya tienes mucha plata, por eso no vienes donde tus viejos amigos

Sonriente me dijo:

—No, para nada, lo que pasa es que yo también trabajo y me paso muy ocupado en un local de calzados que tengo en el centro, y

por casualidad a la que veo de seguido es a tu esposa Katy, ella pasa todos los días en una moto con una amiga por el local donde yo trabajo. La amiga está muy rica. —Quedé dudoso porque mi esposa es de pocas amistades y tampoco me había dicho nada al respecto.

En esos días decidí espíar a mi esposa, estaba confundido por esos motivos adversos: lo primero eran los celos y lo segundo, imaginarme ese nudo humano conformado por cuatro tetas, dos culos y dos chochos, teniendo en cuenta que también había dos bocas, seis deliciosos orificios y dos mujeres hermosas.

Entonces, me incliné por una sola idea, y fue sin duda la de dos mujeres; decidí apartar los celos. En mi trabajo de espía las pillé en el centro como me lo contó Orlando, decidí no dejarme ver y comencé a seguir las para saber a dónde se dirigían esas dos preciosuras. Llegaron a una cabaña humilde por fuera, pero muy confortable por dentro.

Se bajaron de la motocicleta y entraron a la cabaña y yo, como un perfecto espía, fui hasta el lugar. No hubo necesidad de forzar la puerta, pues tenía unos ventanales sin seguro y las podía mirar por una rendija. Vi como la mujer rubia de grandes tallas, senos preciosos y bien parados, se desnudaba; al tiempo que despojaba de sus vestidos a mi esposa, que también es muy sexi, una morena despampanante de cabellos largos y negro que le llega a la punta de las nalgas, de textura delgada con un hermoso trasero redondo.

Mientras se besaban simultáneamente, con ganas de desbo-carse, las observaba gustosamente. La rubia maliciosa y sensual abrazaba a mi esposa frotándole los senos con los de ella, cosa que le gustó mucho a mi esposa, quien gimió de excitación. Después, la llevó a la cama y abriendo las piernas comenzó a devorarle el sexo, fue una imagen tan excitante que aceleró mis pulsaciones. Desde el ventanal, podía apreciar perfectamente el hermoso trasero de la rubia, con su pubis rasurado y el ojo del culo bien apretado, mi esposa gemía desquiciada disfrutando del acto.

Yo desde el escondite, con mi verga erecta y lista para entrar en acción, me negaba a estar solo observando, me despojé del pantalón y el pantaloncillo y decidí entrar a la gran fiesta, pero cuando la rubia notó mi presencia se enfureció y se volvió amenazante, mi esposa asustada le dijo:

—Laura ese es mi esposo, me va a matar.

Pero yo con esas ganas que tenía de cogerlas a las dos, decidí calmarlas y darles confianza, entonces le dije a mi esposa:

—Mi reina, tengo rato de estarlas viendo disfrutar, eso me gusta tanto que decidí entrar a disfrutar con ustedes —dejé escapar una sonrisa de complicidad a mi esposa para que se relajara. Laura la rubia me preguntó:

—Estás seguro de lo que haces.

—Claro que estoy seguro, quiero estar con las dos al mismo tiempo —le conteste. Entonces la Rubia, todavía entre nerviosa y excitada aceptó la propuesta, y mi esposa no se podía negar porque estaba caída.

La rubia se abrió de piernas en la cama, mientras agarraba del cabello a mi esposa hacia su hermoso pubis, al mismo tiempo que le pedía que no dejara de besarle el chocho.

Mientras mi esposa devoraba el sexo de la mujer rubia, su culo apuntaba hacia mí, que sin pensarlo dos veces aproveche para penetrarla. Los tres entramos en un éxtasis inexplicable, las dos mujeres gemían sin pausa, mientras yo con ganas de penetrar a la rubia por delante les dije:

—Bueno, ahora vamos a cambiar los papeles, quiero que tú devores el sexo de mi esposa mientras te penetro a ti, deseo sentir el calor de tu rica panocha.

La respuesta de la mujer rubia fue muy desastrosa para mí, me bajó la nota, después de que me dijo:

—Tu propuesta no me gusta para nada y espero que lo entiendas, pues yo soy lesbiana. —Aquello me cayó mal, mi esposa me abrazó diciéndome:

—No te preocupes mi amor, algún día lograremos completar tu fantasía con otra mujer que acepte que la penetres y poder quedar en paz, porque gracias a ti, pude cumplir mi fantasía, y quiero que tú también cumplas la tuya, perdona por no haberte contado lo de Laura.

EL CAMINO

Orances Marín Cuervo



El hombre caminaba indiferente, sin rumbo determinado por el mero placer de caminar de un lugar a otro sin detenerse a reflexionar. Fue así como se encontró en medio de un valle insondable, el cual estaba cubierto por una espesa arboleda y el canto de las aves lo oía nítidamente por todas las partes que se desplazaba. Bien adentro del tupido bosque divisó un claro a dónde se dirigió hasta encontrarse en un pequeño caserío, al parecer fantasma, ya que ninguna alma lo habitaba, lo cual hizo que sus sentidos se agudizaran al máximo, tratando de descubrir algún sonido humano: una voz, una pisada... todo era inútil, los únicos sonidos reales eran el canto de las aves.

El hombre se interna por la calle principal, o lo que parece ser la calle principal, sin tropezarse con persona alguna, lo cual se le va haciendo muy extraño, dobla una esquina para encontrarse con una calle que parece ser exactamente igual a la anterior: la estructura de las casas, el frente, el jardín son idénticas a las de la calle principal, esto le parece extraño e inquietante. De repente algo parece no coincidir con la observación que viene realizando desde la primera calle y se pregunta: “¿Qué será?”. Él se esfuerza por estar al tanto, sin lograr comprender la razón de este misterio.

Cansado de caminar bajo un sol inclemente, decide sentarse a reposar un poco y lo hace al frente de una de las casas. La observa detenidamente, empieza a comprender y a desentrañar y se dice así mismo que es un verdadero tonto, al no haber captado que todas las casas son iguales, pero aquella que le queda al frente de donde está sentado le parece muy extraña y lo hace saltar como un resorte de fuerza desconocida. Avanza en pos de una constatación, atraviesa el portón, cruza a otro espacio y entra por una puerta que no ofrece ninguna resistencia, una vez adentro de la casa se encuentra en medio de una espaciosa sala, que ciertamente le parece amoblada con buen gusto. Todo parece estar en su sitio, por curiosidad pasa la mano sobre la superficie de una mesa que encuentra a su paso y comprueba que está completamente limpia, ninguna mota de polvo la cubre, es un lugar aséptico.

El hombre sigue avanzando con una inquietud desconocida, y entra en una habitación que se encuentra de repente, llega hasta el medio del cuarto exactamente al lado de una armadura de caballero, la habitación se encuentra en semipenumbra, puede ver bajo esa luz fantasmal una enorme cama y se dice puerilmente: "parece una cancha de fútbol". Al lado derecho se encuentra un espejo de cuerpo entero con marco repujado cubierto con un barniz muy fino, el hombre se percata de que por el techo un rayo de sol escudriña el interior de una habitación vacía, hasta encontrar allí una vieja mancha de sangre..., y cuando sucede la luz a la oscuridad, queda todo esclarecido. De pronto el hombre se pregunta: "¿Dónde estoy?". Y se extraña muchísimo, pues no le es familiar el lugar donde se halla, y dice: "¿Cómo pude haber llegado aquí?", si no recuerdo por dónde vine, entonces el hombre se dice: "¿Estaré despierto o estaré soñando?", e instintivamente da un salto, y luego abre los ojos para descubrir que se encuentra cómodamente dentro de su cama al lado de su querida esposa.

HUILA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE NEIVA



BETUEL BONILLA
DIRECTOR DE TALLER

PAGANDO POR LO QUE HIZO

Alexander Zúñiga Martínez



Esta es la historia de Andrés, un exitoso joven de veinticinco años, alto, blanco y de figura atlética. Se había hecho camino al éxito no solo por sus habilidades intelectuales, sino por su forma de conseguir las cosas. Siempre llegaba a estas a como diera lugar, pues no le importaba pasar sobre quien fuera ni hacer lo que le tocara. Incluso, traspasar la legalidad.

Se sentía muy complacido con la vida. Venía de una familia de clase media que con mucho esfuerzo lo consentía en todos los caprichos e ideas que se le ocurrían. Siempre fue malcriado por sus padres debido a que era hijo único. Estos, con mucho esfuerzo, lograron pagarle una carrera de Ingeniería Civil, oportunidad que supo aprovechar pues era dedicado a su estudio.

Logró graduarse con honores, lo que le dio la oportunidad de ejercer su profesión en una excelente empresa. Fue escalando posiciones hasta obtener un sitio de privilegio. El éxito era evidente. Vivía en una lujosa casa en un sector exclusivo de la ciudad. Le encantaban las cosas costosas. Era ostentoso en todo, desde sus zapatos hasta sus carros.

Esa posición le permitía codearse con personajes influyentes. No obstante, su personalidad era complicada. Detrás del éxito había alguien egocéntrico, egoísta, de doble cara y doble moral. Aunque se movía entre mucha gente no tenía amigos. Según él, nadie calificaba para dicho puesto. Mucha gente le sonreía y lo elogiaba, pero a sus espaldas hablaban mal de él, precisamente por su forma de ser y actuar.

Pero todo eso cambiaría...

Ese día se levantó temprano, pero se quedó acostado, haciendo pereza y viendo televisión. Al cabo de un rato le gritó a la empleada:

—Ole, sonsa, tráigame el desayuno que tengo hambre.

Después de un par de horas, por fin estaba listo. Tomó las llaves de su auto y salió rumbo al salón de belleza a hacerse unos retoques, pues para él la apariencia era muy importante; además, esa noche tenía una invitación a una reunión en una finca en las afueras de la ciudad. El día transcurrió rápido en medio de sus quehaceres. Después del salón, salió a una boutique a comprarse la ropa que luciría esa noche y luego se fue a lavar y polichar su auto, pues necesitaba que estuviera acorde con su apariencia.

Al llegar a la reunión, sus sospechas se convirtieron en realidad. Era una celebración con motivo de felicitarlo por haber concretado un jugoso contrato para la empresa. Estaba muy feliz. Su ego brotaba como un sombrero sobre su cabeza. Bebió cantidades y se tomó muchas fotos. La fiesta se extendió hasta la madrugada. Los asistentes fueron invitados por el anfitrión a permanecer en la finca por dos razones: para extender la fiesta hasta el día siguiente y para prevenir accidentes porque todos estaban tomados. Él era uno de los más bebidos, pero a las tres y media de la madrugada decidió irse a su departamento, pues la finca no era digna para quedarse a dormir, mucho menos en esas camuchas o “colgandejas”, como él llamaba las hamacas.

Ninguno pudo convencerlo de que se quedara. Salió tambaleándose de la casa y se subió al auto. Dio *start* y emprendió el rumbo. Pensaba que, contrario a lo que decían, estaba en capacidad de desplazarse sin inconvenientes. A los diez minutos de conducir, divisó una silueta en medio de la carretera. Trató de evitarla, pero el golpe en el capó y el parabrisas le indicaron que había sido

imposible. Detuvo la marcha en seco. Quedó inmóvil en el asiento durante un par de segundos, tratando de asimilar lo ocurrido, hasta que reaccionó, impulsado más por el daño sufrido por el auto. Descendió y su primera mirada fue a la parte delantera, totalmente dañada. El parabrisas estaba roto. Entonces se agarró la cabeza con las manos y miró al cielo.

—Esto no me puede estar pasando —exclamó en voz alta.

En ese momento lo alertó un quejido. Caminó hacia la parte trasera del auto. Tirado en medio de la vía estaba un hombre vestido de campesino, con botas de caucho y poncho, que seguramente había madrugado a adelantar las labores propias de su trabajo. Al verlo malherido, Andrés se asustó. Lo primero que pensó fue huir del lugar, pues nadie había visto el suceso. Corrió al auto, puso en marcha el motor y miró por el retrovisor al viejo retorciéndose del dolor. El remordimiento lo obligó a bajarse e ir en su auxilio. Fue hasta el viejo y se arrodilló frente a él. Como pudo, lo arrastró hasta el auto en medio de los gritos del herido. Con gran esfuerzo lo subió al cojín trasero, se subió y aceleró para tratar de llegar a algún lado. Miró al campesino por el espejo y este le habló:

—Señor, por favor, no me deje morir, mire que mi familia depende de mí.

En el trayecto lo embargó la preocupación, no solo por la salud del campesino, sino por su carrera. Pensó que por ningún motivo podía llevarlo a un centro asistencial, pues estaba tomado y tendría problemas. Concluyó que lo mejor sería llevarlo a su apartamento y contratar los servicios de un médico que lo atendiera y manejara el caso con discreción. El dinero le ayudaría a conseguirlo.

Llegó y abrió el portón a control remoto. Ingresó mirando a lado y lado. Adentro se sentía más seguro, pues podría pensar y buscar la solución más oportuna. Bajó del auto y no volteó a mirar al viejo, quien yacía en absoluto silencio. Corrió hasta el baño y observó lo mal que estaba: las manos y la ropa manchadas de sangre. Se dio un buen baño, se secó y se enfundó en una sudadera. En ese instante, después de muchos años, se acordó de Dios: “Dios mío, por favor, ayúdame a salir de esta. Te prometo que si me ayudas voy a cambiar”, pensó.

Caminó rápidamente hacia el garaje y abrió la puerta del auto. La ansiedad y el miedo se apoderaron nuevamente de él. Se quedó mirando al viejo y un corrientazo lo sacudió. Le tomó el pulso y notó que su caja torácica no se movía. Entonces sintió náuseas, se arrodilló y vomitó. Se le nubló la vista y explotó en llanto. Luego se tiró boca-riba. “¿Dios mío, por qué?”, se preguntó. Lloró como un niño, sin consuelo. Sabía que estaba en graves problemas y que su vida cambiaría drásticamente. Se levantó y fue hasta la nevera. Extrajo una botella de whisky y bebió largos sorbos. Así estuvo el resto de la mañana.

Pasado el mediodía estaba ebrio nuevamente. Sintió las fuerzas necesarias para acercarse al cadáver. Lo miró y se estremeció. Un montón de ideas le llegaban. Ninguna le mostraba una posible solución. Pensaba que se había convertido en un asesino. Meditó durante varios minutos y llegó a la conclusión de que su carrera era más importante que un campesino. Lucharía a toda costa para proteger el éxito logrado. Tomó el forro de uno de sus autos y procedió a envolver el cuerpo. Pensaba desaparecerlo, pues así desaparecerían las evidencias y todo volvería a la normalidad. Cargó el cuerpo como pudo y lo metió en el baúl de una camioneta. Luego fue a su cuarto, escogió un atuendo deportivo y tomó su billetera y sus gafas de sol.

Pretendía salir de la ciudad a un sitio remoto donde pudiera enterrarlo. En medio del recorrido, se detuvo en un restaurante ya que desde el día anterior no probaba alimento y el cuerpo se lo exigía. Pidió jugo de naranja y luego caldo de pollo. Intempestivamente arribaron varios policías de carretera, situación que lo puso alerta. Estaba nervioso y no sabía qué hacer. Pensaba que habían ido por él, que lo iban a atrapar.

Se levantó y se dirigió a la caja, tratando de ocultar los nervios. Pagó en efectivo y salió. Recostado en la parte trasera de la camioneta, un policía hablaba por celular, justo al lado de donde reposaba el cadáver. Estaba tan nervioso que no se atrevía a decirle al policía que necesitaba mover el auto. Entonces tomó la decisión de abandonarla y escapar rápido del lugar.

Ya en casa, se dedicó a ver noticias. En cualquier momento todo saldría a la luz, así que se sirvió otro whisky.

En horas de la tarde del día siguiente, un canal regional reportaba la presencia de un auto abandonado que en principio

dio sospechas de ser una bomba y que resultó portar un paquete particular.

Fue sorprendido por la policía en su jacuzzi, borracho. Las noticias hablaron de un frío asesino que prefirió a abandonar a su víctima para disfrutar de los lujos de su vida.

PROMESAS

Carlos Alberto Atehortúa



Es curioso ver cómo una simple palabra se convierte en una promesa. Somos más o menos diecisiete personas. Estamos en un taller de literatura donde nos explican cómo se puede hacer un cuento o una historia para publicar. Como no avanzamos mucho que digamos, el maestro, entre charla y charla, nos promete que si le mostramos algo nos traerá dos chicas que le ayudan con el proceso de edición de los textos. El profe es grueso, de estatura media y tez blanca. Está siempre atento a cualquier comentario que le hagamos.

Un día cualquiera llegamos a la clase y nos hallamos con una bella sorpresa. Frente a nosotros y junto al profesor había dos bellas niñas. Nuestras miradas, de primerazo, se detuvieron en sus lindos cuerpos. Claro, mirábamos con disimulo, para que ni ellas ni el profe se fueran a incomodar. Él nos las presentó y las saludamos respetuosamente: la primera se llama Catalina, una chica de sonrisa suave y cautivadora, de ojos pequeños y oscuros, cabello castaño y tremendo cuerpazo. La segunda se llama Leidy, es más delgada y tímida, pero más amable que la primera. Tiene una sonrisa pequeña y bonita.

Entendimos que el profesor nos había cumplido su promesa. Y acá está cumplida la mía: este sencillo y sincero escrito.

EL GATO Y EL RATÓN

Daniel Eduardo Castañeda Ramírez



Después de llegar a la cárcel y saber que tengo que pasar aquí algunos años de mi vida me empiezo a preguntar cómo serán las comunicaciones con la familia y con los amigos, si estar dentro de este lugar nos lleva a una vida de solo limitaciones y órdenes de unos cuantos. Luego de algunas horas y de averiguar un poco sobre el tema, me empiezan a contar cómo se manejan estas cosas tan privadas para los internos de este centro carcelario.

Bueno, la vuelta es la siguiente: un celular, o “coco”, como se le conoce en la jerga, tiene un costo de doscientos cincuenta mil pesos, si es perro o flecha, como se les dice acá, y si es táctil está valorizado entre trescientos cincuenta y seiscientos mil pesos, con sus respectivos accesorios. Pero lo más curioso de todo esto es que quienes entran los cocos son algunos guardias que hacen negocios turbios o ilícitos con algunos internos vivarachos. Así es como llegan a nuestras manos estos bellos e indispensables medios de comunicación.

Ahora viene lo mejor, lo que yo mismo jamás pensé que haría para poder conservar un celular. Todo esto es como el juego del gato y el ratón, y lo digo porque nosotros, los presos, nos tenemos que inventar las famosas caletas, lugares que ustedes creo que nunca se

han llegado a imaginar: desde envolver los aparatos en papel cartón, pasar a enterrarlos y abrir huecos en paredes, baldes, maderas y cuanto objeto sea viable de perforar. Hasta los mismos amigos de cárcel se atreven a “subirse los cocos”, una arriesgada maniobra que consiste en encintarlos y ponerlos en sitios íntimos para evadir alguna rascada, esa famosa operación dizque de control por parte de los guardianes. Y esto, amigos, es solo una de las tantas caras de este frío y olvidado lugar infernal llamado cárcel. Lo peor de todo es pensar que esto se vive casi a diario acá y la sociedad jamás piensa o se le pasa por la cabeza lo que hay que hacer para poder estar en contacto con nuestras familias. Hablar con los seres queridos justifica cualquier sacrificio. Es importante para saber que no estamos olvidados. Por ahora, a seguir jugando al gato y al ratón.

SACRIFICIOS DE MADRE

Jimmy Antonio González Cabrera



Mi madre es una mujer caqueteña, de estatura alta, robusta y muy hermosa. Es la progenitora de tres hijos: dos hombres y una bonita niña. Como en todo hogar, hay preferencia por uno de sus hijos y al que ella más quiere es al mayor. Da su vida por él. Es una mujer de cincuenta y dos años y el hijo mayor tiene treinta y siete, por lo cual ha tenido muchos privilegios para con su mamá. Todo lo que consigue es para ella.

Es un joven al que le gusta la vida fácil. Todo lo quiere conseguir sin medir consecuencias. En una de esas locuras volvió a caer en la cárcel. La tercera vez. Esta caída le dio muy duro a ella. Dijo que haría lo que fuera para sacarlo de ahí. Le consiguió un abogado, el cual le cobró quince millones y le dijo que en dos meses lo tendría en casa. Que primero tendría que darle diez millones, y cuando volviera a casa, le pagara el resto.

Ella le dio lo convenido y él nunca se dejó volver a ver. Al hijo más querido lo condenaron a nueve años y un mes. Pasados dieciséis meses, angustiada por no tenerlo, ella quiso que su hijo regresara y consiguió otro abogado. Este le dijo que el caso estaba duro, pero que si ella se inventaba que estaba enferma le darían la domiciliaria

a su hijo. Prometió que lo haría, y él le cobró “muy barato”, solo tres millones de pesos.

Ella le prometió al abogado que lo llamaría para darle la plata y los papeles de la enfermedad. Su hijo la llamaba a diario para saber cómo estaba. Ella le comentaba, muy sonriente y segura, que pronto estaría en casa. Pasaron tres días y la madre no contestaba el celular, entonces el joven le marcó a su hermana. Ella, con voz llorosa, le dijo que su mamita estaba en cirugía. Le dijo que la había atropellado una moto, que iba de camino al hospital y que le marcara en treinta minutos para que hablara con ella.

—Mi vida, me atropelló una moto, me partió la pierna derecha y el brazo izquierdo. Además, uno que otro raspón. Pero lo que de verdad importa es que pronto estarás en casa.

¿QUÉ HACEMOS CON ESTE MUERTO?

Luis Ernesto Farfán Caro



Son las dos de la mañana y todavía me encuentro hablando por celular con mi esposa, ya que por cosas de la vida me tocó el turno de llamar a esta hora, pues nunca pensé tener que trasnocharme. Todo está en silencio hasta el momento. De repente ocurre algo que nunca pensé vivir en este lugar, algo que convierte en desespero la madrugada tranquila. Escucho que alguien toca la reja y grita:

—¡Dragoneante, se muere, se muere!

No sé qué está pasando.

Escondo el coco y tomo la decisión de pararme a preguntar, pues desde donde estoy no puedo divisar mucho por el tumulto que se agrupa para mirar. Por fin, puedo pasar por el medio de la gente y veo la trágica escena. Es el viejo Miguel, el socio más viejo de todo el patio, quien se sacude, agonizando por un ataque al corazón. A los dos minutos, según dicen, es demasiado tarde y el viejo no tiene ya signos vitales. Siguen golpeando la reja y nadie responde al llamado de auxilio. Recuerdo que tengo el celular en el bolsillo de mis pantalones y comienzo a llamar a Pitbull para que venga y lo meta en la caleta. Tampoco responde a mi llamado. Entonces decido pasárselo a Valentín para que lo guarde. Muchos han perdido la calma y no

saben qué hacer. Pienso que corren por miedo al muerto, pero no es esa la razón. La verdad es que se afanan a guardar todas las cosas ilícitas que hay en el patio, piensan que después de la muerte del viejo se nos viene encima la rascada. El viejo Miguel queda tendido, como si estuviera dormido.

A las seis de la mañana se asoma un dragoneante.

—¿Qué es tanta malparida bulla? —pregunta molesto.

Un coro contesta que al viejo Miguel le dio un infarto y murió en la madrugada.

El dragoneante nos da la espalda y dice que por ahora no se puede hacer nada porque no hay gente en enfermería, que lo único que nos queda es hacernos cargo del muerto por un rato, que igual llevamos mucho tiempo a su lado. Nos miramos, asombrados. Nadie puede creer lo que nos está diciendo. La pluma del patio hace un llamado a tres personas. El primero es Pitbull, el segundo Valentín y el último yo. Si el pluma ordena algo, hay que hacerlo de inmediato, así son las cosas acá. Nos reúne y nos dice de forma tajante:

—Háganse cargo. Ya que se lo pasaban con él en vida, sigan con él en la muerte.

Sentimos que es uno de esos momentos en los que lo único que nos salva es un buen bareto, que solo de esa forma podemos prepararnos para lo que nos espera.

—Péguele, socio —dice Valentín.

Le hago caso.

—¿Qué hacemos con el finadito? —le pregunto, ya eufórico por la traba.

Valentín se ríe. Me dice que lo tengamos en la celda para que nos acompañe, que total él es nuestro amigo. Decidimos llevarlo con nosotros. Valentín lo coge de un brazo y Pitbull del otro. Yo lo agarro de las piernas. Queda estirado de punta a punta, como un cuero que se seca al sol. Lo llevamos hasta el hueco, el sitio donde nos ponemos a volar. Nos sentamos, y a Miguel lo recostamos contra la pared, para que mire nuestra felicidad. Me le siento al lado y saco la bareta, la trillo y en el momento de pegarla Miguel inclina su cabeza en mi hombro, como si quisiera parar mi intención. Decido acostarlo en el piso para poder fumar.

—No jodas, Miguel —le digo.

Los tres, en pleno vuelo, comenzamos observarlo. Se ve raro, como si siguiera vivo. Loro, otro socio del patio, nos llama y nos invita a jugar parqués. Es la mejor diversión del lugar, aparte de la traba, pero no sabemos qué hacer con Miguel. Como el juego es en el mesón de la mitad del patio, lo volvemos a cargar y lo llevamos con nosotros. Lo vuelvo a sentar al lado mío, esta vez recostado en mi hombro. No dice ni una sola palabra. Jugamos un rato y Miguel se está quieto. Son tres partidas las que jugamos, y las gana todas, muy seguramente por la compañía de Miguel. Entonces se vuelve a asomar un dragoneante, otro, porque el turno ya ha cambiado.

—¿Quién tiene al muerto? —pregunta desde la reja—. ¿No me digan que ahora se lo quieren robar?

—Llegaron por ti, Miguel —le digo al oído.

Lo agarramos, otra vez estirado, y nos dirigimos hacia la reja. De camino, los socios lo van despidiendo con palmaditas en los hombros y el estómago.

Nos abren la reja y se lo entregamos al dragoneante. Le pedimos que nos deje acompañarlo hasta la última puerta de seguridad, para despedirlo como debe ser. El dragoneante se ríe, se burla de que queramos seguir al lado de un muerto. Nos dice que no jodamos, que nos volvamos al patio. Y eso hacemos, pensativos, un poco tristes. Nos decimos que es porque se está pasando el efecto de la traba. Nos da miedo reconocer que muy en el fondo es por la falta que nos va a hacer el socio Miguel.

CHULOS Y PALOMAS

Raúl Fernando Salazar



El domingo es el día más esperado por la mayoría de los paisanos: pinche, dinero en efectivo, celulares, marihuana, comida de la calle. Para mí, es el día de la visita conyugal, tan soñada durante toda la semana.

Se dispara el despertador cronológico y el trinar de los pájaros reafirma que es la hora de levantarme. Sin pensarlo dos veces quedo sentado en la plancha. Inmediatamente tengo las chancas puestas. Tomo un mechón de papel higiénico, la toalla, el jabón, el champú y el cepillo de dientes. De último agarro el espejito pequeño, de esos que tienen por detrás una virgen, y la máquina de afeitar para quitar la barba de la semana. Todo está listo para el baño. Soy el primero en ducharme, de cuatro que vivimos en la celda. Me pego la matutina, pues por algo he preparado el mechón.

En la radio anuncian que falta un cuarto para las cinco de la mañana. Tomo el galón cortado por la mitad, de esos de cinco litros que usamos para echarnos agua. Rápidamente, pero con mucho cuidado, rasuro mi barba, me enjabono y me embadurno la cabeza de champú, casi todo al mismo tiempo. Me enjuago y salgo, puesto que tengo quince minutos para salir del baño ya que a las seis abren las celdas y el patio debe estar listo para la contada diaria. Seco mi

cuerpo y me pongo la dominguera. Quedo preparado para el ritual del amor.

Abren celdas y salgo disparado. Bajo las escaleras de dos en dos y llego al patio. Empiezo a patinar el motivo: “Maidy, india de raza cautiva, diosa Bachué en su máximo esplendor, luna llena, ninfa del bosque con su baja estatura, pero colosal en su monumental sexualidad”. Continúo con mi ansioso ritual. De repente siento que alguien se monta en la quince. Giro la cabeza a la izquierda, lentamente. Es Facundo, socio de celda.

—¿Y qué, paisano, ansioso? Desde que bajó del patio lo veo patinar.

—Sí güevón, un toque.

—¿Y eso?

—¿No escuchó anoche cuando hablé con la Maidy? Hoy viene, por algo alquilé el coco, para hablar con mi meme india.

—¿Se está enamorando de la gordita?

—No se enamore, marica, y verá que le toca pura paja. No olvide nuestro lema: ¡Aquí un chulo es una paloma!

TODO CAMBIA EN UN MINUTO

Víctor Andrés Gómez Claros



Me encuentro prestando mi servicio militar y con ansias de continuar la carrera. Estoy de turno de guardia, con mucha rabia porque me han enviado por castigo. Venimos de estar patrullando en Rivera, custodiando el perímetro de la cárcel, ya que días atrás la guerrilla quiso rescatar a unos alzados en armas y nos tocó la reacción de la policía militar, llegar como apoyo, en fin, fueron aproximadamente quince días. El último día cometí una falta y me castigaron cargando la base para el mortero. Al llegar al batallón, de ñapa, me enviaron a prestar guardia, en el turno de tres a seis de la mañana. Es el comienzo de un cambio en el destino.

Estoy con mucha rabia, hambre y sed, viendo en frente, por la avenida del estadio Guillermo Plaza Alcid, una gran cantidad de autos y motos que transitan de sur a norte y de occidente a oriente. La cabeza me da vueltas, estoy aburrido y con la moral baja, como decimos acá en el ejército, mirando fijamente la garita más próxima para ver esa señal tan anhelada que me hará mi cursito, indicándome que se acerca el relevo y nos iremos para el alojamiento a descansar. Pero nada, sólo se mueven las personas que van de un lado a otro, carreteros con mamoncillos y mango viche con sal, limón y

pimienta; el muchacho de los BonIce, el de los jugos. Todo eso y yo sin un peso y con antojos de comprar algo para que se me vaya el aburrimiento; además, el desespero de los mosquitos que no dejan de picarme.

—Psss, psss. Oye, ¿por qué tan aburrido? —me dice una voz salida de la nada.

—¿Perdón?

—Sí, ¿por qué tan aburrido?

No sé qué pasa, quedo pasmado. Me han cogido desprevenido, fuera de base, medio noqueado por esas palabras.

—Ey, ey, sardina, sardina, espere un momento.

Ella se detiene. Quiero hablarle un rato, pero como soy tímido, o medio agüevado, no sé cómo entablar una charla. Aunque la pelada no es de mi estilo, es una buena ocasión para que se me quite el aburrimiento.

De pronto escucho otra voz al lado de la primera:

—Vamos, Pinto, que llegamos tarde.

La de la segunda voz es una belleza. Quedo frío, anonadado. Es una carita dulce. Como dicen por ahí, amor a primera vista. No sé qué tiene, pero me cautiva con solo verla.

En el mismo instante en que me doy cuenta que el relevo se aproxima, decido hablarle.

—¿Cómo es tu nombre?

Ella mira a su amiga y me responde:

—Leidy. Yo me llamo Leidy Mora y ella es Kelly Pinto.

Al aproximarse más los del relevo, le pregunto:

—¿Cómo es tu número?

Ella, dudosa, accede a dármele.

En ese momento llega mi cabo Zamudio, con todo el relevo, y me pregunta con tono de extrañeza:

—¿Y usted qué, Gómez, qué está haciendo?

—No, mi cabo, nada, hablando con unas amigas, pero ya se van.

Ellas intentan retirarse. Miro a Leidy y ayudándome con un pequeño ademán le digo:

—Mañana te llamo. ¿A qué hora te puedo llamar?

—Por la noche, después de las siete porque llego tarde, chao.

—Chao —dice Kelly también.

Nos reímos al mismo tiempo. Veo cómo Leidy se va marchando, contoneando sus caderas, moviendo su faldita, o jardinera, de cuadritos azules claros, intercalados con gris, con unas medias que le llegan hasta las rodillas. Tiene piernas carnudas que terminan en unos zapatos colegiales con hebillas atravesadas.

—Espéreme, Pinto, no me deje botada —le dice a su amiga.

La vida le cambia a uno en un minuto, sí señor. Quien iba a creer que ese instante tan extraño cambiaría mi vida por completo. Esa hermosa mujer, la que me cautivó en el primer instante en que la vi, con el pasar de los días me enamoró, tanto que más adelante se convirtió en mi esposa, la madre de mi hija María Paula. Ahora me espera hasta que yo salga de este encierro. Siempre que viene a visitarme la saludo:

—Psss, psss.

Y ella se sonríe, como en esa noche. Vaya que es pícaro el destino.

LAS PALABRAS QUE REGRESAN

Yeison Andrés Adames Cubillos



Hace rato que no escribía. Lo temía porque sabía que en medio de las palabras iba a estar indefenso. Lo sé porque aquí, en estos renglones, puedo mostrar la tortura de la soledad por la que estoy pasando. En medio de toda esta gente se ven personas buenas y malas. No obstante, trato de aprender lo mejor para hacer de mí una persona de bien. Cada día es una guerra con uno mismo, una lucha por no caer en la desesperación, por no desfallecer. Procuero desesperadamente encontrar la calma en una llamada, esa que solo es posible con la voz de mi mamá. Cuando la llamo se siente el sosiego, como un bebé cuando posa la cabecita en el pecho de la madre.

Hoy no fue el mejor día, pero sí mejor que otros, de esos en los que me quedo en silencio y trato de no pensar en la calle, porque sé que ninguno de los que eran mis amigos me recuerdan, solo difaman de lo que fui y ahí quedó la tal solidaridad, en palabras, pero ni una llamada.

Es claro que mientras estás aquí nadie te está pensando. Debes saber que estás solo en una prisión. Donde quiera que mires contemplas soledad. Por fortuna, el sol sale cada día y, así parezca una locura, el tiempo no para, es el único que está lealmente a nuestro favor. Ah, y las palabras, que por fortuna han vuelto a mí.

MAGDALENA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE SANTA
MARTA - RODRIGO DE BASTIDAS



ANTONIO SILVERA
DIRECTOR DE TALLER

¿ELLOS O NOSOTROS?

Abril Font (seudónimo)



Me encontraba en mi cama descansando cuando sentí el llamado de un cabo a quien respetaba y estimada mucho. Este se acercó a mí, yo me incorporé para recibir la llegada de esta autoridad, pero él aprovechando que tenía una incapacidad para moverme en ese momento, lo que hizo fue acercarse hasta manosearme y abusar de mí. Un brinco hizo que lo alejara para que entendiera que no compartía lo que pretendía y exigirle respeto de forma decente y delicada, cuando lo que quería era gritarle y agredirlo pero... ¿cómo? Si él es la autoridad. La impotencia es no acusarlo porque él con su autoridad podría volver a usar su poder en contra mía y dañar mi conducta, y si no lo hago él podría pensar que me gustó y quiero que se repita.

Desde ese momento sentí que el valor que una tiene al llegar a este lugar en calidad de interna es de menos cero. Por otro lado las guardianas también abusan. Si les gusta algo que tienes te lo piden y si te niegas, peor aún, no se sabe qué reacción pueden tener. Los guardias que te cuidan cuando estas en hospitalización te ven siempre como “presa fresca lista para comerse” o como mujer necesitada de placer.

Ser privados de la libertad no es solo eso, es convivir y sobrellevar los abusos constantes de nuestros guardíanes. De ahí me pregunto quiénes son los delincuentes: ¿ellos o nosotros?

MI AUTOBIOGRAFÍA

Deysi Rodríguez



Mi nombre es Deysi Tatiana Rodríguez R. Nací el 21 de marzo de 1991 en Bogotá. Estatura: 1,54, calzado: 35, pantalón: talla 8, camiseta: S. Mi mami se llama Yoli Alexandra Rodríguez Sandoval, trabaja en oficios varios, muy trabajadora, no terminó los estudios. Mi padre se llama José Rodríguez Galindo, vive de los arriendos, muy joven lo extraditaron por problemas con el Estado y también por un accidente con los pies. Soy trigueña, de ojos cafés oscuros, no muy gruesa, de cabello largo, negro y liso. Tengo muchos lunares en la cara y, por lo general, mis cachetes colorados.

Me gusta levantarme tipo ocho o nueve de la mañana, siempre y cuando tenga mi cigarrillo diario. Me gusta ir a cine, comer comidas rápidas, pero no como cebolla y también disfruto jugar fútbol. Aprecio a los animales y mi sueño es poder conocer y estar de paseo en *New York*.

A mis quince años quedé embarazada y a mis dieciséis tuve una hermosa niña, llamada Laura Valentina Neme Rodríguez. Terminé el bachillerato gracias a mi abuela, que es una persona que admiro, respeto y amo sobre todas las cosas.

Después de tener a mi hija era muy duro porque yo era todavía una adolescente y no entendía la responsabilidad que había obtenido con esa personita. La dejaba a cargo de mi abuela, ya que no captaba que era mi responsabilidad. A los meses tuve una crisis nerviosa o no sé por qué razón resulté en una clínica psiquiátrica, allí duré como cinco meses envuelta con una manada de locos. Gracias a mi mamá, Yolí, salí de todo eso, dejé de tomar pepas y salí de ese lugar.

Volví a mi casa y era otra vida, ya que estaba viviendo con mi abuela. Después de todo esto no volví a estudiar, me puse a trabajar, me gustaba la plata fácil pero andaba pendiente de mi hija y mi abuela, que eran las que convivían conmigo. Más tarde volví a coger los vicios y uno peor, duré conviviendo casi tres años en la calle del Bronx, más conocido en Bogotá como la Ele. De andar y andar tanto en la calle, un día que andaba para arriba y para abajo me cogieron y me radiaron la cedula y me aparecía una orden de captura por hurto agravado e intento de homicidio. Me trasladaron a la cárcel del Buen Pastor en Bogotá y allí duré tres años frescos en ese lugar. Llegué muy acabada y mi propia tía por parte de papá, después de todo, me colaboró mucho aunque tuve discusiones con ella.

Luego de cumplir mi pena salí al ruedo y llegué primero que todo a ver a mi princesa y a mi abuela. Al otro día no creía que estaba allí. Después de ver que nadie me daba trabajo, con mis papeles no era suficiente para entrar a una empresa, por mis antecedentes, pasando necesidades me puse a trabajar con mi hermano en el Transmilenio en Bogotá, pero lo que hacía no era bueno, era robar con una modalidad que se llama “cosquillar o lanzar”. Debido a todo esto resultamos en Ciénaga, ya después de haber pasado por Cali, Manizales y Pereira, desgraciadamente nos caímos y de Ciénaga nos trasladaron, a mi hermano y a mí, aquí, a la cárcel Rodrigo de Bastidas de Santa Marta.

Hoy día tengo veinticinco años. Mi hija tiene nueve. Recuerdo un día, cuando ella estaba en la barriguita mía. Mi madre organizó un paseo a Girardot con mi hermano y mi padre. Mi barriguita estaba ya grande, tenía siete meses u ocho, no me acuerdo. Bueno, el caso era que mi hermano y yo queríamos piscininar y logramos meternos a una bien grande y honda. Como en la parte superior había un

saltarín, me tiré varias veces y me quedó gustando. Mi madre andaba brava por eso que estaba haciendo, que le podía hacer daño a Valentina. Después de todo no me pasó nada, a Valentina le encanta el vértigo.

UN DÍA EN EL PENAL

Javier Pérez



El día empieza con la levantada, que es aproximadamente a las 5 a. m., la primera fila del día para ir a bañarnos. Seguido o casi al mismo tiempo la segunda fila para ir a reclamar los quecos (el desayuno). Todo aquí es una locura puesto que somos doscientas personas o más al mismo tiempo para todo: llevar los tanques para lavar, lavar los trastes o como se dice aquí el menaje, sin decir del desorden cuando nos vamos a cepillar los dientes y algunos otros que usan gel.

Muy seguido pitan los guardias para la contada, para verificar si estamos completos, pasado un buen rato esperamos que se partan los candados para los quehaceres del día, asistir a clases, lavar ropa, muchos a talleres y otros a hacer su aseo. Para el respectivo descuento, pero... divisamos en la reja a los guardias y un interno que grita: “¡dieciocho grande!”. Y sabemos de inmediato que se metió la raqueta y cada compañero sale despavorido a guardar todo lo que es ilícito dentro del penal.

Nos van sacando en fila para revisarnos y nos llevan a la playita o a la cancha, quedando los guardianes dentro del patio con nuestras cosas, que muchas veces dañan: celdas, zapatos, baños, bolsos, repisas y hasta las camas. Pasada aproximadamente una hora

nos regresan al patio y la verdad es triste, porque al que le encuentran algo inusual le hacen el informe y lo judicializan si es mayor. Y nuestras cosas se encuentran rayadas y muchas no aparecen, pues los amigos de lo ajeno hacen su agosto y se pierden los útiles de aseo, la ropa, las sábanas y hasta nuestros relatos, pero la vida sigue. Terminada la raqueta todo vuelve a la normalidad, nos parten el candado y nos dirigimos a clases, trabajo y a las iglesias.

Aproximadamente entre las 10:00 y las 10:30 a. m. regresamos al patio, llegando los rancheros con el almuerzo y tipo 12:00 m. llega la hora de la pava, o sea los que duermen, que va hasta las 2:00 p. m. Al partir los candados se escucha un grito de los guardianes que a muchos les molesta: “cro, cro”, como se espanta a las gallinas, lo cual significa que se va la pava.

Se apagan los abanicos y muchos salen a jugar fútbol, a lavar, a caminar, al médico, a jurídica, a clases o con los abogados. Otros a recibir los paquetes por Servientrega. A las 3:00 p. m. se cierran los candados nuevamente para que todos podamos reclamar la última ración de comida que consta de un pocillo de arroz, una hilachita de carne, una ensalada agria que normalmente nadie se la come y un pedazo de plátano que de pícaro no tiene nada, pero a los repelones les fascina. Pues estos se hartan todo lo que queda repitiendo y a veces hasta la botan. A las 5:00 p. m., la última contada del día.

En los patios se forman los grupos para el juego, la cherca, los que cocinan o calientan comida, algunos ven televisión y por último se prende la turbina para el último baño, otra odisea porque a veces el tiempo que dura prendida no alcanza para bañarnos todos.

A las 7:00 p. m. empieza el culto, que dura aproximadamente de hora a hora y media, momento que muchos esperan para bajar las colchonetas, para relajarse y, de la misma manera, los consumidores se apoderan del baño hasta las doce de la noche que ocasionalmente se interrumpe con el tránsito de las motos que hacen los fletes nocturnos (micos, bolsas, cigarrillos o recarga de minutos). De pronto se rompe el silencio de la noche con un grito: “¡Toquen la reja que se muere!” , algún interno se cortó las venas por una deuda o simplemente se pasó de droga y lo llevan al dispensario. Otras veces no podemos dormir porque al compañero de al lado le funciona el 5 y cuelga y llama a la esposa y nos enteramos de todos los pormenores

de él y su familia; y vemos que a veces otras personas tienen más problemas que nosotros y da tristeza porque aquí en prisión se acaban muchos hogares y familias enteras. Mas yo, al acostarme, me inclino a mi padre celestial dándole gracias y pidiendo por los míos, bendición y protección para disfrutar de otro nuevo día con fe y fortaleza.

MOMENTO INOLVIDABLE

Luis Alexander Blanco Luna



En 1998 ya yo andaba en los malos pasos. Tenía quince años de edad, un tío que cuidaba una cabaña en Tolú, Sucre, me pidió que me fuera con él a ver si cambiaba de vida. Me gusta nadar, la cabaña que mi tío cuidaba quedaba cerca del muelle de Pez, Tolú. Hice amigos por ahí cerca, todos teníamos de hobby irnos a tirar de la mitad del muelle. Aprovechábamos el descuido del guardia de seguridad, salíamos corriendo y nos tirábamos por la mitad del muelle y nos veíamos en la orilla. Esto lo hacíamos siempre que nos reuníamos o cada vez que nos veíamos con alguien de afuera que venía de vacaciones, hasta que en diciembre de ese mismo año vinieron de Medellín los patrones de mi tío y junto con ellos una joven de diecisiete años, llamada Katherine. Era muy linda y fui el encargado de sacarla a conocer Tolú.

La llevé a varios sitios y al segundo día al muelle, a mostrarle como desafiábamos el peligro. Yo, para deslumbrar a la joven, salí corriendo y fui el primero en lanzarme al agua. Muchas veces me había tirado pero esta vez fue espantoso para mí. Corrí burlando al guardia de seguridad, me lancé al agua y al caer en la profundidad fui arrastrado por una corriente de agua, la cual me soltó desnudo, sin *jeans* y sin *boxer*. Fue muy feo, vi la muerte cerca y todos afuera

estaban felices de ver mi hazaña, pero yo en el agua, muy asustado y desnudo, le pedí a un amigo una pantaloneta para mí.

Al darse cuenta de lo que me había ocurrido, todos se burlaban de mí, pero cuando salí del agua y conté lo sucedido ya nadie más del grupo volvió a intentar la misma hazaña. Hoy día puedo contar ese momento inolvidable.

¿QUIÉN ES EL LOCO?

Romer Rafael Noriega Cabas



Bueno, El Loco es un compañero de prisión, nos encontramos en el mismo patio. Con él he empatizado desde que llegué a la cárcel, nos ponemos a hablar mucho. A veces me siento en el piso del patio sin ganas, pensando en querer salir. Él se me acercó un día de esos, hablando de Jesús, de que tuviera fuerza, que no hay cosa más grave que pensar tanto en los problemas y así comenzó a contarme anécdotas de su vida.

Me contó que empezó su vida delictiva a muy temprana edad, que su familia es bien acomodada porque el papá desde muy temprano se dedicaba al narcotráfico y gracias a eso le dio a sus hermanos plata y negocios, y así su familia fue pasando a un mejor estatus social, pero lastimosamente como en todo negocio ilegal hay avaricia y traición. Fue así como el papá fue asesinado por los mismos compañeros, lo mataron a traición.

Al pasar unos años, él retomó el mismo negocio del papá, el narcotráfico, cuando era soldado profesional. Pero al igual que al padre, por la avaricia llegó la traición, intentaron matarlo muchas veces para quedarse con el negocio y las rutas, pero él ya con la experiencia del papá era un hombre que desconfiaba de todos. Me

contó de un día que tuvo una discusión con un socio por un arma, la cual él le prestó para un trabajo. El socio hizo el trabajo y nunca se la devolvió, ni le dieron nada de lo del trabajo. Un día llegó molesto a la casa del socio en busca de su arma, discutió con él. Al final se la entregó molesto, él dejó eso así y no le volvió a dirigir más la palabra.

Al pasar unas semanas, sentado en su casa, se percató de un muchacho de aproximadamente catorce a quince años. Lo miro pasar y le pareció extraño. De repente volvió a pasar, ya no venía solo, venía con otro muchacho en una moto. Entonces, el Loco llamó a un primo que estaba con él en la casa y se les atravesaron en la mitad de la calle, obligándolos a bajar con cuidado porque si no les disparaban. Al bajarse de la moto los requisaron a los dos y en efecto estaban armados. Con una pistola los tomaron y los encerraron en un cuarto de su casa, diciéndoles que hablaran, que quién los había mandado a matarlo.

Al pasar una hora, los menores contaron que los había mandado a matar Juan, el socio, el mismo que meses pasados discutió con él por un arma, pero al parecer quedó con rabia. Al enterarse de esa confesión, el Loco también se llenó de rabia. Pasaron unos días, se encontraba departiendo con unos primos en la terraza de su casa, cuando de un momento a otro aparecieron dos vendedores ambulantes, uno vendía Bon Ice y el otro vendía butifarra. Él no se percató de ninguna malicia, pero en el balcón de su casa se encontraba sentado un primo, quien notó algo raro en los dos vendedores, que estaban en diagonal a su casa, separados a una distancia como de cinco casas el uno del otro. El primo los observaba, sin llamar la atención entró y tomó una escopeta y se volvió a sentar. Al pasar unos minutos notó lo que sospechaba: estaban armados y se dirigían a la casa. El primo gritó: “Al suelo” y los vendedores comenzaron a disparar. El Loco, al oír las detonaciones, se tiró al suelo de la casa y empezó a disparar. En el intercambio de disparos hirieron a uno de sus amigos, que no tenía mucho tiempo de haber llegado. En compañía de un primo, el Loco llevó al amigo herido al hospital en donde murió.

Él llamo a los familiares y les contó lo sucedido. Con el primo comenzaron después a hacer averiguaciones y descubrieron que

eran miembros de la misma banda criminal del socio con el que tuvo el problema, quien lo mandó a matar en una segunda ocasión. Ya no aguantó más y lo llamó, le dijo que si quería guerra, guerra tendría y que ya iba uno a cero.

Al pasar los días se le terminó el permiso del batallón y tuvo que volver. Allí se mantuvo informado sobre los vendedores y al salir de permiso se dirigió a Barranquilla, donde ya los tenía ubicados.

Se disfrazó de un habitante de la calle todo sucio y con peluca, pasó por enfrente de la casa del enemigo y, al darse cuenta de que no lo reconocieron, quiso matarlo de una vez, pero tenía muchos guardaespaldas. Salió de ahí y se dirigió a la guarida de los vendedores, al llegar se encontró con la noticia de que no estaban, se acostó en el suelo de la calle a dos casas de donde vivían ellos. Luego de media hora notó que venían, se paró cuando ellos se estaban bajando de la moto y les comenzó a disparar, matándolos a los dos ahí mismo.

Lo recogió un amigo en una moto y emprendió la huida.

Al pasar una semana volvió a salir de permiso, un amigo de infancia lo invitó a tomarse unas cervezas y a escuchar un concierto de picó muy popular en Barranquilla. Él no era muy amante de esas cosas, pero al ver al amigo estacionado decidió acompañarlo.

Al llegar al sitio comenzaron a tomar y bailar. Pasado un rato a él le dieron ganas de ir al baño y en el camino se encontró con una gran sorpresa: al frente suyo estaba su enemigo sin ninguna seguridad, de inmediato salió del baño, llamó a un amigo y le dijo que se viniera para donde él estaba y que le llevara el arma. Cuando llegó el amigo con el arma, el Loco le dijo que lo esperara afuera.

Él entró y se dirigió hacia el enemigo, sin pensarlo dos veces lo mató y salió entre la algarabía de la gente. Se subió a la moto con el amigo. Pasadas dos cuadras, se bajó y tomó un taxi. Al llegar a su casa se sentó a pasar el susto.

A los tres días se fue al batallón, estando ahí recibió una llamada. Era el hermano del muerto, quien lo amenazó de muerte. Ahí comprendió que su problema aún seguía. Al pasar un mes volvió a salir de licencia y sin dudar se fue con un primo a la casa del hermano del muerto.

Pasaron por su casa pero no lo vieron. Se quedaron a dos cuadras de la casa del tipo.

Tras una hora el hermano del muerto salió con la mujer en una moto de alto blindaje. Al verlo venir, salió corriendo a la mitad de la calle y comenzó a dispararle. Cuando cayó de la moto, el Loco se acercó y lo remató. Al otro lado estaba la mujer malherida y también la mató. Ahí mismo emprendió la huida. Ya sabía que no tendría más problemas con esa familia.

Esa fue una guerra que duró aproximadamente nueve meses.

Al terminar de contarme esa historia de su vida quedé sorprendido por lo que le tocó pasar. Así, pasando los días, seguimos hablando. Me contó muchas historias más de su vida de narco y sicario, me contó que ha matado a muchas personas desde que está en este negocio, hasta que un día no esperado le llegó una orden de captura por concierto y narcotráfico, la cual lo tiene aquí sindicado hace cuatro años, los cuales no han sido fáciles. Le ha tocado pelear, estar en el calabozo, ha perdido celdas. La mano del narcotráfico le quitó la vida a su hermana, a quien mataron para mandarle un mensaje: que aún tiene enemigos afuera, para cuando salga.

Me contó que eso le dolió y le afectó mucho, ahora es cristiano, se ha entregado a la palabra del Evangelio.

Me dice que ahí ha encontrado paz. Que pide por todos sus muertos, pero al igual la muerte de la hermana no quedará así, porque ella no tenía nada que ver.

Bueno esa es una corta historia del Loco, de tantas que me ha contado y aún me sigue contando. La verdad, a pesar de todo lo que me ha relatado lo considero una buena persona. Todo lo que hizo fue por sus negocios. Hablo con él todos los días y me gusta escuchar sus cuentos porque de ellos aprendo mucho. Un personaje como ninguno.

META

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE VILLAVICENCIO



NAYIB DONALDO CAMACHO OVIEDO
DIRECTOR DE TALLER

DON CLÍMACO

Ángel Pedraza



Don Clímaco se encuentra en una taberna degustando una refrescante cerveza. En ese momento se acuerda de su automóvil, el que dejó parqueado a varios metros de allí, y se queda pensando, mirando hacia el farol que está al frente. Voltea la mirada hacia un árbol seco y leñoso que hay varios metros al lado. Se levanta y camina hacia donde se encuentran unas personas reunidas y señalándoles un edificio les dice: “Qué bonito sería estar allí y poderles tomar una foto, y al edificio también, ese que tiene forma de cono”. Regresa a su lugar. Con el pasar de los minutos se pone nuevamente de pie. Baja los escalones que hay en la taberna. Emprende la partida saboreándose su cerveza.

EDUCAMOS PARA LA LIBERTAD

Ferdinel Sosa Aguirre



Al pie de la puerta hay un aviso. Sigue la entrada y allí está la enfermería. Enseguida hay otro cuarto para los presos que recién están entrando, otro para los que están saliendo y uno más para lo que están reseñando.

Al abrir una puerta grande encontramos el patio Colombia, el patio más grande y el de una convivencia más dura.

Al lado izquierdo del patio Colombia, hacia el fondo, está el patio de mujeres y al lado derecho se encuentra el patio Santander donde la convivencia la dirige la guerrilla, protegidos por la guardia.

El patio Santander está compuesto de ocho celdas, dos patios pequeños, cada uno con sus baños. Unos sirven, otros no.

En la parte de atrás hay un patio para todos. Allí conviven las personas viciosas. El que entra no sale, o si sale, sale golpeado, maltratado física o verbalmente.

Las celdas son un espacio muy reducido. A la entrada se escucha el llamado de lista en orden alfabético. Comenzamos a entrar y a ocupar cada uno nuestro correspondiente pequeño espacio dividido por un triplex.

Los consumidores empiezan a mirar y a esperar la hora de consumir. Para ellos es la felicidad, para otros es un infierno. El olor a marihuana, a cigarrillo, las malas palabras, la morbosidad y el manoseo entre hombres, niegan el aviso de la entrada: “Educamos para la libertad”.

AYUDA

Germán Alberto Lasso



Carlos era un desplazado. Escapó de su pueblo por la situación que allí se vivía. Tomó rumbo hacia la ciudad. Llegó un día bonito y soleado. Adonde quiera que él miraba todo resplandecía y lo hacía sonrojar. Feliz de conocer la ciudad, su corazón latía a mil, pero no dejaba de pensar qué iba a hacer para sostenerse económicamente.

Bajó del barco. Se había escondido al pie del motor. Así fue como pudo llegar a la ciudad. Aunque precavido, bajó temeroso. Al descender se encontró de frente con un marinero. Se imaginó que lo devolverían a su pueblo natal, pero el marinero lo saludó y le dijo: “Feliz viaje”.

Carlos llevaba cincuenta mil pesos. Con eso se acercó al primer supermercado que vio. Tomó un paquete de papas y una Coca-Cola. Tenía mucha hambre. Hacía dos días no probaba bocado. Se dirigió hacia la caja registradora. Pasa su billete y el señor del supermercado lo mira raro. Tocaba pagar en dólares. Carlos no entendía el idioma en el que le hablaba. Alguien entra y Carlos se da cuenta que es colombiano. El hombre le dice: “Paisano, aquí no reciben esos billetes. Yo pagaré su cuenta”. Carlos solo atina a decir: “Dios lo bendiga”. El hombre sube a un auto y se aleja por la calle.

Dos cuadras adelante el hombre gira y regresa. Ve a Carlos devorándose sus papas y su gaseosa como un gran manjar. El hombre pita.

—Paisano, ¿de dónde viene?

—De Valledupar —contesta Carlos.

—Súbete a mi auto —dice el hombre.

Y se dirigen hacia la casa del hombre. Llegan a una especie de castillo donde lo atienden como nunca se lo imaginó. Recibe un trabajo y un año después puede traer a su mujer y a sus hijos. Oyendo sus discos de vallenato se pone a pensar que tal vez fue Dios quien le dio la mano y luego canta: “*Óyeme diosito lindo...*”.

PUERTAS AZULES

Joseph González



Dos amigas perdidas y sin rumbo llegan a las puertas azules, con logos del *INPEC* y un nombre que dice “Cárcel de Villavicencio”.

—¡Qué horrible estar en ese lugar! —dice María

—Tranquila, ellos no pueden escapar —dice Lorena, con un soplo de alivio.

—Pero... ellos ¿serán culpables? O acaso, como todo en esta ciudad, no tenían dinero para defenderse —dice María, con tono conciliador.

—No puedo creer que se cometa esa infamia.

Y mirando hacia una tienda deciden beber algo.

—¿Será seguro estar aquí?

—No veo peligro alguno, pero estemos prevenidas —dice María, calmando a su amiga.

—¿Cómo será contener los deseos por tanto tiempo? Y yo aún soltera —dice Lorena, con una sonrisa pícaro y perdiendo la medida. Con una risa apagada María decide no pensar en ello, pero con la idea aún en su mente, llama a su amiga para que los demás no oigan su comentario.

—Si mi esposo, después de unos días de no estar conmigo, se comporta más complaciente, esto debe ser mucho mejor —María suspira sonrojada al admitir esa idea.

—Me gustaría tener una experiencia con uno de ellos —dice Lorena. Solo que no sabría si el que me llegara a tocar mató a su esposa por celos.

Lorena mira la puerta azul y da un sorbo a su bebida y pregunta en voz alta:

—¿Es difícil entrar a visitar los presos?

Las dos se quedan pensando en esa idea y montan en sus carros partiendo con la intensión especial de que ahora Lorena pueda cumplir su fantasía.

BENDITA PLAGA

LABS (seudónimo)



Amanecía y aún estaba oscuro. Después de unas horas vagas nocturnas y acompañado del malestar propio del despilfarro, trataba de entrepernar a mi esposa Orfi; pero ella celosa, posesiva y muy firme en sus amenazas no volteó para que yo intentara reivindicarme con un gesto de amor. Cansado de insistir cerré mis ojos recordando la faena de unas horas atrás.

Minutos más tarde y en medio de la oscuridad caminaba enredándose en los vellos de mi pecho uno de los insectos que más detesto. Tanta fue la impresión y el grito que Orfi ni siquiera reclamó. Ahí me di cuenta que fue tanta la insistencia de parte mía para que me perdonara por llegar tan tarde y con olores extraños en mi ropa que la dejé extenuada con tanta cantaleta. Al quitarme el insecto de mi pecho cayó en el piso y decidí emprender una cacería para exterminarlo. Vaya sorpresa que me llevé cuando se posó sobre un tarro que se encontraba debajo de la cama cerca de una de las patas. Ví que en su interior había un algodón. Fui al baño para esconderlo.

Ese domingo, después del almuerzo, fue de contentillo total. Ahí me tocó invertir lo que quedaba de la quincena y así ganarme

una sonrisa, una caricia y el postre que siempre recibe uno de hombre después de una reconciliación.

El lunes, día de trabajo, en las primeras horas del día, como acostumbraba, hacía mi aseo personal cuando me acordé del tarro de vaselina y su algodón. Lo destapé y la sorpresa fue percibir un olor nauseabundo. En ese momento no comenté nada para no dañar el reconcilie.

En la oficina trabajaba en oficios varios doña Myriam que, aparte de sus labores como aseadora, también tenía sus extras como pitonisa. Le mostré el tarro con su contenido y al no advertirle de la fetidez que emanaba del algodón, me dijo con sorpresa: “¡Huy chinazo!, ¿quién le hizo esto? Se lo iban a tirar”. No entendía el porqué de su comentario. “Donde esta huevonada la entierren lo dejan a usted capado para toda clase de infidelidad”. Me dio tanta pena decirle que había sido mi mujer, que decidí callar y seguirle el consejo de cómo podría deshacerme del tarro sin ningún perjuicio. “Bótelo a una corriente de agua y de espalda, cosa que ni usted se dé cuenta de su recorrido en ella”. Así lo hice de regreso a casa, después de un día de total incertidumbre y bajón de ánimo.

Alisté mi maleta. Me despedí con el pretexto de que salía de viaje y me encerré en el cuarto de una residencia a beber, a llorar y a tratar de responder lo que hasta hoy no he podido superar.

Perdí mi trabajo y sin ninguna explicación llegué nuevamente a la finca donde viven mis padres, y es allí en donde me dedico a criar cucarachas para alimentar a las gallinas.

CUANDO MENOS LO ESPERAS

Manuel Julián Royero Ávila



Recuerdo, cuando era muy joven, que en una ocasión entre varios parceros acordamos salir en bicicleta hasta la montaña. Ese día fuimos seis pedaleando hasta la antigua vía a Bogotá. Yo iba en la bicicleta de mi hermano mayor, una bicicleta roja de acero la cual estaba un poco mal de la pacha trasera y el mecanismo de los cambios.

Llegamos a la glorieta del barrio La grama y comenzamos el duro ascenso por entre los barrios Caudal, Triunfo, Esmeraldo y Galán. En el barrio Chapinero un amable conductor de un tractocamión de gasolina aminoró su marcha. Para sortear un reductor de velocidad nos permitió aferrarnos a la carrocería del remolque y así ayudarnos en la empinada cuesta. Dos parceros míos se engancharon junto al cabezote apoyados con un pie en el estribo. Otros dos iban enganchados en la parte trasera del tráiler y yo estaba ubicado justo a un lado del centro del remolque cilíndrico, en esa parte baja que tiene tres barras transversales que previenen que los vehículos se vayan debajo de las llantas de las mulas en los choques. Pues bien, yo iba agarrado de una de esas barras con el pie izquierdo apoyado sobre una de las barras, pues iba al costado derecho del carrotanque. El tipo nos remolcaba cuesta arriba por el barrio 12 de octubre,

La Campiña, la estación Supergás y comenzamos a alejarnos de la ciudad.

A lo lejos vimos la reconocida “curva del Tigre”, un lugar que se especula está maldito. Y no se sabe si es por la geología del terreno, la falta de pericia o imprudencia de los conductores o por los simples azares del destino, pero lo cierto es que ha sido escenario de múltiples accidentes, algunos de ellos mortales. Veníamos remolcados muy tranquilos y casi llegando al lugar dos parceros, que venían en la parte de atrás, decidieron cambiar de tractomula. Competían por alcanzar una que iba más adelante. Llegamos a la curva. El suelo estaba lleno de gravilla y baches. Los costados del pavimento que se levantaba estaban mordisqueados. Cuando la tractomula en su empinado ascenso salió de la curva, sus llantas comenzaron a derramar gravilla que iba quedando fuera del camino. Todos concentrados logramos sortear la dificultad. Continuamos ascendiendo por una carretera más presentable. Por un momento, ante la situación vivida, dudé para acomodar los cambios de la bicicleta que comenzaban a fallar. Con el transcurrir del tiempo pasamos por un bache pedregoso. La mula lo tomó con sus llantas izquierdas y luego se inclinó bruscamente hacia el otro lado halándome consigo. Luego se batió hacia el otro costado empujándome hacia afuera. A mi lado derecho, y por el borde de la carretera descendía una ancha y profunda cuneta, después una pequeña franja de pasto en ángulo oblicuo franqueado por un alto muro de ladrillos. Advertí eso rápidamente. Luego, fui aspirado nuevamente. La bicicleta se tambaleaba inclinándose hacia el tanque. Instintivamente mantenía el pie apoyado en el estribo y como un resorte me impulsé dando un salto sobre la cuneta y terminé milagrosamente sobre la ladera de césped sosteniéndome de una barra de maleza que nacía en la base de la pared.

Volví mi vista hacia los otros y vi el *tráiler* de la tractomula macizamente resortando sobre la bicicleta dejándola similar a un acordeón. La llanta delantera torcida rodaba zigzagueando carretera abajo hasta caer en la profundidad de la cuneta. Una de las dieciocho llantas de la tractomula se había pinchado. El conductor se orilló y descendió con cara pálida y enojado para verificar el daño.

“¡Yo pensé que había espichado a ese huevón!”, fue lo único que exclamó el mulero. Y siguió su rumbo.

Orillamos mi nuevo acordeón y me metí en lo hondo de la cuneta, que debía tener como dos metros de profunda, a rescatar la llanta. Los parceros me preguntaban por la bicicleta y cómo iba a devolverme. Yo solo respondía que gracias a Dios no me había pasado nada.

Al otro costado de la vía pasaba un riachuelo. Ahí tomamos agua y armamos un bareto de mango viche y esperamos mientras que los otros parceros, que se habían adelantado, volvían.

Pasada media hora regresaron los socios quienes quedaron sorprendidos al ponerse al corriente de los hechos. Después, Óscar, un parcerero de la infancia y aficionado a las bicicletas, excelente piloto, realizó la hazaña del día... el descenso. Íbamos los dos en su bicicleta todo terreno, de cambios y rin 16. Él, con su mano derecha, sostenía el pesado marco de la bicicleta sobre su espalda y con la mano izquierda controlaba el manubrio y los frenos, mientras yo iba sentado en la barra sosteniendo el rin. Camino abajo tomamos mucha velocidad. Óscar desparramaba las curvas y las personas que venían subiendo nos miraban con asombro por el acordeón que llevábamos a nuestras espaldas. Yo apretaba los frenos por el miedo que me producía la velocidad. Óscar me daba cabezazos y me decía: “¿Estese quieto, mano. Nos va a hacer caer!”. Yo solo deseaba que fuera más despacio. Lo bueno del descenso rápido es que no duró mucho la purga mía.

Nos detuvimos sobre el comando de la policía, más exactamente sobre la sucursal de Invías, justo donde había un pequeño tomadero y un camino pedregoso que tomamos todos a pie con las bicicletas al hombro. Yo dejé la mía por ahí encaletada, pero Óscar no podía permitir que se perdieran los repuestos.

Avanzamos por el camino. Giramos a la derecha, por detrás del tomadero. Al lado del sendero había casas muy humildes. Los perros ladraban y las gallinas iban y venían. Yo observaba las viviendas pobres. Ignoraba lo que había del otro lado del sendero hasta que llegamos a una curva donde comenzaban unas improvisadas escalinatas de cemento y sin barandilla que zigzagueaban por todo el precipicio como si no tuvieran fin.

Una vez descendimos como diez mil escalones llegamos al río. El paisaje tenía forma de cañón. Un río franqueado por dos altísimos

barrancos que se derrumbaban de un costado al otro dejando las señales de una impresionante cuesta. Ya a la orilla continuamos caminando río arriba con las bicicletas al hombro, como casi cien metros hasta que por fin llegamos al pozo.

El agua estaba muy fría, helada, tanto que no era gustoso permanecer dentro de ella. Se me quitó la traba y me dio tiritadera y dolor de cabeza. No fui el único. Entonces regresamos subiendo de nuevo las escalinatas. De la desesperación, cuando menos lo esperaba, resbalé y debido al peso del marco de la bicicleta sobre mi espalda me fui dando tumbos escaleras abajo hasta quedar en un relleno al borde del camino. Terminé de espaldas sobre el suelo. Me golpeé la cabeza con la bicicleta. Me raspeé los pies, brazos y hombros. Una vez arribé donde Óscar, este me esperaba con cara de “Vámonos”. Les respondí: “¡Pero... por aquí no es!”. Saqué un billetico del bolsillo y paré un bus urbano. Este me abrió la puerta de atrás. Subí con mi acordeón y los parceros eran solo una risa. Se despidieron. La gente me miraba con extrañeza.

Una señora sentada cerca a mí me preguntó qué me había sucedido. Con cara de sobreviviente le conté las cosas, pero solo por encimita.

Al llegar al barrio dejé la bicicleta en la casa de un parcerito y nunca más volví a saber de ella. Aunque hay veces que de nuevo me la recuerdan los muchachos en una que otra ronisa, es decir, cuando bebemos ron.

LA SORPRESA

Martín Edilson Moreno Gómez



En el barrio La Nora, la familia Hernández se encuentra reunida para celebrar los cuarenta y siete años de edad de la abuela. La anciana en su juventud había sido una bailarina muy profesional. Reunida con sus hijas y nietas, su hermano decide hacerle una celebración de recordación del día que tuvo un premio en su carrera como bailarina.

Un día sonó el teléfono en la madrugada. La sobrina Nicol contestó. Al otro lado se oye que el tío Pedro va a venir para darle una sorpresa a la abuela.

—¿Cómo cuál sorpresa? —pregunta Nicol.

—Darle un almuerzo con el mejor cocinero de la ciudad. Lo más importante del viaje es volverla a ver. De pronto llevarla a visitar a la persona más importante de su vida, o sea, al pobre Raúl, que en paz descanse.

—Para cuándo sería —dice Nicol.

—Sería para mañana. Tengo pago de mensualidad en la empresa. Pero no le vaya a contar nada a la abuela. Esto es un secreto —contesta el tío Pedro.

Al otro día Nicol va muy temprano al cuarto de la abuela.

—Abuela, la invito al parque a trotar, a ver el amanecer. Después vamos al centro comercial.

Mientras el padre de Nicol se queda en la casa arreglándola y coordinando con el chef la sorpresa, el tío Pedro retira los billetes del cajero y decide ir a comprar unos tiquetes para Santa Marta. Una vez cuadradas las sorpresas, el tío Pedro llama a Nicol para que le traiga a su querida madre.

—Bueno, tío Pedro. En veinte minutos llegamos a casa. Espero que tengan todo listo.

Todo está cuadrado. La abuela entra y mira todo muy bonito. Se llena de nostalgia y recuerdos. El tío Raúl dice al chef que sirva la mesa y le dice a la abuela que es el mejor de la ciudad.

Después de haber comido, el chef retira la mesa. El padre de Nicol decide darle la última sorpresa diciéndole a su madre que por fin se le cumpliría el sueño de toda su vida, ir a Santa Marta, estar cerca al mar y visitar a la persona más importante de toda su vida, el padre de nosotros, sus hijos.

Esta sí que fue la mejor sorpresa en toda la vida de la anciana, sería el último recuerdo, el más lindo de toda su vida. Y con esa brisa del mar.

DECISIONES MAL TOMADAS

Óscar Díaz Díaz



Un buen día, caminando hacia el baño, mi hijo me alzó y me dijo: “Viejo, ¿cuándo sales? Me haces mucha falta”. Yo le dije que por ahí en dos meses. Él me dijo: “Papi, es mucho tiempo. Afuera todo se nos está desorganizando. Ahora valoro todo lo que me decías, que te ayudara en el puesto. A mí me daba pena atender a esas universitarias”.

Soy de esos muchachos que lo tuvo todo y de pronto me toca tomar el rol de mi padre. Me tocó ponerme el delantal naranja, ese que mi padre llevaba cuando la Sijín se lo cargó.

“Y ahora, señoritas, les tengo bien ricas y deliciosas arepas con huevo, carne o pollo. Cómprame las arepitas que necesito dinero para sacar a mi padre”.

Mi hermanita de tres años me ayuda a vender. Ella es el gancho, dice: “Alepas, alepas”.

Me siento feliz de la capacidad de mis hijos.

NO FUE UN DÍA NORMAL

Óscar Iván Mesa Arciniegas



Era un domingo normal, diría cualquier preso. Pasar a arreglarnos antes de las 7:00 a. m. Pasar al *güuimpigüipil*, y esperar para ser encerrados. A las 3:30 p. m., bueno, como les decía, ese domingo era normal para mí. Pasé al *güipil*, como procuro hacerlo todos los días. Me recosté en una hamaca a pensar acerca de lo que era la vida y por qué nos tocaba vivirla en desigualdad. Miro la cordillera y cómo lentamente queda blanca por la niebla que descendía. Comienzo a recordar. Recuerdo el día en que me partí el brazo por segunda vez. Fue un martes. Me fui con unos amigos a bajar mangos. El mango más maduro se encontraba en la punta de una rama y por cogerla, en lugar de sacudirla, caí de aquel árbol que nunca olvidaré.

El brazo me quedó torcido por la fractura. Lo enderecé y fui a mi casa. Aparenté la normalidad de un día cotidiano para no contarle nada a mi mamá, mucho menos a mi hermana, que me regañaba más que mi mamá. Esa noche para dormir puse mi brazo sobre mi pecho, pero no me dejaba de doler. Fui a la escuela. Durante tres días dormí con ese dolor. Lógico, no me bañaba y hacía caras. No aguanté tanto dolor y le conté a mi hermana lo sucedido. No me creía porque no me quejaba de dolor. Miró mi brazo y efectivamente

el brazo estaba curvo. Me llevó al hospital sin que mi mamá se diera cuenta, pero paílas, tenía el brazo con dos fracturas nuevas. Me enyesaron. Llegamos a casa y le contamos la historia a mi mamá, la cual no creyó nada. Ella cree que me lo partí ese mismo día. Ella no sabe que me lo partí en dos partes. De pronto, todo queda oscuro, y unas suaves manos cubren mis ojos. Eran unas manos delicadas que me devolvieron a mi infancia y a una carcajada de mi hermosa madre. Ella y mi hermana, sin avisar, me habían venido a visitar. Ese día compartimos, reímos y mi día no fue normal, como los que paso de lunes a sábado. Agradezco a Dios por una madre y una hermana maravillosas, porque los mejores domingos son mejores en familia, aunque ellas no sepan de mi dolor.

Esta es la carta de un preso en Alcatraz.

CAMINANDO

Owen Marx (seudónimo)



Caminaba distraído por un territorio desconocido, como rapero presumido, cuando me ha ocurrido algo que aún no olvido.

Trabajaba como vigilante en un conjunto cerrado donde sin querer me he enamorado de una maravillosa rosa como luna llena. Sin pensar en la condena que podría pagar. Si supiera lo que pasó esa tarde en un callejón del Murillo Toro.

Como todo forastero desconocía los peligros que aguardaban en la capital musical colombiana. Confiado caminaba con mi Cros Haro Bray en una mano y en la otra mi Nokia N95, que para la época era la mejor tecnología celular. Manos libres a los oídos y sonando ando con un volumen que disipaba mi sentido del oído y la capacidad de reaccionar al ruido, por ello una cicatriz me ha quedado.

Muy confiado con su 38 me apuntaba mientras su compinche me raqueteaba sin notar mi Walther PPK. Me golpeó en la cabeza dejándome aturdido. Entonces emprendió la huida. La sangre que comenzó a correr por mi cara, llenó de odio mi corazón. Sin pensar accioné mi PPK directo a la humanidad de aquel joven y vi perder la luz de sus ojos, el alma de su cuerpo, mientras su compañero y compinche lo abandonó sin pensarlo un momento.

NORTE DE SANTANDER

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE PAMPLONA



JOHANNA MARCELA ROZO

DIRECTOR DE TALLER

EL VIAJE

Alirio Jaimes Pabón



Era el año 2012 por la época de diciembre, más exactamente el 23 del mismo, viajaba solo con un cargamento de papaya que salía de Valencia, Córdoba, hacia la ciudad de Cartagena, viaje contra entrega por el producto, me tocaba viajar de noche. Salí ese día a las 10 de la noche con mi camión 600 tipo estrés, iba normal hacia mi destino, pero llegando a un peaje, más exactamente a Tolú Viejo, departamento de Sucre, la señorita del peaje me advierte: “hola señor, hace rato no pasa ningún carro, tenga mucho cuidado, porque es muy peligroso”. Seguí mi trayectoria normalmente, siendo eso de la 1:30 de la madrugada al camión se le pinchó una llanta delantera. Estaba muy oscuro de ambiente, un poco pesado, daba miedo porque en el lugar había árboles muy grandes, se sentían ruidos extraños en el bosque, pero me armé de valor y saqué una manguera de aire y la conecté al compresor para echarle aire a la llanta y seguí mi camino. Más adelante, aproximadamente a las 2:30 de la madrugada, llegué a un peaje conocido como Bayunco, pueblo pequeño o caserío donde en la misma carretera principal paré para poder revisar la llanta y saqué la manguera para echar aire. Cuando terminé levanté la cabeza, sentí en mi cuerpo un escalofrío y dirigí mi mirada hacia el fondo,

allí había un árbol muy grande y en la parte del árbol se encontraba un hombre muy moreno vestido de blanco hasta su calzado. Él me preguntó a una distancia de cinco metros aproximadamente a donde me dirigía, escuché una voz gruesa no normal y cuando me habló sentí un hielito por todo el cuerpo, no era capaz de hablar, pasaron unos cuantos minutos y reaccioné y le dije que iba para Cartagena, más exactamente para el mercado de Bazurto. Estaba muy oscuro, se sentía el miedo, ya me estaba acobardando. Extraño para mí era que el señor estaba muy bien vestido, hasta corbata llevaba, sus ojos brillaban. Sentía mucho miedo hacia él. En un momento, ese particular señor me preguntó que si lo podía llevar para Cartagena, y yo le dije que sí podía. Él me dijo que necesitaba echar unos cajones que tenía en la pata de aquel gran árbol, los cajones tenían pollos para la venta en Cartagena. Se sentó muy recto, no lo miraba y yo iba pensando cosas, en un momento me habló con una voz gruesa del más allá nunca jamás escuchada, los pelos se me pusieron de punta, me decía que me cuidara, que descansara, que no pasara de noche por ese lugar que era muy peligroso, terminó hablando con una voz extraña que hacía sentir miedo.

Viajaba hacia Cartagena con una persona extraña que había recogido en mi camino, en un paraje muy oscuro hablamos de la noche y del viaje, sentía al lado mío un hielito, sudaba y presentía algo, parecía y pensaba para mis adentros que era un espíritu lo que en ese momento me acompañaba, hablaba poco, con su vestido intachable me hacía imaginar que era una persona de otro tiempo. Cuando llegamos a Cartagena paré a descargar mi producto, en unos minutos se desapareció él y sus cajones de pollos, al regreso pasé por donde lo había recogido y era un cementerio. La persona que había recogido había muerto hacía cuarenta años, porque en la pata del árbol estaba su foto y su fecha de muerte.

LOS OBJETOS SON TESTIGOS MUDOS

Cesar Alonso Arciniegas Angarita



Transcurría el invierno del año 1998, yo vivía en casa de mi abuela Celina donde aprendí todos mis valores como hombre, los buenos modales y las virtudes.

Así fue como seguí mi vida en plena adolescencia, conociendo cada una de las cosas bellas que había en esa casa, empezando por los buenos corazones de la abuela y el abuelo. Este último siempre había luchado por tener un gran hogar lleno de felicidad y alegría.

En las mañanas se levantaba muy temprano para prepararse a laborar, se colocaba su ropa de trabajo mientras la abuela le preparaba el desayuno.

Llegaba la hora de partir hacia la empresa donde laboraba; por otro lado, yo me arreglaba para ir al colegio, en el que me esperaba un día largo y pesado. Tenía examen de matemáticas y me encontraba un poco nervioso por el alto voltaje que se sentía al escuchar esa clase; bueno, de todos modos estaba preparado para lo que fuera... y sabía que no me iba a ir muy bien.

Esa fue una de las cosas que más aprendí de la abuela, a tener fe en todo, a confiar en Dios para salir adelante y así lograr pasar el año. Pasaron las horas de manera muy rápida y llegó la tarde mientras el

día se convertía en noche. Cuando regresé a mi casa, apenas entré el gato acarició mis piernas dándome a entender su alegría y cariño, como todas las tardes.

Michico, el gato de mi abuela, era muy consentido por todos y andaba a la pata de mi abuela, cuando ella se iba a la iglesia del Señor del Humilladero, él se iba detrás de ella y la esperaba a las puertas del templo, hasta que ella salía y volvía otra vez a casa junto a los pies de mi abuela.

Mientras, el abuelo llegaba a las seis de la tarde y en sus manos traía una bolsa con pan, queso y una panela. Todo el mundo se alborotaba al ver llegar a mi viejo...

“Nono, nono, qué nos trajiste”, mi prima Esmeralda era la consentida por sus ojitos verdes y su angelical belleza... Le ha traído una chocolatina a ella; qué alegría se sentía al vernos a todos sonriendo cuando mi viejo nos repartía los caramelos, y para Michico traía pan con jamón para él solito, que bueno es lo bueno...

Se oscureció y me preparé para realizar mis tareas, había un escritorio antiguo con tres cajones de madera muy fina, donde todas las tardes me sentaba a organizar mis actividades para el otro día.

Ese escritorio viejo que había pasado por tantas manos, por generaciones, primero fue de mi tío Alonso que ahora es oficial del ejército de Colombia. Por ahí pasaron sus manos, sus escritos, su talento y por eso había algo espiritual, algo que me inspiraba cada día.

UN PACTO

Cristian Eliel Bernate Villamizar



Viernes 6 de mayo de 2016

Amanecía, era una mañana fría, en una prisión de mediana seguridad en una ciudad remota de un país del cual pocos hablan. Como todas las mañanas, Camilo se despierta y recita sus plegarias, era un hombre solitario, sus compañeros de prisión decían que era un poco raro; había llegado a esa cárcel acusado de un delito por maltrato animal, dicen que degollaba los gatos y bebía su sangre, según muchos un ritual para el demonio. Yo tuve la oportunidad de entrevistarlo, un día luego del desayuno empezamos a charlar ya que el tema salió porque en el noticiero salió un reportaje de vampiros, gente que bebía sangre y me llamó la atención, al ver esto él se acercó a mí y me preguntó: “¿en qué crees?”. Yo le respondí en Dios, y me dijo: “Dios es un niño, jugando con un ejército de hormigas”, no comenté nada al respecto pero en mi mente me dije a mí mismo; “este anda loco”; poco a poco fuimos acercándonos más, comentándome cosas que están mucho más lejos de la imaginación de cualquiera.

“Hoy será mi escape”, me dijo. Esa mañana el día estaba oscuro, la niebla parecía devorar las instalaciones de aquella cárcel, le dije: “¿estás lo suficientemente loco para intentarlo?”. Sí, así

es, quiero ir; esa fue la peor decisión que pude haber tomado porque desde ese momento sabía que después de mi muerte yo no iría al cielo, ya que él me dijo: “puedes acompañarme pero si lo haces tendrás que entregar tu alma”, la verdad al principio no lo creía, pensaba que solo era un juego, al fin fuimos a una celda, llevaba en un bolso una serie de artículos de contrabando que de alguna u otra manera había logrado ingresar, sacó de su bolso un libro muy viejo, una navaja en forma de cruz y una vela la cual prendió al instante; empezó a leer en un idioma para mí extraño, lenguaje infernal, tomó mi mano y con la navaja la perforó en la mitad e hizo un signo con un círculo a su alrededor y me preguntó: “¿Estás dispuesto a entregar tu alma al demonio?”. Yo le dije que sí y un gran escalofrío sentí al ver que la herida en mi mano había desaparecido y Camilo me dijo: “ya eres de él, tu nuevo nombre será Mabas, ahora nos cuida el rey de la maldad”, salimos de esa celda y mi semblante era diferente, sentía odio hacia los demás y un deseo muy grande de derramar sangre; “tranquilo”, me dijo Camilo solo mira lo que va a suceder; miré el reloj y eran exactamente las 11:11 a. m. y del sitio donde preparaban los alimentos salió una gran explosión, se había provocado un corto circuito el cual había llegado al depósito de gas y eso había generado tal cantidad de fuego que todo empezó a incendiarse; los presos corrían de lado a lado, los guardias en su afán de apagar el fuego fueron consumidos por las llamas, así como el noventa por ciento de la población, poco a poco todos empezaron a quemarse, olía a carne frita como cuando se hace un asado, pero fue opacado ese aroma con un olor a azufre; vámonos me dijo Camilo y empezamos a caminar entre el fuego, increíblemente no nos quemábamos, las llamas solo se apartaban ante nuestros pasos, logramos escapar, caminamos por casi una hora, al llegar a un sitio plano en una montaña alta logré ver lo que antes era la cárcel consumiéndose por las llamas. “Fue el plan perfecto”, dijo Camilo, ahora nadie sabrá que nosotros dos fuimos los únicos que pudimos salir con vida y pensarán que morimos en el incendio y así nadie seguirá nuestros pasos y no seremos perseguidos; a veces hay que sacrificar a muchos para salvarnos y sonrió, una maldita risa diabólica; murieron casi trescientas personas pero yo estaba con vida, ahora seguirás solo me dijo Camilo mientras desaparecía como se desvanece el humo de

un cigarrillo, había estado en presencia de una entidad del mal que me había sacado de prisión y había evitado quemarme en el incendio, en ese momento en mi bolsillo apareció un pergamino con el libro de camilo donde decía: “estas son tus nuevas plegarias; recítalas cada mañana al despertar y tendrás que enviar a mis dominios seis almas cada vez que la luna esté llena”. Desde ese día vago por el mundo asesinando gente para cumplir mi cuota, tengo dinero, salud e inteligencia, pero carezco de sentimientos y fe, sé que al cielo y al paraíso no iré porque siempre mi vida será un infierno.

LA MUERTA

Jhon Jairo Contreras C.



Jorge, un amigo muy común en la ciudad, andaba de lado a lado con una botella de tequila rota empuñada en su mano derecha; la gente lo criticaba porque era muy apuesto y perdió todo por una mujer, tenía lujos y todo se desvaneció de un momento a otro. Recorría las calles día y noche, al pasar los años se consiguió una chica como la que le había quitado todo, con la diferencia de que ella tenía mucho dinero pero tenía una enfermedad incurable; él la rechazó. Y de repente encontró a su hermano que por años lo estaba buscando, él lo llevó a un hotel de lujo, lo vistió y lo recuperó.

Al otro día salió por las noticias que una linda mujer había muerto, en ese momento desperté.

LA POPITA

José Gregorio Caballero Cantor



Cómo no recordar aquella casita de bareque, esa que tenía el nombre de La popita y saben porque, es muy simple, quedaba o mejor dicho todavía hay un vestigio de ella donde era la cocina.

Recuerdo que con mi tía, esa noble mujer que me crio desde muy pequeño, nos reuníamos en la cocina junto al fogón de leña para la cena. Nos alumbrábamos con lámparas de gas y ella nos contaba historias de violencia política en el pueblo, porque allí también se vivió esa historia.

Después a dormir arrullados por el sonido de los grillos, pero lo más hermoso era el amanecer, como la casa quedaba en límites del pueblo y el campo en esa época, era bello escuchar el canto de las mirlas, las cucaracheras y demás pájaros que allí anidaban.

Por ahí mediando las nueve de la mañana bajábamos a la quebrada Autala a lavar la ropa con la semilla del jaboncillo y la ropa quedaba con un aroma, que hoy a pesar del paso de los años lo recuerdo como si fuera ayer.

Bueno, en ese tiempo llegó mi tío Rafael, por supuesto recién casado con Amanda, él con su forma de ser alegre, dicharachero, se metía en todo cuento de los eventos que se realizaban en el pueblo,

relacionados con la diversión. Ella una mujer seria, muy hermosa, con unos ojos azules como el color del cielo en las mañanas. Pero no todo es color de rosa, al principio todo bien porque nacieron Lucia y Rafael, ellos heredaron el mismo color de los ojos de Amanda. Todo iba bien y de un momento a otro ella empezó a descuidar el hogar, a los niños y a mi tío, el cual al ver tantas cosas negativas optó por acabar el matrimonio y ella cogió otro rumbo. Mi tío se quedó con nosotros y nunca perdió su buen humor, su alegría. Siempre transmitía esa energía positiva de seguir adelante a pesar de las dificultades del destino.

LA CASA

José Gregorio Jaimes Rangel



Sobre aquellas inmensas llanuras, adornadas por un brillo intenso que se propaga fuertemente por el sol, acompañadas por la hermosa vegetación y hermosos animales, en una pronunciada hondonada se divisa mi ranchito, aquel donde viví las más grandes experiencias de mi vida; me protegía de la lluvia, del calor con sus antiguas láminas de zin y en las noches me brindaba calor gracias a sus paredes de tapia pisada. Cómo olvidar mi ranchito, sus colores que siempre lo caracterizaban, el piso azul marino y por lo alto blanco como las nubes que adornan el cielo. Aquel piso de cemento rustico que deterioraba muy rápido las escobas, ese inmenso patio donde con muchas ganas sacábamos nuestra cosecha de café, con la ilusión de salir el fin de semana a dar el anhelado paseo al pueblo.

Vivieron muy cerca el uno del otro, mi hermana y mi cuñado. Mi hermana, ella muy joven, radiante y esbelta ilusionada de la vida; el de otro, trabajador y honesto, muy mayor, dedicado a sus trabajos olvidando por momentos la relación que conformaban. Dedicó tanto tiempo a sus labores que cuando se dio cuenta había perdido lo que más amaba: su pareja, la persona a la que había prometido acompañarla en las buenas y en las malas. Alguien muy cercano a ella la había ilusionado y ella, al sentirse tan sola, aceptó una infidelidad que no tuvo ningún futuro.

LA CASA DE MI ABUELA

Juan Carlos Mora Cárdenas



Todavía la recuerdo como si hace unos segundos acabara de salir de ella...era de bareque, sus puertas de madera y de color verde, sus paredes pintadas con carbono blanco, y la parte de abajo era de color rojo, su piso era de tableta antigua de ladrillo rojo, el corredor tenía piso de cemento con piedras tupidas pequeñas, en el centro de un gran jardín, el techo era de grandes vigas de madera con cañas unidas y encima de pura teja, el baño tenía una hoja de zinc y la regadera era de intemperie, su sala grande, ahí vivía mi abuela, ahí se crio mi papá y mis tíos Alberto, Alicia, Rosario y lo grato es que también me crie allí, jugaba a los carros en los corredores y en el jardín cuando mi nona no estaba, porque ella no me dejaba tocarle sus matas, las quería tanto que a veces escuchaba que ella les hablaba, se ponía triste cuando alguna se marchitaba; me la pasaba en el solar jugando, así fue mi niñez en esa casa, todavía siento percibir el aroma del café que mi abuela hacía cada rato en su vieja cocina; era de madera con bareque, tenía dos fogones pero también tenía una cocina de gas, pero a mí me encantada cuando ella cocinaba en la de leña, corría al solar a buscarle paños secos para que ella me hiciera el café y me diera natas con sal con un gran trozo de pan.

Cuando llovía nos sentábamos en el corredor a mirar la lluvia caer en su gran jardín y estar pendientes donde caía una gotera, para el otro día subir a mi primo Toño a mover las tejas por donde se colaba el agua; mi nona tenía una escoba de altamisa y se ponía a barrer la casa con ella para atraer la buena suerte, todos aquellos momentos son recordados en mi vida y quisiera volverlos a vivir, tanto que quiero a esa casa, que mis sueños de hoy en día, siempre empiezan o terminan en la casa de mi abuela.

Lo único que no me gustaba eran los problemas que a diario tenían mi papá y mis tíos, mi tío Alberto el mayor vivía cinco casas más arriba de la de mi nona, vivía con su familia, su esposa Hilda y sus seis hijos, Fabiola, Marucha, Martín, Beto, Toño y Manuel. Mi tía Rosario no tenía familia, vivía con nosotros, ella era una profesora y era muy malgeniada; mi tía Alicia tenía familia, su esposo y sus seis hijos; María Teresa, Miguel, Nubia, Rufino, Marisol, y Nelson, vivían una cuadra más debajo de la casa de mi nona, pero ellos querían cada uno quedarse con esa casa y nosotros vivíamos allí, mi papá, mi mamá, mi hermano José Luis y yo, nos teníamos que aguantar los insultos de mi tía, sobre todo mi mamá por vivir allí, pero mi abuela siempre estuvo defendiéndonos de los comentarios de mi tía; mi tío Alberto nunca estuvo de acuerdo con los insultos de su hermana, favorecía a mi papá, mi hermano y yo estábamos muy pequeños para defender a mi madre de los insultos de mi tía, pero cuando llegaba mi papá corríamos a contarle y él discutía fuerte con ella por defender a mi mamá; con el tiempo crecimos pero mi padre falleció de un cáncer en el hígado, mi tío Alberto y mi nona quisieron que nos quedáramos allí pero mi madre decidió sacarnos a otra casa que la tomó en arriendo y la pagaba con su trabajo de la costura, mi hermano sacó grado de bachiller, y yo seguí estudiando, mi nona vivió unos años más con mi tía Rosario, pero ella se quedaba sola casi siempre porque mi tía trabajaba en Cúcuta; mi tía Alicia con mi tía Rosario siempre quisieron quedarse con esa casa pero mi tío Alberto murió, después murió mi abuela y mis tías vendieron la casa y hoy es un gran edificio donde es la notaría, solo quedan los recuerdos tan gratos de mi infancia en la casa de mi abuela.

MISTERIO

Oscar Javier Torres García



En una zona alejada de un municipio poco conocido a no ser por las problemáticas de grupos guerrilleros, en el sector conocido como Tibú, en un pueblito llamado Campo Dos, había una señora famosa por su religiosidad y por ser muy devota; a ella le arrebataron a su esposo personas de las UC, luego solo le quedaba su hijo. Él, cierto día, tomando cogió y vio a los asesinos de su padre, los insultó y retó, cosa que no le perdonaron y luego lo asesinaron.

Ella dejó de ser devota, ya no salía de la casa. Tenía una vecina, persona de edad de aquellas que no mienten, que le dijo que llegaban dos personas de saco y corbata a decirle que se fuera con ellos, cosa rara con aquel calor.

Meses después le hacía falta a muchos vecinos y les pareció extraño no verla, cuando fueron a abrir la puerta estaba trancada, inmediatamente abrieron el cielo, se puso oscuro y se dispersó un olor que no permitía que nadie se acercara ni a doscientos metros de distancia. Era la señora Otilia, aquella madre se había ahorcado al ver a su esposo e hijos morir; luego llegaron unas personas que decían que ya no sentía dolor alguno, ellas eran muy amigas. Luego la envolvieron en plástico y la intentaron alzar sus otros hijos, pero

no pudieron; ellos nunca la visitaban, pero sí pudieron las mujeres que ella estimaba.

Llovió como nunca, como si el agua se fuera con todo el sufrimiento, todo el dolor. Fue algo extraño.

RECUERDO

Rubén Darío Cruz



En la ventana de mi cuarto se encuentra un vidrio muy grueso, está por entrar las lluvias, veo volar algunas aves y al fondo el granito se ve como nieve; camina un monje expresivo, yo miro del segundo piso y a lo lejos se oyen las notas de una melodía de Richard Federmann en piano; bajo y las notas son más intensas, absurdo camino escuchando la canción hasta llegar a la cocina y abro la nevera para coger un bizcocho de mora, luego paso al garaje para revisar mi moto y disponerme a salir a entrenar en mi deporte favorito, ya que clasifiqué con la marca Nusta para poder estar en los olímpicos de Brasil y reencontrarme con mis viejos amigos competidores, aspiro este año traerme una medalla de oro para mi país Colombia.

Son días, meses, años de preparación, competencias que van y vienen. Este es un mundo fascinante, duro, esclavizante, pero cuando se saborea la gloria todo esto se queda atrás, y digo valieron la pena las prácticas de ocho horas diarias, sobrepasando gripas, fiebres y otras necesidades. Digo hoy la espera valió el esfuerzo de mi madre, mi padre y otros.

Ahora creo que el Gobierno Nacional me tendrá en cuenta para un sueldo que valga la pena, así como en todos los países que lo

tienen todo, mientras a nosotros nos toca buscar patrocinadores en la parte privada para poder participar. Como anécdota, para poder estar en esta competencia mis padres hipotecaron sus bienes, arriesgando que si no llego a tan anhelado puesto quedaremos en la calle.

Aspiro que Dios me ayude a obtener este triunfo sobre todos los que me rodean. Mientras, ellos tienen vuelos chárter, hoteles de súper lujo y alfombra roja y no los ve nadie, disque representan a nuestro amado Colombia.

Yo estaré en un complejo llamado Villa, con solo una habitación cómoda, dando noticia ante millones y millones de televidentes en el mundo; pero así es como conocen a Colombia y se enteran en el mapamundi que existimos; el deporte cada vez hace que el país sea conocido hoy en día con nuestros campeones, que todo lo hacen con su propio esfuerzo.

TOLIMA

COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE IBAGUÉ - PICALEÑA



EDER GIOVANNI CERVERA MARTÍNEZ
DIRECTOR DE TALLER

DOÑA INÉS

Bejarano (seudónimo)



Era una noche huérfana de lunas y estrellas. En el ambiente se respiraba un aire expectante, como un venado que teme al ataque sorpresivo.

—¡Buenas noches! —dijo una voz firme y arrogante.

El corazón de doña Ester, la madre de Inés, latía con angustia, sabía que venían por él.

—Buenas noches —respondió doña Ester con voz suave y temerosa—, ¿a quién necesita?

—¿Se encuentra su esposo mi señora?

—No señor, él salió pa' la plaza —dijo ella con voz entrecortada.

Inés, que tenía once años, estaba en un rincón junto con sus hermanos. Escuchando la mentira piadosa de su mamá. Afuera de la casa había por lo menos veinte encapuchados, todos armados con fusiles. Unos cuantos fueron a la plaza mientras los otros rodearon la casa. Uno de los encapuchados ordenó a Ester que saliera al cuarto junto con todos los de la casa, incluso el más pequeño que solo tenía dos años.

—Ese desgraciado no está por ahí —dijo uno de los que había ido a la plaza.

—Tendremos entonces que matarlos a todos, a ver si aparece...
—dijo el hombre que dirigía la operación, que se sentía valiente con su fusil.

El comandante no había terminado de hablar cuando se escuchó que alguien caía por el zarzo. Don Plinio había saltado sin pensarlo y de inmediato se puso como escudo de carne, fuerte y generoso. No hubo tiempo para preguntas ni respuestas, solo se escucharon las ráfagas de fusil, luego el llanto. Doña Ester y los niños rodearon el cuerpo. Solo quedaba para doña Ester un sin número de preguntas y seis hijos pequeños.

Pasaron muchos años. Inés creció y se fue a otras tierras. Ahora ella también era madre y se encontraba triste.

—¿Por qué llora doña Inés? —pero ella no respondió—. ¿Por qué llora? —volvió a preguntar Andrés.

—Ay, mijo, no es nada —respondió doña Inés con timidez, mientras que se secaba los ojos.

Ella se paró de la banquita de madera y le sirvió una taza de aguapanela caliente al niño. Ella sabía que Andrés solo acudía cuando Olívía, su vecina, lo iba a castigar por alguna travesura. Él le decía a doña Inés que le prestara una panela o una libra de arroz, él sabía que con ese gesto podía salvarse del castigo. Pero esta vez era diferente, Andrés llevaba una canasta de huevos.

—Doña Inés, dice mi mamá que ahí le manda estos huevos para que los saque en compañía y que luego vengo por los pollitos.

—Claro que sí mijo —dijo doña Inés dándole un beso con cariño.

Andrés terminó de tomarse la aguapanela. Le dio un último vistazo a los huevo y se marchó.

—Chao doña Inés.

Ella vio marchar al niño por el camino de herradura, casi como una escena cinematográfica que le hacía llegar recuerdos que le aterraban la vida, pero también la esperaba del regreso de Luis, quien con doce años se había ido. Algunos decían que para la guerrilla. Escuchó de nuevo una voz.

—¿Por qué llora doña Inés? —pero la voz la sentía más cercana.

Al lado del fogón vio una sombra. Con los ojos llenos de lágrimas pudo ver a su hijo Luis, pequeño como siempre, le dio un abrazo. Se fundieron.

—No llores mamá, me quedaré a tu lado, mi viejita del alma.

LA ÚLTIMA CARTA

Edgar Fredy Hernández



Cierta mañana, como de costumbre, me preparaba para salir a clases. Íbamos saliendo cuando llegó la patrona de mi madre diciendo que la necesitaba urgente. Ella no tuvo más remedio que ir hasta donde doña Edubiges a pedirle el favor que me llevara hasta el colegio. Muy acomodada la señora se hizo cargo de mí. Mientras cogíamos camino le dije: “sé que tú conoces algo de la vida de mi madre y quiero pedirle un favor”. Ella mirándome fijamente tomó mi mano, antes de que me preguntara cuál favor yo le advertí: “pero, por favor, que no se entere mi mamá”. Depende de que tan grave sea la pregunta, me dijo. De mi boca salió con voz temblorosa, cuénteme algo de mi padre. Paró su andar. Pasmada, la única respuesta que me dio fue un suspiro. Seguimos caminado. Volví a hacerle la misma pregunta, pero lo único que recibí fue evasivas. Llegamos al colegio y al despedirse noté su mirada de lástima. Comprendí que no quería herirme. Ella cogió su camino de vuelta y yo me quede triste.

Ingresé al salón de clase. Allí estaban todos mis compañeros, unos tirando papeles y otros conversando. De repente todo se quedó en silencio. Sin darnos cuenta al frente de nosotros estaba parada la maestra de matemáticas, coordinadora de nuestro curso.

Fabio me hizo una mirada de susto que me hizo perder la risa. Ella nos dio un sermón que ni el cura había recitado, sentí que mis oídos zumbaron como el aleteo de un colibrí. Nos mandó a sentar. Después de terminar la charla se sentó. Tomó su carpeta y sacó una hoja, en ella traía las notas de todos. Alzó la mirada de nuevo hacia nosotros y de sus labios salió mi nombre. Sentí un escalofrío, sudaba. En mi mente pensé en los peores castigos. Se decía que ella en una vida pasada fue un verdugo. Toda la primaria conocía sus hazañas. Me fui acercado lentamente con la mirada fija y los pies temblorosos. De repente una sonrisa salió de su rostro. Tenía un cofre en su mano derecha, vi como lo abría despacio. De allí saco un rollo junto a un chocolate. Me los entregó y me pidió que abriera el rollo. Oh, sorpresa, una mención de honor. Mi alma volvió al cuerpo. Comprendí que todo lo que se decía de ella tenía algo de leyenda. Dejó su rudeza a un lado y me felicitó con un abrazo y un beso en la mejilla.

De regreso a casa le conté a mamá lo que había sucedido. Ella me felicitó y me dio un abrazo fuerte. Me dio un beso y me dijo que sus esfuerzos estaban dando frutos. En ese momento tocaron a la puerta. Yo corrí para abrirla, pensaba que era Fabio. Cuando abrí vi a una señora muy elegante, nunca la había visto. Pregunto por mamá. La hice seguir y la llevé hasta ella. Al verla, mi madre soltó el jarrón que tenía en sus manos. El rostro se le puso pálido y el cuerpo tembloroso. Mamá me pidió que las dejara solas. Yo fui a mi cuarto, pero la curiosidad me ganó. Caminando de puntitas, haciendo el mínimo ruido, me fui acercando para escuchar la conversación. Me ubiqué en un sitio detrás de una pared que separaba la sala. Desde allí vi como mamá lloraba. La señora le decía que me iba a llevar a otro sitio. No me aguanté y salí a decir que yo no me iba para ningún lado. Le grité a la señora que yo siempre había vivido con mi madre y que ella me lo daba todo. La mujer, gritando, me dijo que era la hermana de mi padre. Yo sabía que ese desgraciado abandonó a mi madre cuando yo estaba en su vientre. Saqué fuerzas y a empujones la saqué de la casa. Le dije que no quería volverla a ver en mi vida. Le cerré la puerta y abracé a mi madre.

Transcurrieron varios días después de aquel incidente. Hicimos de cuenta que no valía la pena recordar lo ocurrido. Un día de

descanso mamá preparaba el desayuno y yo arreglaba la casa. Golpearon a la puerta. Ya voy, respondí. Pero los golpes empezaron a ser más fuertes. Al abrir estaba Fabio sonriente, algo inusual en él. Entró y me abrazó fuerte. Siguió hacia el comedor. Se acomodó en la mesa y a viva voz, muy graciosamente, empezó a exigir que le sirvieran desayuno. Me reí al verlo. Mamá le siguió la corriente, lo atendió como nunca y con sus manos de oro preparó un rico desayuno. Nos contó que por fin le iba bien en el colegio y que por eso se sentía feliz. En un instante me retiré de la mesa y fui a la habitación para buscar mis útiles escolares. Tomé un sobre donde tenía guardado un papel donde estaba escribiendo. Empecé a finalizar la carta mientras mamá hablaba con Fabio. Cerré el sobre y escuché unos gritos. Todo fue confuso. Insultos y la voz de mamá diciendo: “no tengo nada que ver con lo que ese maldito hizo”. Fabio, asustado, se escondió bajo la mesa. Ellos gritaban y yo lo único que les entendía era “venganza”. Yo me encerré en la habitación e intenté seguir escribiendo entre lágrimas y manchones. De un momento a otro todo se quedó en silencio. Sentí que me estaba durmiendo. Todo me daba vueltas y un pito me aturdía los oídos. Había escombros. No entendía. Escuchaba a los perros ladrar. Me dolía el cuerpo. Como pude levanté la carta. Me apoyé en los pedazos de pared. Fui a donde antes estaba el comedor. Mamá y Fabio no se movían. Grité por ayuda. Grité mucho. Seguí arrastrándome hasta llegar a la calle. Caí. En la mano derecha empuñaba el sobre donde escribí todo mi dolor a papá.

LA MAGIA DEL TAMARINDO

Gustavo Bedoya



Lalo era un chico sonriente. Vivía con su madre, la vieja Magola, como le decían cariñosamente en el poblado a orillas del río Cauca. De su padre solo sabía que hace tiempo había emprendido un viaje y nunca regresó. Los rumores en el caserío eran que se había ido con la Hormigueta, una joven prostituta que el papá de Lalo decidió sacar del barrio para legalizar el enamoramiento.

Gracias al arte culinario de la vieja Magola podían vivir de las hojaldras y el famoso jugo de tamarindo. Lalo y Pata de Palo, su hermano menor, tenían la responsabilidad de las ventas. Su vivienda, junto a la vía del tren, les permitía un acceso rápido a los viajeros. Pata de Palo ofrecía las hojaldras mientras que Lalo, con su graciosa elegancia, vendía el famoso jugo de tamarindo. Y es que la rutina de las ventas se iniciaba todos los días a las cinco de la mañana, antes de que el tren se marchara hacia las tierras del valle.

En un abrir y cerrar de ojos Lalo recorría los vagones de pasajeros, en una oferta danzarina de sus ágiles piernas. Regresaba entonces alegre y juguetón con el dinero producido a donde la vieja Magola, quien contaba y recontaba los billetes y monedas. Luego, apremiado por el sonido del viejo reloj de péndulo, se dirigía a toda

carrera a tomar el desayuno, el cual era acompañado con un gran vaso de jugo rosado. Después corría hacia la escuela donde lo esperaba el señor Bólido, el viejo maestro, que no perdonaba retardos y cobraba con coscorriones la falta.

Ese día, en el lento transcurrir de las clases, no pudo evitar pensar en el Guaico, el afluente que desemboca en el río Cauca y atraviesa el viejo caserío. Es su lugar secreto, su refugio. El nacimiento del afluente está ubicado en la cabecera del bosque, rodeado de tamarindos, ciruelos y almendros. Eso de la historia patria, las gestas de libertad y amoríos de los próceres le dejaba una sensación de soledad. Cuentan los relatos de independencia que muchos de los héroes regresaron a sus tierras, en cambio, su padre, el único héroe de carne y hueso, había desertado. Sin regreso.

La campana anunciaba el fin de las clases. Lalo sale raudo en busca de Pata de Palo. Con paso firme se dirigen por el disimulado sendero que conduce al Guaico por la parte alta. Ellos conocían una entrada secreta. Avanzan silenciosos. Pata de Palo tiene una manera de ser taciturna y eso agrada a Lalo, por lo cual ha sido su confidente. Hace varios días que los cautiva la calma de aquel lugar, el canto parsimonioso de las ranas, el tintineo de los grillos y el fluir de la fuente. El gran árbol de tamarindo con sus brazos fuertes y extendidos los acoge siempre. Les ofrece sus frutos. Lalo queda silencioso junto a la base del árbol. Mira el tupido follaje de las ramas y de manera ágil asciende a la copa. El siempre busca los frutos más maduros y cuida de no lastimar los brotes. Para los dos hermanos está claro que solo los tamarindos barrigones son apropiados para que el jugo quede sabrosamente agridulce, además no deben lastimar la cascara.

Terminada la labor de recolección se sientan junto al viejo tamarindo, comen algunos frutos y toman algunos sorbos de agua. Lalo recuerda las palabras del Míster, un pasajero del tren: “Ese jugo de tamarindo que hace tu mamá calma cualquier sed”.

Lalo mira a Pata de Palo y le dice:

—La Mafafa siempre me compra un vaso de jugo, me dice que es lo único que la mantiene en el negocio.

Pata de Palo saca una sonrisa pícara del rostro mientras recuerda que la señora es una veterana en el barrio de las prostitutas.

—Lalo, acuérdate de lo que dice el padre de la parroquia, que el jugo de mamá reconcilia con la vida.

—Eso es porque nosotros tratamos con cariño al viejo tamarindo. Los niños empiezan a salir lentamente del bosque.

—Oye Lalo, siempre está el viejo árbol allí a pesar de las borrascas. Como esperándonos.

CAUTIVERIO

Jhon Fredy Velásquez



Se escucha azul el caer del líquido cristalino
sabe azul el recorrido del agua por mi garganta
huele azul la madrugada después de una noche
de jazmín mojado.

Azul escucho la noche nublada cuando salgo con un cigarrillo
azul sabe cuándo me trepo a la chambrana en las estrellas
azul huele el bosque cuando despego el musgo de los árboles
escucho azul cuando estoy solo en la celda
imaginando el azul de mis entrañas
el sabor de un café azul.

Huele azul cuando cae el sol,
descanso, me olvido de todo
y se escucha azul el aire de las palomas
bajando por las migajas.
El sol por los barrotes,
se escabulle, me besa las mejillas.
Huele azul el viento en mi cara mojada
me despierta y digo
son falacias.

GOLPES EN EL CAFETAL

José Alemán



Siendo niño, creo que tenía entre tres o cuatro años, jugaba con un amiguito. Mi padre nos sorprendió y me castigó porque no estaba limpiando el solar. Así empecé a percibir el tiempo, mi padre era muy estricto conmigo. Constantemente me repetía que el trabajo era lo primero para un hombre de buenos principios y valores. Comenzó a llevarme al trabajo y enseñarme a coger café y frijol, a limpiar los cultivos y ser disciplinado. No me permitía jugar. Solo era trabajo y castigos si hacía otra cosa. Un día me envió por el almuerzo. Regresé con una caneca con sancocho, para seis personas, en una mano y en la otra el seco. En la espalda una bolsa con limonada. Era bastante peso para mis seis años. Llegando donde ellos se encontraban me resbale con la caneca y caí. Salí rodando por entre la loma y se destaparon todas las ollas. Muerto de miedo por el castigo me regresé a pedirle más a mi madre, pero no había quedado nada. Volví entonces al camino hacia donde mi padre, ya era tarde. Cuando llegué casi me come de un grito, estaba furioso. Ya eran las dos de la tarde y llorando le dije a papá lo que me había sucedido. Me dijo que era por estar jugando y tomó una vara. Me tomó por el brazo y me golpeo hasta dejarme en el piso. Los trabajadores disgustados por el acto se molestaron con él e intercedieron preguntando por qué me castigaba de esa manera.

En otra ocasión viajábamos para el pueblo, el camino estaba liso y con mucho barro. Yo usaba botas largas. Al dar un salto para pasar un pequeño pantano se me quedó una bota enterrada. El pie salió directo a un charco. Mi padre enfureció. Me tomó por la mano y de un tirón me arrojó al otro lado. Mi cabeza se estrelló contra una roca. Como dicen las abuelas me descujo. Duré enfermo casi cuatro meses, tirado en la cama porque todo lo que comía lo vomitaba. Si no hubiera sido por mi madre habría muerto. Junto con un amigo de ella me llevaron un curandero. Eso fue lo que me salvó. Le fui tomando rabia a mi padre. Me di cuenta de que no se preocupaba por mí.

A los ocho años mi madre me inscribió en la escuela. Todos los días era una pelea con mi padre. Él me decía que me necesitaba para que les llevara la comida a los trabajadores. Le molestaba que estudiara y me decía que perdía el tiempo. Yo gastaba toda la mañana en el colegio. Entraba a las siete y salía a la una. Llegaba a almorzar y tenía que ir hasta donde mi papá estuviera. Tenía que hacer las tareas en la noche, a la luz de una vela. Ahí mismo aprovechaba para repasar. A mí me agradaba la escuela porque era el único lugar donde podía jugar y compartir con otros niños, además aprendía cosas. Todo acabó cuando un día mi papá pasó por el colegio y me vio jugando un partido de fútbol, me dijo: “¿eso es lo que hacen en la escuela? ¿Jugar? Pues no va más, yo lo necesito para que me ayude a recoger café. No tengo trabajadores suficientes y se me está perdiendo la cosecha”. No pude volver. Me la pasaba triste mirando cómo mis vecinos iban a estudiar, podían jugar. En cambio, yo no tenía amigos, no podía hacer nada. En vez de carros de plástico tenía un machete y en vez de balón una coca que llenaba de café. Todos mis días eran con los trabajadores y todos los días veía a mi padre con ira.

Cuando tenía doce años me intentó castigar, pero ese día no se lo permití, le levanté la mano y le dije que jamás me volvería a tocar. Ya me sentía un hombre. Me gustaba andar libremente por cualquier lugar. Empecé a trabajar donde algunos conocidos de la familia. Hacía muchos oficios. Extrañaba a mi mamá y a mis hermanos. Pero me sentía libre, tranquilo. Me ganaba tres mil pesos al día, aunque no fueran mucho, eran míos.

Un domingo, en el pueblo, había un bazar para recolectar fondos. Estando allí llegó un grupo de doce o quince guerrilleros. Empezaron a tomar y yo vi una niña con su camuflado. Tenía una pistola y botas. Era muy bella. Me acerqué y la invité a bailar. Me dijo cosas bonitas. Ese día me brindó su amistad y me dijo que por qué no me iba con ellos. Yo estaba solo, no tenía amigos, no tenía familia y ellos se veían felices. Me fui marchando entre sus filas.

HAIKU: SIN LIBERTAD

Juan Carlos Preciado



1.

Agua que se desliza
refresca mi cuerpo
consuelo al encierro.

2.

Gritos fastidiosos
noche tras noche
lejos todavía.

3.

Rincón silencioso
fijo mi mirar
suspiro el dolor.

4.

Inicio de la noche
oscuridad que libera
muerte latente.

5.
Animales, como animales
siempre están ahí.
Aún falta tiempo.

6.
Cada mañana
última sentencia
cuando despierto.

7.
Muy pronto
sin importar nada
sigues conmigo.

TUS DOS

Rey Salas (seudónimo)



Me molesta pensarlo a tu lado,
su olor que toleras o disfrutas
a sándalo o monje hindú.

Fastidía como las pulgas que saltan
parece que disfrutas rascarle
él no se va.

Se enfrentaría a un león
con su mordida
nada es ante esas fauces
no le importa.

Si tuviera cola
la batiría al verte
te defendería aun ausente
como si le pagaras.

Si le pidieras saltar por la ventana...
le tienes bien amaestrado.
Si me hablara
si jugara con él
ya seríamos dos.
Aceptas su sarna
sobrevive de tus sobras
me gruñe, sabe de nosotros
no me ataca.

VALLE DEL CAUCA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE BUENAVENTURA



JEFFERSON PEREA MADRID
DIRECTOR DE TALLER

LA HIPOCRESÍA

Billy Flow (seudónimo)



Yo conocí a un amigo en el grado cuarto. Nos prestábamos de todo. Desde lapiceros, hasta zapatos. Siempre peleábamos los dos porque ese era el trato, y si salíamos en pareja, teníamos que ser los cuatro. Como dicen por ahí, comíamos del mismo plato.

Pasaron los días, meses, años... mucho rato y una tarde iba pasando por la calle del guarapo y por ahí también pasaba un señor con la apariencia de un *capo*, que se bajó de una camioneta estilo 4x4. Yo le dije a mi mujer: “ese es mi gran amigo Paco”. Me le acerqué y le dije: “Paco, tú te ves muy guapo”. El me respondió: “pero tú te ves muy opaco, pareces monta llantas como esos de la Texaco y no te doy la mano porque tú me causas asco”.

En esos momentos, yo sentí un fuerte impacto, como si hubiera sufrido muchos años de maltrato. ¡Disque mi amigo Paco, el que de chamacos nos prestábamos zapatos y comíamos del mismo plato, hoy me trata diferente y se comporta como ingrato...!

Amigos como Paco existen hoy en día. Comen del mismo plato; es decir, parten la comida, te brindan una sonrisa, pero es pura hipocresía.

Cuando los dos están pobres, todo es armonía, pero si uno se supera, entra la ironía y ya no te trata como amigo, sino como porquería.

AQUEL DOMINGO

Hernán Montaña Torres



Aún recuerdo aquel domingo. Como de costumbre me encantaba ir a misa con mi abuela. De regreso a casa nos despedimos en la esquina. Vivíamos en hogares diferentes. Ya era muy tarde. La casa estaba en tinieblas, nos habían cortado la energía tiempo atrás. No había nadie en casa. Tenía tan grabado cada rincón, que podía moverme con gran facilidad dentro de ella. La oscuridad ya no era un impedimento para mí.

Agotado me disponía a descansar. Tres pasos di, cuando de pronto algo me hizo estremecer, causándome un miedo que jamás había sentido al estrellarme con algo que percibí como una telaraña gigante. Como pude, salí despavorido de la habitación, estrellándome con cuanta cosa encontraba en mi huida. Los nervios y el miedo se apoderaron de mí. ¿Qué diablos fue eso?, me preguntaba una y otra vez. No he creído en historias de brujas y fantasmas, pero lo que estaba viviendo era real.

Hoy sigo sin entender qué pasó aquel domingo.

MONTAÑAS DE GUERRA

José Loera



Aquella noche me encontraba en cierta montaña, consumiendo marihuana, mientras disfrutaba de las ferias del pueblo nuevo con un grupo miliciano. Esa noche me sentía armonioso, disfrutando con muchas mujeres de esa vereda. Después de unas horas, llegó un comandante llamado David. Aquel personaje me fue presentado y empezamos a tener ciertas conversaciones de negocios. Antes de llegar el amanecer, cuando ya había disfrutado del licor, mujeres y vicios, nos fuimos a la casa del comandante David, donde seguíamos disfrutando del mundo. Escuchamos unos disparos y todos quedamos en silencio. En ese momento comprendí que mi vida corría peligro. Cuando menos pensamos estábamos cercados por un anillo de seguridad de veinte personas que pertenecían al J.A.B que decían: “solo queremos al comandante David y el resto serán salvos”.

En ese momento que ellos hablaban, dentro de la casa estábamos armados hasta los dientes decididos a morir. Yo solo pensaba en mi familia, nada más ocupaba mi mente.

Después de veinte minutos de discusión y de dar bala, no nos importaba si íbamos a morir. Duramos el resto del día encerrados en ese enfrentamiento, cuando llegó la noche y al sentirnos

acorralados, el comandante David decidió rendirse y se entregó a los hambrientos leones que solo deseaban hacer el juicio, cuyo pago era su muerte.

EL REGRESO A BUENAVENTURA

Washington Solís M.



Hace unos buenos años me fui de viaje con mi compañero Víctor al Nariño en busca de trabajo. El compañero que nos llevó se fue y nos dejó solos en ese pueblo ajeno. Dormíamos en una casa en donde las mujeres eran de la vida alegre, para descansar en las noches era un problema. Tanto fue el trabajo que pasamos, que preferimos dormir en un asilo. Mi compañero Víctor se encontró en el camino con una vieja amiga, una señora a la que él le vendía gallinas en el puerto de Buenaventura y ella nos consiguió dormida donde una vecina y nos consiguió trabajo en una finca.

Un día cuando veníamos de la finca, decidimos ir para la otra finca con el hijo del patrón y resulta que nos perdimos del camino. Yo estaba bien asustado. No sabíamos qué hacer o para dónde coger, caminamos hasta otra finca y nada, no nos quedó más de otra que cada uno amarrar tres guaduas, es decir palos, y dejarnos llevar río abajo y rodamos hasta que llegamos a la casa. Cuando llegamos al pueblo, en la orilla del río, nos detiene la armada. Yo estaba asustado porque días atrás, con parte de mi sueldo, había comprado un arma; pero de repente, uno de los soldados me llama por mi nombre,

resultó conocido, un viejo amigo del barrio y me dice: “¿Ya llamaste para el barrio?”. Le dije que no. “Deberías llamar”, me dice.

Esa angustia por llamar me iba a matar. Cuando arribé al pueblo fue lo primero que hice, resultó que venían llegando del entierro de dos de mis mejores amigos, los mataron donde siempre nos reuníamos. Tanta sorpresa y dolor que de una solté el teléfono y no nos quedó de otra que devolvemos a Buenaventura como a los dos días, cuando llegamos, otra mala noticia: los doce muertos del barrio Punta del Este, los habían invitado a un partido de fútbol y entre esos muertos había dos primos y otros compañeros, esa fue una tristeza muy grande, pero la experiencia es dura. Si no me hubiera ido a buscar trabajo fuera del puerto, probablemente, estaría entre los muertos. Pero por querer cobrar la muerte de los compañeros hice cosas de las que hoy me arrepiento. Gracias a este lugar soy una nueva persona y con otra forma de ver las cosas.

Solo le pido a DIOS que me dé otra oportunidad en la vida.

VALLE

COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE JAMUNDÍ - BUEN PASTOR



MIGUEL ANTONIO RAMÍREZ
DIRECTOR DE TALLER

MEMORIAS

Adriana Segovia Pérez



Los recuerdos por algún tiempo se esconden; pero, finalmente empiezan a cavar en ese fondo arcilloso de la memoria, cavan hacia arriba con uñas y dientes, y giran dentro del cráneo rasguñando con tenacidad imperturbable para exorcizarlos. Los contaré antes de perder la facultad de estar presente, no sé si lo recuerde todo, han pasado los años y me siento llena de un cansancio resignado, sus rostros a veces se confunden. Digamos que la primera se llama Betty, ella es de piel muy blanca, de ojos grandes, negros, bonita; pero tenía la costumbre de abrirlos desmesuradamente y esto hace un poco grotesca su belleza, en aquella época era muy joven.

Un día llegó corriendo agitadamente y se acomodó en el rincón de mi camarote, la observé un instante, ella reía con carcajadas frenéticas y entrecortadas.

—¿Qué pasó? —le pregunté. Ella siguió riendo un rato; mas, finalmente, dijo:

—No quiero estar allá, en mi camarote, se burlan de mí y me colgaron esto, me muestra una cabeza de una muñeca plástica, sin ojos, con el pelo cortado, fea, me la colgaron en el camarote, la encontré cuando llegué —al fondo se oían las risas de varias

muchachas—. ¿Me puedo quedar un rato aquí? —La miré, tenía un gesto de animal perseguido, ella no me causaba miedo, tal vez un poco de lástima.

—Sí, pero en silencio, estoy leyendo. —Se acomodó en un rincón al frente de mí, pasó el tiempo, yo continúe leyendo, ya me había olvidado de su presencia, cuando la escuche decir:

—La historia es cierta, yo fui. —Bajé el libro y me quedé mirándola, sonreía—. Te voy a contar algo: mi novio fue él que preparó la vuelta, una amiga y yo servíamos de carnada para los hombres, salí con él varias noches, finalmente lo cité en el apartamento, donde lo esperaba mi pareja junto con otros, llegamos al apartamento, el *man* iba tranquilo, contento, no sabía lo que le esperaba; entramos, le dije que se sentara, mi novio salió con un arma en la mano, le apuntó y le dijo: “Tranquilo, no le vamos a hacer nada si coopera con nosotros”. Él no dijo nada, lo amarramos a una silla y colocamos música en el equipo, mi novio comenzó a preguntarle que dónde estaba la plata, pero, ¿sabes?, yo sabía que el *man* no iba a decir nada, se le veía en los ojos la muerte.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Es que tenía la misma mirada de una muchacha que vi cómo se moría.

—¿Cómo así?

—Sí, es que cuando yo tenía como catorce años y me metí con mi novio; yo estaba con él cuando ahorcó a una muchacha con una cuerda, me acuerdo que la muchacha me miraba a mí todo el tiempo y se quedó mirándome hasta que se murió, no sé, yo tenía la curiosidad de saber que se sentía ver morir a alguien.

—¿Cómo se veía? —le dije.

—No, normal —se rio dulcemente, —solo que yo no sé por qué de todos siempre me acuerdo de esa muchacha, al principio me soñaba con ella, luego ya no.

Se queda pensativa, luego saca un paquete de cigarrillos y me pasa uno, fumamos un rato.

—¿Vos has visto morir a alguien? —me preguntó.

—Todavía no. Y, entonces, ¿Qué pasó? —le dije.

—¡Ah! Bueno, el *man* no decía nada, lo golpearon un rato, pero no decía nada, seguían preguntándole y a mi novio le empezó a dar

rabia, “este *hp* no quiere hablar” y me mandó por una navaja, yo le traje un cuchillo grande; empezó por la mano, por los dedos, cortó uno, él no decía nada, “¡Qué digas dónde está la plata”. Pero el *man* solo gritaba, siguieron cortándolo por mucho rato; pero nada. Al final a mi novio le dio mucha rabia y lo degolló. “Bueno, se jodió todo, ahora hay que desaparecer esto, lo vamos a picar y cada uno se va a llevar un pedazo”. Todos empezamos a cortar y a cortar; luego, me tocó lo peor: limpiar, fue asqueroso, la sangre olía inmundito y era muchísima, varias veces me vomité; pero seguí limpiando. Luego cogí mi pedazo, lo eché en una bolsa negra, lo subí en mi moto y salí a buscar dónde enterrarlo. Lo que yo me llevé fue el único pedazo que nunca encontraron, los otros la cagaron y por eso nos cogieron cuando encontraron la cabeza. ¿Qué opinas?

—Nada, al fin y al cabo solo somos muertos que hablamos con otros muertos —le dije. Se me acercó un poco más, se veía muy pequeña e inocente, tenía los mismos ojos que la muñeca Betty Boop, la de los comics antiguos, me dio risa y nos reímos un rato.

—¿Por qué soy así?— me preguntó.

—No sé, todos somos diferentes, genes, vidas, familia, circunstancias, no sé —dije.

—Yo no sé, pero a mí me gusta ser así, es como una vida paralela a la de mi casa con mis padres y mi hermanito, ellos son muy buenas personas, nos aman, nos dan lo que les pidamos, buen ejemplo, de todo; hasta piensan que soy inocente.

Allí dejó de hablarme, era como si la última frase le hubiera dolido. Ahora su rostro se hace invisible por el tiempo, y más que nunca quisiera poder haberle dicho algo que le sirviera; pero solo le dije:

—Bueno, ahora voy a seguir leyendo, ¿te presto un libro? —Me miró con esos ojos grandes cargados de dudas expectantes.

—Bueno. —Tomó el libro y empezó a leer.

BLANCO Y NEGRO

Blanca Nelly Gil Ruiz



Son las 5:30 a. m. del año 2011, se escucha mi radioteléfono, es una alerta roja, inundaciones por doquier. —¡Ah! No les he dicho, pertenezco a un grupo de socorristas, esto me llena de satisfacción—. Mi cuerpo se inunda de adrenalina; llegamos al punto de encuentro, avenida ciudad de Cali, dos personas consumidoras de drogas se encuentran atrapadas debajo de un puente, es ahora o nunca, falta muy poco para que el agua del canal los arrastre, son dos vidas que ruegan por nuestro auxilio, pero no contamos con los instrumentos necesarios ya que no pertenecemos al grupo de rescate acuático; sin embargo, puede más mi instinto de salvaguardar vidas, me tiro sin pensar en nada, solo sostenida de una cuerda. Cuando logro llegar a ellos abrazo al primero. ¡Oh, sorpresa! Es una mujer en gestación, mi cuerpo se inunda de mucha energía, logro colocarla a salvo. Regreso al canal, la otra persona en peligro es un hombre. Cuando lo veo, noto en sus ojos la mayor recompensa que hubiera podido tener. Ya fuera, todos a salvo, me felicitan, me dan las gracias, me siento una heroína.

28 de abril del 2015, 4:30 a. m., escucho un carro frenar en mi casa, al instante escucho muchas voces. “¡Abran! ¡Abran! ¡Es la Policía Nacional!”. Me levanto, la adrenalina sale por mis poros, pero

no por las mismas circunstancias de hace cuatro años. Alguien me lee mis derechos, y a continuación me dice que tengo una orden de captura por los delitos de concierto, homicidio y otras cosas más.

Hoy, mayo del 2016, desde mi celda número veinticinco, se me viene a la mente: “¿Qué haré en este lugar durante los sesenta años a los quieren condenarme? ¿Cómo puede pasarse del blanco al negro?”.

SECRETO

Doris Suárez



Diana Monsalve no se disculpó por su tardanza para no verse obligada a decir una mentira innecesaria a pesar de que cuando llegó a la taberna La Morriña su amiga, Lorena Dávila, ya estaba terminando su segunda cerveza, degustada sorbo a sorbo mientras contemplaba a través del ventanal polarizado el paisaje humano uniformado por la moda. Llegó radiante, luciendo accesorios que conservaba desde su juventud. A Lorena no le agradaban esos “colganderos nostálgicos”, pero Diana no hacía caso de sus comentarios.

La conversación fluyó amena como siempre, pero Diana por un momento se distrajo, no escuchaba nada, miraba a su amiga mover los labios y las manos delicadas y limpias mientras que ella de manera mecánica asentía o lanzaba un “ajá” de vez en cuando. Su mente retozaba con la maratónica jornada amorosa que acababa de disfrutar, “como en los viejos tiempos”, pensó. La experiencia le había enseñado que en asuntos de amor lo mejor era conjugar solo el presente, y el suyo ahora se aderezaba con alguien vigoroso que la revitalizaba con su juventud.

—¿Entonces qué crees que le puedo regalar a mi jefe?

La pregunta de Lorena la liberó de su abstracción y como no escuchó por qué merecía ser obsequiado el hombre, bromeó:

—Ese Mick Jagger nacional es el que debería regalarnos la fórmula de su eterna juventud.

Lorena sentía respeto y un afecto personal por su jefe y Diana, que lo había visto un par de veces, reconocía que el tipo desplegaba una buena conjugación de seriedad y calidez humana. Era un hombre reservado y algo mayor, pero no se le podía decir “viejo”.

—La fórmula es sencilla, pero no deja de tener sus “peros” ...

—¿Qué dices? —Preguntó Diana algo incrédula.

—Sí, solo una vez me la contó y perdería no solo mi puesto, sino también su amistad si llega a saber que se la he confiado a alguien.

—Por favor querida Lorena, ya conoces mi discreción, lo único que podría hacer sería poner en práctica la receta.

—La fórmula es tener un amante secreto que sea joven de cuerpo y espíritu, le absorberás su energía durante un año, ni un día más, luego hay que abandonarlo por muy enamorados que se encuentren, después te tomarás una pausa para reiniciar el ciclo. Lo que revitaliza es la conquista y saber cuál es el límite mientras que el otro lo ignora y se desborda, se desperdicia. Lo más importante es no permanecer en la relación durante más de un año.

Lorena sonrió enigmáticamente ¿Habría logrado intrigarla? Por su hermanito valía la pena intentarlo, apreciaba sinceramente a Diana, pero una cosa es apreciarla como amiga y otra muy distinta como “cuñada”. Alzó su jarra de cerveza y la invitó a brindar.

—“Por nuestro secreto”.

—¡Salud!

CONVITE DE IDA SIN RETORNO

Jennifer Paredes



Kevin rememora los sucesos que dieron lugar a su desafortunado final en la madrugada del 30 de octubre de 1991.

Suena el teléfono, son las siete de la mañana del 30 de octubre, Kevin como de costumbre se dirige a la cocina después de cepillarse los dientes. Deisy, la madre, deja el desayuno en la mesa de pino y sale rápidamente a contestar el teléfono, luego de unos minutos regresa.

—Diego te manda a decir que revises el buzón de entrada del correo, allí dejó una invitación. —Le da un beso en la frente como agradecimiento, toma un sándwich y una taza de café que está sobre la mesa, con paso apresurado se dirige a la estancia, mira la pantalla del ordenador: un mensaje nuevo, abre con un clic la carpeta: una tarjeta animada del jinete sin cabeza, sonrío, “desempolvaré aquel disfraz que no he utilizado”, piensa. Sacándolo del armario lo ojea, frente al espejo se lo mide por encima de la pijama, “es perfecto para la ocasión, no siempre Kevin asiste a una fiesta como esta”, piensa mientras observa.

Después de salir de la ducha peina su brillante cabellera negra, se acicala y sale rumbo al trabajo.

Llega al consultorio, atiende a varios pacientes hasta la hora de marcharse, en el pasillo de salida se tropieza con su colega, el cardiólogo: Diego Estupiñán.

—¿Qué tal? ¿Irás a la fiesta?

—Quizá allí estaré —y continúa su camino.

Llega a la casa, Deisy lo recibe con un beso, ingresa, se deshace de la ropa, baña rápidamente su cuerpo atlético, sale con el atavío elegido en la mañana, el zorro es su preferido, dirigiendo los pasos hacia la sala llega al estudio, la madre se encuentra allí leyendo.

—¿Para dónde irás así?

—A la fiesta de disfraces que organiza la clínica anualmente.

—Tenía entendido que ya no la celebraban, eso fue lo que me contaste.

—Sí, pero decidieron reanudarla, ya que han pasados dos años desde el incendio.

—Ten cuidado, esas fiestas no me agradan, al igual que a ti.

—Pierde cuidado, estaré bien, es la primera vez que asistiré.

Sale rumbo a la dirección del encuentro escrita en la tarjeta. Llega a Lemon Tree Discotec, en medio del humo, luces de diversos colores, telarañas y tumbas, antifaces, pelucas de variados cortes, solo reconoce a Diego por el atuendo de médico tacaño, “es un alivio hallar a alguien conocido entre la multitud”, se dice.

—Diego, no imaginé que el sitio estaría tan concurrido.

—Imaginé que no vendrías, ya que en la mañana Karla me comentó después de irte: “A él no le gustan este tipo de celebraciones”, no lo sabía. —Ambos sonrieron. A Diego le gusta imitar voces-.

—Mejor demos un paseo.

Camaron por todo el lugar imaginando quienes estarían detrás de aquellos disfraces elegantes y bien diseñados. Después de varios minutos se dirigieron hacia el caballero con atuendo de Frankenstein.

—Te presentaré, este se identifica con el nombre del personaje que representa.

—Kevin mucho gusto.

Después de las formalidades consumen algunos tragos. Integrándose al baile se divierten sin control, de repente la vista le falla, comienza a ver borroso y le duele un poco la cabeza.

Una mirada insistente hizo que buscara entre la multitud a quién pertenecía, miró a su alrededor, allí estaba, frente a él, una bella mujer con antifaz de medusa y un escote profundo en pecho y espalda que adornaban el vestido del color de la noche. Cruzan las miradas. Poco a poco se acercó, lo sedujo con besos apasionados y un par de caricias por debajo de los pantalones. Es todo lo que recuerda.

En medio de la nada una llamarada se alza alrededor de él, desnudo, atado con cinta negra, una vasija de plata con hacha roja en su interior, posaba frente a él. Un destello lo enceguece por un instante. Magistralmente, el rápido movimiento de la mano de quien se hallaba detrás corta el cuello. Kevin cae de rodillas, en ese instante experimenta congestión pulmonar, ciento ochenta pulsaciones por minuto permiten que el tímpano se agudice y escuche cómo los latidos del corazón aceleran la sangre expulsándola sin control, un frío intenso congela cada centímetro de su cuerpo, este le recuerda algunos viajes que hizo a Canadá, levanta un poco la cabeza, ve turbio, frente a él la dama de antifaz, intenta decir algo; pero su lengua duerme cual bella durmiente, se esfuerza un poco más, tartamudea, expectora gran cantidad de sangre, al fin pronuncia sus últimas palabras:

—¡Malditas mujeres, su belleza es la perdición del hombre! —
grita mientras el cuerpo cae a tierra.

GRACIAS POR TODO

Jhoana Belalcázar Gómez



Luego del dolor inmenso por haber sido defraudada, humillada, discriminada y privada de la libertad, doy gracias Dios por darme un corazón sin orgullo y muy agradecido, ya que comprendí que si realmente quiero ser libre debo llegar al punto en el cual pueda dar gracias bajo cualquier circunstancia. Necesité reconocer que Dios es soberano, omnipotente y bueno, Él sabe todo, no hay nada que llegue a nuestra vida sin que haya pasado por las manos de Él. Dios tiene un propósito para nuestra vida y es más grande que esta, ya que no necesitaré oír las explicaciones de lo que pasó, sé cuán grande ha sido su amor por mí y cómo me sostuvo cuando no podía mantenerme de pie. Ahora entiendo que todo lo hizo por mi bien, que sus propósitos son más grandes de lo que pueda entender o imaginar. Tengo tanto de que estar agradecida que siento como si Él estuviera reservando algo muy grande y maravilloso para mí.

Pronto con alegría sanaran mis heridas y seguiré con perseverancia en busca de la felicidad, sé que empezar de nuevo requiere trabajo y dedicación, pero no seré una principiante luego de comprender que para Dios hasta el silencio se hace respuesta, luego de deducir que mientras buscaba meter y sentir a Dios en mi vida fue

cuando más obstáculos se presentaron y todo se hizo más difícil, había momentos de mucha carga, cansancio e impotencia en los que miraba al cielo y le decía a Dios que ya no era capaz de continuar, que se me habían desgastado el amor, la paciencia y la claridad, que me concediera de nuevo, y como siempre Él atendió a mi llamado haciéndome entender que cada experiencia me hace más y más fuerte.

POEMA DE AMOR

Julieth Hurtado



Es la flor más hermosa,
es una rosa maravillosa,
es el capullo más precioso,
es como el jazmín que llega
en las noches su aroma y su
presencia se extraña durante
el día.

Es la margarita que no marchita y es
como un cartucho que resiste la tormenta
y ese amor infinito como las estrellas
que ha llegado a tocar las puertas
de tu corazón,
y es un amor que ha llegado para
siempre,
es un poema de amor para
naufragar.

TE INVITO A QUE ME ACOMPAÑES

Karen Martínez



Te invito a que me acompañes
cuando nazca en mí esa sonrisa tierna
y pura que emerge de la atracción

A descubrir con paciencia el mágico
instante que trae consigo los
albores del amor

A soñar sin miedo
en un mundo maravilloso donde no existe
la sombra del dolor

A escalar cada etapa
tomado de la mano
con la seguridad del niño que cree saber el amor sin fin

A que seas mi motivo
cuando me torne pensativa

y distante al recordar
cuán lastimada estoy

Te invito mi amor
a sentir beso a beso
mi locura
siempre que te esté amando

A hacer eterna la realidad
de la esperanza
cuando halle en los dos
una nueva ilusión

A que seas dueño
de mi fantasía,
mis sueños, mi lujuria
y de lo bueno que me inspira

Te invitó amado mío
a que cristalices tus anhelos
con turrónes de dulzura
y en el juego innato del goce.

LO MEJOR DE MI VIDA

Luz Adriana Castillo Ospina



Para muchos llegar a una cárcel es sinónimo de lo peor que nos puede pasar en la vida, pero para mí no, el haber llegado a este lugar es una de las mejores cosas que me ha podido pasar, aunque sé que para mi familia tal vez no, sé que son mis hijos, padres y hermanos los más afectados; pero no todo lo malo que nos pasa en la vida, y menos la cárcel, debemos verlo como lo peor que nos ha podido pasar.

Hoy le doy gracias a Dios por permitirme hacer un alto en el camino, infinitas gracias le doy por esta nueva oportunidad que me da. De no haber llegado a este lugar tal vez estuviera en un cementerio sin poder haber descubierto el gran valor que tiene mi familia, valor que no le damos a las personas y a las hermosas cosas que nos ofrece la vida.

Una cárcel o una prisión es un principio de oportunidad para cada uno de nosotros, este lugar, a pesar de tantas cosas feas que nos marcan, también tiene cosas muy maravillosas, tiene personas increíbles y recursos indescriptibles que solo se viven y aprenden aquí. Tal vez muchas personas pensarán que estoy loca, pero no, la verdad es que creo en el valor que se le dan a las cosas, por insignificantes que sean son maravillosas. En mi vida nunca había creído

que el cartón que trae el papel higiénico en el interior sería tan vital para mí en este lugar, cuando en mi casa siempre terminaba en la basura, en este lugar aprendí que eso tan insignificante para muchos acá tiene mayor valor, sé que se preguntan: ¿por qué? La respuesta es muy sencilla, la razón es que acá lo pegamos en la pared para poder colgar nuestros toldillos, y así poder tener una noche tranquila y libre de cuanto animalito nos perturba el sueño.

Tan insignificante como cuando nos tomamos un líquido en la calle y el recipiente termina en la basura, pero la verdad es que acá hasta esa botella es tan vital que de repente para mí se vuelve increíble ver cómo cada propósito de Dios es tan grande y sabio. De repente acá todo no es color de rosa, se pasan muchas necesidades, se aprenden cosas buenas y malas, pero creo que el valor de las personas es maravilloso.

Le doy infinitas gracias a mi familia (padres, hijos, hermanos) por brindarme esa fortaleza y apoyo infinito a lo largo de mi vida y más ahora que tanto lo he necesitado; pero si no hubiese llegado a esta cárcel creo que nunca hubiera entendido que tenía la mejor familia del mundo.

No todas las personas que estamos en una cárcel somos malas, por el contrario, creo que acá hay personas maravillosas, con corazonces enormes y capacidades indudables de superación, la verdad nunca se me pasó encontrar en la cárcel ese hombre que hasta el corazón me marcaría. A veces no entiendo cómo detrás de tantos muros e infinitas rejas podemos encontrar incontables maravillas juntas.

Creo que cuando salga de esta prisión serán muchas las cosas hermosas que el destino y la vida me depararán. Primero el tiempo, el valor que merecen mis hijos, nada ni nadie lo cambiará de mi mente, para muchos padres darles lo mejor económicamente nos hace los mejores, pero tan equivocados estamos, ya que es más vital pasar tan solo una hora jugando, leyendo o pintando con ellos que regalarles el mejor celular, eso no se aprende de la noche a la mañana, eso tuve la oportunidad de aprenderlo acá, después de no haber aprovechado la oportunidad de tenerlos las veinticuatro horas del día y los trescientos sesenta y cinco días del año. Acá aprendí que solo los puedo ver dos horas algún día, una vez al mes; si muchos

padres se imaginaran lo duro que es, creo que ninguno a partir de este momento desperdiciaría un segundo con sus adorados hijos, pero bueno, realmente es una más de las razones buenas que me han pasado acá.

Solo me queda esperar una nueva oportunidad al lado de mi familia. A pesar de que muchas noches mis pupilas se inundan de lágrimas por no estar cerca de los míos, por no sentir el calor de mis hijos, los reproches de mi Brayan, las bromas de mi Gaby, los regaños de mi padre, los consejos de mi madre, los corriches de mis hermanos y las saliditas a escondidas con Peke, sé que pronto Dios nos dará una nueva razón para sonreír de nuevo juntos.

Gracias a mi hermano Mauricio Castillo, recluso en la cárcel de Palmira, por enseñarme y darme su apoyo moral, por hacerme entender que no importa lo grande que sea nuestro problema, ya que lo que más importa es darle la cara y mostrarle que es más grande el valor moral y espiritual de las personas que nos rodean.

“El dinero puede comprar un reloj, pero no el tiempo; el dinero puedo comprar una cama, pero no el sueño; el dinero puede comprar un libro, pero no el conocimiento; el dinero puede comprar un médico, pero no la salud; el dinero puede comprar la sangre, pero no la vida; el dinero puede comprar el sexo, pero no el amor”.

El ochenta por ciento de las personas reclusas en la cárcel estamos por ambición, por creer que el dinero nos hará felices, y es por eso que cometemos miles de errores, pero creo que nada en la vida tiene más valor que el amor propio y nuestra libertad; el dinero es tan solo una ilusión que en cuestión de segundos puede apagar la llama de tu corazón.

Quiero agradecerle infinitamente a Dios por enseñarme el verdadero valor de la vida y de mi familia, por hacerme sentir el amor propio, por la fortaleza de mis hijos, padres, hermanos, sobrinos, tíos y primos, por cada segundo de felicidad de Mao. O. y por todo el valor que mi hermano Mauricio me da.

No se trata de cuánto tiempo pasemos en una cárcel, se trata de que cada segundo acá sea el mejor por agobiador que parezca, que sea tan especial como aprender que estas rejas no serán para siempre, ya que no hay día que no se llegue ni fecha que no se cumpla. Construye puentes hasta tu corazón que solo dejen pasar la luz, la

paz y el amor, estas son las palabras de una reclusa más, en este lugar, espantoso para muchos, aprendí a valorar lo mejor de mi vida, mi familia.

Este es un relato o vivencia personal escrito con mucho amor, valor y dedicación.

EL ROBO (OFRENDA DE LA IGLESIA)

Luz Consuelo Mindinero



Declaración señora del canasto

Buenos días señor detective, mi nombre es Tremeunda Tolosa, soy una fiel de esta iglesia, siempre he asistido a la parroquia, todos los días como es mi costumbre salgo muy de mañana a la santa eucaristía y luego a comprar lo del diario, así me informo, bueno, para enterarme de algunas cositas, no, no es que yo sea chismosa, solo me gusta estar informada y de paso informo a mis vecinos y familia, por ejemplo, no sé si le conté, una mañanita de camino a la iglesia, usted no me lo ha preguntado, pero miro una joven muy maquillada y elegante con una cara de morronga diría yo.

¿Qué si he visto algo raro? No, solo le puedo decir que este es un lugar muy tranquilo, decente, decente y reservado como yo, solo me llevo la imagen de la extraña que salía de la capilla, pues era muy de mañana.

Declaración del sacerdote

Señor detective, soy el párroco de esta capilla, hace un buen tiempo fui enviado desde mi tierra para acá, me han encargado de cuidar los fieles y de este hermoso lugar. ¿Qué pasó? Hoy al despertarme, muy temprano, todo estaba tirado vuelto nada, lo sorprendente es que las puertas no estaban forzadas, estoy asombrado de que la casa de Dios sea ultrajada. Bueno señor detective, aquí habitamos tres personas, una hermana y el monaguillo, de ellos no creo y no tengo dudas, pues cuidan y aman este lugar, solo deseo que todo sea aclarado. ¿Cómo es posible que no respeten la casa de Dios?

Declaración de la monja

Tengo muchos años en esta capilla y es la primera vez que ocurre algo así, los fieles de este lugar dan sus ofrendas para el mantenimiento y sostenimiento de la capilla, así también podemos ayudar a algunas familias que lo necesiten. Estoy muy triste, se llevaron todo. ¿Qué si he visto algo extraño? No, no señor, pero no está bien mentir, han ocurrido cosas extrañas que han llamado mi atención, se escuchan ruidos, no me he levantado, prefiero quedarme quietecita, una noche era tan fuerte el ruido, escuchaba como si un niño jugara o riera, era tan real, pero pensaba “estoy soñando”, hasta el día de hoy que al despertar todo estaba destrozado y el dinero desaparecido, estoy confundida.

Declaración del monaguillo

¡Qué pena! ¡Qué triste estoy por lo acontecido! ¡Qué vamos a hacer? Nos quedamos sin los gastos que son muchos, los servicios, compromisos por cumplir, Dios quiera y ponga almas caritativas que nos deseen ayudar ¿Dónde me encontraba? Pues señor detective, duermo en la parte de arriba, junto al campanario, mi obligación es ayudar con los quehaceres y por supuesto hacer que las campanas replieguen

y lo que el señor sacerdote disponga, pues la verdad llevo muy poco tiempo, pero amo este lugar como si fueran muchos días aquí.

Recemos para que Dios nos ilumine y ayude a encontrar el ladrón.

¿Cómo se le ocurre señor detective hablar de rezar en este momento? Pues hay cosas realmente importantes como para ponernos a rezar, que, que el ave María, no, yo no conozco ninguna María y ¿de cuál ave me habla usted? Aquí solo hay un loro viejo y mudo, creo que no tengo nada más que decir, muchas gracias.

Declaración de la dama

Buenos días caballeros, ¿en qué le puedo servir? ¡Ay! Perdón señor detective.

¿Qué si tengo algo que decir? Pues ni siquiera sé por qué estoy siendo interrogada, no soy de esta ciudad, solo estoy de paso visitando un familiar ¿Qué hacía junto a la capilla? Es muy hermoso el paisaje y me llamó la atención, ¿cómo que qué llamó mi atención? La verdad sus puertas estaban cerradas, pero algo me atrajo, ay señor, debo retirarme, mi hijo está hambreado, no ha comido nada y se pasa la hora de sus alimentos, ¿qué pena no poderlo ayudar! Disculpe y me retiro.

(El niño)

Mami, mami, ¿hoy podemos ir otra vez a visitar a papá? Así podré jugar con esos muñecos grandes de barro ¿sí, sí mami? Mi papá dijo que me comprarás muchas cosas lindas con todo ese dinero que te dio, ¿mami sí?

SI QUIERES

Maiden Moreno Fernández



Si quieres pagar los minutos más caros y llorar mientras hablas por teléfono,
si quieres escuchar noticias de tu familia y llorar mientras las escuchas,
si quieres saber quiénes son verdaderamente los amigos y quienes a los que llamamos familia,
si quieres ver tus seres amados, besarlos, abrazarlos, sentirlos junto a ti, y no poder hacerlo,
si quieres extrañar un *te amo*,
ven aquí.

Si quieres que te encierren a las 4:00 p. m. y no volver a salir sino hasta el día siguiente,
si quieres pasar la mayor parte del tiempo pensando en una escena, tratando mentalmente de cambiarla,
si quieres noches de infinito desvelo donde no haces más que dar vueltas en la cama, llorar, suspirar, renegar, suplicar a Dios y esperar que ya sea mañana,
si quieres levantarte desde las 4:30 a. m. todos los días y formar a la hora que a otros se les antoje,
ven aquí.

Si quieres estar en medio de malas palabras, vicios trampas y chismes,
si quieres estorbar, no tener un sitio en el que te hagas porque quieres,
si quieres engañarte con las palabras y promesas de alguien,
si quieres sentirte humillada,
si quieres hacer cola y pelear para poder lavar tu ropa e incluso para
sacarla al sol,

si quieres comer lo que no se te antoja, mal preparado y de mal sabor,
si quieres entrar al baño y que todos sepan qué hiciste y que mientras
lo haces tengas que estar percibiendo miles de olores desagradables,
si quieres ir al médico y no poder cuando te está doliendo sino cuando
resulte la oportunidad,
ven aquí.

Si quieres anhelar una salida por lo menos cinco minutos al aire libre,
si quieres extrañar una rumba, unos amigos,
si quieres llorar por lo que no te duele y reír por lo que no te provocó
risa,

si quieres sentir en tu pecho un aullido, un nudo, un dolor que te atormenta
hasta para pasar la saliva,
si quieres aprender vicios, resabios y a ser vengativo,
si quieres sentir odio, sed de venganza,
si quieres meterle la mano a alguien porque te ha lastimado muchas veces
y no poderlo hacer por temor a un informe,
si quieres sentirte impotente ante todo, perder las esperanzas de vivir,
ven aquí.

Si quieres que te hablen con la boca llena,
si quieres echar mano de lo que sea para querer irte lejos a donde nadie
te conozca,
si quieres sentirte fracasada, perder todo lo que te pertenece, conseguir
deudas sin tener con que pagar,
si quieres que el mundo entero te cierre las puertas, sentirte capaz de todo
y no poder hacer nada verdaderamente,
si quieres anhelar una llamada, verte metida en chismes y tratar de aclarar
las cosas aun cuando tú no has dicho ni hecho nada,
si quieres ver llorar a muchas y llorar mientras las ves, oír tragedias ajenas
he incluso llorar, si quieres sentirte burlada, pisoteada, humillada, arruinada,
sentir la necesidad de llorar a baldados, pero tener

que hacerlo a pequeñas gotas que vas limpiando con tu mano disimuladamente para evitar ser burlada o criticada,
si quieres reconocer el valor del tiempo y notar lo lento que transcurre,
si quieres comprender la verdadera importancia de Dios en nuestras vidas, si quieres esto y mucho más,
solamente debes caer en prisión.

A MÍ TAMBIÉN ME PESAN LAS CADENAS

Martha Katherine Castañeda



Por supuesto que sí compañera, dos años arrastrando una condena, subiendo y bajando las mismas escaleras, yo también como tú lloro bajito pensando en la suerte de los míos, es tan larga la noche que tirito envuelta en el frío del silencio y la soledad.

A veces me duermo sumida en un recuerdo, pero me asaltan los pasos de la guardia, el sonar de una reja, el golpe de unas llaves, el sollozo de una mujer despedazada, yo también como tú canso mi vida haciendo cuentas, que un beneficio, que una ley, que una rebaja.

HOY ES UN NUEVO DÍA...

Miriam Zamora Solarte



Hoy es un día nuevo para comenzar, hoy empiezo una nueva vida. Cada día es una nueva oportunidad, el ayer ya no existe, solo hoy, solo lo que hoy haya ya tiene sentido.

Ayer me caí, pero eso me ha hecho más fuerte, eso construyó raíces fuertes difíciles de corroer, raíces que son soporte, soporte para el día a día, por eso cada día empezamos, comenzamos con raíces, pero construyendo una nueva historia, una historia feliz si queremos, si hemos sobrepasado los miedos, los temores y triste si vivimos en el pasado.

Hoy es un nuevo día para comenzar.

MI PEQUEÑO RESUMEN

Ofelia Puente Rodríguez



Cuando mi papá y mi mamá se conocieron ella apenas contaba con catorce años, era una niña, señorita, doncella, como en ese tiempo le decían a alguien que nunca había tenido un novio y mucho menos una relación sexual o como hoy en día dicen, era una virgen. Mi padre ya contaba con diecinueve años y una vasta experiencia sexual, por lo que ella era un premio para él, un bocadito en su vida, pero no contaría con lo que ella haría en ella.

Después de convencerla durante toda una tarde, frente a frente, y luego tres horas de charla telefónica ella accedió a salir con él, él la llevo a un motel en excelentes condiciones y con muchas comodidades; se quedaron tan enamorados ambos que ella en su inocencia afirmó que él y solo él sería su hombre de toda la vida, el padre de sus hijos y su compañero de vejez, y ¿qué creen y piensan ustedes que pasó después de esa entrega de amor? Pues les cuento, se casaron, tuvieron dos hijos, uno que por cuantías del destino no logró nacer y yo, sí, yo, el que les trae este pequeño resumen de porqué llegué a este mundo.

Se casaron, han sido felices y también han sufrido tristezas y dolor, pero lo que no han podido dejar de ser después de veinticinco

años, desde esa primera vez, es esa pareja llena de amor, pasión y comprensión, lo veo en sus ojos y en la lucha que han tenido que pasar desde hace dieciséis meses que mi padre visita cada quince días a mi madre en la cárcel, y veo en los ojos de ambos el amor, la pasión y lo que ella hace veinticinco años afirmó en su corazón, que él sería el compañero de vida, el amor de todo su corazón y el padre de sus hijos.

EL LAZO DE ORO

Patricia Londoño Castaño



En mi celda fría los días transcurren lentos, monótonos, entre la incertidumbre y la desesperación, solo acaricia mi pena y soledad un rayo de luz que asoma tímido a través de una pequeña ventana anunciando el comienzo de una nueva primavera testigo de mi pena.

Sin mirar las imponentes cadenas que custodian nuestra libertad, tesoros adquiridos desde las entrañas de la madre, joya invaluable de una carne trémula que muere en los brazos de una fría noche que danza con su amada luna, abrigando con sus destellos dorados la piel desnuda y vulnerable de quien es cautivo, formando con luz desgastada y solemne un lazo cual fuese de oro para cuidar la esperanza, los sueños de quienes rozan la locura.

Acaso qué más le queda al preso sino ser libre a través de los suspiros efímeros que el viento se lleva lejos sin importar lo imponente de estas murallas que son tumbas de nuestra fe. Ser libres con los destellos de un nuevo sol, que nos indica que nuestro corazón late ilusionado por gozar uno de aquellos tiempos en los que mis manos no estaban atadas para aprisionarte junto a mi pecho y en tus labios encontrar la libertad.

VALLE DEL CAUCA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE PALMIRA



WALTER MONDRAGÓN
DIRECTOR DE TALLER

UNA FUGA DE PELÍCULA

Estiben Ardila



Era un 25 de abril, el clima era perfecto, ni muy soleado ni muy frío, pero con el único problema que me encontraba tras las rejas. Fui trasladado a una cárcel de alta seguridad. En principio estaba temeroso, nunca había pisado un centro de reclusión. Al amanecer del segundo día fue la salida al patio. Comencé a dialogar con la gente que se encontraba privada de la libertad, al igual que yo; unas por homicidios otras por robos, extorsión... yo, ¡por la maldita droga!

Ya pasaba mi segundo año de condena, me quedaba ya un año más para salir, pero estaba preocupado porque tenía un caso pendiente con la justicia, un caso de homicidio cometido hacía ya cinco años, aunque nadie había puesto denuncia en mi contra hasta ese momento.

No sé en qué instante llegué aquí: ya llevo un mes encerrado, iba de viaje para Barcelona y fui otra vez detenido por llevar droga y mi caso estaba muy enredada; había tenido una visita de un agente de la DEA, que estaba pensando que yo era parte de una red internacional de narcotráfico.

Ya habían transcurrido unas cuantas semanas de mi captura, de momento una persona de apariencia adulta me saluda. Yo tenía

veintitrés años y él ya casi cuarenta. Comenzamos a platicar sobre lo único que se habla en la cárcel: del por qué uno está condenado, qué piensa hacer cuando salga, y de cosas así, porque ¿de qué más se puede hablar aquí?

Ese mismo día tuve un encuentro extraño en mi vida, me saludó un hombre parecido a mí, de mi misma edad o quizá unos años mayor, teníamos una sintonía como si nos hubiéramos conocido en otra vida.

Un día normal platicando se cruzó por nuestro pensamiento el cómo haríamos en caso tal de que nos condenaran a muchos años.

—Sí... —respondió José, con su voz gruesa, de persona mayor.

—Sí, ¡cómo hacemos para volarnos! Yo no me voy a quedar aquí mientras la vida pasa allá afuera.

Y Luis también opinó:

—Pues sí, muchachos, tenemos que pensar en un plan para salir de aquí. No sé cómo, pero, en caso de que las cosas no salgan bien, yo sí me vuelo.

El Plan

Yo pensaba mucho en lo que ellos dijeron, pero para ser sincero era inexperto en el crimen, aunque tenía los conocimientos necesarios para poner en marcha un plan. Yo había estudiado algo de sistemas y comunicaciones y conocía de circuitos cerrados, cámaras y cómo poder infiltrarlos.

Aún no había comentado lo que sabía por inseguridad; por miedo a resultar involucrado en un problema mayor.

Hasta que el día llegó; se reunieron estos tres personajes: Luis, el menor, comentó lo que sabía y ellos reaccionaron alegres, era la ficha que hacía falta para el rompecabezas de la fuga.

Así comenzaron el trabajo de inteligencia. Empezaron a vigilar a los guardias, qué hacían, por dónde se movían las cámaras, hasta dónde alcanza su visión... todo; a hacer planos de la cárcel, cada cuánto cambiaban los turnos. En fin, el asunto iba en serio.

El único problema que tenían era el contar con la tecnología necesaria para hacer que las cámaras pasaran la misma grabación

durante media hora y que el guardia que vigilaba la garita no se percatara de su escape.

José era quien tenía los contactos dentro del penal, habló con unas personas y de repente llegaron los insumos y aparatos para infiltrar la señal de sus cámaras.

También consiguió trajes con pasamontañas para ocultar sus caras, además, herramienta para hacer el túnel por el cual ellos saldrían.

El Túnel

Luego de meses de trabajo cavando y vigilando, un día sacaron del pasillo algo sospechoso, algo raro (la tierra excavada). Tapamos como pudimos el pasadizo al túnel, aún faltaban muchos metros de labor, pero ya casi veíamos la luz de la libertad. Los guardias entraron y requisaron minuciosamente cada rincón del pasillo. Yo estaba que me moría de los nervios, de que nos descubrieran y todo el esfuerzo y el trabajo se perderían. Además, las consecuencias serían para nosotros y sin beneficios de nada.

Ufuff, me limpié la frente sudorosa del nerviosismo. Salieron los guardias. No pasó nada, nos salvamos, celebramos esa noche porque pronto estaríamos en la libertad, en la calle, en nuestro hogar.

José, el más maduro, tenía dos hijos y por ello quería salir, para darles todo a esas criaturas que necesitaban de él, esa era su motivación. Por su lado Luis tenía asuntos pendientes que arreglar; su mujer estaba lejos y su hijo también, necesitaban de él para poder llevar sus vidas, hasta que por fin, llegó el día.

—Bueno, señores, hoy es el día —nos dijo José.

—Sí, y no debemos vacilar, estoy seguro que saldremos hoy. Nos vamos. Pero cuidado: no le comentemos a nadie —replicó Luis.

Yo estaba nervioso, asustado, solo asentí con la cabeza.

—Listo. Ya es hora, los guardias están distraídos en su cambio de turno. Ahora sí, Miguel active sus aparatos para que no sospechen nada.

—Listo —dijo a José, mientras Luis rompía la falsa pared que escondía el túnel.

—Muévase Luis, el tiempo es muy importante para todos, en cuanto más rápido salgamos más tiempo tendremos para burlar los anillos de seguridad y el respectivo operativo que harán después de que se den cuenta —dijo José.

Yo estaba resolviendo los últimos detalles para poner en marcha la grabación de media hora en la que no ocurría nada en especial ni nadie pasaba, para que no se percataran de la otra grabación que veían sus pantallas.

La Huida

Comenzamos nuestra huida. José se quedó de último para cerrar la tapa por si a alguien se le ocurría entrar a la celda.

Antes de comenzar hicimos un juramento: que si algo pasaba y alguien no podía coronar los demás se harían cargo de su familia. Fue un compromiso de hombres, de guerreros, de gladiadores.

Con lo que nadie contaba era que a Luis se le habían escapado unos comentarios acerca de la fuga y nos habían sapiado con un guardia. Cuando íbamos por la mitad de nuestra ruta de escape en arrastre bajo, sucios y sudorosos, vimos unas luces de linternas. Sí, eran los guardias que venían a capturarnos. Fue en ese momento que José tomó la decisión heroica de sacrificarse por nosotros: se quedó y enfrentó a los guardias quienes acertaron tres disparos en su humanidad. Él cayó de rodillas solo pensando en sus dos hijos y tal vez esperando que no fuera en vano su sacrificio.

Luis y yo continuamos... teníamos un juramento que cumplir y dos criaturas estaban esperando a que su padre llegara a abrazarlos. Muchas veces las cosas no salen como se planean.

Así seguimos hasta que salimos de la cárcel. Ahora teníamos que ser más sigilosos porque había un operativo para recapturarnos, pasamos el primer cerco de seguridad y nos escondimos en una casa abandonada, y a los dos días, uno por uno a escondernos en una caleta y después en un carro huimos hacia otra ciudad.

Un mes después me reencontré con mi amigo Luis y hablamos de todo y de José, fuimos donde su familia y les dijimos que íbamos a estar con ellos siempre, ya que José nos concedió la libertad, a esas

dos criaturas no les faltaría nada, y siempre estaríamos para ellos como si fuésemos sus padrinos.

En la vida hay situaciones buenas, malas y difíciles, pero aún en las peores afloran los mejores sentimientos e ideas como nace una flor en el fango. Pero no todo es color de rosa, siempre habrá un golpe que nos devuelva a la realidad y aquel que realiza un sacrificio sin esperar nada a cambio recibe la mejor recompensa, la gratitud y la remembranza. Nunca te olvidaremos, José: ¡Nunca!

UNA NOVIA MUY COSTOSA

Gabelo (seudónimo)



Decir lo que fue y no pudo ser, tratar de ver más allá de lo que el corazón anhela sin notar lo que realmente se siente dentro del alma, donde sarcásticamente pareciera que el destino se ensañara en aquellos que, sin percatarse, tratan de entregar incautamente ese sentimiento nacido y soñado de su ser, donde imaginariamente y mágicamente depositarán todo de ellos para ver cumplidos sus deseos. Deseos que se quedan estancados en ese aura que de frágil y disipada pareciera como una roca de mármol que impide que vuelvan a nuestras vidas, solo atrayéndonos el envés de ese sentimiento como una moneda en sello, y es este discreto e invisible otro lado de la moneda el que penetra en nosotros como el aire que respiramos, donde solo trae ese resentimiento de no volver ni siquiera a recordar ese castillo de alegría simulada como en un cuento de hadas, pues en sus inhóspitas fauces solo escondía lo material. Aunque es lo de menos, pues entre los renglones recorridos en ese camino o sendero de conquista, el dinero es una sombra con la cual se hace lo imposible algo posible.

No es tanto el creer que mi novia me salió costosa por el hecho de muchas parrandas, jolgorio, compras y regalos subiendo de clase, de altura inimaginable de ella, el que se desocupe la billetera, las

cuentas bancarias o la ruina en el aspecto comercial, eso solo es material, algo que como el bumerang algún día puede regresar: me baso en la muy costosa, ya que ella fue la causante de la pérdida de mi preciosa libertad, y de volver trizas esos sentimientos maravillosos de un noble corazón que moró donde no debía morar, que puso los ojos muy altos como para alcanzar una estrella, creyendo tocar con sus manos el cielo pero no se dio cuenta cuando cayó.

Hoy vivo entre las rejas frías de una prisión, en una celda oscura y negra, como negra quedó mi vida, solo por el hecho de mirar donde no debía ¡Si no la hubiera conocido! Si esos pasos dados en esa calle en que la vi por primera vez no los hubiera recorrido, hoy volvería a cruzar esa calle sin tristezas, sin ese amor pero con mi libertad.

CASI ME MUERO

Hernando de la Cruz Saavedra



Hace mucho tiempo yo: Hernando de la Cruz, era un joven muy honrado y humilde que trabajaba en un barrio muy peligroso, por lo que el peligro acechaba día y noche. Empecé a trabajar muy cerca de unas ollas de bazuco y otras sustancias alucinógenas (psicotrópicas). Bueno, llegué a trabajar en una bodega de reciclajes, poco a poco yo aprendí mucho del modo como se trabaja el compra y vende de reciclaje. Llevaba mucho tiempo en la bodega trabajando firme y por eso le cogí mucho aprecio a los patrones, gracias a ellos yo me vestía y comía y vivía muy bien.

Bueno, como era un barrio muy peligroso a mi patrón le llegaron unos niches con intenciones muy malas, por lo que procedieron a estrujar al patrón y a proferirle muchas amenazas, como por ejemplo: “si decís algo ya sabés que amanecés con la boca llena de moscas”. En ese momento el patrón sin mucho palabreo: “yo no voy a pagarles impuesto de lo que yo me gano honradamente”.

Bueno, se fueron, pasaron cinco, seis, siete días... después llegó un menor de edad de rasgos afro, empuñando una pacho o más conocida como changón artesanal, de un solo pepo, empuñándola con su mano derecha apuntando a mi patrón por la espalda, cuando

de repente saqué fuerzas de donde no tenía, me arrojé encima del joven luché y forcejeé hasta lograr quitarle el arma de fuego y mi patrón al percatarse de lo que sucedía, al escuchar los gritos del joven que yo había domado, procedió a ayudarme a retenerlo mientras llegaba la policía.

Todo estuvo normal después de lo sucedido. Había pasado mucho tiempo, cuando sin darme cuenta que el menor había salido de la cárcel, llegó más lleno de odio y con ganas de venganza, me campaneó muchos días seguidos hasta que me cogió cerca de mi casa en una tienda del barrio y me prendió a plomo, una bala impactó en mi muslo derecho y otra en mi cuello, y se echó a perder.

Yo quedé tendido en el suelo y perdí mucha sangre, por lo tanto me desmayé.

Me desperté en el hospital. Al despertar me encontré rodeado de seres queridos y de oficiales de policía.

Les di mi versión, la cual era breve, les dije que el que quiso acabar con mi vida fue un menor afro, que quería vengarse por no haberlo dejado quitarle la vida a mi patro’.

Por supuesto puse una demanda por intento de homicidio. “Hasta el día de hoy no se ha podido capturar al joven sicario, su paradero es un misterio”.

Bueno, esta es la historia de cuando casi me muero.

LA GUERRA ENTRE AMIGOS

J. H. (seudónimo)



Esto sucedió del año 1999 al 2003. Esta es la historia de una organización del narcotráfico que aquí en Colombia fue muy conocida, más que todo en Cali y el norte del Valle.

Todo comenzó con diferentes cabecillas del narcotráfico que en realidad eran una sola organización. Pero en todo trabajo o negocio no falta el inconforme y por culpa de un inconforme se formó una guerra de padre y señor mío, que fue llevada a cabo en gran parte del país, especialmente en estos sitios que les voy a mencionar: en Cali, principalmente, El Dovio, Calima-Darién, en Tuluá y Cartago. En fin, otras varias partes del país.

Estoy hablando de una guerra que hubo entre dos capos, que son Montoya y Varela, escribo los apellidos no más, para no entrar en muchos detalles de esta guerra.

Esta guerra empezó porque el jefe de sicarios quiso ser más que su patrón y consiguió estar a la altura de él, pero para poder conseguirlo tuvo que matar a muchos compañeros, porque si no hubiera matado a muchos de sus compañeros nunca hubiera conseguido estar a la altura del patrón. Para él fue muy fácil hacerlo, ya que él conocía todos los movimientos de la organización.

Este personaje es de apellido Varela... este desgraciado acabó con muchos amigos míos y estuvo a punto de mandar a matar a mis padres. Sucedió en Calima-Darién, donde yo pertenecía al anillo de seguridad de don Diego Henao Montoya.

El día que casi matan a mis padres fue porque ellos pensaron que nosotros estábamos en aquella finca, pero lo que supieron es que nosotros ya estábamos en aquella finca del lago Darién. No más estaban mis padres y los padres de otro compañero. Cuando la gente de Varela llegó a esta finca se encontraron con la sorpresa de que las personas que estaban buscando, estábamos muy lejos. Estos piro-bos, al darse cuenta de que la gente que iban a matar no estaba, procedieron a llevarse las armas que encontraron, dos camionetas y unos documentos que se encontraban en aquella finca, y no contentos con eso se comunicaron con el patrón para pedir dinero a cambio de la vida de nuestros padres.

A las 11:30 p. m. de un día cualquiera de 2001 recibí esa mala noticia y al otro día madrugué muy preocupado hacia el Darién a recoger a mis padres y me los traje para Cali, dando gracias que estos desgraciados no les habían hecho daño.

De ahí para acá se formó una estela de sangre y fuego que llegó a una retaliación donde, desafortunadamente, murieron personas inocentes. Después de todo lo que pasó en esa maldita guerra, por poder, le doy gracias a Dios por poder contar la historia, puesto que muchos de mis compañeros están muertos.

Yo, hoy en día, no tengo lujos ni riquezas, pero tengo algo más, mucho más hermoso, que son dos preciosas hijas, una esposa y a mis padres que aún están con vida.

Esta historia es muy larga pero para mí es un pasado que hace mucho tiempo he olvidado. Me encantaría contar más de esta historia, pero es demasiado larga.

EL GRAN TESORO

Jaime Jhon Gil Mejía



Siendo las 10:00 p. m. Jimmy y Stiven se encontraban a punto de terminar de cavar el túnel que los llevaría de regreso a la libertad, cuando de repente en medio de las paladas desesperadas una de las palas se parte. Ambos jóvenes se miran fijamente como tratando de hallar una respuesta a lo ocurrido y, vaya sorpresa, lo que encontraron: la pala partida tenía en sus filos una especie de polvo dorado. Así era, por cosas de la vida se habían tropezado con un gran tesoro, enterrado hacía cientos de años, en el que se encontraban estatuillas de oro de culturas que habitaron antiguamente la zona, donde en la actualidad se encontraba la cárcel, esa famosa prisión de alta seguridad nombrada “Villa de las Palmas”. Fue un momento muy confuso, donde se mezclaron diferentes sentimientos en estos dos personajes que venían a encontrar el tesoro de la antigua leyenda pirata, la cual narra cómo hace cientos de años el pueblo fue saqueado por bárbaros que ingresaron por las costas del océano pacífico, los cuales se llevaron consigo parte de la cultura y riquezas de dichas aldeas.

—¡Somos ricos! —fue la primera impresión de estos dos prófugos, sin saber que ese hallazgo los convertiría en el centro de atención de los medios de comunicación y la comunidad en general.

Después de transcurrir casi dos horas planeando qué hacer, cómo hacerlo y qué iba a pasar con este tesoro, estos dos valientes decidieron seguir con su travesía y así terminaron de cavar el túnel hasta que los rayos de la luna dieron luz a aquel sombrío pasadizo clandestino, sigilosamente, sacaron con gran cuidado cada una de las piezas que conformaban aquel baluarte histórico, caminaron día y noche por las montañas de la región hasta llegar al cabildo que dio origen a estas obras doradas que reflejaban la historia y la cultura de aquella tribu abandonada por el Estado capitalista.

Estos aventureros acababan de traer consigo este preciado emblema cultural y lo habían devuelto a su lugar de origen, se acababan de convertir en los héroes mencionados en las leyendas tradicionales de la región, las cuales hablaban de dos personajes que traerían de vuelta el honor y la honra de este pueblo nativo olvidado por las sociedades modernas, y así poco a poco desaparecieron de la vida social para convertirse en servidores del cabildo y despojarse de todo aquello sin valor, de lo que no sirve: la vanidad, el pensamiento capitalista y lo que trae la cultura moderna consigo.

Así estos dos intrépidos caballeros fueron olvidados del mundo pagano, para ser recordados para siempre y venerados por esta tribu milenaria.

UN PRESENTIMIENTO SINCERO

Jhon Jairo Marín Bolaños



Un día muy frío, eran tipo las 7:30 p. m. cuando salí de mi casa para pasar un rato con mis socios, nos parchamos a fumar marihuana en un parque que queda en el barrio donde vivíamos. La horas pasaban y oscurecía más, mi socio que era mi parrillo de trabajo se me hizo maluco, y me dijo: “Chinga está como rara la noche, ¿cierto?” Le respondí yo: “Desde que salí de mi casa sentí lo mismo”, o sea que ambos presentíamos que algo malo iba a pasarnos y como manes que somos, trabajadores a sueldo, tenemos muchas líebres. Bueno, fueron pasando más y más las horas y la noche. Éramos como siete personas que estábamos en el parque, poco a poco se fueron yendo a su casa a matar la goma durmiendo y otros se fueron a rumbear, cuando de un momento a otro quedamos mi parrillo y mi persona, y este me dijo “Que socio, qué vamos a hacer... yo tengo ganas de irme a dormir”, y yo le dije que bueno, que nos pillamos mañana.

Era un viernes me acuerdo tanto: él salió para la casa y yo me quedé solo, me dijo, antes de irse: “Juegue vivo hermanito no se confíe”, y yo me quedé solo porque quería irme para una rumba que había muy cerca. Me quedé en el parque, cuando veo una persona que viene y era mi parillo que se acerca y me dice que no se iba

a entrar a su casa si no me iba yo también. Bueno, le digo, vamos a enrumbarnos; vamos a cogerla de quieto y mi socio me copia, hici-mos el gane y nos fuimos para la rumba aquella: tomamos, bailamos, guelimos, fumamos.

Eran las 2:00 a. m. cuando yo pilló una moto negra que pasa por la cuadra en la que estamos rumbeando, siempre había gente. Y le digo a mi socio: “Esa moto, con esos manes... ¡están raros!” Y me contesta que no, que estoy muy periqueado, muy cinta. Yo me cabrié porque ya habíamos hecho el daño horas antes, cuando a los diez o quince minutos vuelven y pasan en la misma moto los mis-mos sujetos.

Yo me dije “va a pasar algo”, me pegué los pases y me entré para la casa en la que estábamos tomando. Cuando le dije a mi socio que compráramos otra botella y él quiso que la aceptó. Yo le digo que solo no iba para allá y él me dijo ¡Vamos! Yo lo acompaño, era como a tres cuadras el Estanco.

Cuando íbamos saliendo de la casa, salí yo primero, y luego él y a la mitad de la cuadra yo vi una moto parqueada en una esquina, aunque era un solo *man*, pero era la misma moto de antes, y le dije a mi socio: “En la juega”. Cuando volteamos a mirar para atrás venía un negro alto con una pistola (era una nueve milímetros) y la desen-fundó contra nosotros muy rápidamente.

Yo sentí que la muerte me arropaba y que era el último día de mi vida, sentí unos quemones en el brazo y corrí, corrí... me entré a la casa dónde estábamos tomando, asustado. No pensé en ese momento en mi socio.

A los diez minutos salgo sangrando: me habían pegado dos tiros en el brazo, y cuando miro hacia los hechos veo a una persona en el suelo.

Corrí hacia allá, era él, muy sangreado: era mi socio que estaba tirado, tenía tres tiros en la cara y uno en la cabeza, en la parte alta. Me dio tanta rabia que de una me desmayé y cuando desperté estaba en el hospital.

Fue un proceso duro, yo en Cali, en el hospital Departamental, y mi socio muerto. Todo por no irnos a dormir, yo hasta ahora quedé con los cargos de conciencia y (me digo) que fue por mi culpa.

LA NOCHE QUE NOS ROBARON

Manuel Fernando Molina



Bueno, todo empezó en una iglesia cristiana, mi mamá es una mujer llena de vida y del Espíritu Santo, ella lleva diez años en los caminos de Dios, tiene cuatro hijos, contándome a mí, yo soy el menor.

Bueno, no soy el más santo pero, por cosas de Dios, fui a una iglesia cristiana lleno de problemas, quería cambiar mi vida, en verdad. La iglesia a la que fui era de jóvenes, una muy buena iglesia, tenía lindas mujeres como me gustan a mí: pelinegras. Ay... ¡las mujeres son una bendición de Dios!

Bueno, al grano, yo iba los martes, miércoles, viernes, sábados y domingos, estaba lleno del Espíritu Santo y quería más de Él. Soy muy recochero, y un día con mis compañeros de la iglesia nos fuimos para un lugar que se llama el Bosque, de Palmira, Valle, era un diciembre, estaba bonita esa noche, llena de luces y de mujeres hermosas. De pronto vi un grupo de jóvenes que estaba recochando. Mis amigos tenían cámaras digitales y el grupo posó para la foto y yo vi la oportunidad para acercarme a ese grupo. Así fue, me hice amigo de ellos en esa foto, todos se reían y yo con mi recocha enseguida fui su amigo. Mis otros amigos no la creían, pues en ese grupo estaba una mujer muy hermosa, así como dije que me gustan a mí: pelinegra.

Le pedí el número del teléfono y ella me lo dio, pasaron como dos días y la llamé; cuando estaba marcando el número de ella mi corazón latía rápido. Bueno, más rápido que lo normal (dibujos de corazones). Hablé con ella y la invité a la iglesia, me dijo que sí. Huyyy qué rico, ella me dijo que fuera a su casa y obvio, fui. Ella era recreacionista en fiestas de niños, ese día fui a su casa y me tocó esperar como una hora.

Bueno, eso es normal, o sea, la espera de una mujer. Ese día fui con un amigo al que le dicen Pollo. Era algo raro, pero era un buen amigo; lo raro es que tenía unos quiebres..., que parecía marica, ja, ja, ja, pero la verdad no supe eso bien. Retomando el tema de nuevo, ese día llegó ella hermosa como la luna, venía con un amigo suyo, pero noté algo: el amigo de ella era también un poco raro ¡Qué casualidad con eso! En fin, nos fuimos a comer arroz chino, hablamos bien rico, nos gustamos... los dos nos gustamos.

Bueno, de los otros dos no sé si se gustaron, ja, ja, ja. Pero la pasamos rico ese día. Yo tenía un celular normal; un coquito pero tenía algo valioso, el número de la mujer más hermosa: el de Natalia. De ahí, ella iba a la iglesia conmigo, yo la acompañaba a coger el bus porque ella vivía lejos, en un barrio peligroso que se llama Los Sauces.

Bueno, en fin, yo siempre la acompañaba a coger ese bus y todos los días la llamaba, no era que tuviera muchos minutos, sino que a los cinco se cuelga, el plan de los humildes.

Solo nos gustábamos y todavía no nos habíamos besado, solo llamaditas. Hasta que una tarde fui a su casa de nuevo y ese día fue el primer beso: Muuuuuuuuuuu... ¡que rico beso! Pasaron los días y ya estábamos más encarretados, día y noche hablaba con ella por celular. Un día, como era lo normal, llegué a la casa de ella tipo 5:30 p. m. ese día la pasamos rico. No, no, no, mal pensado, no pasó nada de sexo, pero sí estuvo caliente la soba. Ella sola en su casa, pues imagínate, y no pasó nada. Eran las 7:30 de la noche y de repente un beso calentó la casa. La verdad, ella era diferente, no quería tener sexo así, y se merecía un lugar mejor.

Bueno, no estoy diciendo que en la casa de ella no se pudiera, sino que no era el momento. Yo con ese coso parado le dije a ella: “vamos a comer algo” y ella dijo que sí. Salimos de la casa a comer.

Como a dos cuabras pasaron dos negritos en una cicla, yo iba más caliente... la verdad no sé ella, pero yo iba con eso duro. De pronto, esos negritos llegaron con cuchillos y me la pusieron en la barriga, ella me apretó duro la mano, de miedo que tenía, y el coso, pues ¿se puede imaginar? Obvio, se me durmió y se me fue la arrechera para la M..., bueno, no sé dónde queda eso, pero así dice más de uno. Ese día ella no trajo el celular. Los negritos me dijeron “pase los celulares” y pues tocó el mío, como les pasé el mío salieron como alma que lleva Dios para el cielo.

Esa noche nos volvimos para la casa todos asustados, llegué y le dije algo como para estar hablando. Ella solo me decía que lo bueno era que no había pasado nada grave. Me fui para la casa y lo primero que hice fue hacerme un pajazo. Para después pensar en mi celular.

Así todo pajado la llamé por el celular de mi mamá, hablé con ella cinco minutos y yo acostumbrado a hablar con ella... ¡horas! Duros fueron esos días. Después ella me prestó un coquito y de nuevo comenzó el “cinco y cuelga”, de nuevo hablar y hablar y así se pasó el tiempo. Un día al salir de la casa de ella a coger el bus que me llevaba al Placer, en un pedazo que llama el Crucero, tenía que esperar a alguien conocido que me llevara, porque yo no pagaba taxi. Eran como las diez y cuarto. Era tarde y peligroso y de repente pasó un negrito. Yo normal, cuando llegó otro compañero que iba para Santa Helena. Bueno, ya éramos dos. Llamé a Nata, hablé con ella bien rico, esa noche, de repente no tenía el celular, ya no estaba en mis manos, el negrito se lo llevó y mi otro compañero ni cuenta se dio ¡De nuevo sin celular! Pasó el callete, llegué a mi casa tipo 11:00 p. m., mi mamá estaba ya dormida y yo con ganas de hablar con Natalia, pero no pude esa noche.

Pasó el tiempo y un día vi a Nata con un negrito, ella como siempre hermosa, pero me llamó la atención el negrito que iba con ella, me parecía familiar. Hummmmm, claro, ese fue el que me robó mi celular, pero ¿qué hace Nata con ese negrito?

Cuando me acerqué para salir de dudas y saludarla, el negrito me reconoció e hice como que no lo conociera. Ella se puso como nerviosa, pero yo normal.

Un día en el Bosque Municipal ella andaba con el negrito y estaba tomando fotos. Eran tipo 8: 30 p. m., cuando de pronto, les

Ilegó un trigueño, les puso un cuchillo y les quitó el celular. Se fue contento porque recuperó su celular, aunque no a su pelínegra, pero hay cinco minutos más para otra pelínegra.

UN AMOR SECRETO

Nelson Chimachana Pusquin



Era el 23 de enero en el 2015 cuando llegué a Villa de las Palmas, estuve mucho tiempo fuera de esta ciudad, pero cuando me trasladaron llegó la primera visita y, estando con mi madre, pasó una mujer que me deslumbró por unos instantes, mi vida se paralizó, no hacía sino mirarla. Mi madre me preguntaba muchas cosas, pero yo estaba admirado de tanta belleza y desde ese tiempo siempre que la miro pierdo la noción del tiempo y ella me mira, pero a mí las palabras nunca me salen. Cuando llevaba como ocho meses en este patio, un día cualquiera de visita llegó, como siempre lo hacía, mi madre y ya acabándose voy a dejar los portaviandas llenos de comida para darle a los de la celda, cuando en esos momentos, al entrar al pasillo, veo que ella viene de frente con uno de sus hermanos que se me arrimó y ella a un lado suyo, como nosotros siempre nos reuníamos en la semana a conversar, él me decía que me iba a presentar a su hermana. Y yo ansioso porque llegara ese día... ¡hasta que llegó!

Estoy con los portas en mis dos manos, y él con su gruesa voz dice: hermana le presento a un socio. Yo como estaba ocupado no sabía qué hacer, porque de tanta ansiedad quedé como corchado, ella solo dijo estas palabras (que salían de entre sus hermosos labios):

“No ves que tiene las manos ocupadas”. Yo con solo escucharla me llené de nervios y contesté: “Un momento”, y dejé los portas muy rápido en el suelo, por ir donde ellos estaban ahora, y le estiré la mano que ella entrelazó con la mía y dije: “Mucho gusto”.

Nunca, a una mujer yo le había dicho mi propio nombre; siempre usaba el de un tío que ya no existe en este mundo.

Ella me dijo su nombre. Ya estaba acabando la visita cuando mi mamá salía del pasillo, me llamó apresurada que ya se iba a ir para la casa.

Yo le dije: “Mami, otro día charlamos bien bacano”, porque mi madre se tenía que ir a hacer sus vueltas en la calle.

Al hermano que estaba a un lado de nosotros le critiqué porque no había llegado antes y sí cuando se acababa la visita. Desde ese tiempo no volví a conversar con ella, pero cuando estoy en el patio las miradas se cruzan y es como si nos estuviéramos hablando.

No la saludo porque el otro hermano se dio cuenta que me la habían presentado y se puso muy furioso, como él era el que pilotaba un pasillo me ganó de espacio.

Por eso nunca le dirigí más la palabra, pero no era por mí sino que no quería tener problemas con nadie. Soy forastero en esta tierra, como era de otra ciudad no tenía posibilidad con una palmireña.

Desde esos momentos siempre que llega la visita, como ya no salgo, porque nadie viene, me toca mirarla desde el patio. Ella me mira, no sé qué pensará, pero si se diera cuenta de lo que siento, lógico, esto no sería un amor secreto.

Pero me nació este poema:

Fugitiva

La Policía, la CIA, el DAS y la Interpol están buscando una mujer con estas

características:

Enriquecimiento ilícito de ternura;

Porte ilegal de belleza;

Hurto agravado de corazón y pensamiento;

Secuestro de sueños,

Pero no te preocupes porque yo no voy a decir quién eres así
me den cadena
perpetua.

LA VIDA

Parte uno (seudónimo)



Es la vida de una persona que ha sufrido mucho, nació el 5 de agosto de 1988 en Florida, Valle, segundo hermano de tres, tuvo una niñez normal, buena, familiar, hasta que cumplió nueve años. Sus padres se separaron y empezaron los problemas para él. Vivía con su madre, pero poco a poco se fue separando de ella, ya mantenía con su abuela, se adaptó a vivir con la abuelita, empezó a fumar marihuana como a los once años, estudiaba.

Era un niño normal, bueno, me iba bien en el colegio hasta cuando tuve catorce años de edad, época en que falleció mi abuelita, y me dio muy duro; ya no me enfocaba en el estudio, mi madre mantenía trabajando y me entregué más al vicio: ya a los quince años robaba, fumaba, guefía y metía perico. A los dieciséis cumplidos comencé a matar gente.

Lo hacía solo, solo por consumir drogas, porque la comida en la casa no faltaba ni el estudio. Me dejé llevar por mis amigos: a los diecinueve años fue mi primer cañazo, por porte ilegal de armas.

Salí. Tuve una relación con una persona, tuvimos un niño. Viví dos años con esa persona, fueron los momentos más felices de mi vida. Tuve una recaída; me quedé sin trabajo y volví a robar

y a enrumbarme, cuando un día iba con mi hijo y mi mujer y de repente me encontré unas culebras. Ellos no piensan en que voy con mi mujer y mi hijo, sino que detonan cuatro tiros a mansalva. Yo corrí en zigzag, logré antes empujar a mi mujer y a mi hijo, tirándolos al piso, y yo corriendo para el otro lado, para que no les fueran a hacer daño a ellos.

Ese día quedé picante: se habían metido con las personas máspreciadas y me enceguecí a cobrar venganza.

Pasaron los días y las semanas, ya la relación no era la misma con mi mujer, teníamos muchos conflictos, hasta llegar al punto de separarnos. Yo ya mantenía calle arriba calle abajo, hasta cuando me encuentro un día sábado tipo una o dos de la mañana al mismo sujeto que hizo los disparos, andando yo con mi hijo y mi mujer: saco mi revólver, lo monto, me le arrimo y lo llamo ¡Shinga!, de repente él voltea a mirar para atrás, le coloco la trompetilla en la sien y le descargo dos tiros en la cabeza, y el cuerpo cae al piso. Me voy corriendo asustado pero satisfecho porque me había sacado la espinilla que para mí fue la causa de mi separación.

De ahí seguí robando, matando también.

Llegué a recibir disparos, cuando sorpresivamente el 9 de septiembre de 2013 quedo capturado por hurto agravado y calificado y porte ilegal de armamento. Y quedo a disposición de la policía, hasta hoy.

Talleres de escritura creativa vinculados al Programa Libertad Bajo Palabra en 2016

AMAZONAS	Establecimiento Penitenciario de Leticia Director de taller, Víctor Andrés León
ANTIOQUIA	Establecimiento Penitenciario de Apartadó Director de taller, Albeiro Flórez Cárcel Municipal de Envigado Director de taller, Andrés Delgado Cárcel Departamental de Yarumito Director de taller, David Macías
ARAUCA	Establecimiento Penitenciario de Arauca Director de taller, Nelson Pérez
BOGOTÁ, D.C.	Reclusión de Mujeres Bogotá (El Buen Pastor) Establecimiento Carcelario La Modelo Director de taller, Camilo Igua
BOYACÁ	Establecimiento Penitenciario de Cóbbita Director de taller, Rubén Sánchez
BOLÍVAR	Establecimiento Penitenciario de Cartagena (Ternera) Director de taller, David Lara
CALDAS	Establecimiento Penitenciario de Manizales Director de taller, Mauricio Quintero
CAQUETÁ	Establecimiento Penitenciario de Florencia (Cunday) Director de taller, Alejandro Ríos
CESAR	Establecimiento Penitenciario de Valledupar Director de taller, Luis Alberto Murgas
HUILA	Establecimiento Penitenciario de Neiva Director de taller, Betuel Bonilla
MAGDALENA	Establecimiento Penitenciario de Santa Marta (Rodrigo de Bastidas) Director de taller, Antonio Silveira
META	Establecimiento Penitenciario de Villavicencio Director de taller, Nayib Camacho
NORTE DE SANTANDER	Establecimiento Penitenciario de Pamplona Directora de taller, Johanna Rozo
QUINDÍO	Establecimiento Penitenciario de Calarcá (Peñas Blancas) Director de taller, José Rodolfo Rivera
TOLIMA	Establecimiento Penitenciario de Ibagué (Picalaña) Director de taller, Eder Giovanni Cervera
VALLE DEL CAUCA	Establecimiento Penitenciario de Buenaventura Director de taller, Jefferson Perea Complejo Carcelario y Penitenciario de Jamundí Director de taller, Miguel Antonio Ramírez Establecimiento Penitenciario de Palmira Director de taller, Walter Mondragón

Ofrecemos en este programa la posibilidad de que mujeres y hombres que han perdido su libertad escriban. Buscamos que al querer contar se conviertan en lectores. Ocurre con mucha frecuencia que personas que nunca habían leído un libro terminan siendo lectores movidos por la curiosidad de saber cómo se cuenta una historia. El deseo de saber cómo lo hacen otros lo aprovechamos para sugerir lecturas y para acompañar cada proyecto personal de escritura con una bibliografía que dé, a quien desea escribir, luces sobre cómo puede lograrlo.

Si hay algo poderoso en estos escritores, es que a diferencia de muchos otros formados en la academia, tienen mucho que contar y no necesitan echar mano de la imaginación para narrar sus historias que, en la mayoría de los casos, son vidas vividas al límite; o que en un instante cambiaron de rumbo de manera dramática. Relatos que muestran la iniquidad y la marginalidad, las violencias que nos habitan y a las que nos exponemos. Historias que son un complejo mapa de lo que es nuestra sociedad y nuestra condición humana.

JOSÉ ZULETA ORTIZ
Coordinador Nacional
Programa Libertad Bajo Palabra



TALLER DE EDICIÓN
ROCCA®